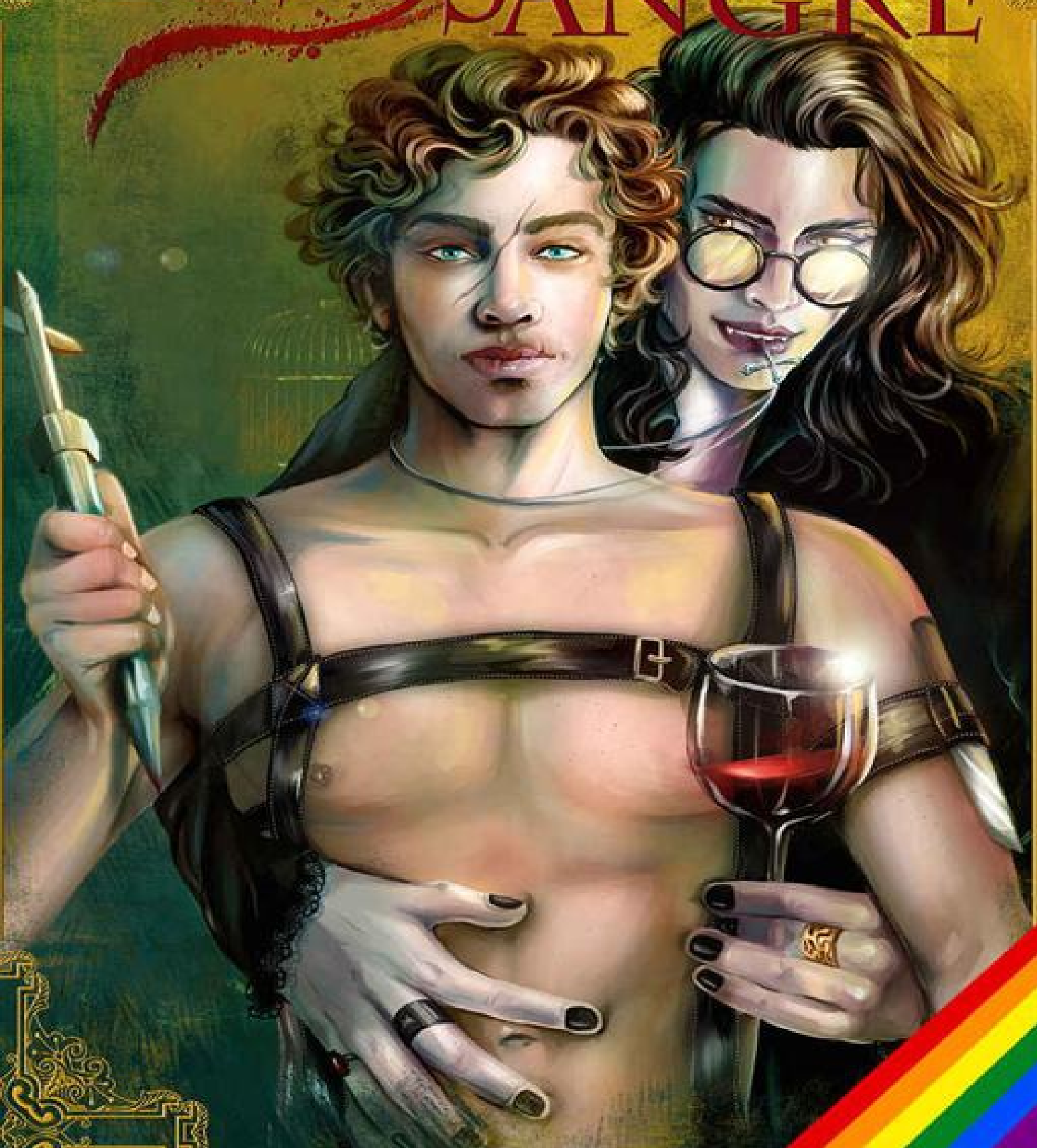


Laura Barcali

BESOS DE SANGRE





Este libro contiene algunas escenas sexualmente muy explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2024, Besos de sangre 11/07/2024

©2024, Laura Isabel Bartolomé Carpena

©2024, diseño de cubiertas, ilustraciones de personajes y maquetación, Laura Barcali

Otras imágenes: Pixabay

laurabarcaliart@gmail.com

www.laurabarcaliart.es

www.instagram.com/laura_barcali_art

Agradecimientos a mis lector@s cero: Sergio Plaza Vallejo, Ana Prego y Beatriz Tatay.

Autopublicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.



No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*Para mi madre y para Nuca,
que me esperan al otro lado de la puerta de los susurros.*



El caso

Marcaban las cuatro y treinta y seis de la madrugada en el reloj de pulsera de Temperance Dickens. La putas cuatro y treinta y seis.

Hacía menos de una hora estaba en la cama, con su marido roncando al lado como un terremoto, y no se esperaba lo que se le venía encima. Ni por asomo.

Pero tenía que ser gordo como poco, pues hacer que la comisionada de policía de Londres se levantara, se vistiera y fuera hasta el mismísimo Kensington a esas horas tan intempestivas, no era moco de pavo.

Si sus subordinados se habían saltado la cadena de mando, considerando que la jefa máxima debía estar presente en la calle High, frente a los jardines Phillmore, una buena razón debían tener. Aquella zona, repleta de lujosas y discretas propiedades, tenía de todo menos robos o crímenes debido a que contaba con seguridad propia.

Así que Temperance, con su menuda figura un poco encorvada por el fastidio, se apeó de un simplón vehículo que no revelaba nada sobre su procedencia, y se arrebujo en el abrigo. La niebla típica de Londres, la humedad y el frío de enero, no ayudaron a su nefasto humor de perros, tampoco a que sus cabellos rubios y pajizos se mantuvieran en su sitio. Ni a peinarse le había dado tiempo.

En la entrada de los apartamentos donde la habían citado sus subordinados, la estaban esperando dos agentes de Scotland Yard que iban de paisano. Estos le hicieron un gesto breve con la cabeza y la dejaron pasar al amplio vestíbulo del edificio Essex Village.

Con gesto circunspecto observó al jefe superintendente, Gordon White. A ella le hacía gracia su apellido teniendo en cuenta que su tez era bastante oscura. Juntos parecían el peón blanco y la torre negra del ajedrez.

—Comisionada —saludó él—. Lamento haber acudido a usted, pero esto es... grave.

Ella achinó los ojos, como si lo estuviese analizando. A pesar de lo pequeña que era, Gordon le profesaba una gran admiración. Si había llegado tan alto, tras más de treinta años en el cuerpo, era por algo.

—Eso está claro —adujo sin más e hizo un gesto con la cabeza como para ponerse en marcha.

Allí solo estaban los cuatro miembros del Servicio de Policía Metropolitana de Londres y el conserje del edificio, el señor Smith, al cual se le veía atemorizado, pálido como un cadáver. Por lo demás, todo estaba en sepulcral silencio.

—Vamos al ático. —White hizo un gesto a uno de sus subordinados para que sujetara al hombrecillo por el brazo y los acompañase.

Los cuatro se metieron en el ascensor, único medio para llegar a la última planta. El pobre

bedel tembló al hacer girar una llave maestra que daba a la joya de la corona del edificio.

En la entrada de la vivienda, Temperance reparó en un maletín de la científica y se puso los patucos, el mono y los guantes. Lo mismo hizo White.

—Abra, por favor —solicitó este al conserje que, con mano trémula y sudando a mares, abrió las dos cerraduras con su llavín—. Ahora baje escoltado por el agente y haga todo lo que él le indique.

—S-sí, señor...

El hombre volvió al ascensor, compungido y con el rostro desencajado, junto al policía.

El ático estaba en penumbra, así que Temperance se dejó de tonterías y encendió la luz. Aquello no era una absurda serie norteamericana de crímenes, donde se investigaba con linternas y a oscuras.

De forma aparente todo se hallaba en calma, limpio como una patena y ordenado. A la derecha una enorme cocina americana, al frente una sala de estilo clásico con costosos muebles, impolutos, como recién sacados de su envoltura.

Caminó hasta las cortinas que tapaban la salida a una nada desdeñable terraza. La puerta estaba cerrada por dentro y no se podía abrir desde el exterior.

—Esta no es una residencia habitual... —dedujo ella.

A la izquierda se atisbó luz en una salita.

—Es allí —indicó el jefe superintendente, nervioso.

Este no dijo nada más, solo la acompañó. Estaba seguro de que Temperance no se inmutaría en lo más mínimo ante la estampa que los esperaba.

Y eso fue lo que sucedió. Ni siquiera un leve pestañeo de sorpresa modificó su rostro maduro.

La jefa de Scotland Yard ya había visto de todo, así que no hizo otra cosa que dar la vuelta a aquella especie de representación macabra que eran dos cuerpos semi desnudos, uno encima del otro y sobre un sillón.

Torció el cuello para revisar mejor la escena que se alzaba ante ella. Dio otra vuelta sacando su móvil para tomar unas cuantas fotos y entonces se pronunció:

—Ahora entiendo por qué me has llamado —arguyó y, antes de que White pudiera confirmarlo, continuó—: Quiero que interroguéis a conciencia al conserje. E imagino que habrá cámaras, así que también confiscad las grabaciones. Seguid el procedimiento con toda la circunspección posible.

—Por descontado.

—¿Las víctimas llegaron juntas o por separado?

—Juntas.

Temperance continuó sacando fotos, en especial de la mujer de cabellos muy claros que estaba encima del otro cuerpo, casi desnuda y a horcajadas. No llevaba nada en la parte superior de su cuerpo y tenía la falda arremangada hasta la cintura.

Suspiró. No podía montar allí un operativo en condiciones. El autor de los hechos tenía que seguir en el edificio o haber escapado por alguna zona desconocida para ella.

White carraspeó, como esperando algo más. Ella le miró mientras se mordía el labio inferior, indicativo de que estaba dándole muchas vueltas al asunto.

—Los dos son personajes públicos... —dijo Temperance—. Así que tenemos que llevar esto con toda la cautela del mundo, en especial por cómo están las cosas ahora. —Suspiró con hastío.

El hombre observó a la pareja de cadáveres con cara de «menudo marrón».

Allí estaba el cuerpo sin vida del duque de Kent, nada menos, a sus ochenta y tres años, con el pantalón y el calzoncillo bajados hasta los tobillos y con la cabeza hundida entre los generosos pechos de la representante alû en la Cámara de los Comunes: Glenda Craig. Se la podía reconocer por la palidez de su piel, su físico exuberante y el pelo largo y ondulado que le llegaba hasta la cintura.

Sin embargo, ella tenía una estaca de plata clavada a la altura del corazón, pero por la espalda, y un tiro en la nuca que le había reventado los sesos, los cuales yacían esparcidos junto con la sangre sobre el duque, la moqueta y el respaldo del sillón, donde estaba alojada la bala. Del casquillo no parecía haber rastro.

El duque poseía la inconfundible marca de unos colmillos en su cuello, y la palidez extrema del que ha sido desangrado hasta la última gota.

Temperance se saltó las normas de la científica y separó un poco la calva cabeza del viejo, sujetando a la mujer por un brazo para que no cayese de espaldas, con la intención de comprobar si la estaca sobresalía por el pecho de la vampira.

Levantó las cejas con sorpresa y los volvió a dejar como estaban.

—¿Qué? —indagó Gordon al notar la expresión de pasmo en su jefa.

—El duque tiene su propio pene metido en la boca, hasta la garganta.

—Joder... —soltó un exabrupto llevándose las manos a la entrepierna, como dolorido.

—Se lo cercenaron limpiamente *post mortem*. No te preocupes, no le dolió —dijo con socarronería—. Supongo que es una broma pesada por lo muy bellaco que ha sido toda su vida.

—Y ella... ¡Qué barbaridad! Es una ejecución en toda regla.

—Vampira... Bueno, alû, y representante de los suyos de forma democrática. Ya sabes que las cosas ahora están muy mal. Esos putos clanes insurgentes, las manifestaciones en contra de los vampiros... Demasiadas camarillas y frentes abiertos.

—Va a ser complicado tapar esto...

—No podremos hacerlo durante mucho tiempo.

La comisionada anduvo por todas las habitaciones, observándolas en silencio, comprobando los ventanales, llegando a algunas conclusiones. Después se dirigió a la salida y se quitó los patucos, los guantes y el mono.

—¿Los encontró el conserje?

White asintió.

—Recibió una llamada desde aquí. Por lo visto era habitual que llevara algo de beber a los invitados de su alteza. Al no abrirle la puerta, ni escuchar nada, entró y se encontró con la

escenita.

—Como he dicho, comprobadlo todo. Quiero que no os mováis, ni permitáis que nadie entre ni salga por el momento, se pongan como se pongan los vecinos. Cualquiera es sospechoso, incluido el conserje. Os mandaré algunos agentes de antiterrorismo y a la policía científica. Yo me voy a mi despacho a hacer unas llamadas... En especial «La Llamada».

White asintió despojándose él también de las prendas desechables.

Temperance tendría que hablar con su majestad el rey, porque la muerte del hermano de este era muy grave. A continuación con la primera ministra para informar del asesinato de Glenda Craig.

La mujer miró su reloj: las putas cinco y cuarto.

Mucho día le quedaba por delante, así que suspiró con cansancio.

—¿También lo va a llamar a él?

Temperance le dio al botón del ascensor y luego miró a su subordinado con cara de mala hostia.

—Qué puto remedio, White.

—Es insoportable, pedante y...

—Ya, pero es como el maldito Sherlock Holmes hecho realidad.

El hombre bufó y bajó con ella en el ascensor.

—¿Es indispensable?

—Qué sí, joder.

—Puto Velen.

—Lo sé.





El vampiro

Velen se acercó al edificio Essex Village con total tranquilidad, como si no fuera con él la cosa, ataviado con un abrigo largo de color azul marengo, pantalón gris oscuro, zapatos negros de punta redonda y una coleta baja que recogía su abundante melena castaña.

Él no vivía lejos, justo en el no menos opulento y cercano barrio de Belgravia, así que el paseíto le vino muy bien para estirar sus esbeltas piernas. Se recolocó bien las gafas redondas de cristal ambarino y puso su mejor sonrisa en cuanto llegó al enorme y fastuoso portal.

El agente que estaba en la puerta no le devolvió el gesto, más bien mantuvo un semblante serio como tallado en granito.

—Buenas noches, soy...

—Ya sé quién es usted. Pase directamente —le cortó el hombre, molesto por su presencia.

—Gracias, muy amable —bromeó Velen ante el gesto huraño del policía y sin perder esa sonrisa pícaro que lo caracterizaba.

Ya en el interior del edificio silbó e hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que aquel edificio era para gente con mucho, mucho poder adquisitivo: suelos de mármol pulido, techos altos, columnatas de estilo neoclásico, opulentas escaleras, un ascensor enorme, la lámpara de araña más grande que hubiese visto y una zona para que los conserjes camparan a sus anchas con total comodidad.

La comisionada no le había dicho para qué lo quería allí, solo que fuese en cuanto se pusiera el sol, sin dilación. Así que estaba muy ilusionado, sobre todo porque era consciente de lo mal que caía a Scotland Yard al completo.

De entre todos los agentes que estaban presentes, no más de una docena, se le acercó una mujer de estatura media, etnia india, de cabellos muy negros bien apretados en un moño alto, y muy atractiva. Sus andares eran seguros y su rostro serio, aunque no amenazador, y llevaba una Glock en la cartuchera de hombro. Adelantó su fina mano para estrechar la de Velen con decisión.

—Buenas noches. Soy la oficial Kaur, de antiterrorismo. Presupongo que usted es Velen.

—Encantado, oficial Kaur. Es fácil presuponer que lo soy. No hay más alú¹ por aquí, ¿cierto?
—Apretó su mano con energía.

Ella sonrió de lado y le hizo un gesto para que la acompañase hasta el ascensor. Ya dentro de la cabina ella usó el llavín maestro para poder subir al ático y ninguno dijo nada más, pero Velen

hizo un gesto con la nariz y se la tapó con la mano.

Salieron al llegar al último piso. En la puerta abierta de este montaban guardia dos policías armados más, también de antiterrorismo como Kaur, que los observaron con mal gesto al pasar al interior.

Velen soltó una risilla burlesca y ella le miró de reojo, también sonriendo.

—Les revienta que la señora Temperance Dickens me haya citado. A la propia Temperance le revienta, de hecho.

—También es por mí, señor Velen.

Este se quedó quieto en medio del enorme salón, observando con mucho detenimiento la fastuosa estancia.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—No les hace gracia que una mujer india, casada con un alû, se pasee por aquí con más permisos que ellos.

—Entiendo... Somos los apestados. Entonces, ¿le parece bien que nos tuteemos? Llámame Velen, sin más.

—De acuerdo, Velen. Yo soy Indira.

—Me imagino que la científica ya habrá arrasado con todo...

—Sí, pero queda lo más importante...

—Ya lo huelo. Nada más subir en el ascensor me llegó el tufillo a cadáver. Así que esto es la escena de un crimen... —Se echó a reír con total despreocupación, como si no se lo tomase muy en serio.

Tras ellos apareció el jefe superintendente White, con cara de pocos amigos y de llevar casi 24 horas sin pegar ojo.

—Oficial Kaur, señor Velen...

—¡White! Esto tiene que ser grave de veras si está usted aquí. ¿Al lío? Huele que apesta. Ya sabe, mis sentidos están más agudizados. —Se acercó un dedo a la nariz para darse unos toquecitos. Llevaba las uñas cortas y pintadas de azul oscuro.

—Por aquí. Huelga decir que esto es del todo confidencial. Y cuando digo confidencial, es confidencial, señor Velen.

—Sí señor, señor, señor —bromeó para hastío del jefe superintendente.

Indira tuvo que poner cara de póker y no sonreír. Su marido ya le había dicho que Velen era raro de cojones, en todos los aspectos.

Al entrar en la salita, Indira contrajo la nariz y se sintió mal de alguna forma. No le gustó nada ver a una alû con un tiro en la nuca y una estaca atravesando su espalda.

Velen la miró de reojo y percibió de inmediato sus sentimientos. Luego caminó hacia la pareja de cadáveres, que estaban exactamente igual que cuando Temperance los dejó atrás. Ni siquiera la científica había tocado los cuerpos por orden expresa de su superior.

—La comisionada quiere que primero los revises tú. Todo lo demás ya ha sido procesado y no han encontrado nada de particular —informó White.

El hombre le tendió unos guantes azules que Velen se puso sin rechistar.

—Glenda Craig y... el duque de Kent. No tiene ningún sentido. ¿Puedo tocarlos entonces? —White asintió con la cabeza.

Velen observó la estaca: forjada de cualquier manera, burda, pero lo bastante eficiente como para paralizar a Glenda de forma momentánea y pegarle un tiro mortal. Del centro de su frente

sobresalían sesos esparcidos y sangre seca. Aquellos ojos claros, antaño hermosos, carecían de vida.

Había muchos alû mezquinos, pero no Glenda. Ella siempre luchaba por los derechos de toda la comunidad, por la convivencia. Así que la habían ejecutado por eso, no había que ser muy avisado para llegar a semejante conclusión.

Velen lo lamentó y pocas veces admitiría algo así teniendo en cuenta cómo lo trataban los suyos y el asco que le profesaba a la gran mayoría. Pero Glenda siempre fue amable con él.

Decidió apartar sus sentimientos a un lado para que no le nublaran el juicio, y pasó al vivales del duque. Cuando separó los dos cuerpos reprimió una carcajada. Al final fue incapaz de mantenerla a raya, así que se echó a reír y miró a los dos policías.

—¡Hostia! ¡Pero qué creatividad!

Indira se acercó y puso cara de asco al ver el rostro del duque con su propio miembro viril metido en la boca. White, por su parte, cerró los ojos para no revivir la escena.

—Parece una broma pesada —comentó Indira.

—Podría ser una venganza, porque toda su vida se la ha pasado metiendo la polla en multitud de orificios. Es una forma de ridiculizarlo. Igual que a ella, semi desnuda sobre este viejo decrepito al cual no soportaba y con el que jamás tendría sexo consentido.

—¿Y la mordida en el cuello? La parlamentaria lo dejó sin sangre... —expuso White, intentando cambiar de tema.

Velen tocó los orificios y frunció el ceño.

—No fue ella. Por dos razones: la primera tan simple como que no bebía sangre humana desde hacía años. Y la segunda; porque esto no lo ha hecho un alû, sino algún tipo de artefacto médico o similar que emula chupar la sangre. Ambos orificios son idénticos y no existe una mordida irregular como tal. No hay marcas del resto de dientes, ni los moretones habituales, ni babas resacas, ni sangre derramada. En cuanto se le haga la autopsia se esclarecerá de inmediato.

—Entonces no lo mató ella... —dijo White, sintiéndose estúpido.

—Elemental, mi querido Watson —bromeó Velen—. Que, por cierto, Sir Arthur Conan Doyle jamás escribió esa frase en ninguno de sus libros, sino que se atribuye a las películas. Ah, y también creía en las hadas.

—¿Y estos datos absurdos a qué vienen ahora, maldito vampiro?! —explotó White, que estaba muerto de sueño, cansado y con mucha ansiedad.

Indira se puso tensa, colocándose entre ellos. Pero Velen hizo un gesto como si le restara importancia. Para los alû, la palabra vampiro tenía connotaciones no solo negativas, sino que también la consideraban un insulto despectivo.

—No sé, dicen que nunca te acuestas sin saber algo nuevo.

Velen siguió a lo suyo y revisó el ático entero. Todas las ventanas estaban cerradas desde dentro, también salió a la terraza y observó el cielo oscuro. La contaminación lumínica opacaba cualquier atisbo de estrellas. Miró abajo, observando al policía de paisano que custodiaba el portal. Después al frente, reparando en los jardines Phillmore. Qué fácil era perderse entre los árboles... Y no ser visto a altas horas de la madrugada.

—¿Cuánta gente vive en estos apartamentos? —indagó sin dejar de observar su entorno. Se quitó las gafas y pudieron contemplarse bien sus ojos de color ámbar oscuro.

—Dos familias y un empresario soltero —contestó White—. Es un apartamento por planta, más este ático, propiedad de su alteza.

—¿Y las coartadas?

—Las dos familias estaban en casa, con sus hijos pequeños. No escucharon nada. Y el empresario, que vive justo debajo, está en un viaje de negocios fuera del país.

Velen sonrió sin decir nada más y se metió de nuevo en el salón con movimientos elegantes.

Indira tuvo que admitir que Velen era muy atractivo: alto, esbelto, con voz aterciopelada, discretos colmillos, exquisito vistiendo y, como buena anomalía que era entre los suyos, tenía el pelo muy oscuro. Además, no aparentaba más de 30 años, así que estaba en la flor de su juventud alû.

—¿Y el conserje del turno de noche? —comentó Velen volviendo a colocarse las gafas.

—Ese pobre diablo está siendo tratado por psicólogos, después de lo que presencié...

Velen miró a White y pestañeó.

—¿Esa puesta en escena? Porque eso es lo que es: una especie de diorama para que creamos lo contrario a lo que vemos. Todo falso —expuso Velen con total aplomo, segurísimo de su aserción.

White, a pesar de que no le tragaba, sabía muy bien que era buen observador gracias no solo a sus agudizados sentidos de vampiro, sino también por talento natural e inteligencia superior.

—¿Qué declaración se le ha tomado? ¿Las cámaras de seguridad qué muestran?

White lo explicó con la mayor brevedad posible, pero conciso. El alû se echó a reír.

—El único que tiene llave maestra, el que descubrió los cuerpos... ¡El conserje! ¿Y dónde están las bebidas que subió? ¿Las tiene la científica?

—N-no... —White cayó en la cuenta de pronto, se quedó todo lo blanco que pudo para ser negro y llamó de inmediato a Temperance, saliendo del ático como un torbellino.

Indira miró a Velen, que le sonrió de oreja a oreja, divertido.

—No sé cómo ha llegado a jefe superintendente.

—Te gusta fastidiarlo, ¿verdad? —comentó la mujer.

—Me encanta ponerlos histéricos a todos. ¡Me da la vida! —se mofó.

—Ya me dijo mi marido que eras un... personaje... Sin ánimo de ofender.

—¿Lo conozco? —Indira negó con la cabeza—. ¿Es atractivo? —curioseó.

—Mucho, al menos para mí. Se llama Kyle Lee.

Velen se echó unas risas.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene doscientos cuarenta y siete... Soy su segunda esposa. La primera fue una alû, evidentemente.

Velen tocó a Indira en el hombro y sonrió con un deje de afectación. Aquella pareja no lo tendría fácil jamás. Ella envejecería mucho más rápido y nunca podrían ser padres biológicos.

En ese momento volvió White, hecho un basilisco y pegando gritos por teléfono.

—¡Tenedlo vigilado! ¿Cómo? ¡No me jodáis! ¡Ahora voy! —despotricó antes de colgar, sudando como si estuviera en una sauna.

—¿Qué sucede, señor? —Indira se puso seria.

—Nos vamos los tres hasta Scotland Yard. —Dicho aquello se dio la vuelta y anduvo a grandes trancos hacia el ascensor.

Los otros dos le fueron a la zaga, el primero con aire divertido, como si estuviera de excursión, y la segunda un tanto alerta.

Un vehículo de la policía los estaba esperando fuera, e Indira y Velen se acomodaron en la

parte de atrás mientras esperaban a que el jefe superintendente diera las órdenes necesarias a los demás agentes. Después, este se subió en el lado del copiloto y el coche se puso en marcha sin mayor dilación.

—White, ¿no nos va a decir qué sucede? —Velen recibió un gruñido a modo de respuesta—. ¿Es sobre el conserje? Espere, que lo adivino: se la ha metido doblada, ¿eh? Bien dobladita, sí.

—¡Te quieres callar, coño! ¿Es que nunca cierras el puto pico? ¡Sabía que era mala idea que la comisionada te llamase! Puto *vamfffff*... —se mordió la lengua para no ponerse más en evidencia.

—Está loco por mí... —se jactó el hombre mirando a su compañera, que no podía dejar de alucinar—. Literalmente por mi culpa.

El trayecto, de poco más de dos millas, se hizo eterno para White, sobre todo porque Velen no se mantuvo callado ni un segundo.

—Resulta evidente que el crimen se ha perpetrado entre mínimo dos personas. Una ya estaba esperando en el interior del ático, con todo preparado. La otra, vamos a presuponer que el pobre y anodino bedel, solo tenía que esperar la llamada para subir las bebidas y luego dar la voz de alarma. ¿Y por dónde se ha escapado el autor de los hechos, os preguntaréis? Pues debió descolgarse desde la terraza hasta la del vecino de abajo, ausente por un viaje de negocios. ¡Qué conveniente!

White no abrió la boca, tampoco el conductor, ni la oficial, que escuchaba con suma atención.

—Desde el tercer piso el bedel le abrió, salieron del apartamento, bajaron por las escaleras que tienen el resto de plantas, y si te he visto no me acuerdo. No sé qué habrá en las grabaciones de las cámaras, pero seguro que hay truco. El conserje, por su parte, se ha marcado un papel de Oscar el muy hijo de puta. Bueno, lo que decía: el lloroso hombrecillo cerró todo desde dentro, limpió toda prueba incriminatoria, y luego esperó a llamar a los agentes de la ley. ¿Qué opináis de mi brillante deducción?

El conductor continuó callado mientras aparcaba frente al edificio de Scotland Yard, White siguió de morros sintiéndose imbécil e Indira asintió con interés.

Se apearon y procedieron a acceder, pero a Velen lo detuvieron a la entrada para cachearlo de malas formas y a empujones.

—Es del todo innecesario, pero les pone cachondos meterme mano. ¿Verdad? —bromeó sintiendo cosquillas y algún que otro pisotón.

Después pasó al interior, teniendo que recolocarse bien el abrigo y el jersey, de forma muy digna y sin perder la sonrisa picaruela.

Indira pensó que lo trataban especialmente de malas formas, incluso para ser un alû. Aunque a él parecía importarle todo un bledo. De hecho, y por lo que tenía entendido, contaba con un documento específico que lo hacía ciudadano británico de pleno derecho, no como les sucedía a la mayoría de los suyos.

—¿Dónde está el señor Smith? —preguntó White a uno de los subordinados a su cargo.

—Lo dejamos en una celda, como nos pidió. Estaba muy nervioso.

—¿Ha ido el médico a verlo? ¿Cómo tiene la herida?

—Solo se mordió un poco la lengua, nada más. Le dieron unos calmantes y pareció tranquilizarse.

—Bien, gracias a Dios.

Según fueron descendiendo hacia la zona de los calabozos, Velen sintió de inmediato el olor a sangre fresca. El estómago se le contrajo en un espasmo, las encías le picaron y comenzó a

salivar, así que tuvo que tragar con fuerza.

Por vez primera, Kaur le notó tenso y supo leer en él que algo relacionado con la sangre lo estaba torturando. A Kyle le sucedía igual cuando ella se cortaba o tenía el periodo menstrual.

White se detuvo ante una celda sin barrotes, como una pequeña habitación, y pidió a los dos agentes custodios que le abrieran la puerta. Al entrar se encontraron con el bedel sobre un charco de sangre, en el suelo: se había mordido su propia lengua, con tal fuerza que la tenía colgando casi amputada, mientras unos violentos espasmos movían su cuerpo.

—¡¡Llamad al médico, rápido!! —bramó White mientras sujetaba al hombre por la cabeza y lo colocaba de lado.

Velen se tuvo que quedar fuera, porque el delicioso aroma a sangre, su color rojo rubí, que brillaba a sus ojos como una enorme gema preciosa, lo tentaba. Y se dijo a sí mismo que ponerse a lamer la sangre del suelo era lo más indigno y repugnante que había. Aplacar a su demonio interior, a su utukku², era primordial.

Así que se mantuvo al otro lado de aquella celda, con la espalda pegada a la pared y aguantando, como hacía siempre que pasaba cualquier cosa relacionada con la sangre de los humanos comunes.

Entró un médico y Velen escuchó un montón de voces entremezcladas. Lo siguiente que percibió fue la mano caliente de Indira sobre su rostro húmedo.

La miró pestañeando y se quitó las gafas.

—Vamos, aquí no podemos hacer nada y sé lo complicado que debe ser para ti.

—Menos mal, alguien que empatiza conmigo... —musitó aliviado.

Ella le trasladó lo más lejos posible, ante la mirada desconfiada de los demás. Se metieron en una sala de interrogatorios vacía, para sentarse el uno frente al otro.

—¿Mejor?

—¿Me invitarías a una copa de agua, bella dama?

Ella asintió y salió un momento. A los pocos minutos volvió con sendas botellas de agua mineral, una para cada uno. Velen se bebió la suya de un solo trago, junto con una pastilla, pues se le había quedado la garganta seca por la sed de sangre.

La píldora, de aspecto pequeño y rojo, se trataba de un medicamento específico para los alû, de forma común conocidos como vampiros gracias al folklore rumano, la literatura gótica y la ficción posterior.

—¿Solo ingieres una?

—No necesito más, por suerte. Inhibe mis instintos con exitosa eficacia. Pero intento no tomarla y acostumbrarme a pasar estos malos tragos por mí mismo.

—No puedes engañar a tu naturaleza, Velen. Te lo pide tu cerebro y ya está.

—El ser humano es omnívoro, siente la necesidad fisiológica de engullir proteínas a través de la carne. Y, a pesar de eso, un vegano no come nada de origen animal. Y yo no bebo sangre humana porque no quiero, éticamente no puedo.

Pegaron un respingo los dos en cuanto Temperance entró cual torbellino en la sala.

Kaur se puso recta como un palo, en posición, y Velen se levantó sacándole tres cabezas a la jefa de Scotland Yard.

—El testigo se ha suicidado —escupió esta sin más—. Se ha tomado algún tipo de veneno, probablemente lo llevara metido por el culo para que no lo advirtiéramos. Y eso es lo que ha hecho que se mordiera la lengua mientras agonizaba de dolor.

—Vaya, así que sí había gato encerrado como yo dije —alegó Velen.

—Qué asco te tengo, siempre das en el puto clavo.

—Yo, en cambio, la quiero un montón, Temperance.

-





El novato

Daniel Lennox aún no era consciente de las circunstancias que lo habían llevado a Londres aquella fría y lluviosa tarde. Pero el joven, de veintitrés años, no se esperaba la tromba de acontecimientos que se le venía encima.

Como miembro de la logia masónica Misericorde, se dirigió a la sede central de Inglaterra en su Morgan color azul, atravesando las abarrotadas avenidas de la capital por el barrio del West End. A Daniel le desagradaba sobremanera aquella ciudad. Para su gusto había demasiados vampiros, un exceso de tráfico y, en general, de gente insoportable que ni cayendo un aguacero se quedaba en su puñetera casa.

Tras aparcar en la zona habilitada para los miembros de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en un lateral del hermoso edificio Freemason's Hall, de estilo *art déco* ³, el joven se apeó del automóvil y se dirigió hacia la entrada principal que hacía esquina entre dos calles, atravesando el umbral y dejando atrás las columnas salomónicas: Jaquín y Boaz, que simbolizaban la fuerza y la estabilidad.

Ya en el interior, atestado de visitantes, caminó con paso firme por encima de la impresionante estrella azul que adornaba el brillante suelo, hasta el acceso a la sala del templo. Franqueó el umbral de las puertas y alzó la vista hacia la bóveda estrellada con los signos zodiacales, siempre impresionado por aquella belleza.

Pasó a la zona privada de los miembros y acudió a su encuentro Oliver Lennox, su padre, que lo había estado esperando a las puertas del salón de los masones, el cual se utilizaba para las reuniones más importantes.

Oliver observó a su hijo con ademán circunspecto.

—Te estábamos esperando para empezar, hermano Daniel. —Lo trató como si solo fueran simples compañeros.

—Bien, estoy deseando ser partícipe de mi primera reunión...

Oliver suspiró agobiado, cortándolo con un ademán de la mano.

—Cuando nos congreguemos con el resto de hermanos, lo que estarás deseando es salir corriendo —añadió alisando su casaca, que hacía las veces de uniforme oficial de la logia Misericorde de la que era Gran Maestre—. No estamos aquí para tomar té con pastas.

Oliver era dado a aquel tipo de comentarios y su hijo ya estaba acostumbrado a la ausencia de gestos paternofiliales. Ante todo, el Gran Maestre Misericorde tenía que proyectar un talante concreto, ya que también era el ex cazavampiros más prolífico: contaba en su haber con muchos vampiros insurgentes abatidos, incluyendo los que quitó de en medio antes de la desafortunada ley a favor de los alù.

Ambos, de idéntica estatura media, iban vestidos igual: con casaca de terciopelo azul cobalto

ceñida al pecho y cintura, cayendo hasta media pierna, pantalón negro elástico y botas oscuras de estilo militar. En la pechera izquierda iba bordado el distintivo de su estatus guerrero: la escuadra, el compás y el ojo del Gran Arquitecto del Universo en el centro romboidal del dibujo.

En otros tiempos no hubieran podido lucir orgullosos la indumentaria de la logia Misericorde. Pero en la actualidad ya no eran un grupo subrepticio. De hecho, como expertos cazadores de vampiros, salieron a la luz a la vez que estos, en 1995.

Los masones eran pacíficos, pero siempre habían contado con grupos armados secretos, para poder defenderse de la gran cantidad de enemigos que los repudiaban.

Padre e hijo se adentraron en la sala sin más dilación. Daniel se quedó estupefacto, pues allí solo se hallaban presentes el Pro Gran Maestre: sir George Byrne, importante banquero que sustituía al Gran Maestre cuando este no podía acudir, también el Diputado Gran Maestre; David Varley, alcalde de Londres y la...

—Primera ministra —Oliver la saludó con un gesto de cabeza y luego miró a su hijo para que lo imitara.

—Señora. —Este hizo un ademán educado, intentando no parecer tonto delante de Aveline Auttum.

—Buenas tardes —respondió ella con su voz grave. Estaba tensa en su silla, incómoda, nerviosa.

Daniel no pudo creerse que estuviera allí la representante de los británicos. Algo muy grave debía suceder.

—Hermanos, sentaos a mi derecha —pidió sir George. Cuando este comprobó que estaban todos preparados, procedió a continuar—: Hoy he hecho una excepción con nuestra primera ministra por razones de peso, ya que este lugar es el más idóneo para tratar una serie de hechos que nos incumben a todos los presentes.

El joven se preguntó qué hacía él allí, entre aquellos mandamases. Solo era un novato aunque llevase el apellido Lennox.

—Bien —tomó la palabra el alcalde—. Vamos a poner sobre la mesa toda la información que tenemos, para contrastar cada punto de vista.

Repartió cinco carpetas negras con el logotipo masón en dorado. En el interior había fotos diversas, informes forenses y un escrito firmado por Temperance Dickens.

Daniel no salió de su estupor y tuvo que reprimir soltar una barbaridad: en las imágenes estaba el Gran Maestre de la Logia Masónica Unida de Inglaterra, el mismísimo duque de Kent, su alteza real, hermano del rey.

El miembro cortado en la boca no le supuso un problema, ni tampoco ver el cuerpo con esa zona de su anatomía desmembrada. Fue más la sorpresa que otra cosa.

Acto seguido pasó a las fotos de la vampira, a la que reconoció a pesar del tiro que le desfiguraba un parte de su pálido rostro: Glenda Craig. No supo si sentir pena por una alû. El desprecio que Daniel sentía por ellos venía de muy lejos.

Y luego estaba la foto de un hombre desconocido, con la lengua cercenada de un mordisco, tendido sobre un charco de sangre y vómito.

Al leer los informes comenzó a unir las piezas con más claridad. Luego observó a su padre que, con rostro impertérrito, pasaba las páginas del dossier como si tal cosa.

—Esto no puede salir de aquí —comentó la señora Auttum—. Glenda Craig será relegada de su puesto, por motivos personales, y se la reemplazará por otro miembro de su partido.

—El rey me ha ordenado que asuma el papel de Gran Maestre, y la razón oficial la dará él en rueda de prensa, alegando que su hermano está muy enfermo —expresó sir George—. En el momento oportuno, se anunciará su deceso y se enterrará con todos los honores, como manda la tradición monárquica.

—En cuanto a la investigación policial, tal y como he pactado con la comisionada Dickens —añadió el alcalde Varley—, se llevará con la más estricta discreción. Y es ahí cuando entráis vosotros. —Miró a ambos Lennox por encima del puente de sus gafas—. Se ha cometido un gravísimo doble asesinato. Eso sin contar con el conserje, que se suicidó con veneno para que no le sonsacaran nada. O bien lo tenían coaccionado, o era un acólito muy fervoroso. Por otra parte, todos somos conscientes de que la señora Craig defendía los derechos de los suyos y, a su vez, el duque estaba en contra de los vampiros. Ahora ambos están muertos, asesinados a conciencia, en el mismo lugar.

—Muy bien, Gran Maestre, ¿qué podemos hacer nosotros? —Oliver fue al grano.

—Formar un equipo competente para esclarecer todo este asunto. Necesitamos a alguien como tú, hermano Lennox, para combatir contra lo que sea que nos ataca.

—Sabe que estoy retirado por razones de salud.

—Y por eso está aquí tu hijo. —Sir George miró de forma directa a Daniel, que se mantuvo serio y quieto, estirado como un palo—. El apellido Lennox está asociado a la caza de vampiros.

—Según las pruebas no se sabe si ha sido un vampiro... —aclaró entonces la primera ministra, que tenía simpatía por los alû y que sentía la muerte de Glenda porque habían sido amigas.

—Ni tampoco hay pruebas que demuestren lo contrario. Y para eso tenemos en el grupo a Velen —respondió sir George.

—¿Velen?! —Oliver se puso en pie de forma tan abrupta, que la pesada silla cayó como un plomo sobre la moqueta. Su rostro rezumó odio asesino.

Su hijo lo miró de hito en hito, sin comprender. Hacía mucho que su padre no se enfadaba así.

—Es necesaria su presencia —advirtió Sir George—. La decisión está tomada por su majestad.

El cazavampiros recogió la silla y la enderezó, cabreado, pero no se volvió a sentar, solo clavó los dedos en el terciopelo del respaldo. La vena de su frente latía con fuerza, distintivo de que estaba muy ofuscado.

—¡No pienso permitir que a mi hijo se le asocie con un vampiro, y mucho menos con uno de su calaña!

Todos se quedaron callados, incluido un estupefacto Daniel. Su padre no lo había sobreprotegido jamás. De hecho, la cicatriz que le cruzaba el rostro en diagonal, de izquierda a derecha, se la hizo él durante un entrenamiento.

—¿Has escuchado bien? Su majestad, hermano Oliver. ¡Y punto! —exclamó sir George dando un golpe con la mano abierta sobre la mesa de caoba.

—De acuerdo... —claudicó a regañadientes—. Pero si ese vampiro infecto hace algo fuera de lo normal, iré a por él a muerte. ¡Y me importa una soberana mierda que posea privilegios que no debería tener! —Acabó por aceptar, no sin sus propios términos.

—Para tu tranquilidad, te informo de que también estará en el grupo una agente especial de antiterrorismo. La mejor preparada, de hecho, la que más sabe de alû y de humanos. Además, entiendo que nuestro hermano Daniel, siendo ya masón de pleno derecho, sabrá defenderse solo...

—¡Por supuesto, Gran Maestre! —contestó Daniel, excitado ante su primera misión—. Será un gran honor servir a la corona británica y al gobierno de este país, además de a esta gran logia.

Oliver se volvió a sentar, un poco más tranquilo. Miró a los ojos azul claro de su hijo y esperó de veras que ese capullo de Velen no lo metiera en un lío tremendo.

Después de eso, la reunión se disolvió y sir George acompañó a la primera ministra, que estaba muy nerviosa, por una zona no transitada, para que volviera con sus guardaespaldas sin ser vista por los visitantes de Freemason's Hall.

Se quedó el alcalde con los Lennox y le regaló al joven una grata sonrisa.

—Es un placer conocerte al fin, hermano Daniel. —Deslizó la palma abierta hacia el joven.

—El placer es mío, hermano Diputado. —Le devolvió el gesto, estrechándosela.

—No te preocupes tanto por él, Oliver. Si Daniel ha salido a ti, no habrá vampiro que se le resista. Por cierto, sois como dos gotas de agua.

—No cabe duda de que es hijo mío... —Por fin sonrió un poco, algo menos alterado.

Abandonaron la sala y se encaminaron de nuevo hacia la salida, cruzándose con otros tantos masones a los que fueron saludando.

—Esta noche, un rato antes de que cierre el bar público, hemos quedado con... En fin, con quien ya sabéis, además de Indira Kaur, la agente de la que ha hablado el Gran Maestre.

—¿Tan pronto? —Oliver se volvió a tensar.

—No pasa nada, padre... Vuelva a Cambridge sin mí, confíe. Sabré lidiar con ello.

—No lo conoces, es... —Se quedó callado. Mejor así que ponerse a despotricar de Velen.

—Insufrible —añadió el alcalde como método de suavizar el tenso ambiente—. Pero es bueno en lo suyo.

—¿Qué es «lo suyo»?

—Investigar. Y regalarnos de vez en cuando datos irrelevantes. Solo mantenerlo a raya, que vea que no le pasas ni una. Es la única manera de lidiar con él.

—¿Es bebedor? —indagó el joven, achinando los ojos.

—No —respondió su padre—. Pero que no se te olvide, hermano Daniel, Velen es un vampiro y eso jamás cambiará.

—Alû, mejor... —corrigió Varley—. No queremos problemas diplomáticos, bastantes tenemos ya. ¿De acuerdo, hermano Daniel? —Le puso la mano sobre el hombro y el joven asintió, serio y decidido, aunque tuviera que colaborar con un miserable chupasangres.



El miserable chupasangres en cuestión llegó a Great Queen Street una media hora antes que los demás, así que optó por irse directamente al bar que tenía la logia en la planta baja del Freemason's Hall, abierto al público hasta las diez de la noche.

Al descender por las escaleras le llegó una agradable melodía de *jazz*. Eran poco más de las siete, por lo que fue hasta la barra y se sentó sin quitarse sus características gafas. Observó la lista de bebidas: una selección de cervezas, sidras artesanales, una amplia gama de vinos y licores, pero nada relacionado con lo que un alû necesitaba tomar.

Los masones no eran muy amigos de los «vampiros», así que, aunque no se les impedía la entrada a su sede, tampoco hacían nada por retenerlos.

—Agua, por favor —susurró al barman, que lo miró con el ceño fruncido.

De hecho, no cesó de observarlo en todo el tiempo que se quedó allí bebiendo, sorbo a sorbo, el contenido de la botella. Velen tampoco le quitó ojo, cosa que puso de los nervios al empleado.

—A veces os confundo cuando os teñís los cabellos... —dijo el tipo.

—No voy teñido, es mi cabello natural. —Se soltó la coleta y dejó que la melena se desparramara libre por encima de sus hombros, como un anuncio de champú—. ¿Sabes lo qué es una anomalía genética? Hay muchas, como por ejemplo: anomalías cromosómicas, mutaciones genéticas, de un solo gen, de genes mitocondriales, alteraciones epigenéticas... ¿Lo pillas?

El barman negó con la cabeza, abrumado ante tanta información no solicitada.

—Nací con un trastorno genético que, entre muchas otras cosas, produce un exceso de melanina... —Velen, mientras continuaba con la perorata, alargó una mano hacia un cuenco de cacahuets pelados, tomó uno y se lo comió. Luego bebió un buen trago de agua mineral y puso cara de asco—. Joder, está rancio. Tira eso, ¡por el amor de Dios!

El hombre retiró los cacahuets y los escondió bajo la barra. Nunca había visto a un vampiro comer ese tipo de cosas. A lo sumo, carne y pescado crudos.

—¿No te sientan mal?

—A mí no. Puedo comer ciertas cosas. Lo que iba diciendo: tengo un exceso de...

La mano de Indira se posó en la ancha espalda de Velen, que se giró para observar a la recién llegada.

—Te conozco poco, pero lo suficiente como para saber que estás aburriendo a este pobre hombre con datos que ni le van ni le vienen —dijo ella y el barman aprovechó para escabullirse.

Velen silbó al mirarla de arriba abajo. Parecía otra.

—Bueno, pero qué bellezón. Soy el tipo más afortunado del bar. Aunque seguro que llevas una pistola escondida debajo de esa falda, en la liga. Andaré con cuidado.

Indira soltó una risotada y negó con la cabeza. Iba vestida con un jersey blanco, ajustado a su esbelto torso, y una amplia falda verde que le llegaba por encima de las rodillas. Las botas de caña alta tapaban unas piernas bien torneadas. El cabello caía suelto por su espalda.

—Tú eres el alû más atractivo del bar.

—Claro, soy el único, no te jode. Así no me sirve el halago, querida.

Indira se sonrió. En realidad, Velen era el hombre más guapo de todo el establecimiento, sin distinciones.

—Deberíamos ir a ese reservado, me han dado órdenes de que nos sentemos allí. Deben estar al caer... —Ella miró el móvil para comprobar la hora.

Anduvieron hasta una apartada mesa, medio tapada con biombos, y se acomodaron en el pequeño sofá que había junto a un par de butacones.

—¿Tu marido no se pondrá celoso? Estás con un Don Juan consagrado... —Él le puso ojitos y esa sonrisa sexi que lo caracterizaba.

—Oh, vamos, Velen... —Ella lo miró haciendo un puchero—. ¿Celoso de ti? Las mujeres no te van nada en absoluto. No las tocarías ni con un palo.

—Me tienes calado. Prefiero a los chicos como aquel guapetón que acaba de entrar... —Se quedó callado de pronto mientras señalaba a un joven de ondulados cabellos castaños, de estatura

media, complexión atlética y una cicatriz cruzándole un rostro atractivo y serio.

El dedo se le quedó mustio y bajó la mano. No se puso más blanco porque entonces hubiese parecido un muerto viviente.

—¿Qué pasa? ¿Y esa cara? —quiso saber ella cuando Velen se colocó en pie de un salto, tenso.

—Es un cazavampiros de la logia Misericorde. Mira su ropa.

Indira había oído hablar de ellos, pero no había estado jamás en contacto con uno de sus miembros. También se levantó, sobre todo al reconocer al distinguido caballero que acompañaba al cazavampiros y conducía a este hacia el reservado.

—Viene con el alcalde. Ellos son nuestros contactos.

El alû no tuvo miedo, fue más bien que no se esperaba cruzarse con un miembro de aquella logia a la que consideraba peligrosa, sobre todo por Oliver Lennox, con el cual no había hecho nunca buenas migas. Era un capullo intransigente que odiaba a todo el mundo, incluido a sí mismo.

Varley pasó entre los biombos y dio la mano a Indira.

—Señora Kaur, es un placer conocerla. Le agradezco el gran trabajo que hace.

—El placer es mío, alcalde. Este es...

—Nos conocemos —lo dijo como si fuera un suplicio—. Señor Velen, gracias por venir. — También estrecharon sus manos.

—¿Tenía opción? Porque si lo sé, me quedo viendo una peli en mi apartamento, con el pijama de gatitos y la batamanta —bromeó.

Indira reprimió una risa y miró al jovencito guapo, que tenía el ceño fruncido y miraba con fijeza a Velen, desconfiando y en tensión.

El alû le devolvió la mirada a Daniel y sonrió dándole un repaso de arriba abajo, fijándose bien en lo guapo que era, con aquella cicatriz surcándole el rostro. También se dio cuenta de que tenía una marca que le partía el labio superior, en el lado izquierdo. Le pareció muy sexi.

—Este joven es Daniel Lennox, masón de la logia Misericorde... —susurró el alcalde—. Y espero, por el bien de todos, que no surjan problemas o enemistades. Ante todo, estamos aquí para esclarecer unos hechos muy graves —advirtió en un susurro.

—Lo sé, alcalde. Por mi parte no hay ningún problema. —Velen sonrió de nuevo a Daniel—. Espero que el señor Lennox opine igual... —Quiso darle la mano, pero Daniel no se movió y Velen la apartó.

—Cumpliré a rajatabla las órdenes que se me den —contestó el joven sin mudar su expresión adusta, con la mirada fija en el vampiro de cabellos oscuros.

En sus ojos azules, fríos como el hielo, este último pudo adivinar un destello de odio reprimido. Teniendo en cuenta que el chico era un cazavampiros, Velen lo entendió: así le había criado su padre, con puro adoctrinamiento y odio desmedido.

—De eso quería hablar: la agente Kaur será la superior al mando. Todos sabemos que aquí cada uno es de su padre y de su madre, pero dentro del grupo ella es el nexo de unión y la que

coordinará todo. Así que señor Velen, pórtese bien. Se lo suplico. —Varley suspiró como si le estuviera rezando al niño Jesús.

—Lo intentaré... —Velen continuó mirando a Daniel mientras este le daba la mano con fuerza a Indira y sonreía por fin.

—Sentémonos, pidamos algo sin alcohol y les pasaré los dosieres. Son de alto secreto, así que...

El hombre habló un poco más, sobre todo con Indira. Ella atendió a sus palabras con seriedad, asintiendo en silencio.

El barman les llevó unas bebidas y cacahuets recién sacados de la bolsa, no fuera a ser que el vampiro se los tirara a la cabeza o, peor, siguiera con las explicaciones sobre anomalías genéticas.

Daniel, incómodo, tampoco pudo dejar de observar al vampiro mientras este bebía su vaso de agua mineral y se tomaba una pastilla roja para inhibir sus instintos, algo que todos los vampiros tenían obligación de hacer si querían salir de casa y hacer su vida.

No pudo negar que era un tipo elegante, atractivo y raro. Si se fiaba de las palabras de su padre, Velen no era de confianza. Y, sin embargo, fue incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos ambarinos, grandes y a la vez rasgados, que le observaban con una intensidad que le estremeció de pies a cabeza. Este no parecía tenerle miedo, por la postura relajada que había adoptado. De hecho, le sonrió en diversas ocasiones mientras se comía unos cacahuets. Era raro de cojones.

Indira notó cómo saltaban las chispas entre ambos y no supo cómo interpretar aquello, pero ya se veía haciendo de niñera. Tendría que pedir un aumento de sueldo.

Que Brahma⁴ le diera fuerzas, porque las iba a necesitar.





Antes de la tormenta

Tras dejar todo bien atado con el alcalde de Londres, este se fue a su casa y Daniel volvió a la logia para hablar con su padre y ponerlo al corriente de las novedades.

A su vez, Velen e Indira se dirigieron al apartamento de esta en Southall, para presentarle a Kyle, el cual también quería conocerlo al fin. Por fortuna, había dejado de diluviar y caminaron tranquilos tras salir del metro.

En ese barrio predominaban las familias de origen indio. Indira había residido en él durante la infancia y la adolescencia, así que ella y su marido optaron por hacer vida allí, para que la mujer estuviera más cerca de sus padres.

—Ellos preferían que me casara con un buen chico indio, tener una boda hindú por todo lo alto... Me presentaron como a diez posibles candidatos... Ya sabes... —comentó ella mientras caminaban por Havelock Road, pasando por delante del templo Gurdwara Sri Guru Singh Sabha.

Velen pudo admirar el gran vitral, azul y rojizo, en la parte delantera del edificio y atisbó desde allí la enorme cúpula dorada.

—Pues les salió el tiro por la culata.

—Al principio no les hizo ni puta gracia que comenzara una relación con un alû y que no les pudiéramos dar nietos. Pero al final se los acabó ganando porque tengo un marido irresistible. ¡Ah! Además, es cocinero en el restaurante de *sushi*⁵ donde lo conocí. ¡Y me encanta el *sushi*!

—Así que te conquistó por el estómago.

La carita picaresca que puso ella hizo que Velen supiese que no se trataba de ese tipo de comida, sino de otra cosa. No pudo evitar carcajearse.

—¡Serás zorra! Tú y yo nos vamos a llevar bien. —Empujó a la mujer con levedad para no hacerle daño, pues los alû eran más fuertes.

—*Umm*, tienes más peligro tú que yo. Menudas miradas que le has echado al novato... Un poco más y te lo comes allí mismo.

—¡Tengo ojos en la cara! Y sí, es mi tipo. Menos por lo de que sea un cazavampiros... E hijo de Oliver Lennox —reconoció poniendo cara de asco mientras llegaban a un edificio de tres pisos y ladrillo visto.

—No sé mucho de masones, ni de la logia Misericorde. Solo que son los que se encargan de ir a por los alû sediciosos —comentó Indira tras abrir la puerta principal del bloque de apartamentos—. Nosotros evitamos conatos de insurgencia o ataques terroristas. Da igual el bando.

—Si no fuera por tu departamento, esto sería una batalla campal. En cuanto a Oliver... Me temo que nos llevamos fatal desde hace años.

—¿Por qué? —preguntó ella cuando subieron por las escaleras hasta el segundo piso.

—Porque es un amargado, un capullo insensible, un gilipollas y soy el único que se lo he dicho a la cara. No le tengo ningún miedo, ni a él ni a ninguno de los suyos. Y como soy intocable, le jode.

—Vale. Buenas razones.

Entraron en el piso. Las luces estaban atenuadas y sonaba una agradable y moderna melodía de piano.

—¡Cariño, ya estamos en casa!

Un alû bastante alto, de casi dos metros y complexión esbelta, apareció al encuentro de ambos: lucía un cabello plateado y liso por encima de los hombros, sus ojos almendrados eran de un verde muy claro. La piel pálida y los labios faltos de color no le hicieron menos atractivo. Aparentaba tener unos cuarenta y cinco años en el cómputo oficial.

De haber tenido las orejas terminadas en punta, sería la viva imagen de un elfo de *El Silmarillion*.

—¡Hola! —los saludó con voz aterciopelada y una sonrisa amplia. No tenía los colmillos demasiado prominentes. Era probable que se los hubiese limado.

En el pasado, cuando aún vivían entre las sombras, los humanos normales se los arrancaban para atormentarlos.

Kyle se inclinó para besar a su esposa con mucho cariño y luego le hizo una reverencia leve a Velen.

—Éanna —musitó.

—Éanna —parafraseó Velen con una sonrisa, pensando en que su nueva amiga tenía un excelente gusto por los hombres.

Indira sabía que era la forma amistosa que usaban los alû para saludarse y que venía del antiguo sumerio, aunque había ido evolucionando, como toda lengua antigua.

—Es un placer conocer al famoso Velen y tenerlo en nuestro hogar. He oído tantas cosas sobre tu persona...

—¡Espero que sean malas! Y también que soy un hombre muy guapo, talentoso y tristemente soltero. —Le dio la risa tonta—. Os tengo envidia, hacéis una pareja preciosa.

Indira se abrazó a la cintura de su marido y lo miró con cara de tonta. Él le acarició el pelo con dulzura.

—¿Te gusta el *sashimi*⁶? —Él miró a Velen.

—¡No tanto como a tu mujer! —se burló—. Pero sí. Y también puedo comer arroz, no te preocupes.

—Entonces es cierto lo que se cuenta de ti: ingieres alimentos cocinados...

—No todos, pero sí algunos. Aunque mejor no te cuento lo que me cuesta hacer mis deposiciones...

—¡Velen! Por Dios, vamos a cenar —lo espetó ella ante las risas Kyle.

Este dirigió a su invitado hacia la mesa del salón, ya lista para sentarse a cenar, mientras Indira sacaba una botella fría con un líquido rojo y espeso. En la etiqueta se podía leer: «Producto certificado por la YPC», la empresa farmacéutica pionera en ese tipo de alimentos.

—¿Quieres? Es sintética, no de origen animal.

—Sí, claro, es la que suelo tomar. Mi casa parece una farmacia con tantas pastillas y suplementos.

Kyle se echó a reír al escucharlo.

—¿Qué haríamos sin los de la YPC. Nos salvan la vida.

Depositó unos palillos de madera junto al plato de Velen y se quitó el delantal para sentarse, mientras su mujer llenaba sus copas de aquella bebida que emulaba la sangre y contenía todas las vitaminas y agregados necesarios para los alû: vitaminas C, K, B12, eritropoyetina⁷ y hierro, junto a otras tantas cosas como colorantes, espesantes y saborizantes. Ella, por descontado, abrió una cerveza japonesa para degustar mejor su comida favorita.

—¿Os habéis preguntado en alguna ocasión qué sucedería si no pudiésemos adquirir todo esto? Quiero decir... Las pastillas, las bebidas... O que no hubiera una regulación con el tema de las donaciones de sangre para nosotros. —Velen deslizó el tema sobre la mesa dando cuenta de varios trozos de atún rojo, los cuales degustó sintiendo ese sabor salado y a la vez delicioso.

—Que volveríamos a lo de antes. Y si ya nos odian, nos consideran de segunda y nos temen, querrían destruirnos a toda costa. Por suerte, Glenda Craig ha conseguido muchas cosas buenas durante estos quince últimos años... —comentó Kyle—. Es una persona maravillosa. ¿Qué haríamos sin ella?

Indira y su nuevo compañero de trabajo cruzaron miradas un segundo, apesadumbrados.

Entonces Velen se quedó contemplando la botella de sangre artificial. Se podía adquirir sangre de animales, pero no de personas. Solo acceder a la de estas últimas por motivos de salud. Y eso le recordó que habían drenado al duque de Kent.

Su cabeza comenzó a dar vueltas de forma vertiginosa, como si disociara. Solo estaba pensando con mucha profundidad, ahondando en las capas internas de su complicada mente.

Indira y Kyle se miraron con asombro al verlo tan quieto.

—Existe todo un mundo de productos de estraperlo —soltó de pronto—: La sangre humana que no cubre el Servicio Nacional de Salud es un bien escaso y primero van los tuyos, Indira. No me lo tomes a mal, es lo lógico...

—Jamás lo haría —aclaró ella.

—Me temo que no podemos hablar del caso delante de Kyle, así que ya te contaré mi teoría en cuanto nos vayamos al piso franco, con nuestro amiguito Daniel.

—¿Daniel? ¿Piso franco? —indagó el otro alû.

—Cariño, te lo iba a contar esta noche. Pero tenemos un invitado muy bocazas.

—¡Lo siento! —exclamó Velen cogiendo con los palillos otro trozo de pescado crudo. Volvió a ser el hombre animado de siempre.

—Velen, Daniel y yo vamos a formar un equipo de investigación por... el crimen del que no te puedo hablar. ¡Daniel es cazavampiros!

—¡No! ¿En serio? De la Misericorde, imagino.

—Quieren que haya varias representaciones en el grupo: un alû guapo e inteligente, que soy yo, un cazador jovenzuelo y mono que nos proteja, por si las moscas, y una policía atractiva de alto nivel que supervise y además pegue tiros si hace falta. Somos como *Los ángeles de Charlie*, pero de la comisionada Dickens. ¿*Los ángeles de Temperance*?

Indira no se atragantó de puro milagro, muerta de la risa.

—También sé artes marciales —aclaró ella—. Y pego unas patadas en las entrepiernas que da gusto. Aunque no para el que las recibe.

—¡Pues mejor me lo pones, linda! Tienes que proteger mi cara bonita y mi intelecto superior. Y guárdame las espaldas, no vaya a ser que Daniel Lennox intente meterme una estaca por donde no me guste.

—¿Y si es por donde te gusta? —bromeó ella, picaresca.

—Entonces déjale hacer, que el pipiolo me pone tonto.

Kyle pensó en que su mujer se había ido a juntar con uno peor que ella en cuanto a guarradas sexuales se refería.

—Habéis dicho Lennox... —Su expresión afable cambió.

—Sí, Daniel es el hijo de Oliver Lennox —aseveró Velen—. Y por tu cara creo que nos cae igual de mal.

—Si no fuera por las leyes que nos amparan, ese hombre seguiría matándonos a sangre fría sin hacer distinciones. Para él somos todos una aberración de la naturaleza que merece la extinción. Lo único que me consuela es que dentro de unos años él morirá y yo lo sabré porque seguiré aquí... —Luego miró a su esposa al percatarse de que no tendría que haberse dejado llevar por la ira—. Lo siento, mi amor...

Ella le tomó de la pálida mano para apretarla con cariño, añadiendo una sonrisa apaciguadora.

Velen se puso un poco triste al verlos: ella cumpliría años, envejecería y moriría. En cambio, a Kyle le quedaba mucha vida por delante. Sin embargo, también envidió lo que tenían.

El alú de ojos ambarinos era distinto a todos, una alteración genética única. Los suyos le evitaban en general y los humanos solo se acercaban a él por interés o curiosidad.

—Creo que es hora de irme a mi lujoso apartamento en Belgravia, enfundarme en ese pijama de gatitos y relajarme viendo una temporada entera de *Asesinos en serie*. —Se puso en pie agradeciendo la cena y la compañía.

—Nos vemos mañana por la noche, ya sabes donde... —Indira le tocó en el brazo.

—Sí, allí estaré. No tengo escapatoria.

Kyle le tendió el abrigo y la bufanda. Aprovechó entonces para posar su delicada mano encima del hombro de su congénere.

—Cuida de mi mujer —le pidió.

Velen asintió sin decir palabra, solo guiñando un ojo.

Después de eso se fue y el matrimonio se quedó a solas.

—Mi amor, puedes encomendarle tu vida. Ese hombre es más de lo que aparenta: más que una sarta de bromas absurdas, o datos curiosos... Hazme caso.

—Si tú lo afirmas, entonces confiaré ciegamente en ello —asintió Indira—. Y ahora, quiero mi *sushi*.

—¿A cuál te refieres? Porque en la mesa te has puesto fina.

—¡Voy a estar un tiempo indefinido sin recibir mi ración! ¿A cuál crees que me refiero, zopenco?

—Eres insaciable... Pero no me quejo.

Ambos se echaron a reír en cuanto él la cogió en brazos y se la llevó al dormitorio...



Daniel Lennox aparcó delante del apartamento donde residía Velen: en el 78 de Eaton Square. El edificio, de color hueso y cinco plantas asentadas sobre un soportal de columnas neoclásicas, tenía a casi todos sus vecinos en casa, excepto en el último piso, que las luces permanecían apagadas. Sabía que ese era el de Velen.

El joven se apeó del Morgan y abrió el maletero un poco, revisando que tenía todo lo necesario para cumplir su labor durante el tiempo que durara la misión. Se lo tomaba muy en serio, ya que desprestigiar su apellido y fallarle a su padre no entraba en sus planes. Este había depositado

toda su confianza en él y le había pedido que lo vigilase.

—Vaya, dichosos los ojos...

Daniel se dio la vuelta con un respingo tal que se pegó en toda la frente con la puerta del maletero y cayó de bruces sobre el asfalto, quedando inconsciente.

—¡Joder! ¿Estás bien? ¿Daniel? —Velen se acercó ya que el chico tenía una pequeña herida sangrante y el viscoso líquido se deslizó por su ceja. No pudo evitar tragar saliva cuando el metálico olor inundó sus fosas nasales.

El hombre se apresuró a tapar la brecha con un pañuelo.

—Mierda, mierda, mierda...

Velen lo sujetó haciendo un gran esfuerzo por no lamerle como un perverso aquel delicioso néctar que brotaba de su frente.

Unos vecinos, que estaban paseando a su perro, los miraron con mala cara. A Velen no le gustó. Su piso era el único lugar confortable para él.

—Perdonen, mi amigo está borracho como una cuba y se ha mareado.

Lo único que se le ocurrió fue subirlo a su apartamento, curarle la herida y comprobar que no tuviese una conmoción grave.

Ya en la puerta del apartamento, Daniel pareció recobrar un poco la conciencia, pero no lo suficiente como para ser sabedor de dónde estaba.

El alú lo tumbó sobre el elegante Chester y corrió al baño, donde estaba el botiquín. El olor a sangre lo estaba mareando demasiado y Daniel tenía el rostro ensangrentado por la brecha en la ceja.

Le taponó la herida con fuerza, presionando la venda hasta que la herida paró de sangrar. Acto seguido, Velen cortó un esparadrapo y lo pegó en su cara. Con unas toallitas húmedas limpió los restos de sangre y tiró todo a la basura, agobiado por el afán de beber. Eso le mareó de nuevo, pero intentó mantener la compostura.

Se tomó otro comprimido rojo que sacó de su pastillero y bebió un buen trago de agua.

—¿Dónde estoy? —le escuchó decir.

Velen se giró hacia el joven, que se mantuvo quieto sobre el sofá, con la visión un poco borrosa.

—En mi apartamento...

Daniel, al percatarse de quién estaba sobre él y le tocaba el rostro, se levantó como pudo, asustado y enfurecido consigo mismo.

—¡N-no me toques!

—Ey, ey. Relájate. Si hubiera querido matarte ya lo habría hecho, ¿no crees? Además, te he curado.

El joven se tocó la ceja, dolorido, comprobando la veracidad de sus palabras. Eso le tranquilizó un poco, aunque intentó seguir en guardia. Le habían enseñado que fiarse de un vampiro era obtener a cambio una muerte asegurada.

Velen se acercó a Daniel con intención de ayudarlo a tumbarse de nuevo, pero este se sacó del abrigo una puntiaguda estaca de plata y la blandió frente a él.

—No intentes tocarme nunca más, o te juro por Dios que te clavo la estaca hasta el fondo.

—Uf, chico... No me digas esas cosas, que lo puedo malinterpretar... —susurró echándole un ojo al arma: plata de primera calidad, robusta, con una afilada cruz sobresaliendo de la parte trasera. Marca de la casa Misericorde.

Con mano firme la cogió, apartándola, para pasmo de Daniel.

—Me parece que tu padre no te ha contado gran cosa sobre mí. Pero ya te digo que la plata no me hace nada y el cobre solo me produce una ligera alergia. Así que como no tengas algo más contundente, te voy a comer... —añadió mirando la boca del chico de forma directa. Se fijó en la cicatriz que le partía el labio superior, en la zona izquierda—. ¿Quién te hizo eso en los preciosos labios que tienes? ¿Algún vampiro malo en una dura pelea?

Daniel reculó, acalorado por su indirecta y confuso por lo de la plata. De pronto se vio desarmado en varios sentidos. Lo primero que se le vino a la cabeza fue mandarlo a la mierda. No obstante, se sinceró:

—M-me lo hice de niño, con el canto de una mesa... —masculló.

Velen se rio a carcajadas porque no se esperaba semejante *plot twist*⁸. Pero habiendo sido testigo de su mala pata, que estuviera vivo resultaba un milagro dada su profesión.

—¡No te rías, puto vampiro! —bramó muerto de vergüenza.

—¡Eh! ¡No me llames puto vampiro, llámame puto alû! —le ladró Velen, muy digno.

Daniel se quedó turbado de nuevo. Estaba mareado en exceso y la cabeza le ardía.

—Haz el favor de prescindir de la estaca. —Se la quitó del todo para dejarla sobre la mesa—. Recuéstate en mi elegante Chester⁹ y pórtate bien. Voy a comprobar que no tienes una conmoción. ¿Me permites que te toque?

El cazavampiros emitió un gruñido que Velen interpretó como un sí.

Este comprobó que no tenía las pupilas muy dilatadas, y observó de cerca el precioso color azul de sus ojos. Los tenía muy bonitos, sin duda.

—¿Te duele la cabeza?

—Me pesa.

—¿Ves borroso? —Daniel tenía el atractivo rostro de Velen a pocos centímetros del suyo y se fijó muy bien en lo rojizos, amplios y sensuales que eran sus labios. No los llevaba pintados como otros vampiros.

—Veo bien.

—¿Nauseas? ¿Zumbidos?

—No...

—Creo que solo te has dado un buen porrazo, pero nada que lamentar. Aunque si lo prefieres llamo a una ambulancia... O a tu papi —bromeó apartándose un poco, con cuidado.

—No, me iré en mi coche. —Hizo el amago de levantarse, pero se mareó y tuvo que desistir.

Velen, para que el joven no estuviera tan tenso, se sentó en la otra punta del sofá, apoyándose en el reposabrazos. Hasta se quitó los zapatos.

Daniel no pudo evitar fijarse mejor en su elegancia natural, en su pelo sedoso y en sus ojos color ámbar oscuro. El muy cabronazo era guapo a rabiar. Eso ya lo sabía, por supuesto, pero le producía una extraña sensación que no conseguía catalogar.

—¿Qué hacías delante de mi casa?

—Mi padre me lo pidió. —Optó por la sinceridad.

—Pues no me hace ninguna gracia que le hayan facilitado a un par de cazavampiros la dirección de mi residencia. Tendré que poner una queja oficial.

—No pretendía cazarte.

—Vaya, qué pena. Hubiera sido muy interesante. —Le guiñó un ojo a Daniel, que se puso rojo.

—Solo te iba a vigilar. Mi padre no confía en ti. Nada en absoluto.
—No le caigo muy bien, que digamos... —Empezó a reírse.
—Sus razones tendrá —gruñó.
—Supongo, pero en ocasiones pueden ser razones equivocadas. No me conoces. Si lo hicieras me juzgarías de otro modo, estoy seguro.
—Lo dudo...
—¿Quieres que llame a un taxi? ¿Dónde vives?
—Esta noche me quedo en el Ritz, pero iré por mi propio pie —contestó con cabezonería.
—Bueno, yo no tengo ninguna prisa. Estás invitado a quedarte el tiempo que necesites hasta recuperarte del golpazo que te has dado.
Daniel se sonrojó de vergüenza. Vaya cazador estaba hecho, incapaz de sentir la presencia de un vampiro tras él mientras se suponía que lo debía vigilar. Si su padre se llegara a enterar...
—No me fío una mierda de ti.
—Me parece bien. Chico listo. Pero te repito: te podría haber hecho lo que me hubiese dado la gana, desde hincarle el diente a ese cuello tan sexi que tienes, hasta matarte con tu propia estaca.
Daniel sintió un escalofrío por todo el cuerpo y se puso tenso.
Al percatarse, Velen optó por cambiar el tono de la conversación por uno más animado. Se le ocurrió pasar el rato con una tontería que, de paso, hiciera que Daniel supiera más cosas sobre él.
—¿Has visto o leído *Entrevista con el vampiro*? —indagó el alú.
—¿Qué?
—Sí, la película de Tom Cruise. O la novela de Anne Rice.
—No.
—Bueno, da igual. Es lo que vamos a hacer.
—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?
—Tú me entrevistas y yo te cuento mi vida.



Entrevista con el vampiro

Contra las cristaleras de los ventanales, se escuchó el ruido de la lluvia repiquetear, así como un vendaval violento silbando con intensidad. El parón de la borrasca había sido breve.

Velen asió un mando que tenía encima de la mesa de centro e hizo que unas persianas automáticas bajasen hasta poco más de la mitad de todas las ventanas de la estancia. También subió la calefacción.

—¿Q-qué haces? —inquirió Daniel con la cabeza embotada por el golpe.

—Crear un ambiente relajado e íntimo. Cuando empieza a salir el sol, las persianas bajan del todo de forma automática y se corren las cortinas. Pero ponte cómodo, quítate el abrigo ese que pesa como un muerto por culpa de los cachivaches que llevas escondidos.

Daniel, con mirada recelosa, se despojó de la prenda no sin dificultad: efectivamente estaba llena de chismes anti-vampiros; estacas, dagas, un par de revólveres y otras tantas cosas nocivas para los alû.

También se quitó la casaca manchada de sangre. Sobre la camiseta blanca de manga corta pegada al cuerpo, llevaba una especie de arnés donde colocar más utensilios y del cuello le pendía una cruz de plata.

El alû tragó saliva: aquel chico estaba tremendo. Le observó en silencio mientras lo veía coger uno de los revólveres, comprobar el tambor y dejarlo sobre el regazo.

—¿Eres consciente de que tienes que confiar en mí?

—Ni muerto.

—Espero que eso no suceda... Y, ahora, empecemos la entrevista. Pregunta lo que quieras. — Se arrellanó en el sofá, cruzando las largas piernas y moviendo los dedos de los pies bajo los calcetines con estampado de ositos.

Daniel dudó unos segundos, confundido. Estaba bien conocer al enemigo, si es que este decía la verdad. Pero con aquel tío tan tarado era difícil saber cuándo era sincero y cuándo estaba de guasa.

—Lo único que sé de ti es que eres especial para el gobierno y tienes casi todos los privilegios de los humanos.

—Yo también soy un ser humano. Un *homo sapiens carensis*¹⁰. Eso tú ya lo sabes, lo que pasa es que te han metido en la cabeza que no merezco ser considerado una persona.

—Que procedamos de un ancestro común no nos hace iguales en absoluto —rebatíó.

—Y te doy toda la razón: no somos iguales. Te diría que estamos a un nivel evolutivo muy superior, pero resulta que vivimos bastante jodidos. ¿Cuántos quedamos? El censo oficial indica que... —Contó con los dedos de las manos—. ¿Tres millones en todo el planeta? Una puta birria. Pero no hablemos de eso, sino de mí. Insisto: pregunta lo que quieras.

—¿Por qué eres distinto del resto? —Fue al grano a ver si se daba prisa en responder y lo

dejaba largarse de una vez al hotel.

De lo que no se percató Daniel, fue de que Velen lo estaba haciendo para que se pudiera recuperar antes de coger el coche.

—Hay que remontarse hasta 1934, después de que los nazis comenzaran a recuperar los territorios prusianos perdidos por el Tratado de Versalles. Ese fue el año de mi nacimiento...

—¡Es no es posible! —lo cortó removiéndose en su sitio—. Tu apariencia es la de un vampiro mucho más mayor de noventa años. Si me vas a mentir, me voy. —Hizo amago de levantarse, pero Velen lo agarró por la muñeca para retenerlo y su gesto hizo que acabara con el cañón del revólver sobre la frente—. Puede que la plata no te afecte, pero un balazo en la cabeza haría que tus sesos se esparcieran por el sofá.

El alû soltó a Daniel y sonrió de lado, reculando de nuevo hasta su sitio.

—No te sulfures tanto que, con lo torpón que eres, se te dispara el arma y damos por terminada la entrevista.

—Pues entonces no me toques más y deja de mentir. —Él también volvió a su posición inicial.

—Te he contado la verdad: envejezco mucho más rápido que mis semejantes. Tengo noventa años y aparento treinta en lugar de dieciséis. Además, mi pelo es mucho más oscuro, mi piel no tan pálida, mis ojos de un color poco común y puedo comer cacahuetes... Pregúntale a tu padre, vamos, llámalo si no me crees. Él tiene toda esta información. —Lo animó a ello con un ademán de la mano.

—No hace falta —respondió con gesto ceñudo. Si su padre supiese que estaba en el apartamento de Velen, iría a matar al vampiro sin pensárselo dos veces—. ¿Y por qué te pasa eso? Alguna razón científica habrá —preguntó para seguir con la conversación y que no mentara a Oliver.

—Soy una atractiva anomalía genética. Porque guapo he salido, eso no lo duda nadie.

Daniel bufó.

—Algo más tiene que haber para que goces de esos privilegios.

—Que soy un genio con un cociente intelectual de 180. He aprendido a comportarme, a entender a la gente, pero en el pasado no fue fácil lidiar conmigo.

—¿Y por eso trabajas para la policía?

—No trabajo para la policía. Ellos me contactan cuando les interesa. Aunque no soy muy popular. Me temo que los genios somos unos incomprensidos. —Se puso en pie y fue hasta la nevera para sacar una botella de agua. Aún perduraba la sed en su paladar por culpa del olor a sangre en el ambiente.

—De acuerdo. Retrocede al día de tu nacimiento. —Daniel no lo quiso reconocer, pero le estaba comenzando a interesar aquel tipo.

—No conocí a mis padres y me crio una mujer de origen prusiano que no era alû. Agna se llamaba, y me dio su sangre hasta que fui capaz de morder yo mismo a algunos animalillos. —En la voz del hombre hubo un deje afligido y melancólico que entristeció a Daniel sin que pudiese evitar sentir empatía—. Velen es la ciudad donde ella nació, así que me puso ese nombre. También me salvó la vida durante la ocupación nazi, porque ya sabes que esos malnacidos hacían experimentos con nosotros.

—¿Y cómo lo consiguió?

A Velen le alegró captar la atención de Daniel.

—Cuando los británicos llegaron a nuestra zona en 1946, tuvimos la gran suerte de poder

viajar hasta Londres. La razón fui yo: un alû poco común y digno de estudio. Puede que entonces no existiéramos de forma oficial, pero los gobiernos eran conscientes de nuestra presencia. Agna se ocupó de mí hasta que yo me ocupé de ella. En 2001 falleció a los ochenta y siete años. Ella ha sido mi única familia... —suspiró.

Daniel, con la mano floja sobre el revólver, le observó con menos suspicacia. De algún modo lo compadeció.

—Yo me crie sin madre —musitó el chico.

—Lo lamento, me consta que la mató un alû muy peligroso y me imagino que por eso «nos» odias tanto. Pero estás equivocado al creer a pies juntillas que todos somos unos depredadores sin corazón.

Velen inspiró, mordiéndose el labio inferior, aguantándose las ganas de explicarle unas cuantas cosas más al joven. Sin embargo, él no era quién para sacarlo de su error, sino responsabilidad de Oliver.

—Apenas la recuerdo —susurró Daniel—. Tú al menos tuviste a una mujer que te cuidó.

—Y que me quiso, tanto como yo a ella. Aunque te cueste creerlo, también tengo corazón y sentimientos... —musitó guiñándole un ojo.

—No me tomes por idiota, eso ya lo sé. Pero como comprenderás, soy un cazavampiros y tengo que estar en constante alerta. No sé con qué tipo de vamp... de alû —corrigió de mala gana—, me voy a encontrar.

—Dentro de lo malo, te has tropezado conmigo —ronroneó mirando a Daniel con cara de cachorrito—. Soy un peligro para los chicos guapos, como tú, pero no hago daño a nadie... Más bien doy placer...

Velen se sentó al lado del joven, deslizándolo el brazo por el respaldo del Chester.

Daniel se puso en pie de un salto a pesar del mareo, volvió a colocarse la casaca y asió su abrigo con la intención de irse.

—¡Eh! ¡No me has dejado seguir!

—¡No quiero saber nada más! ¡Esa parte de tu vida y tus múltiples ligues no me interesan una mierda! —escupió, rojo como la grana, avergonzado al sentirse de aquella forma tan rara. Velen lo perturbaba con sus indirectas.

El alû le siguió hasta la puerta y se puso en medio para evitar que saliera.

—¿No te apetece quedarte hasta el amanecer? No me perdonaría que tuvieras un accidente de coche.

—¡No! Y apártate, quiero irme.

Volvió a sacar el revólver.

Velen se lo podría haber quitado de un manotazo, pero dejó que siguiera manteniendo la confianza en sí mismo.

—De acuerdo... —Se desplazó y le abrió como un caballero, haciendo una reverencia.

Daniel salió de lado, como los cangrejos, sin quitarle ojo de encima. Trastabilló un poco, apoyándose en la pared.

—Mira, no puedo dejar que vayas solo, te marees, tengas un accidente, te mates y me dejes con las ganas de darte un morreo.

—¡Pero qué coño dices! ¡No va a haber morreo jamás!

—Espérame, voy a por un abrigo y mis zapatos.

Daniel se dio la vuelta de camino a las escaleras, sin esperar, pero Velen fue muy rápido y las

bajó tras él.

Ambos llegaron al coche bajo la torrencial lluvia y el alú le quitó las llaves del Morgan en un visto y no visto, así que Daniel solo tenía dos opciones: quedarse allí, mareado bajo el aguacero, o permitir que ese imbécil lo acercara al Ritz.

—¡Haz el favor de entrar! Si quieres me encañonas hasta allí, como si me estuvieras secuestrando.

—¡El que me ha secuestrado eres tú! —respondió de mala gana, subiéndose en el lado del copiloto y cerrando la portezuela para no mojarse más.

—De nada.

—¡No te he dado las gracias! —Un fuerte pinchazo le hizo gemir de dolor y apretarse la zona de la ceja.

—¿Lo ves? No estás para conducir. —Velen arrancó y se puso en marcha hacia el famoso hotel de lujo—. No sé qué sería de ti si no estuviera yo para cuidarte.

—Hay que joderse... Se supone que la oficial Kaur y yo somos los que tenemos que repeler cualquier ataque o enfrentamiento, no tú.

—Creo que debemos cuidarnos entre los tres. Somos un equipo, Daniel.

Este no fue capaz de replicar porque sabía que Velen tenía toda la razón, aunque no le hiciera la menor gracia.

—De acuerdo... —gruñó a desgana.

—Esa cicatriz que te cruza el rostro... ¿Cómo te la hiciste? ¿También con el malvado pico de una mesa? —Velen volvió a cambiar de tema para no parecer demasiado serio.

—Tenía diecisiete años y fue durante un entrenamiento con mi padre.

—¿Te la hizo él?

—¡Por supuesto! Y estoy muy orgulloso, así que no te atrevas a burlarte de ella. —Frunció el ceño y volvió a dolerle la herida.

—Me parece súper sexi.

Daniel le miró, estupefacto, sin saber dónde meterse. Giró el sonrojado rostro hacia la izquierda y observó las luces mezcladas con las gotas que se deslizaban por la ventanilla.

El coche pasó por Picadilly en dirección al Ritz Hotel. De camino escucharon las sirenas de la policía, pero no supieron más ya que el sonido se fue perdiendo en la noche.

Dejaron el Morgan a cargo del responsable de los automóviles, no sin sacar antes una maleta llena de torturadoras armas anti-vampiros.

Daniel hizo el *check in* y Velen lo acompañó hasta la habitación al comprobar que el joven todavía seguía aturdido.

—¿No me invitas a entrar? —indagó Velen con expresión de corderillo.

—¡Vete a tu casa!

Abrió la puerta y se coló en la estancia. El alú impidió que la cerrara, lo asió del abrigo y le plantó un beso en la mejilla que dejó a Daniel sin aliento, con el estómago encogido.

—Buenas noches, Daniel Lennox.

Velen lo soltó y se fue casi corriendo, dejando patidifuso al joven, plantado enfrente de la puerta blanca con molduras, mirándola con fijeza. Pestañeó de pronto y sintió que tenía las piernas hechas de gelatina, así que cerró, se dio la vuelta y se tambaleó hasta la cama, en la cual acabó por sentarse, taquicárdico.

—Joder... P-pedazo de cabrón... —Llevó la palma de la mano hasta el lugar del ósculo,

ruborizado.

Se quitó la ropa para darse una ducha y, bajo el agua caliente de esta, siguió dándole vueltas a todo aquello.

Velen era peculiar hasta decir basta, raro de cojones, insoportable, hablaba por los codos y... le cautivaba tanto como le repelía. Una especie de atracción fatal a la que era complicado resistirse. Estaba claro que a los dos les gustaban los hombres, pero...

—Pero qué mierda... —siseó enfadado.

Salió de la ducha, se curó de nuevo la brecha de la ceja y se enfundó en una camiseta limpia y su ropa interior.

El móvil sonó un momento y eso le hizo pegar un respingo. Pensó que sería su padre. Sin embargo, el mensaje llegó por parte un número desconocido.

«Hola, Daniel. Soy Velen. Tengo tu número porque me lo pasó Indira. Solo te quería pedir perdón por lo que he hecho antes. No volverá a suceder, palabrita de vampiro bueno.

—¿No volverá a suceder? Será...

Aquella afirmación lo cabreó sin poder entender las razones.

»Más te vale si no quieres que te cace en serio, imbécil.

«No sé cómo tomarme eso de que me caces...

»Te la estás jugando. Me has robado mi primer beso, aunque haya sido en la cara.

«No te creo. A un chico tan guapo como tú han tenido que darle muchos besitos XD

»Cree lo que te salga de los cojones y déjame descansar en paz, que tengo sueño y me voy a la cama.

Lo escribió con la esperanza, absurda por completo, de que Velen hiciera lo contrario de lo que se le exigía y se le ocurriera la loca idea de volver a subir.

«¿Te has leído Buenos Presagios, de Neil Gaiman?

«Sí, hace años. ¿Y eso a qué viene?

»El ángel Aziraphael y el demonio Crowley, a menudo frecuentan el Ritz para tomarse unas copitas. Ya sabes, el bien y el mal haciendo migas. ¡Qué descanses!

—Madre mía... ¿Qué ha querido decir con eso...?

No le contestó el último mensaje, enfadado como estaba. No sabía si por el beso o porque le atrajera la idea de que volviera a pasar.



El alû, mientras volvía en taxi a Belgravia, pensó en que no había estado nada mal robarle un besito de buenas noches. Esperaba que Daniel no se vengara durante la aventurilla detectivesca, pegándole un tiro en la nuca o por apuñalamiento a traición.

Sabía que entre ellos no podía pasar nada, aunque el chico le cautivara. Por lo tanto, eso que se llevaba de recuerdo. Daniel era una monada, con sus adorables rizos, sus cicatrices, su mediana estatura, su cuerpo bien cincelado, su mal genio... Parecía buena persona, no como el capullo de su padre.

Velen jamás había sido capaz de mantener una relación estable. Con un alû no podía, porque a

él se le consideraba un bicho raro. Además, cuando elegían pareja era para toda la vida y su existencia siempre sería más ínfima. Casi lo tuvo con uno de ellos, pero fue un capullo.

Los humanos, por su parte, solo buscaban en él el morbo de acostarse con un vampiro. Hasta querían que les diera el beso de sangre, ese que tanto demandaban sentir por pura perturbación, y que solo se compartía con la pareja. El beso de sangre era el culmen del amor incondicional. Sellaba el afecto mutuo de dos almas gemelas. Morder y chupar la sangre del otro era un acto muy íntimo, así que no podía ni quería dárselo a cualquier amante esporádico. Al final todos le dejaban, decepcionados, por no conseguir de él ese mordisco, ese beso de sangre.

Todo aquello lo convertía en una solitaria *rara avis*.

—Es lo que hay... —suspiró mientras el taxista no dejó de mirarlo por el retrovisor, acojonado por llevar detrás a un vampiro.

El conductor pensó que, desde la injusta ley donde todos estaban obligados a dar servicio a esos engendros, no había podido negarse a trasladarlos y que aquella mujer de la cámara baja, Glenda Craig, era la culpable. Ojalá desapareciera del mapa, como todos sus congéneres.

Dejó al vampiro frente al bloque de elegantes y carísimos apartamentos que este le indicó y recibió una buena propina que guardó con rapidez.

—Buenas noches... —susurró Velen, mirándolo a través de los ambarinos cristales de sus gafas, sonriendo para que se le vieran bien los colmillos—. Tenga cuidado, la tormenta parece que va a empeorar... —susurró poniéndole los pelos de punta al taxista.

El alû descendió, cerró la puerta y cruzó hasta la acera de su portal. A sus espaldas escuchó el sonido del taxi al acelerar con fuerza y eso le arrancó una sonrisa de satisfacción.

—No tienen remedio...

Entró en el bloque, subió por el ascensor y se dio cuenta, al entrar en el apartamento, de que Daniel se había dejado la estaca encima de la mesa de centro. La cogió, observándola: era nueva. Daniel nunca la había usado contra nadie. Luego la depositó en el mismo lugar, tomó el mando que estaba al lado y bajó del todo las persianas.

Anduvo en calcetines hasta su habitación para hacer la maleta con todo lo necesario. La noche siguiente comenzaría una nueva correría detectivesca.

Sacó de un cajón de su mesilla una vieja foto, rota por los bordes, amarillenta. En ella posaba con Agna, sentados sobre un sofá. Él en su regazo, con mirada inocente: ella con gesto cansado, carente de la belleza que tuvo en su juventud.

Por aquel entonces ya residían en Londres, en un pequeño apartamento situado en el Soho. Agna hizo de todo para poder criarlo, sufragada con la pequeña asignación que el gobierno británico le daba por mantenerlo escondido, lejos de las miradas curiosas. Por eso el barrio chino fue un buen lugar para vivir.

En algunas ocasiones, hombres de ese gobierno se lo llevaban para hacerle pruebas médicas, pero siempre lo devolvían a casa sano y salvo. Era tan pequeño que apenas tenía remembranzas de aquel entonces.

Durante las décadas siguientes, como no podía salir apenas, se dedicó a estudiar todo lo que cayese en sus manos, a leer una ingente cantidad de libros y a informarse sobre los suyos con la ayuda de Agna, que había sido una especie de familiar para los alû: una sirvienta que los atendía. Nunca le contó nada sobre sus padres, solo que estaban muertos y que le habían pedido que lo cuidase.

Mucho tiempo después, Agna comenzó a olvidar las cosas. A él también. Le solía decir que

era un chico muy guapo, pero era incapaz de reconocerlo. Al final murió feliz de algún modo, sin los malos recuerdos de una juventud llena de guerras.

Ese día, Velen supo que siempre estaría solo. Que nadie más lo aceptaría y amaría de la misma manera que Agna: de forma incondicional.

Y comenzó a crear una coraza, un personaje, un Velen ficticio, para que nada ni nadie le hiciese daño.



El incidente

Daniel se levantó de un salto en cuanto escuchó sonar su móvil. No fue la alarma del despertador, sino una llamada de la oficial Kaur.

Apenas había salido el sol y la leve luz se colaba por entre las cortinas.

—¡Dígame! —Se llevó la mano a la cabeza, aún dolorida por el tremendo golpe de la noche anterior. Le zumbó como si tuviera una mosca metida dentro, dando tumbos.

—Daniel, ¿has visto las noticias?

—N-no...

—De acuerdo, cuando salgas a la calle lleva visible tu identificación como colaborador policial, pero no te vistas con la ropa de tu logia. Anoche explotó una bomba en la estación de metro de Tower Hill, justo al llegar el tren a la parada.

—¿Qué?! —Se despabiló de golpe. Fue entonces cuando recordó que había escuchado muchas sirenas de policía mientras Velen lo acercaba al Ritz—. ¿Y cómo ha sido?!

—Por lo que me han contado mis compañeros, explotó sobre las doce de la noche. Están aún sacando cuerpos de los escombros. Hay fallecidos de ambos lados —explicó refiriéndose también a los alû—. Así que no saben si ha sido cosa de los humanos o de clanes insurgentes. Ahora mismo está todo el mundo en la calle, manifestándose por los alrededores del Palacio de Westminster.

—Dan por hecho que han sido los vampiros —afirmó Daniel poniéndose en pie y buscando un pantalón vaquero en su maleta. Puso el manos libres y se vistió a todo correr.

—En efecto. Además, ahora mismo no se pueden defender de ninguna acusación. El caso es que lo gordo comenzará cuando se ponga el sol y salgan. La policía ya se está preparando... Pero nosotros tenemos que quedarnos al margen, aunque nos complicará la investigación, me temo.

—Ya, es una mierda —espetó.

—Ve al piso franco. Yo acudiré en cuanto me libere de algunos asuntos... Estamos en nivel crítico en cuanto a ataques terroristas se refiere. —Hubo un suspiro al otro lado—. Sé que los alû no son de tu gusto, pero a mí me preocupa mi marido. Él no ha hecho nada...

Daniel se quedó callado un momento, pensando en ello.

—Seguro que estará bien mientras no ponga el pie fuera de casa —intentó darle ánimos pues le caía bien—. Y, bueno... Solo estoy en contra de los que intentan matarnos.

—Lo sé, me han informado bien sobre ti. Ve con cuidado, Daniel.

—Sí, oficial Kaur.

Colgó y terminó de ponerse la ropa, aunque se ajustó el arnés sobre la camisa para colocarse todo lo necesario en caso de que lo atacaran. Cogió la bolsa con sus cosas, guardó todo en la maleta y, escopetado, salió a por su coche tras devolver la tarjeta de la habitación.

Ya al volante de su Morgan, pensó en el marido de la oficial y luego en Velen. Estaban en

peligro si las turbas humanas se ponían violentas. No era la primera vez, ni sería la última, que pasaba algo así en cualquier parte del mundo donde los vampiros tenían permiso para residir. En unos cuantos países eran perseguidos y ajusticiados o se vulneraban los derechos humanos pactados a nivel global, en otros directamente se les prohibía la entrada.

Según Oliver, todos merecían castigo. Sin embargo, Daniel pensaba de forma distinta: les tenía animadversión, aunque solo pretendía acabar con los que fueran infames, como el que mató a su madre, el intocable hijo de la realeza vampírica: el príncipe Barend Rothschild.

Su familia era de las más antiguas, auténticos teutones¹¹. Contaban con absoluta impunidad ante los agravios y asesinatos cometidos en el pasado.

En cuanto a ese bárbaro, hacía tiempo que no se sabía nada de él, probablemente disfrutaba de una vida de lujos escondido en algún paraíso fiscal. Pero si algo tenía claro Daniel, era que lo castigaría con sus propias manos.

Con esos pensamientos condujo hasta las afueras de Londres, intentando evitar cortes de calles y carreteras, o pasando los controles tras enseñar su salvoconducto.

Seguía haciendo mal tiempo, con el cielo borrascoso y cargado de lluvia. Era un día gris, en todos los sentidos.

Le entró otra llamada, así que activó el manos libres. En aquella ocasión sí fue de Oliver.

—¿Ya lo sabes? —inquirió él de forma directa.

—Me ha informado la oficial Kaur.

—¡Putos locos! ¡Hay que ir a por ellos, hermano!

—¡Padre! —le gritó con fuerza para pararle los pies porque se veía venir una retahíla de barbaridades y no tenía la cabeza como para eso—. El cuerpo antiterrorista está investigando los hechos. No nos precipitemos...

—¿Una reunión con un vampiro y una mujer casada con uno y ya te han lavado el cerebro?

El joven se abochornó.

—No es e-eso...

Después hubo un incómodo silencio.

—Ten cuidado. —Tras ello, Oliver colgó sin más.

Daniel suspiró, desviando el auto hacia la carretera que llevaba a Greenwich, lejos de todo aquel caos. De pronto se le ocurrió llamar a Velen, aunque luego cayó en la cuenta de que estaría durmiendo... Desechó la idea de inmediato y se le encendieron las mejillas.

Apenas pudo pegar ojo dándole vueltas a las cosas que le había contado Velen y al, para nada inocente, beso en la mejilla. Entre eso, el dolor de cabeza y la llamada de Kaur, le pareció como si hubiese dormido solo cinco minutos, así que se sintió extenuado.

El GPS le indicó que estaba llegando a la dirección del piso franco, justo al acercarse al distrito de Greenwich, famoso por el meridiano cero y el observatorio por donde este pasaba.

El panorama le mostró un mar de prados verdes y, a lo lejos, la ribera sur del Támesis. Chocaba ver los altos y modernos edificios al fondo, rodeados de edificaciones de estilo neoclásico y *palladiano*¹².

Bajó por una de las calles hasta llegar a una zona de aspecto común y tranquilo, sin muchos vecinos. Aparcó el Morgan, se apeó con todas sus cosas y fue hacia el pequeño edificio de dos plantas y oscuro ladrillo visto, estilo georgiano¹³, con las molduras, puertas y ventanas de color blanco roto, un poco envejecidas. A pesar de todo, lo rodeaba un encantador y pequeño jardincillo.

—El 36 de Rosewood Gardens...

Cuando fue a meter la llave, la puerta se abrió de golpe y le hizo pegar un respingo, tropezar con una jardinera llena de camelias y terminar con el culo dentro.

—Siempre caes rendido a mi pies —dijo el hombre que estaba al otro lado. Salió como si tal cosa a la calle.

—Ve... ¡Velen!

Daniel no dio crédito.

—Ah, no te lo había dicho, pero puedo salir de día.

Y puso esa sonrisa de suficiencia que le hacía tan jodidamente atractivo mientras ayudaba al joven a ponerse en pie.



White y Dickens se reunieron en el despacho de esta, ambos con cara de no haber dormido en días, o en años, tal vez siglos.

—Y yo que creía que esto no podía ir a peor... —musitó ella tras dejarse caer en su silla—. ¿Avisaste a la oficial Kaur?

—Sí, estará al caer...

Se quedaron callados, mirándose el uno al otro.

—Me cago en la puta, White, de verdad te lo digo.

—Yo también. Quiero dimitir.

—Ojalá pudiéramos... —suspiró ella. En esos instantes, unos golpecitos en la puerta indicaron que allí estaba Indira a la espera de ser atendida por sus superiores—. ¡Adelante!

Esta entró haciendo el saludo oficial, vestida con su uniforme de antiterrorismo y poniendo una expresión impertérrita. Colocó los brazos tras la espalda, recta como un palo.

—Oficial Kaur, tome asiento si es tan amable —le indicó Temperance. Indira se sentó en la silla contigua a la de White, mirando a la mujer sin apenas pestañear—. Vamos a compartir con usted unos documentos y fotografías que se tomaron esta madrugada, tras un aviso anónimo. El ataque terrorista ya se había dado lugar.

—Entiendo.

Indira tomó la carpeta azul que le ofreció White. Mientras leía el informe y miraba las fotografías, se fue formando una expresión osca en su rostro. Al terminar y cerrar la carpetilla, le costó mucho templar los nervios.

—Esto es...

—Una abominación, somos conscientes... —Temperance suspiró con cansancio—. Por favor, vaya al piso franco y que Velen analice todo esto. Hasta nuevo aviso, que no salga de allí. La gente está muy alterada y esta noche no quiero ni pensar en... —No terminó la frase, solo se llevó las manos a la frente para frotarla.

Indira se puso en pie, apretando con fuerza la carpeta, temblando por lo que había dentro. Hizo un gesto con la cabeza y se fue.

—¿Cree que el atentado está relacionado con esto?

—Todo puede ser, White. Para eso contamos con Velen —concluyó antes de ponerse en pie—. Y ahora, tengo que prepararme para dar una rueda de prensa...



Velen, de nuevo en el interior del piso franco, le sirvió a Daniel un té caliente y un *croissant* de mantequilla. Estaban sentados en la pequeña cocina.

La nevera y despensa lucían repletas: había comida preparada, leche, huevos, verduras, carne en el congelador, pescado fresco y sangre artificial embotellada.

—Tienes ojeras. ¿Te sigue doliendo la cabeza? —se interesó el alû.

—Un poco... —musitó avergonzado por el beso en la mejilla y lo que había sentido—. ¿Cómo coño puedes salir bajo la luz del sol?

—*Umm...* No siempre me es posible. Aunque hoy es el día perfecto: encapotado, nubloso... La luz me pica bastante, pero puedo aguantar un buen rato sin arrancarme la piel a tiras. Eso sí, no me hagas ir a Mallorca en pleno agosto con la solana que pega, porque moriré entre agónicos estertores y sufrimientos. No soy Lestat¹⁴ —bromeó. Luego le dio un sorbo a su té negro—. Come, los he comprado en una panadería de aquí cerca.

Daniel le hincó el diente al agradable *croissant* y luego bebió de su taza.

—¿No se han sorprendido al verte?

—No, no se han caído de culo como tú. —Se echó unas risas a costa del joven—. Ni se les ha pasado por la cabeza. Soy un espécimen único en el mundo. Un partidazo. —Le guiñó un ojo tras sus clásicas gafas color ámbar.

Daniel obvió el comentario de forma deliberada.

—Supongo que ya sabes lo del atentado... —Cambió de tema.

—Me enteré mientras hacía la maleta, sí. Miré el móvil y ya había noticias por todas partes. Un horror... Pero lo peor está por llegar, Daniel.

—Lo sé. En cuanto se ponga el sol y puedan salir los tuyos...

—Por esa razón decidí venirme al piso. —Se puso en pie de forma elegante. Llevaba un pantalón gris de tela que le quedaba como un guante y un jersey negro de cuello alto. El pelo lo tenía atado bajo la nuca. Daniel fue incapaz de no fijarse en su figura—. Hay tres habitaciones arriba y en la salita nos han montado todo un laboratorio científico.

El cazavampiros lo siguió con mucha curiosidad.

Se encontró con varios ordenadores, utensilios para procesar pruebas y toda clase de objetos necesarios en una investigación, como dos pizarras enormes marcadas con algunas anotaciones donde Velen ya había pegado las fotos del crimen a investigar.

—Arriba están las estancias y el baño.

Subieron las estrechas escaleras. Aquel lugar era viejo de veras, se notaba en el papel pasado de moda de la pared, con feos estampados de flores, y los diversos arreglos para tapar humedades. No obstante, contaba con una buena calefacción.

—Veo que has elegido la estancia que da al interior. —Observó Daniel.

—Me han tapiado la ventana, así que esta era la mía por narices. Creo que debes dejarle a Indira, como buen caballero, la más grande.

—Claro, sin problema. Tengo suficiente con esta otra.

Daniel entró en la más chica y dejó sus cosas sobre un lecho de aspecto acogedor. Se hubiera echado una buena siesta. Sin embargo, dormir con Velen rondando por allí le iba a resultar casi imposible mientras no estuviera con ellos la oficial Kaur.

—Ayer te dejaste una cosa en mi casa... —Velen fue a su cuarto a por algo y volvió jugueteando con el objeto en cuestión. Cuando Daniel lo vio se puso pálido.

—¡Devuélveme eso! Me pertenece. —Se adelantó hasta Velen, decidido a recuperar lo que era suyo, pero este lo escondió tras su espalda.

—Aún no te has cargado a ningún miserable alû, ¿verdad?

—¡Eso no te incumbe! —Hizo amago de intentar arrebatarse la estaca, pero el vampiro se apartó con gracilidad, esquivándolo.

—Ser el hijo de Oliver no debe ser nada fácil. Como él no puede, te han mandado a ti. No lo siento, porque te he podido conocer.

Daniel perdió la fuerza ante aquellas palabras. Aquel cabrón siempre lo desarmaba con su maldita labia.

—Dame la estaca —exigió.

—¿A cambio de qué?

—¡A cambio de nada! ¡Es de mi propiedad! —exclamó cada vez más ofuscado—. No quiero tener que ponerme serio. Dámela.

Velen claudicó, tendiéndosela. Cuando el joven la asió por el lado punzante, Velen estiró de ella hasta casi hundirse la cruz en el centro del pecho, haciendo que, por el impulso, Daniel se chocara contra él.

—He decidido que solo puedes matarme tú, nadie más —musitó sobre su ensortijado cabello, ese que le gustaba tanto.

Velen estaba serio, mirando a Daniel con profundidad. Este último sintió un escalofrío, una mezcla de ardor y negación.

Un ruido abajo hizo que ambos se separaran: Daniel avergonzado y Velen con una sonrisa tranquila en la boca.

—¡Velen! ¡Daniel! —Se escucharon sus nombres.

Ambos descendieron la escalera para reunirse con Indira que, pese a su acaramelado color de piel, estaba pálida como una muerta.

—¡Bienvenida! —exclamó el alû con alegría, hasta que le vio la expresión y entonces se puso serio—. ¿Hay novedades?

—¿Nos han montado alguna sala? —indagó ella mientras se quitaba el abrigo.

—Sí, por aquí...

Indira entró, asió una silla y se sentó pidiéndoles a sus compañeros que hicieran lo mismo. Iba a desvelarles lo que había en la carpeta. Sin embargo, un mensaje sonó en su móvil y, al verlo, se apresuró para buscar la web de la BBC News en uno de los ordenadores: Temperance Dickens iba a dar la rueda de prensa.

Los tres se quedaron mirando la pantalla con mucha atención.

Temperance, vestida con su uniforme oficial, se hallaba tras un atril, rodeada de periodistas, *flashes* y voces en el interior de una zona habilitada para tal uso. Pidió silencio y poco a poco todo se calmó.

»Gracias por venir. Como todos saben, alrededor de las doce de la noche, detonó un artefacto en Tower Hill que ha causado una infinidad de desperfectos en la línea de metro, en la estación y, por desgracia, muchos muertos y desaparecidos. Tanto los cuerpos de seguridad como los bomberos, están haciendo todo lo posible para salvar las vidas de los que están todavía enterrados, y de sacar, con gran pesar, a las personas que no han sobrevivido a este terrible ataque terrorista.

La mujer hizo una pausa y un gesto para que nadie hiciera preguntas. Aún tenía más cosas que decir:

»Asimismo, estamos buscando al causante o causantes de tanta desgracia. Y queremos recordar que, en este atentado, han fallecido tanto humanos como alû y que no se debe culpar a estos últimos. No existen pruebas concluyentes de que hayan sido ellos. Por lo tanto, pedimos a la ciudadanía que no enfrente a nuestros hermanos, porque ellos también son víctimas. De otro modo, esto podría empeorar la ya complicada situación. Y a continuación, comenzará la ronda de preguntas...

Velen, Daniel e Indira se miraron con cara de circunstancia.

—La gente no va a hacer caso. Solo necesitaban una excusa y alguien se la ha dado... —dijo ella, preocupada por Kyle—. Y lo peor no es eso, lo peor es que ha habido otro crimen...

—¿Otro? —Daniel pestañeó, incrédulo.

—Me temo que sí.

Entonces sacó la carpeta azul y desplegó su interior sobre la mesa.

Ni siquiera Velen fue capaz de abrir la boca ante lo que vio.



El segundo caso

La casa abandonada a la que se habían acercado los tres, sobre las dos de la tarde y en un coche de incógnito cedido por Scotland Yard, se hallaba a menos de doce millas de Greenwich, en un bosquecillo cercano a la localidad de Swanley, lejos de Londres.

Dado el estado del tráfico y los exhaustivos controles policiales por el atentado, tuvieron que ir por carreteras secundarias a la nueva dirección que les había proporcionado la comisionada Dickens, donde estaban las víctimas que aparecían en las fotos de la carpeta azul.

Durante ese tiempo compartido en el vehículo, ninguno había dicho una sola palabra. Indira no tenía ganas por la gravedad del asunto, Daniel por lo mismo y Velen, en la parte trasera, parecía sumido en un trance, bien tapado para que la luz del sol no incidiera de forma directa en él, aunque el vehículo tenía los cristales preparados para evitar que eso ocurriera.

Indira detuvo el automóvil en cuanto llegaron al cordón del Servicio de Seguridad y les dieron el alto, metralletas en mano. La casa estaba al fondo, medio desvencijada por el paso de los años sin que nadie la habitara. El tejado medio hundido, las paredes sucias de verdina y las ventanas de arriba tapiadas con tablones podridos.

Tanto ella como Daniel se apearon del vehículo cuando una de las integrantes del MI5¹⁵, de unos sesenta años con aspecto seco y amargado, se dirigió a ellos en tono fragoso.

—Oficial Kaur, qué sorpresa tan agradable...

—Tenías constancia de que apareceríamos, así que no me vengas con tus tonterías, Hoban —respondió con rabia contenida. Indira la odiaba por el trato que le daba a los alû y a cualquiera que no fuera británico—. Me da igual tu cargo, aquí la que está al mando soy yo.

—¿Y el masón pipiolo?

Daniel se cruzó de brazos en señal de desagrado.

—Menuda cara de resentido tienes, niño. ¿También ha venido el rarito? —Alargó el cuello hacia el coche.

Velen se bajó del vehículo vestido con un abrigo largo, guantes oscuros de piel, una bufanda que le tapaba hasta la nariz y un sombrero de ala pequeña. Seguía llevando las gafas color ámbar ya que contaban con un filtro especial que atenuaba la luz solar, aunque le gustaba lucirlas siempre porque simplemente le quedaban bien.

—Hoban, que te jodan —le dijo Velen antes de que la mujer pudiera abrir la boca para soltar una de sus borderías anti-vampiros—. Déjanos pasar y acabemos con esto, porque no estoy de humor para aguantar tus gilipolleces.

Daniel se sorprendió al ver que el alû también tenía su lado serio cuando las circunstancias así lo requerían.

—Tienes suerte de que no pueda pegarte un tiro —respondió ella mientras le hacía un gesto a sus subordinados para que dejaran pasar al trío—. Vas a estar siempre en mi punto de mira.

Literalmente.

—Pues sigue mirando mientras espero a que te mueras de vieja.

La mujer les lanzó un vistazo asesino mientras accedían al recinto interior, tras el cordón y la valla.

La policía científica esperaba en el decadente vestíbulo, sin tocar nada. Se trataba del mismo grupo que había estado en Kensington. Indira los saludó y les pidió que tuvieran un poco más de paciencia, que no tardarían en hacer su trabajo.

—¿Es arriba? —les preguntó mientras observaba el penoso estado de la casa en penumbra, las paredes mohosas y los techos atestados de telarañas con insectos muertos. Además, hacía incluso más frío que en el exterior.

—Sí —respondió el encargado de la científica—. La primera puerta a la derecha. Prudencia con los escalones, están podridos por la humedad.

—Gracias. Vamos, Daniel, Velen...

Ambos siguieron a la mujer, con cuidado de no partir algún tablón. Desembocaron en un largo pasillo. La estancia estaba precintada, así que la oficial quitó el plástico.

A sus pies pudieron encontrar todo lo necesario para adentrarse en la estancia sin corromper las pruebas, además de unos potentes focos.

—Así que también conoces a esa zorra —comentó Indira mientras se colocaba la bata, los patucos y los guantes.

—Intentó matarme en una ocasión, hace treinta años. Estoy deseando que se jubile de una vez, o se muera pronto —contestó con sinceridad—. ¿Y a ti por qué te odia? Espera, no me lo digas: india y casada con un alú. Esa era fácil.

Indira asintió en silencio, ya preparada. Velen se equipó de igual forma, pero sin quitarse lo que llevaba puesto, ni siquiera el sombrero. Daniel los imitó pues para él era su primera escena del crimen.

El joven masón aún estaba impactado por el hecho de tener a un vampiro allí como si tal cosa, por mucho que apenas entrara la luz en la casa. Su piel pálida estaba levemente enrojecida, pero no parecía que le doliera.

—¿Preparados? —preguntó ella asiendo el pomo.

Entraron en la habitación indicada por la científica. Un olor a sangre bastante intenso hizo que Velen se diera la vuelta y saliera, tapándose la boca y las fosas nasales con fuerza. Aunque había visto las fotos, no pensó que fuese a producirle tanta náusea.

No fue porque sintiera sed, sino por todo lo contrario: las ganas de vomitar casi le hicieron echar el desayuno que se había tomado con Daniel. La sangre fétida de un muerto era especialmente repugnante para un alú ya que estaba en malas condiciones y no se podía consumir. En cuanto se comenzaba a oxidar y a descomponer, resultaba asquerosa.

—¡Velen! —exclamó Indira—. ¿Estás bien?

—No pasa nada... Ahora vuelvo... —En el pasillo intentó controlar el efecto que la sangre, en el estado que estuviera, provocaba en él, y sacó su pastillero—. Vosotros id adelantado —gimió.

En el interior de la estancia, Indira encendió el foco para que la iluminase bien.

—Daniel, ven —le pidió la mujer—, pero no toques nada, solo estás aquí como mero espectador. Si te resulta desagradable puedes salir.

—No te preocupes, la sangre no me asquea, lo puedo soportar.

Daniel se dio la vuelta y observó el espectáculo dantesco que ya había visto en las fotografías del informe: el cadáver de un hombre bastante mayor, vestido con sotana roja, colgado de la

pared como si fuera Cristo redentor. Su cabeza caía hacia un lado, sobre el pecho, y tenía los ojos abiertos de puro espanto. En el suelo había un charco de sangre.

Y aunque lo peor del escenario parecía aquello, en realidad no lo era. Cuando el joven desvió la mirada hacia la cama con dosel que había delante, vio los cadáveres de dos niñas pequeñas, una de diez años y otra de siete. Estaban tumbadas bocarriba, como muñecas de porcelana dormidas y juntas, con sus vestidos blancos e impolutos, las manitas cruzadas sobre el pecho y sendas marcas de colmillos en su tiernos cuellos.

Indira, que no podía ser madre, ni tampoco tenía permitido adoptar al estar casada con un alû, sintió que las lágrimas se apoderaban de su garganta y subían hasta sus ojos, cayendo después por las mejillas. Por muchas cosas que hubiese visto ya, nunca se estaba preparado para presenciar la muerte de dos criaturas inocentes.

—Pobrecitas... —susurró entre llantinas—. Aveline Auttum debe estar devastada.

El informe indicaba que aquellas dos pequeñas no eran otras que Charlotte y Beatrice Auttum, hijas de la primera ministra.

Daniel, más estoico, le tocó el hombro en señal de apoyo.

Velen, tras haberse recuperado ingiriendo tres pastillas rojas, el límite recomendado, volvió a entrar con dos mascarillas puestas y se acercó a la cama, ignorando al hombre colgado de la pared.

Al arrodillarse observó a las niñas, ambas de cabellos castaños, lisos y peinados con primor. Parecían dormidas con placidez. Revisó la parte interna de sus muñecas, hallando pinchazos de aguja, tal y como supuso.

En la autopsia del duque esa punción la encontraron también en la muñeca, así que el *modus operandi* era idéntico: usaron un narcótico para dormir a las víctimas.

En las pequeñas, las marcas de colmillos eran asimismo falsas, en ambos casos habían trasvasado su sangre con un aparato de succión.

Al tacto sus pieles estaban frías, muy frías. Aquella habitación había conservado la baja temperatura de sus cuerpecitos.

—No han sufrido, estaban sedadas cuando las desangraron —afirmó el alû—. Lo cual no quita que sea un acto aberrante, porque luego las han colocado en una cama limpia, como dos muñecas vestidas y peinadas con mimo, rezando... Esto es otra pantomima, no las mataron aquí...

Fue hacia Indira y le tocó el hombro en un acto de consuelo al verla sollozar de angustia. Después caminó unos pasos hacia la otra víctima.

—¿Qué habrá hecho un hombre de Dios para terminar crucificado de forma tan burda? —susurró para sí mismo.

Velen no se acercó más, sino que se quedó a varios pies de distancia del cuerpo, analizando la postura, la ropa y la sangre que se había derramado sobre el suelo de madera, colándose entre las rendijas. La sotana roja tenía rasgaduras y manchas de sangre por apuñalamiento.

—¿Pederastia tal vez? —comentó Daniel—. Por la niñas, digo...

—Esas niñas están impecables y estoy seguro de que nadie ha abusado sexualmente de ellas. Pero lo tendremos en cuenta como posible causa. Tal y como explica el breve informe de Temperance, este hombre era John Edward Bramston, arzobispo de la Arquidiócesis de Westminster.

—¿No ponía que era cardenal? —preguntó el joven.

—El papa Juan Pablo II lo nombró cardenal y su sede como arzobispo es la catedral de la

Preciosísima Sangre de Cristo. Qué paradoja, porque ya sabemos que la Iglesia Católica se llena la boca con la sangre del pobre Jesús, pero demoniza a los alû. ¿Sabéis esa teoría de que Jesucristo fue un alû?

—Velen, no te desvíes del tema... —pidió Indira tras recuperar la compostura.

—Perdón. —Dio un paso al frente, aguantando las náuseas y tragando saliva. Levantó la sotana, empapada de sangre, y miró debajo. Su miembro viril parecía seguir en su sitio dentro del calzoncillo, así que no creyó que el asesinato estuviera relacionado con algo sexual—. Lo han apuñalado en varias zonas estratégicas del pecho y del estómago, así que se ha desangrado poco a poco, agonizando... Un hombre de su edad no creo que aguantara mucho, y menos con las muñecas y los pies apuntalados a la pared.

Velen atisbó algo en la cinturilla de la ropa interior, así que lo asió con cuidado.

—¿Qué es eso? —quiso saber Indira.

Sacó un papel plegado manchado con sangre seca y se lo tendió. Ella lo desplegó.

—Hay escritos nombres... Sin apellidos.

—Es muy posible que el causante de todo esto lo torturara, le sonsacara esos nombres y luego lo dejara morir... El asesino tiene su humor y todo, porque el color rojo de la ropa cardenalicia significa que deben defender con sangre a la Iglesia. En cuanto a la lista, guárdala porque no se la vamos a facilitar a mi querida Temperance.

—¿Por qué no se la quieres dar? —preguntó Daniel, que había estado callado casi todo el tiempo.

—Porque quiero averiguar quiénes son antes de que caiga en manos de Scotland Yard y alguien la haga desaparecer.

Indira asintió, deslizando la nota en una bolsita de pruebas y metiéndola dentro de su sujetador.

—Aunque no creo que el abuso sexual sea el motivo de esta ejecución —continuó explicando Velen—, es cierto que ha habido muchos cardenales que han escondido a pederastas dentro de la Iglesia. El cardenal Bramston se supone que debía velar por la doctrina, las costumbres, la piedad y la prudencia durante su gestión. Si bajo esa tutela hubo algo turbio, él se lo tuvo que callar para que no le afectara. Tened en cuenta que ser cardenal da la oportunidad única de ser papa si aún no se han cumplido los ochenta años, por lo que él guardaba esperanzas... Pero si el actual papa tuviese constancia de asuntos oscuros bajo su mandato, lo habría obligado a retirarse.

—¿Cómo puedes llegar a todas esas conclusiones? —pregunto Daniel, alucinando.

—A lo mejor soy brujo... —Sonrió—. Las niñas y el cardenal son el anverso y reverso de una misma carta, al igual que lo fueron el duque de Kent y Glenda Craig. —Velen hizo un gesto con la mano, mostrándole ambas posiciones.

—¿Quieres decir que el asesino tiene dos razones distintas para matar? —indagó la mujer.

—Eso parece a simple vista —respondió Velen como si fuera obvio—. El duque odiaba a los alû y Glenda los defendía. Aquí tenemos a Bramston, que también hacía apología contra nosotros y era el único cardenal británico que representaba a la Iglesia Católica. Lo de las niñas es obvio: para hacer un daño irreparable a la primera ministra. De todas formas puede haber otro tipo de motivos.

Hoban le interrumpió entrando en la estancia con su cara de malas pulgas.

—Kaur, ha venido el ministro del interior y quiere hablar contigo.

—¡Joder! —espetó Indira. Así no iban a poder avanzar—. ¡Ya voy! Y que se acerque la científica ya, aquí hemos terminado —ordenó.

Acompañó a la otra mujer de muy mala gana, dejando solos a Daniel y a Velen, que se quedaron estupefactos, mirándose el uno al otro, a la par que los policías entraban con sus monos, sus maletines y todo lo necesario para tomar pruebas antes de que el juez diera orden de levantar los cadáveres.

—Será mejor que salgamos. —Velen tocó con levedad el brazo del joven, que se dejó guiar—. Pero mi olfato me dice que hay otro cadáver en alguna parte de la casa —susurró.

—¿En serio?

El alû hizo un gesto y se encaminó hacia el fondo del pasillo de aquella casa abandonada, sin que nadie se diera cuenta. Se despojó de las mascarillas e hizo un gesto con la nariz, intentando seguir el rastro.

Dieron con una puerta cerrada, escondida detrás de un mueble que había bajo el hueco de las escaleras que daban al altillo. Velen olisqueó como un gato.

—Aquí.

—¿Cómo se les ha pasado esto?

—Porque son unos inútiles. Estaban tan desesperados por encontrar a las niñas, y la sorpresa del cardenal, que se han olvidado de que había alguien más desaparecido.

—Yo sé abrir puertas, tengo mis utensilios aquí —musitó Daniel mientras buscaba bajo su abrigo azul.

Velen asió el pomo con ambas manos y lo giró con tal fuerza que rompió toda la cerradura, astillando la madera de la hoja. La puerta se abrió.

—No hay tiempo que perder, creo que nos han escuchado.

—Normal, la has partido —farfulló.

Divisaron unas escaleras que bajaban al sótano desde allí y se dieron prisa. Velen vio perfectamente en la oscuridad, aunque Daniel se tropezó con él y acabó entre sus brazos, atacado de los nervios.

—Espera... —El alû aprovechó la tesitura para sobarlo un poco, apretándolo contra sí—. O te caerás rondando cabeza abajo, que ya nos conocemos y eres muy patoso.

Luego buscó el interruptor de la luz y lo encendió sin soltar al chico. Una tímida bombilla vieja, que pendía del propio cable, se iluminó titilando. Apenas alumbró, pero lo suficiente como para poder distinguir que, sobre el suelo, yacía el cuerpo de una mujer madura de aspecto corriente y mirada perdida en alguna parte del infinito. Su cabeza descansaba sobre un charco de sangre que había salido de su propia boca.

Velen se quedó a los pies de la escalera, aguantando una náusea.

—Se ha mordido la lengua —dijo Daniel al acercarse.

—Ya había supuesto lo que me iba a encontrar aquí... Estoy seguro de que lo ha causado el veneno que ha ingerido, como en el caso del conserje.

En ese momento bajaron los agentes del MI5 y les obligaron a salir de allí casi a punta de pistola.

—¡A ver si la próxima vez hacéis mejor vuestro puñetero trabajo, panda de ineptos! —les hizo saber el alû cuando lo empujaron escaleras arriba, a empujones.

A Daniel simplemente lo invitaron a subir por sí mismo, sin tocarlo. Pero ver el trato intransigente que recibía Velen, cuando no había hecho otra cosa que ayudar, le puso furioso.

—¡Eh! —bramó—. Al vampiro lo controlo yo, que para eso soy el experto. No lo toquéis más.

Lo agarró del brazo y tiró de él hacia el exterior, lejos de las malas prácticas policiales.

Indira estaba de brazos cruzados con gesto latoso, hablando con el ministro del interior, por lo

que tuvieron que dirigirse por su cuenta hasta el coche.

Se metieron en la parte trasera y Velen pudo quitarse el sombrero y todo lo demás que le sobraba, como los patucos, guantes y demás material desechable.

Daniel lo imitó porque llevaba unas pinta horribles.

—Me siento como una princesa salvada por su príncipe azul —dijo Velen de pronto.

Daniel le lanzó una de sus matadoras miradas.

—Mucho has tardado en soltar una de tus estupideces.

—Gracias por defenderme de esa cuadrilla de imbéciles. Los del MI5 son unos cabrones —dijo con sinceridad.

—¡Yo no te he defendido de nadie!

—Claro que sí, pero no constará en tu expediente de buen cazavampiros, tranquilo.

El joven aspiró con fuerza intentando calmarse y no propinarle un puñetazo. De repente se percató de que Velen tenía llagas en el rostro. Sus sentimientos pasaron de la enervación a la congoja en cuestión de segundos.

—¿Te duelen?

—Joder, ya lo creo que me duelen. Se ha despejado el día y me he quemado. —Velen se llevó un pañuelo al rostro y puso cara de molestia—. ¿Has sufrido quemaduras en alguna ocasión?

—Una vez me quemé la mano sacando la comida del horno. Estuve dos semanas recibiendo curas diarias...

—Pues es lo mismo. Hoy me he arriesgado demasiado. A ver si dejan a Indira en paz y nos podemos ir. Tengo muchas cosas que anotar en las pizarras.

—¿Cómo lo haces para deducir tan rápido?

—Ya te lo dije: soy un genio. Los demás veis las cosas en 2D, por decirlo de alguna manera. Yo las veo en 3D. —Emitió una risilla dolorida—. ¿Has jugado con las Oculus?

—Sí, para entrenar los reflejos he echado partidas al *Beat Saber*¹⁶.

—Bien, pues para mí es como estar dentro de la escena. Lo veo todo: cada mísero detalle, cada mota de polvo. Y mi cerebro lo analiza a toda velocidad. Si a eso le sumamos las fotos que ya había visto, la breve información de las víctimas y la ingente cantidad de datos que tengo en mi cabeza, la ecuación sale sola.

—Es fascinante... —dijo con sinceridad.

—Hablo quince idiomas, tengo memoria eidética¹⁷, resuelvo ecuaciones cuánticas... Pero lo más importante es que soy guapo a rabiar. Aunque ahora tenga la cara quemada como Deadpool.

El joven soltó una carcajada involuntaria, algo que satisfizo mucho a Velen. Casi se había ganado a un cazavampiros, todo un logro por desbloquear.

Indira entró en el coche justo en ese instante.

—Poneos los cinturones, nos vamos a casa —pidió en tono malhumorado. De hecho, arrancó el coche y dio marcha atrás a tal velocidad, que los dos hombres temieron por su vida.

Luego volvió a la carretera secundaria camino de Greenwich.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel.

—Puñetera burocracia —masculló.

—Indira, la mujer del sótano era la niñera de las pequeñas, ¿cierto? —dijo Velen.

—Sí, pero no me han dejado verla. La científica ya nos mandará las pruebas. Lo demás lo tendremos que hacer a nuestra manera.

—Se suicidó igual que el conserje —le hizo saber.

—El asesino siempre tiene alguien a quién manipular —concluyó ella.

—Y castiga a ambos bandos de forma indirecta. Lo hizo la primera vez y lo ha hecho la segunda.

—Por lo visto, las niñas y su cuidadora estaban desaparecidas desde hacía dos días, sin indicios de su paradero...

Daniel recordó el nerviosismo de la primera ministra durante la reunión en la Gran Logia de Inglaterra.

—Las niñas ya estaban muertas cuando las llevaron a la casa —sentenció Velen—. Al que han secuestrado y matado esta noche ha sido al cardenal. El asesino, suponiendo que siempre cuenta con ayuda, tiene esto muy bien calculado. Las preguntas son: ¿qué pretende? ¿Por qué ataca a ambas secciones? ¿Qué le lleva a cometer actos tan horribles? ¿Por qué nos deja una lista con nombres?

—Lo averiguaremos y lo pillaremos, si es que nos dejan en paz los del MI5 —suspiró la mujer, hastiada, mientras seguía conduciendo hacia el piso franco.

Se quedaron callados unos minutos y, de pronto, Velen se pronunció con tono serio:

—Lo que le han hecho a Glenda Craig y a esas pobres criaturas inocentes me lo tomo como algo personal. Y cabrearme es la peor idea que puede tener alguien —sentenció.



8

La lista

En el 36 de Rosewood Gardens, tras volver de Swanley, Velen se había sumergido en una especie de trance. En una pizarra había colgado las fotos de las víctimas y todos los datos que la policía científica les estuvo proporcionando a lo largo de la jornada.

Daniel estaba sentado en el pequeño sofá de la salita donde tenían el centro de operaciones, observando trabajar a Velen con curiosidad y en silencio. Desvió la mirada hacia la pantalla de un portátil que emitía las noticias en directo. Eran las ocho de la tarde y se había iniciado un estado de alarma similar al que se decretó con la COVID años atrás. Nadie podía abandonar su domicilio y había tenido que salir el ejército a la calle para evitar insurgencias de cualquier tipo. La cosa se estaba poniendo muy tensa en Londres y alrededores, así como en otras importantes ciudades del país, de norte a sur.

El atentado había dejado ciento veintiséis muertos —ciento siete humanos y diecinueve alû—, varios desaparecidos y muy pocos supervivientes, todos en estado crítico.

Sobre las muertes de Charlotte y Beatrice Auttum, la de Glenda Craig, John Edward Bramston, su alteza real el duque de Kent, el conserje; John Smith y la niñera; Margaret Wilson, no hubo ni una sola crónica en ningún medio periodístico.

De hecho, fue el lord canciller: Harry Doyle, quien dio las ruedas de prensa en lugar de la primera ministra, que debía estar muy afectada por los asesinatos de sus pequeñas.

De pronto sonó el móvil del joven y le hizo pegar un brinco. Lo descolgó de inmediato.

—Padre... —susurró para no molestar a Velen, aunque este hizo caso omiso y siguió a lo suyo, apuntando los nombres de aquella extraña lista.

—Hermano Daniel, ¿ese desgraciado se está comportando bien contigo?

—Sí... —musitó.

—¿Algún avance en la investigación?

—No puedo decir una sola palabra.

—Ten cuidado con Velen —masculló Oliver al otro lado.

—Lo tendré... —suspiró—. Adiós, padre.

Le colgó al entrar Indira, que le puso delante una taza de té y unas pastas.

La mujer le tendió al alû un vaso de sangre sintética y una botella de agua y lo miró con gesto cansado.

—Llevas ahí cuatro horas, deberías parar. —Velen se giró con un rotulador en la mano, tomó el vaso y se bebió el contenido de un trago. Después volvió a lo suyo—. Velen, respira, por favor... Y permite que te alivie las quemaduras.

Tras anotar el último nombre, el hombre dejó el rotulador y se sentó al lado de Daniel. Miró a Indira, que estaba visiblemente agotada.

—Creo que la que debería descansar eres tú, querida, tienes unas ojeras que llegan al suelo.

Por cierto, ¿has hablado con tu marido?

—Sí, permanece en casa encerrado y nadie ha ido a increparlo. ¿Vas a dejar que te cure? — insistió.

—Ya se irán las llagas, no te preocupes.

Ella suspiró agotada. Llevaba días con dolores como premenstruales.

—Daniel, la cena se está calentando en el horno, le quedan unos minutos. En cuanto a ti, ¿qué quieres comer? —preguntó al alû, que tenía la mirada perdida en las imágenes que emitía la pantalla del portátil—. Tienes descongelado un filete de atún...

Este la miró y sonrió un poco, con dificultad por el dolor.

—Unos cacahuetes —bromeó.

—¡Te voy a curar! —le hizo saber ella en tono serio, dirigiéndose hacia el baño. Eso hizo que los dos hombres se pusieran en pie y la siguieran.

—¡No te cortes! ¡No lo hagas, por favor! —Velen la tomó de un brazo para impedir que ella cometiese esa locura.

—¿Sabes que está prohibido! No lo permitiré —dijo el masón mientras le arrancaba de la mano una cuchilla de afeitar.

—¿Creéis que no lo he hecho ya con Kyle cuando lo ha necesitado?

—Pero vosotros estáis casados, nosotros no somos nada, Indira —insistió Velen.

—Somos amigos —afirmó.

Velen la soltó y se quedó impactado por la contundencia de sus palabras. El corazón se le puso calentito.

—Pues con más razón: como somos amigos no voy a beber tu sangre para curarme antes. Me niego en rotundo.

Entre los dos hombres la condujeron de vuelta a la salita y la obligaron a sentarse. Daniel fue a la cocina para ir sacando los cubiertos y vigilar el horno mientras Velen se quedaba con Indira.

—¿Por qué eres tan testarudo? —Ella le acarició la mejilla enrojecida, sin tocar las llagas—. Para colmo te he cogido cariño muy rápido. Qué asco te tengo.

—A mí se me odia, se me idolatra o ambos, querida. No te preocupes más, seguro que en unas horas estoy mejor. Ya te puedes imaginar que no es la primera vez que me quemo. Hoy me he expuesto demasiado por la gravedad de las circunstancias. A los niños no se les toca, jamás —gruñó.

—Eres buena persona...

—No exageres, a ver si me lo voy a creer.

Daniel, escondido en el pasillo con un par de vasos en las manos, escuchó la conversación. Muy a su pesar tenía que reconocer que Velen no era como le había hecho entender su padre, así que sus creencias sobre los vampiros se estaban tambaleando como un castillo de naipes.

Antes de entrar en la estancia carraspeó para que supieran que estaba allí. Luego depositó los vasos sobre la mesa.

—El asado ya está fuera del horno. También he cortado el atún. ¿Me ayudas a traer las cosas, Velen? La oficial Kaur necesita tomarse un merecido descanso.

—Faltaría más, hay que cuidar de la jefa.

El alû se puso en pie y siguió al chico hasta la cocina mientras le miraba el prieto trasero. No llevaba puesta la casaca ni iba armado hasta los dientes. Además, se le marcaban todos los músculos. ¿Por qué tenía que parecerle tan guapo? Hacía mucho que no estaba con nadie, siete años para ser exactos.

Iba de seductor, pero en realidad se pasaba los días solo. Había renunciado incluso a la compañía de las mascotas. Tuvo una gata durante dieciséis años y sufrió lo indecible el día que murió.

—Velen... —Daniel llamó su atención al notar que estaba perdido en alguna parte de ese amplio universo que era su mente—. Trincha el asado.

—Perdona... —Tomó los platos que el joven le tendió y se puso manos a la obra.

—Entonces, es cierto que si bebéis sangre directamente de una persona os regeneráis más rápido...

—¿No te lo enseñaron en el parvulario de los cazavampiros?

—Hablo en serio —respondió Daniel añadiendo el puré de patata como guarnición—. Quiero escucharlo de boca de un vampiro.

—Pasando por alto que me has llamado vampiro... Sí, nos sentimos mejor, igual que si vosotros ingerís la nuestra, que es como un elixir de salud y juventud.

—¡Qué asco! Ni se me ocurriría.

—¡Me ofendes! Mi sangre es dulce como la sangría española.

—No bebo alcohol —gruñó.

—Tú te lo pierdes, como otras cosas... —susurró acercando los labios a su oreja.

Daniel se apartó, atacado de los nervios, cogió los platos y salió de la cocina como alma que lleva el diablo.

Velen asió el que contenía el atún crudo y lo siguió, suspirando. Aquel chico le parecía un encanto, por mucha cara de gruñón que pusiera.

Al entrar en la salita vio que Indira se había quedado dormida, así que depositó el plato sobre la mesa, cogió en brazos a la mujer con sumo cuidado y la subió a su cuarto, seguido de Daniel.

Entre los dos la acomodaron y la metieron en la cama. Luego cerraron la puerta y bajaron a cenar, quedándose a solas de nuevo, mirando las noticias.

—Todo esto es un despropósito... —comentó Velen—. Y estoy empezando a pensar que los asesinatos y el atentado están conectados de alguna manera.

—Han sido vampiros, seguro. Los que han muerto son daños asumibles.

—Y dale, Daniel. Te recuerdo que sois vosotros los que más guerras y destrucción habéis ocasionado en este mundo. Los alû siempre hemos sido muchos menos, tenemos un acuerdo tácito de no matarnos entre nosotros, por el instinto de conservación. Y destruir lo que tanto se ha tardado en conseguir a nivel de derechos sería absurdo.

—Pero vosotros sois nuestros depredadores naturales —refutó.

—Ya no —rebatía a su vez—. Y te tengo que decir, aunque no te guste, que tu padre no hacía distinciones entre los alû perversos y los alû decentes. Por suerte tú ya te has criado dentro de un periodo con normas y leyes, así que no estás corrompido por la ignorancia.

—Mi padre no es un ignorante.

Daniel lo miró con el ceño fruncido y se puso a comer, ofuscado.

—No he dicho que lo sea. Pero ahora que ya sabéis todo sobre nosotros, ¿por qué nos seguís odiando tanto? Yo a eso lo llamo miedo.

—No tengo miedo a los vampiros.

—Ni yo a los humanos, aunque sean mucho más peligrosos y te apunten con revólveres o quieran clavarte estacas... —Velen tomó la botella de agua y se la bebió tras terminarse el pescado crudo.

—Qué gracioso. Como comprenderás estaba a tu merced y no te conocía de nada, desconocía

tu naturaleza.

—Sigues sin conocerme de nada. En cambio yo ya te he calado: quieres imitar a tu padre y no puedes decepcionarlo; has crecido sin madre, odiando a los alû porque uno te la arrebató, pero apenas la recuerdas porque eras casi un bebé. Como eres masón tienes unas férreas convicciones, lo cual te honra. Detrás de ese ceño fruncido tuyo hay un buen hombre que piensa por sí mismo. El título de cazavampiros sin corazón no te pega, te lo has impuesto.

Daniel se puso en pie, cogió su plato y se fue a la cocina. Tiró los restos del asado, guardó en un Tupper la ración de Indira y la dejó en el frigorífico. Después lavó todo en la pila, incluso lo que le llevó Velen, al cual no miró aunque este se quedó a su lado, observándolo con detenimiento.

—¿Has deducido algo más mientras estás ahí plantado mirándome?

—Que yo tenía razón. Tanta que hasta te he hecho replantearte tu existencia —se mofó.

—Eres insufrible —respondió el joven sin querer dirigirle ni una mirada.

Aquel vampiro lo iba a volver loco con su puñetera verborrea, así que volvió a la salita y se quedó tumbado en el sofá, vigilante, mientras Velen cogía un cuaderno, se sentaba a la mesa y rasgueaba sobre las páginas.

—¿No tienes sueño? —indagó el alû de pronto.

—Suelo trasnochar. Patrullamos mucho por las zonas de los clanes vampíricos. Ya sabes: los Pazuzu, los Irkalla...

—Qué ridículos son, poniéndose nombres de demonios asirios —se burló—. Seguro que no tienen ni puta idea de nuestra cultura... La mayoría no cuentan con más de ciento treinta años¹⁸ y su nivel intelectual es el de un cromañón.

Daniel no pudo evitar sonreír en silencio.

—Es probable que hoy mis hermanos de la logia cacen a unos cuantos de esos cromañones que se quieran saltar las normas. Y yo aquí, contigo, aburrido —se quejó con aire molesto, aunque fue más por fastidiar a Velen.

—Muchas gracias por la parte que me toca. Si hablo quieres que me calle, si estoy en silencio te disgustas. Casi podría jurar que te caigo mal. Al menos ya no me apuntas con un revólver.

—Si quieres lo hago, pelmazo.

—Mejor no.

Daniel se levantó y miró la libreta por encima de su hombro, sin poder evitar fijarse también en el brillo de su pelo oscuro y en la forma que le caía por encima de los hombros, con gracia natural. Aspiró el olor que emanaba y se estremeció.

—¿Qué es lo que apuntas? —intentó centrarse.

—Busco en mi cabeza apellidos que cuadren con los nombres de la lista. Si fueran de personas vulgares, el asesino no se habría molestado en dejármelos, así que tienen que ser de gente importante.

—¿Y no sería más fácil consultar Internet?

—Yo soy Internet.

—Menudo fanfarrón.

Se sentó al lado del alû y leyó los dichosos nombres:

Harry
Noah
Kosei
Olivia
Ava
Ji-woo
George

—Ava... Me recuerda a una *influencer* italiana que sigue mi hermana mayor —susurró Daniel—. Ahora ha sacado una línea de cosmética exclusiva para ricos y se está forrando, pero antes animaba a la gente a lamer retretes públicos en plena pandemia...

Velen se quedó mirando al chico y pestañeó. De forma rápida apuntó un apellido al lado de ese nombre:

>Ava **Ferragni / Influencer de cosméticos para ricos / AFTheCosmethics**

El alû se puso tan contento por las altas probabilidades de haber descifrado una de las identidades, que asió a Daniel por el rostro y le plantó un beso tan apasionado en la boca, que dejó al joven estupefacto. Tanto que este fue incapaz de moverse al principio y se abandonó al acto, gimiendo de placer al sentir aquella boca apresando la suya.

Sin embargo, en cuanto Daniel tomó consciencia de lo que estaba pasando, se apartó y abofeteó con tanta fuerza a Velen que sus gafas salieron despedidas y cayeron al suelo.

—¡No me toques! —Se alejó de él.

—Joder... —El alû se tapó la mejilla con una servilleta, lastimado.

—Da gracias de que solo te haya pegado —siseó con rabia—. ¿Qué derecho crees que tienes para besarme?

Velen se puso en pie y fue al baño para echarse agua en la cara, sin decir nada más. Daniel lo siguió dispuesto a continuar increpándolo, hasta que vio que le caían lágrimas de dolor y eso lo desinfló.

—Fue un impulso por la euforia. No debí sobrepasarme contigo, lo siento —se disculpó el alû.

Con una gasa empapada en agua se tapó la quemadura donde Daniel le había pegado. Estaba supurando.

—Eres insufrible —farfulló el chico cogiendo la cuchilla de afeitar y sacando el recambio. Con el filo de este se cortó la palma de la mano sin inmutarse y dejó que manara la sangre.

Velen se mareó en cuanto el denso olor metálico llegó a sus fosas nasales, así que se sentó sobre la tapa de retrete y se apretó una toalla contra el rostro. La mordió con fuerza para aliviar el dolor de sus encías, se le aceleró el pulso, se le dilataron las pupilas y una sed horrible secó su garganta. Su *utukku* interior estaba desatado.

Daniel le arrebató la toalla de un tirón y plantó su mano ensangrentada sobre la boca de Velen. Este comenzó a lamer con ansia. Fue una sensación muy extraña para el cazavampiros, sobre todo porque se excitó incluso más que con el beso. Tuvo que acuclillarse al lado del hombre, que asía su muñeca con fuerza. Pudo sentir los punzantes colmillos apretando levemente la palma de su mano, durante unos segundos anheló que Velen le mordiera, pero el alû tuvo el suficiente autocontrol como para apartarse.

—¡Aléjate! —pidió Velen al ponerse en pie y meterse, con ropa, bajo la pequeña ducha de la esquina. Abrió la llave del agua y esta cayó helada sobre él.

—Puedo defenderme de ti... —Se resistió a dejarlo solo, deseando seguir con aquello, alargando la mano hacia él.

—Vete, por favor... —gimió Velen de cara a la pared, limpiando la sangre de su cara.

Daniel cogió alcohol y unas gasas antes de subir a su cuarto y cerrar la puerta. Se sentó en la cama, se limpió la herida superficial de la mano y luego la taponó y vendó, cerrando el puño con fuerza.

Pudo recordar el cosquilleo que había sentido por todo el cuerpo mientras Velen lamía su palma, estimulándolo de manera sexual. De hecho, estaba empalmado. Para ser exactos, desde el beso.

Decían que los vampiros eran tan seductores que conseguían que los humanos se entregaran a ellos, en todos los sentidos, porque eran demoníacos y utilizaban artes oscuras.

—Mierda... —musitó—. Mierda, mierda, mierda.

Pateó el suelo de rabia. Acababa de darle su sangre a un vampiro, por iniciativa propia, saltándose la ley. Y todo porque lo había visto sufrir de dolor. O puede que por más, puede que porque el muy gilipollas le gustara en serio.

De pronto vio la sombra de Velen colarse bajo su puerta y tensó todos los músculos. Esperó, con el corazón desbocado, a que él hiciera algo: llamara o entrara, a que lo volviera a besar, le quitara la venda de la mano y continuara lamiendo su sangre para luego seguir hasta aliviar sus ansias de sexo desenfrenado.

Pero nada de eso pasó.



Velen se cambió la ropa empapada por una seca, se peinó los cabellos húmedos y se miró en el espejo: las quemaduras casi habían desaparecido.

El regusto a hierro aún permanecía en su paladar. La sangre de Daniel era exquisita, virgen, deliciosa, excitante y mil cosas indescriptibles más.

Había tenido que ingerir tres pastillas para contrarrestar el deseo irrefrenable de alimentarse con la sangre del joven, que estaba en la habitación contigua. Quería ir y volver a besarlo, que este lo estrechase contra sí y después... hacer el amor con él hasta perder el sentido, abrazado a su cintura.

Se sintió miserable y estúpido, porque Daniel solo era un buen chico que lo había querido ayudar a curarse. Y él... un aprovechado.

Así que para no pensar en cosas imposibles, bajó de nuevo a la salita y se concentró en la lista en cuanto se hubo calmado.

Cambió la perspectiva de sus pensamientos y se tomó aquellos nombres como si tuviera que resolver un sudoku¹⁹. Leyó el resto de nombres buscando una coincidencia y la halló. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Cogió el bolígrafo y apuntó:

>Ava Ferragni / Influencer de cosméticos para ricos / AFTheCosmethics
>Olivia Young / Actriz de Hollywood / Modelo de AFTheCosmethics / Rumores de ser amante del duque de Kent.

Harry
Noah
Kosei
Olivia
Ava
Ji-woo
George



Pesquisas

A las siete de la mañana, Indira se despertó un poco mareada. Al menos podía decirse que había descansado. Revisó el móvil, respondió el mensaje de Kyle, se rascó el moño mal hecho, cogió ropa limpia y se fue al baño que tenían en la misma planta. En su interior, aunque con la puerta abierta, se encontró a Daniel. Él ya se había aseado y estaba vestido con su uniforme azul, terminando de rasurarse la incipiente barba.

—Buenos días. Te has levantado pronto.

—Buenos días, oficial Kaur. Terminó enseguida.

—Llámame Indira. —La mujer se fijó en la mano izquierda del joven—. ¿Qué te ha sucedido?

—Me corté trinchando el asado —mintió con descaro.

—Velen tiene razón: eres un patoso —bromeó.

—Te dejo sola para que te duches. —Daniel sonrió, salió del baño y cerró con cuidado. Poco después escuchó el agua de la ducha correr y bajó directo a la cocina. Sabía que Velen no estaba por allí, porque sobre las cinco de la madrugada lo escuchó irse a su habitación. Comprobó el baño de abajo: estaba todo limpio y la cuchilla en la papelería.

Daniel no había dormido. Estuvo leyendo en Internet qué tipo de efectos producía la sangre humana en los vampiros y viceversa. Se sorprendió al descubrir un foro donde unos quedaban con los otros para tener encuentros meramente sexuales. No pudo parecerle más horrible.

Luego se acordó de lo que él mismo había sentido: en el apasionado beso, en la lengua de Velen lamiéndole la mano, en lo jodidamente guapo que le parecía, en lo muy frenético que le ponía y en las ganas de tener sexo con él. Y entonces tuvo que masturbarse con fuerza, rápido, algo que luego no le alivió nada a nivel mental porque siguió pensando en aquel hombre tan peculiar: en sus ojos color ámbar, en sus labios curvados en una sonrisa de suficiencia, en su pelo oscuro y brillante, en su olor masculino, en una bondad que intentaba ocultar con chanzas estúpidas y en sus peculiaridades, esas que lo hacían único en el mundo...

Hasta entonces no le había hecho caso a ningún tío, ni siquiera a Jacob, su compañero habitual de patrullas, el cual no cejaba en su empeño de tirarle ficha cada dos por tres. Se creía centrado y por encima de esas cosas. Qué equivocado estaba. Eso lo cabreó aún más.

Ni tres días llevaban en aquella misión y se había colado por el vampiro, nada más y nada menos. Oliver lo mataría si se enteraba, así que debía intentar no ceder a sus impulsos más primarios.

Al final dejó de darle vueltas y se concentró en preparar huevos fritos con salchichas, unas tostadas con mermelada de fresa y un par de tazas de té. Lo llevó todo a la salita y se sentó. En ese instante entró su jefa. Se la veía descansada de veras.

—¡Oh! Menudo desayuno. ¿Todo eso te vas a comer?

—Es para los dos.

—Qué suerte tengo de contar con Velen y contigo... —Le tocó el pelo ensortijado en un acto de cariño, algo que para Daniel no era familiar.

Solo su hermana lo trataba así, pero ella no vivía en el país, sino en Francia con su pareja y sus dos hijos. No la veía desde antes de la pandemia y la echaba de menos. Así que la presencia de Indira le hizo sentirse un poco mejor. Al principio le chocó saber que estaba casada con un vampiro, no le agradó y le resultó incómodo. Pero después de conocerla bien y saber que era una profesional, sus impresiones iniciales ya no eran las mismas. Como con Velen, para su desgracia y cabreo.

De pronto un gesto de sorpresa en el rostro de Indira llamó su atención. Tenía la vista clavada en una de las pizarras blancas, así que se dio la vuelta en el asiento y leyó el entramado que Velen había plasmado allí.

- **Ava Ferragni / Influencer de cosméticos para ricos**
- **Olivia Young / Actriz de Hollywood / Rumores de ser amante del duque de Kent.**
- **Kosei Yoshida / Presidente de la Yoshida Pharmaceutical Corporation - YPC**
- **Ji-woo Kim / Científico / Creador de los suplementos para los alû / Director de la YPC**
- **Harry Doyle / Lord canceller / Miembro del Gabinete del Reino Unido**
- **Noah Janssen / Político del Partido Laborista / Actual representante alû en la Cámara de los comunes (sustituye a Glenda Craig).**
- **George Byrne / Banquero / Pro Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra**

Relación con las víctimas:

Caso 1

- **Duque de Kent / Olivia Young / George Byrne**
- **Glenda Craig / Noah Janssen**

Caso 2

- **Charlotte y Beatrice Auttum / Harry Doyle**
- **Cardenal Bramston / ¿?**

—¿Has visto eso?! —Ella se puso en pie y se acercó a las pizarras, fascinada.

No podía negarse que Velen era un genio, eso suponiendo que todos fueran realmente los de la lista.

—Me he pasado la noche entera, no ha sido tan sencillo —habló Velen, apoyado en el marco de la puerta—. Además, Daniel adivinó la primera identidad, no solo es mérito mío.

Este lo miró, sonrojándose en el acto.

—Kyle me lo dijo: eres único en el mundo... —susurró ella con admiración—. Se te han curado las quemaduras. —Acarició su rostro.

—Ya te dije que sanarían rápido.

Daniel se mantuvo sentado, de espaldas a ellos, sin moverse y mirando la venda de su mano. El corte no fue gran cosa y se curaría. Pero a Velen le había servido. Se preguntó si volvería a saltarse la ley por él. Luego miró de nuevo la lista.

—Sir George... —musitó Daniel—. ¿Quieres decir que el pro Gran Maestro está implicado?

—Podría ser, sí. Pero no vamos a avisar a tu padre ni a nadie sobre esto. ¿De acuerdo?

—Claro... —Al masón no le gustó nada ver aquel nombre allí, pero hizo lo que se le pidió.

—También veo que han llegado los informes de las autopsias. —Indira asió las hojas impresas con todos los detalles.

Tal y como había dicho Velen, las niñas estaban sedadas y no sufrieron en ningún momento. Se estimaba que su muerte se dio unas veinticuatro horas después de su desaparición. El cardenal, en cambio, se desangró vivo y tardó en morir.

—La llamada de aviso a la policía se hizo desde la casa y el móvil de la niñera, que efectivamente se suicidó con un veneno. La lengua se le inflamó tanto que se la mordió de dolor. Exactamente igual que el conserje... —susurró Indira tras leer el informe final.

—Si el cardenal estaba ahí es porque está conectado con esa gente de alguna u otra forma. Al final mi perspicacia me dio la razón: esa lista hubiese desaparecido. Solo hay que ver quién está en ella—. Con un dedo señaló a Harry Doyle, que estaba al mando del gobierno en esos momentos. —El asunto ha de ser muy turbio: políticos, personajes públicos y la empresa que posee todos los derechos para suministrar a los alû las pastillas bloqueadoras y la sangre sintética.

—¿Y las víctimas? —inquirió Daniel—. ¿Por qué?

—Tal vez sabían demasiado, estorbaban en un plan mayor o se las quitaron de en medio por algún tipo de venganza.

—¿Entonces el asesino para qué nos dejó la lista? —comentó la mujer—. Nos ha dado un montón de pistas.

—Lo ignoro —admitió Velen—. Pero estoy seguro que todo esto lo ha hecho como un sicario. Alguien muy fuerte y... Creo que es un alû —admitió mirando a Daniel.

—Te lo dije —gruñó.

—Me lo dijeron tus prejuicios, que no es lo mismo —rebató con una sonrisita—. Solo un alû hubiese podido con Glenda... O un cazavampiros...

—¡No cazamos sin razón! —se ofendió el joven.

—Bueno, lo tenemos que investigar todo, te guste o no —dijo tajante—. Además, colgar a un hombre de la pared no es fácil, hay que ser muy bruto. Han encontrado la pisada de una bota. —Sacó de una carpeta la fotografía con la marca de una suela sobre una zona de barro húmedo.

—Madre mía, ¿quién tiene ese tamaño de pie? ¡Es enorme! —exclamó la mujer.

—Por eso digo que es un alû, pocos humanos hay que de forma natural sean tan grandes. Las lluvias borraron todo lo demás, pero justo aquí pisó en una zona cubierta del patio trasero. El crimen perfecto no existe. Que se lo digan a Hércules Poirot —bromeó como de costumbre—. Me pasó la niñez leyendo a Doyle y Christie.

—¿Y ahora cómo procedemos? —quiso saber el masón.

—Tenemos que investigar al entorno de los asesinados —respondió Indira—. Intentar averiguar cualquier cosa.

Velen les tendió una hoja con nombres. Indira la analizó en silencio.

—Es importante hablar con toda esta gente —aclaró el alú.

—A la primera ministra y a su marido no podremos acercarnos... —susurró ella.

—Habla con Temperance, dile que es absolutamente necesario para la investigación.

—Veré lo qué puedo hacer...

—Confío plenamente en vosotros. —Velen observó a Daniel, que le sostuvo la mirada sin parpadear—. Y esta noche, el mocoso y yo nos iremos a los bajos fondos. A ver qué saben de un tipo con el pie del tamaño de un gigante. ¿No te aburrías anoche porque no podías patrullar? ¡Pues vamos a divertirnos juntos!

Se echó a reír como si tal cosa, como si nada hubiera pasado entre ellos la noche anterior. Daniel no supo cómo interpretar aquello.



Tras un buen desayuno, Indira creyó más conveniente ir primero a hablar con Sarah Smith, la madre del conserje, que residía en una pequeña casa de Chessington, al suroeste del Gran Londres. Llegaron en poco más de hora y no tuvieron problemas para pasar los controles policiales.

Indira aparcó en la solitaria avenida principal.

—Qué paradoja, ese hombre trabajaba para gente muy rica, pero vivía en una pequeña casita —apreció la mujer tras llamar al timbre.

—Me temo que así están establecidos los roles sociales...

Una señora de aspecto anciano entreabrió la puerta y los miró por la rendija. Parecía muy cansada.

—¿Qué quieren?

—Señora Smith, somos la oficial Kaur y Daniel Lennox. Venimos para hacerle unas preguntas sobre la última noche en la que trabajó su hijo. Le acompañamos en el sentimiento —añadió con seriedad, enseñando su placa—. ¿Nos permite entrar?

La pobre mujer los miró de arriba abajo y abrió del todo, cediéndoles el paso.

—Mi pobre John... —Los ojos azules de la mujer se llenaron de lágrimas—. ¿Cuándo van a consentir que entierre a mi hijo? Quiero darle sepultura. No entiendo las razones por las que no lo han mandado al tanatorio.

Sara Smith les señaló un sofá antiguo y floreado. Ella se sentó en una mecedora vieja.

—Estamos seguros de que pronto podrá darle sepultura. Piense que estamos en estado de alarma y todo se ha quedado paralizado.

—Malditos vampiros —siseó la mujer—. ¡Asesinos! Pobre gente.

Daniel se sintió extraño al escuchar, de boca ajena, lo que él mismo había pensado al enterarse del atentado. Y no le gustó, casi le cabreó.

—Su hijo... ¿Trabajaba siempre de noche? —preguntó Indira, nerviosa por el cariz del comentario.

—Oh, no, no. Solía ir de tardes, pero tuvo que cambiar el turno con un compañero... Eso me dijo.

—¿Sabe usted si últimamente su hijo se comportaba de forma distinta a lo habitual? Si tomaba alguna... droga.

—¡No! ¡Mi John no tomaba drogas! No señor. —Se escandalizó retorciéndose las viejas manos—. Todas las propinas las guardaba, así pagábamos mi medicación. Es tan cara...

—¿Qué le sucede?

—Padezco una enfermedad crónica. Menos mal que mi hijo fue ahorrador y hay dinero en el

banco... Porque solo con mi pensión no podría hacer frente a los gastos del tratamiento... — suspiró y luego se echó a llorar de angustia.

Indira se levantó para tomar sus delicadas manos.

—Haré lo posible para que le entreguen el cuerpo de su hijo cuánto antes. No la molestamos más.

—¿N-no quieren un té?

—Tenemos que irnos, señora Smith. —Indira declinó así la invitación.

—Entiendo.

—No se levante, sabemos donde está la puerta. Usted descanse. Gracias por atendernos.

Indira fue muy diplomática y Daniel pensó en lo mucho que podía aprender de ella.

Nada más poner el pie en la desértica calle, la oficial apuntó algunos datos en la libreta y miró al joven.

—Bueno, ya sabemos que cambió el turno y que contaba con dinero guardado para su madre. Pediré a la comisionada Dickens que se investiguen los movimientos bancarios del señor Smith.

—Imagino que al verse acorralado optó por el suicidio, pero con la tranquilidad de saber que su madre estaría bien sin él.

—¿Te das cuenta de lo qué es capaz de hacer alguien por amor?

Daniel se miró el puño cerrado y sintió una ligera molestia en la herida.

—No tengo madre, pero... Por mi hermana haría lo que fuera, sin duda.

—¿Y tu padre? ¿Tenéis una relación complicada?

—No sé si la palabra es «complicada», pero seguimos unas normas férreas en todos los ámbitos de nuestra vida. Hasta para hacer un huevo frito —bromeó.

Caminaron hacia el coche por una calle vacía, casi apocalíptica. Divisaron a algún que otro transeúnte sacando al perro a hacer sus necesidades, como excusa para pisar la calzada, igual que durante la pandemia.

—Vamos a hablar con el esposo de Glenda Craig en su domicilio de Whitehall —lo avisó ella—. Recuerda que no tienes que ponerte en guardia delante de él. Ejecutaron a su mujer, ya viste las fotos. Ella solo quería leyes justas para los suyos y trabajó mucho en ello.

Se subieron en el auto y partieron hacia Londres, a la zona de la Ciudad de Westminster.

—No te preocupes, solo tengo instintos agresivos si el vamp... si el alû —corrigió—, es de naturaleza peligrosa.

Indira arrancó y condujo hacia la carretera principal, escuchando las noticias en la radio. No fueron buenas: las manifestaciones en contra de los alû se habían extendido a otras zonas del planeta. Cualquier excusa era buena para echarles la culpa, aunque sucediera en otro país.

—Se ha liado muy gorda. Y nosotros en medio, intentando averiguar quién va por ahí matando a sangre fría... —susurró Indira apagando la frecuencia.

Daniel no dijo nada, pues estaba dándole vueltas a lo que sentía por Velen. Que no estuviera en la parte trasera parlotando le hizo sentir ansioso por tenerlo cerca. Le faltó algo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió el joven.

—Adelante.

—¿C-cómo te enamoraste de un alû? ¿Por qué?

Ella soltó una carcajada.

—¿Y por qué no? —respondió divertida.

—Viven mucho más que nosotros, son nuestros depredadores naturales...

—Cuando conocí a Kyle se había limado los colmillos. Así que muy depredador no es que

fuera. Tuvo una esposa alû que murió asesinada por nazis hace mucho, pero él piensa que no han de pagar justos por pecadores.

—¿Y qué viste en él? ¿Qué te cautivó? —Daniel recondujo la conversación—. ¿Los alû tienen alguna especie de energía que seduce a los humanos?

—¡Qué va! ¿Por qué crees algo así? Simplemente fue amable, divertido, caballeroso, guapo... Para qué vamos a engañarnos, me puso a cien desde el principio. Nunca me había atraído ningún alû, pero... No sé, congeniamos, tuvimos un par de citas y sexo salvaje. —Se echó a reír—. Perdón si te incomoda mi sinceridad.

—No pasa nada, tranquila. —Sonrió—. Solo me choca la diferencia de edad entre vosotros...

—Él aceptó el hecho de que yo envejecería más rápido. Le dije que no tenía que quedarse conmigo hasta el final... Lo eximí de ello, aunque me aseguró que no se iría de mi lado. A diferencia de los humanos, los alû tienen un código distinto para el amor. Hasta que la muerte los separe si se han dado el beso de sangre. Obviamente a mí no me lo puede dar...

—¿El beso de sangre? —La interrumpió.

—Nos acercamos a un control.

Daniel se quedó con las ganas de saber qué era el beso de sangre. ¿Por qué desconocía tantos matices sobre los alû? Fue consciente de la respuesta: porque le habían enseñado todo sobre los «vampiros», los demonios chupasangre, los horribles depredadores, pero no sobre los «alû».

La novela de *Drácula* era más creíble para los humanos que un libro de historia sobre los alû. Paradójicamente, Vlad Dracul nunca fue uno de ellos.

Al llegar al primer tramo de la carretera A3212, en dirección a Chelsea, Indira detuvo el coche ante tres tanques del ejército, ni más ni menos. Un soldado británico se acercó metralleta en mano.

—Soy la oficial Kaur, de antiterrorismo —indicó tras bajar la ventanilla y enseñar su salvoconducto—, y él es...

—No se puede pasar. Esta zona está restringida —respondió de forma tajante.

—Gracias por su labor, soldado.

Subió la ventanilla, dio marcha atrás y volvió a la carretera.

—¡Pero qué haces!

—Con el ejército no se puede discutir, Daniel. Si no quieren que pasemos, no pasaremos. Ni siquiera se van a molestar en comprobar que tenemos autorización. Esta zona es de alto riesgo al estar concentrados todos los edificios gubernamentales. Así que cambio de planes: vamos a hablar con el obispo Nichols a Nottingham.

—Está a casi tres horas de aquí... —chistó molesto.

—Bienvenido a mi mundo, chico.

Indira dio orden, vía voz, para que el móvil llamara a Velen. El alû descolgó de inmediato.

—Dime, ¿habéis averiguado algo?

Indira le contó todo de forma breve y concisa.

—Ayer el MI5, hoy el ejército... No sé cómo pretenden que hagamos las cosas —farfulló furiosa.

—No te sulfures, querida. Daniel...

Este pegó un respingo al escuchar su nombre con el tono de voz de Velen.

—¿Qué...?

—Habla con tu padre y que él lo haga con David Varley. Digo yo que el alcalde podrá hacer algo si mete presión. Al menos que el rey se entere de que no podemos hacer bien nuestro

trabajo.

—De acuerdo.

—Yo hablaré con la comisionada —añadió Indira—. Deberías descansar.

—Estoy en ello, pero no hacéis más que llamarme. No podéis vivir sin mí, que yo lo sé. En especial el pipiolo —soltó su chanza.

—Es un puto descanso mental no tenerte en la parte de atrás diciendo chorradas —le respondió Daniel con el morro torcido.

—Con vuestro permiso, voy a echarme una cabezadita.

—Tranquilo, descansa mientras puedas. —La oficial colgó, puso una emisora de música con el sonido bajo y, armada de paciencia, apretó el acelerador.



La llamada

Velen se fue a descansar tras un anodino desayuno: medio litro de sangre sintética y asquerosa. Porque después de degustar la deliciosa miel de Daniel, aquel sucedáneo de los laboratorios de la YPC le pareció una porquería vomitiva.

En más de una ocasión, mientras iba desgranando las identidades secretas, pensó en mandar a la mierda el bolígrafo, subir las escaleras y entrar en el cuarto del joven masón para preguntarle si podía beber más sangre, darle más besos y, ya que estaban, tener sexo. Luego dejó de pensar con la entrepierna y se calmó.

Estaba agotado así que, tras la llamada de sus dos compañeros, se metió en la cama y cerró los ojos. Puede que no llevara más de una hora durmiendo cuando volvió a sonar el móvil.

—¿Qué pasa...? —preguntó dando por hecho que era Indira.

Hubo silencio al otro lado, así que miró la pantalla y se encontró con una ristra larguísima de números. De pronto se escuchó una risa masculina distorsionada.

—*Velen...*

Este se mantuvo tumbado en el lecho, torciendo el gesto.

—*¿No me preguntas quién soy?*

—No me lo vas a decir.

—*Cierto.*

Hubo otro largo silencio.

—¿Y bien? Estaba durmiendo. Así que deja de jugar, tengo sueño.

—*¿Ya has descifrado la lista?*

—Por supuesto.

—*Me encanta la suficiencia con la que hablas. Haces honor a tu intelecto.*

—¿Podemos dejar de lado lo mucho que me idolatras? No somos Holmes y Moriarty. Tú no estás matando gente para llamar mi atención, ni porque me odies.

El extraño comenzó a reírse.

—*Cierto, no es por ninguna de esas razones.*

—Hubiera sido muy típico, de novelita negra de mercadillo. Como esta llamada; un recurso barato.

—*La lista solo os la dejé para acelerar el proceso.*

—Qué amable por tu parte.

—*Cuida de tus amigos.*

—Déjalos en paz —siseó el alû, apretando los dientes.

—*Vaya, ahora sí estoy hablando con el verdadero Velen, el que está tan solo en la vida que se encariña de dos humanos en un par de días.*

—¿Sabes lo qué haré contigo cuando te encuentre?

—*Me hago una ligera idea, sí...*

—¡Has matado a dos niñas!

—*Ha sido un placer hablar contigo. Espero que nos reunamos pronto donde ambos debemos estar, lo estoy deseando.*

Después de eso colgó.

Velen respiró con intensidad, se quedó tumbado en la cama y con el corazón a mil revoluciones.

—¡Joder! —bramó con fuerza.



La catedral de San Bernabé estaba en la esquina de Derby Road y la calle North Circus, ubicada en el corazón de Nottingham.

Igual que en el resto de ciudades, casi no había nadie por la calle. Soplaban un viento gélido que hizo a Daniel arrebujarse en el abrigo. Miró a Indira que, con gesto grave, leía un mensaje que le había llegado al móvil.

—¿Pasa algo? —indagó mientras caminaban hacia la catedral del siglo XIX que se alzaba ante ellos.

—Velen me ha dicho que tengamos cuidado, que están vigilando lo que hacemos. Cuando volvamos nos lo explicará.

—Bien, pues nos mantendremos alerta.

—Se le echa de menos —dijo ella—. Si estuviera aquí ya nos habría explicado toda la historia de la catedral, el estilo arquitectónico y lo de que Jesús era un alû.

Daniel carraspeó.

—A veces es un poco cargante...

—Oh, Daniel, pero si te gusta, no me lo niegues.

Este se quedó parado en seco y la miró con cara de corderillo.

—¡N-no! Es un vamppp... —Levantó la mano y se tapó la boca—. Un alû. ¡Y yo los cazo!

—Que lo has cazado eso seguro, porque está coladito por ti. La dinámica que os traéis os lleva directos a la cama. Venga, vamos para dentro.

Sin más dilación, Indira empujó la puerta del templo. A la derecha había una pila con agua bendita, la nave central estaba en silencio, sin nadie a la vista.

Daniel entró tras ella, confuso por la evidencia de sus sentimientos. ¿Lo sabría Velen y por eso le había besado así?

Intentó centrarse y siguió a la mujer, que anduvo por el pasillo, entre las dos filas de bancos de madera que daban al ábside donde se hallaba el hermoso rosetón. Enfrente de este pendía del techo un Cristo crucificado, por encima del altar. Resultaba innegable que era una bonita catedral.

—¿Hay alguien? —habló Indira. El eco de su potente voz resonó por toda la nave—. Soy la oficial Kaur, vengo en representación de Scotland Yard.

No tuvieron que esperar demasiado para que apareciese un hombre de unos setenta y cinco años, calvo, vestido con un hábito negro compuesto de pantalón, camisa con alzacuellos y un jersey oscuro. Llevaba gafas de pasta negra y los miraba con curiosidad. Torció el gesto en cuanto reconoció a Daniel como masónico.

—¿Qué necesitan? —preguntó el sacerdote—. Están un poco lejos de Londres.

—Soy la oficial Kaur. —Le mostró su placa—. Él es Daniel Lennox, me acompaña en una investigación. Queremos hablar con el obispo Vincent Nichols, por favor.

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Podríamos hablar en un lugar privado?

El hombre asintió con la cabeza y les pidió que lo siguieran por la nave colateral derecha, hasta una pequeña puerta de madera que abrió y que les llevó a una zona donde pudieron sentarse.

Las sillas eran de estudiante, no muy grandes, así que supusieron que allí se daría catecismo a los niños.

—D-díganme... —el obispo pareció algo nervioso y se limpió la arrugada frente con un pañuelo.

—Sabemos que está al corriente de la muerte del cardenal —habló Indira sacando una carpeta de su mochila.

—Así es... Yo soy el obispo auxiliar de Westminster. Ayer me informaron de su deceso —carraspeó—. Dadas las circunstancias que nos asolan, no he podido acercarme a la Preciosísima Sangre de Cristo.

—Obispo Nichols, necesitamos que mire unas fotografías y nos indique si conoce a algunas de estas personas. Daniel... —Ella se dirigió hacia el joven y este se acercó a enseñarle al prelado imágenes de las personas que había en la lista.

—E-esta es una actriz muy conocida, y este es... el lord canciller. Y este... Uno de esos políticos alû —dijo con incomodidad—. El resto no sé quiénes son.

Indira no necesitaba a Velen para saber que el obispo estaba mintiendo. Sudaba tanto que se iba a convertir en un charco de agua.

—Obispo, al cardenal lo mataron. Si sabe algo nos lo tiene que explicar.

El hombre la miró nervioso, asintiendo con la cabeza. Se tuvo que sentar en una de las sillas.

—No puedo decir mucho... Me contó sus intimidades bajo secreto de confesión.

—Entonces hagámoslo de otro modo —intervino Daniel—. Simplemente díganos si...

—No voy a hablar con un masón —gruñó—. La masonería es una aberración, incompatible con la idea de Dios.

—El Gran Arquitecto del Universo en realidad es el mismo Dios, pero nosotros no creemos en la divinidad de Cristo.

—¡Eso es una herejía! No voy a disertar de nada mientras este masón esté aquí. —Y se cruzó de brazos.

—Mi compañero se queda y usted nos da la información como le dé la gana, pero nos la da —intervino Indira.

Se puso en pie y plantó la foto del cardenal crucificado delante de su cara. El obispo pegó un alarido y se tapó el rostro, aberrado.

—Si sabe algo y no habla, puede ser el siguiente —le advirtió Daniel.

—¡Está bien! Él... conocía en persona a Olivia Young y a Ava Ferragni.

—¿Y qué relación tenía con ellas? —Como no dijo nada, Indira sacó otra foto con la sangre de la víctima desparramada por el suelo—. Mire bien lo que le hicieron: lo apuñalaron y se desangró poco a poco. Por no hablar del dolor que sintió estando colgado como Jesús. ¿Cómo dijo Velen? Algo así de que los cardenales se visten de rojo porque simboliza que morirían por la fe ofreciendo su sangre, como mártires. Y, dada la expresión del cardenal, yo diría que no estaba concienciado de verdad con su labor.

—E-es que es parte del secreto de confesión, no puedo revelarlo por mucho que quiera ser cooperativo... —insistió en su discurso.

La mujer se cabreó.

—Pues invéntese la forma de decirlo sin que sea directamente. Le haremos preguntas y usted asentirá o negará con la cabeza, en silencio. Y no admito discusión, señor.

Este se volvió a limpiar el sudor y se quitó las gafas empañadas, aceptando el método con un movimiento nervioso de cabeza.

—¿Era el cardenal Bramston un pederasta o encubría a gente depravada? —preguntó Daniel con la intención de incomodarlo.

—¡No! ¡No es nada de eso, por Dios! —respondió asqueado—. ¡Yo mismo habría denunciado tales actos al Vaticano!

—¿Olivia Young era amante del cardenal Bramston? —inquirió la mujer tomando el mando del interrogatorio.

Negó con la cabeza y los ojos cerrados para no ver las dantescas imágenes de su amigo muerto.

—¿Familia del cardenal?

Asintió con rapidez.

Indira sopesó las edades de ambos. Olivia Young ya tenía unas cincuenta primaveras muy bien llevadas.

—¿Hermana?

Negó.

—¿Hija?

Asintió.

—¿Ava Ferragni también es familia del cardenal?

El hombre movió la cabeza en señal afirmativa, con los ojos lacrimosos.

—¿Hija?

Volvió a negar con la cabeza gacha.

Indira le echó una mirada significativa a Daniel.

—Hemos terminado, obispo. Gracias por su colaboración. Cierre bien y llámeme si necesita cualquier cosa. No responda a preguntas de nadie más. Los únicos que tenemos autorización para llevar este caso somos nosotros. —Le tendió su tarjeta—. Lamento mi agresividad, pero no tenemos tiempo que perder.

El hombre la cogió con mano temblorosa.

—No era un mal hombre, solo tuvo un desliz en su juventud...

—Eso será el Gran Arquitecto del Universo quien lo juzgue —sentenció Daniel—. ¿Nos vamos, jefa?

Ella asintió y dejaron al hombre solo. Tenían que volver con Velen.



El alû salió a la calle a tomar el fresco cuando el sol se puso. Indira ya le había llamado explicándole todo, así que, como no podía dormir por culpa de la puñetera llamada, estuvo buceando por Internet —aunque no pensara reconocerlo ante Daniel— en busca de toda la información posible sobre Olivia Young y Ava Ferragni.

Para empezar: Olivia había nacido en Roma, durante la misma época en la que el cardenal Bramston estudió teología en el Vaticano, a principios de los años setenta. La criatura fue adoptada por una familia británica, amiga de los padres de Bramston. Durante los noventa, la

mujer se posicionó como una actriz muy cotizada, ganadora de un Oscar de la Academia, y se la relacionó con el duque de Kent. Por lo demás, tras la pandemia había invertido su dinero en la empresa de Ava Ferragni y era su imagen de marca, la cual seguían millones de personas, ávidas por rejuvenecer como Olivia. La actriz era una reconocida fan de los alû, su longevidad y su belleza, así que hacía lo posible para parecer una de ellos.

En cuanto a la *influencer*, nacida en Nápoles, tuvo en apariencia una infancia normal en Italia. Ava y ella comenzaron a tener relación tras la pandemia y la italiana dio un salto cualitativo desde entonces gracias a su mentora.

Eso llevó a Velen a la conclusión de que Ava era hija de Olivia y nieta de Bramston, ya que también tenía parentesco con él, como había «dicho» el obispo Nichols. Pero seguía sin saber por qué habían matado al cardenal, y eso le escamaba.

En esos momentos vio aparecer el coche de Indira y el alû respiró tranquilo. Daniel y ella bajaron del auto tras aparcar cerca, junto al Morgan del joven.

—¡Qué alegría veros! —Velen abrazó con fuerza a Indira y sonrió a Daniel de una forma que este no supo cómo interpretar.

La india le había pedido al chico que condujese para poder hacer llamadas a Scotland Yard, aunque sin mucho éxito, pues la comisionada Dickens no estaba disponible. Luego se había dormido, así que no volvieron a hablar sobre Velen, cosa que Daniel agradeció, porque ya bastante confuso se sentía.

—Entremos, porque necesito una ducha —dijo ella.

—Os he preparado la cena porque estaba que me subía por las paredes.

—Muchas gracias. Bajo en diez minutos. —Indira subió a su cuarto y luego se metió en el baño.

Daniel se sentó a la mesa, asombrado por la cena que se encontró: pasta italiana con boloñesa y una pinta de lo más tentadora.

—Soy todo un chef. Solo me faltan las estrellas Michelin —soltó Velen mientras le servía una buena ración.

Estaba tan contento de tener allí a aquellos dos, que se puso a bailar y mover el culo, cosa que abochornó al masón, aunque fue incapaz de no desternillarse de la risa.

—¿Seguro que no te has pasado de sal? ¡No puedes comer nada de esto! ¿O sí?

—Esto no, no puedo. —Velen se sentó en otra de las sillas y lo miró con fijeza, esperando a que comenzara y le diera su beneplácito—. Gracias por lo de anoche y siento lo que hice... —Velen se disculpó—. ¿Se te está curando el corte?

—No te preocupes por eso... —Daniel bajó la mirada hacia el plato, incapaz de observar al hombre sin enrojecer.

Se había atado el pelo en una coleta baja, no llevaba las gafas e iba vestido con un pantalón de tela gris y un jersey negro de cuello alto que realzaba su esbeltez.

El aspecto habitual de los alû no agradaba a Daniel. Sin embargo, con Velen era distinto. Sus rasgos dejaban claro lo qué era, y pese a eso le resultaba muy atractivo, demasiado para su propio bien.

La india hizo acto de presencia con un turbante apretando su cabello mojado.

—¡Dios mío, Velen! Estoy canina. ¡Gracias! —Lo abrazó y le dio un beso tierno en la mejilla. Él correspondió al gesto, emocionado.

Velen se quedó mirándolos, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras cenaban. Allí estaban: sanos y salvos, con él.

—¿Nos vas a contar por qué crees que nos vigilan? —indagó Daniel al terminarse su plato y quedarse satisfecho.

—Estaba durmiendo esta mañana y me llamó un número desconocido que la policía no ha conseguido triangular. Vamos, que ha pasado por muchos servidores de distintos países.

Indira y Daniel lo miraron con expectación, así que continuó:

—Me llamó la mente criminal de todo este embrollo.

—¿Cómo?! —Indira se puso tensa.

—La voz estaba distorsionada, pero creo que es un hombre. Nos dejó adrede la lista, me preguntó si la había descifrado y me amenazó, aunque de forma velada, con haceros daño.

—¿Qué venga y le pego un tiro! —Daniel hizo el amago de levantarse, encabronado. Indira le puso una férrea mano sobre el hombro para controlarlo.

—Bien, estaremos alerta. A mí tampoco me tiembla el pulso a la hora de pegar tiros contra hijos de puta asesinos de niñas.

—Si me dais una pistola, yo también...

—No te animes tanto, Velen. Lo tuyo es el pensamiento crítico —le cortó ella.

—¿Sigue en pie lo de ir a los bajos fondos? —Daniel fue directo al grano mirando a Velen con su habitual expresión seria.

—Si no estás muy cansado, por supuesto.

—Nunca estoy cansado si se trata de ir a pegar palizas a vampiros.

—No sé cómo tomarme esa afirmación. —Se puso en pie con una sonrisa guasona en los labios—. Cuando quieras.

Indira palmeó el hombro del joven y sonrió con picardía, guiñándole un ojo, lo que hizo enrojecer a este.

—No te reprimas, él te gusta mucho —susurró Indira en su oído—. Bueno, tened cuidado. Voy a recoger todo esto.

Mientras sujetaba los platos llamó a su marido y se puso a hablar con él de forma melosa.

—Los envidio... —admitió el alû, suspirando de anhelo—. En el fondo de mi negro corazón, soy un romántico.

Daniel no dijo nada, solo comprobó que los revólveres tuvieran todas las balas, que las estacas permanecieran bien sujetas y que no le faltara ningún aparejo anti-vampiros.

Velen observó al joven de reojo. Aquellas correas de cuero que se le ceñían al cuerpo hacían que se excitara, imaginando escenas muy tórridas.

—Ya estoy preparado. Vámonos —avisó Daniel.

El alû se enfundó en su abrigo, se puso las gafas y le siguió hasta la salida. Caminaron en silencio hacia el coche policial.

Ya en el interior, Daniel puso en marcha el automóvil.

—¿Dónde quieres ir exactamente? —preguntó.

—A Plaistow.

—Ahí están los Irkalla... De acuerdo, me gusta el plan. —Daniel sonrió satisfecho.

Antes de que pudiese pisar el acelerador, Velen posó la mano sobre su muñeca izquierda y lo miró con intensidad.

—No dejaré que os pase nada —dijo con actitud protectora—. Tenemos que cuidarnos. Ahí fuera hay un asesino ególatra sin empatía que no tiene problemas para matar a unas niñas...

—Yo tampoco permitiré que os pase nada. Indira es como... Mi hermana mayor. Tú eres un pelmazo insufrible, pero...

—Pero guapo.

Daniel sonrió negando con la cabeza y pisó el acelerador.

—No tienes remedio.

Velen se arrellanó en su asiento y suspiró. Se sintió vivo como hacía mucho que no le pasaba. Y dentro de lo peliagudo de todo aquello, se consideró venturoso por haberlos conocido.



Los irkalla

El barrio de Plaistow era una zona suburbana al este de Londres, cerca del Támesis y no muy lejos de Greenwich. En los últimos años había terminado por convertirse en un mal sector, con muchos actos delictivos, y donde las bandas de alû, como los Irkalla, se habían hecho con el lugar.

Por desgracia también se traficaba con drogas, tanto para los humanos como para los alû, y la policía apenas patrullaba por allí. Por esa razón se había hecho cargo la logia Misericorde.

En apariencia las calles estaban desiertas, pero el masón sabía muy bien dónde se escondían: bajo la superficie, en locales turbios. Se accedía a través de los portales de algunos edificios concretos.

—¿Has estado por aquí alguna vez? —indagó Daniel tras dejar estacionado el coche en una calle principal.

—Sí, investigando para la policía, o para algún particular.

—¿Así te ganas la vida?

—No necesito ganarme la vida, la tengo resuelta. Lo hago porque me aburro. Aunque esta vez es personal —gruñó Velen.

—Los alû también tenéis vuestro código moral... Y el asesino se lo ha saltado.

—Así es. No solo ha matado a una de los suyos cuando tenemos un acuerdo tácito de no hacerlo, sino también a las niñas. Causar daño a los niños lo tenemos prohibido desde hace más de un siglo.

Daniel lo miró, asintiendo, entendiéndolo y estando de acuerdo.

—Para acceder al local de los Irkalla, tenemos que hacerlo por esa cancela. —El masón señaló un bloque de edificios de dudoso mantenimiento.

Velen se apeó del coche y se dirigió hacia allí seguido de Daniel. Este había sacado uno de los revólveres de plata.

—Déjame el otro —solicitó el alû.

—Ni loco, son mis cosas y no se tocan. Si pasa algo yo te defenderé —dicho aquello tropezó con la acera y Velen lo tuvo que sujetar.

—No sé si me siento muy seguro —bromeó.

Daniel le echó una mirada asesina y recobró la compostura. Se acercó a la fea puerta metálica y pulsó uno de los sucios timbres. Luego esperó a que miraran por la videocámara, observando esta con detenimiento.

—¿Qué quieres? —una voz al otro lado preguntó con brusquedad.

—Estoy patrullando. Abre.

—Ya estuvisteis anoche aquí. ¿Y qué coño haces con un alû?

—¡Qué abras, joder! —bramó Daniel con un tono marcial que dejó a Velen anonadado.

Poco después se abrió el portal y pudieron pasar. El interior del vestíbulo no era mucho mejor que el decadente exterior del edificio: paredes pintarrajeadas con feos grafitis desvaídos, el suelo sucio con restos de basura y orines secos apestando. El hedor era denso.

—¿Esta gente no limpia? —Velen se tapó la nariz, asqueado.

—El edificio entero está ruinoso y vacío, solo se reúnen abajo. Dejan esto así para que la gente normal no se cuele.

El alû siguió al joven hacia las escaleras que llevaban a las plantas inferiores, donde se podía escuchar el sonido amortiguado de música. Allí los estaba esperando un alû grande como un armario, pálido, de pómulos pronunciados, labios descoloridos y el pelo corto y blanquecino. En la camiseta negra llevaba un dibujo de Ereshkigal, diosa del inframundo en la mitología sumeria y acadia. Tenía todo el sentido pues ese era el significado de irkalla. Y allí estaban: en las profundidades del subsuelo.

—¿Qué queréis? —farfulló el tipo.

—Entrar y luego ya veremos —contestó Daniel, cruzado de brazos con el revólver en la mano y el pulgar en el martillo.

El tipo cogió un pequeño micrófono que tenía colgando de la oreja y preguntó:

—Hay un cazador y un alû en la puerta. Quieren pasar... —Se quedó a la espera de recibir instrucciones—. De acuerdo.

Con desgana les abrió para que pudieran adentrarse en el antro. El sonido de la música *metal* a todo volumen ensordecía a Daniel, que frunció el ceño e hizo un gesto a su acompañante para que lo siguiera.

Los alû que allí había reunidos, hombres y mujeres, se quedaron mirándolos con cara de circunstancia. Algunos se entretenían jugando al billar y otros en la barra consumiendo quien sabía qué. El lugar no estaba tan concurrido como de costumbre.

Una alû muy alta y esbelta, rubia con los cabellos muy largos y vestida de riguroso negro, se acercó a ellos con aire de dominatriz. Miró de arriba abajo a Daniel con cara de desagrado y su expresión cambió del todo al observar a Velen. Una sonrisa adornó su rostro casi élfico.

—Soy Eres, la diosa del clan Irkalla. Venid conmigo.

Hizo un gesto para que se bajara el ensordecedor volumen de la música y se encaminó hacia la barra. Los alû que estaban allí se retiraron y solo se quedó el barman.

—¿Qué vais a tomar? —gruñó el tipo.

—Nada que salga de este cuchitril —respondió el masón y luego miró de reojo a Velen, que negó con la cabeza dando a entender que tampoco estaba interesado en consumir.

—¿Y bien? Ayer ya estuvieron aquí tus compañeros, señor cazador. No encontraron nada, ni siquiera bombas.

—Poca broma con el atentado —siseó Daniel.

—Yo soy Velen. Encantado, señorita Eres. Me imagino que el nombre viene de la hermosa diosa a la que este clan representa —la aduló para intentar tener la fiesta en paz.

Ella le tendió una delicada mano y el hombre la besó, seductor.

A Daniel le dieron ganas de vomitar.

—¿El famoso Velen?

—Presumo que no hay nadie más como yo.

—Por fortuna —añadió Daniel con mala intención.

—Mi compi es un poco antipático, no se lo tengas en cuenta.

—Como todos los suyos... —susurró Eres—. Entonces, ¿qué os trae por aquí? No me consta

que hayamos hecho nada ilegal de ayer a hoy. ¿Salir de nuestras casas y venir? Sí, pero vivimos en el propio barrio. No podemos permitirnos bajar la guardia. Los Pazuzu nos la tienen jurada y aprovechan cualquier circunstancia para intentar jodernos los negocios...

—Buscamos información, nada más. —Velen le enseñó la pantalla de su móvil con la imagen de la enorme huella sobre el barro.

—¡Vaya! Entiendo... ¿Y a cambio qué me llevo yo? Creo en la reciprocidad entre especies.

—Te ahorras una bala en la cabeza —contestó el cazador martillando el revólver.

Velen se interpuso entre los dos y Daniel retrocedió.

—Es joven e impetuoso. Pero yo estoy dispuesto a colaborar.

—Contigo es un placer. De todos modos, mantén al niño tranquilo o no habrá cooperación que valga —contestó ella.

Velen se dio la vuelta y se llevó a Daniel a un lado.

—Por favor, déjame a mí. Solo mantente alerta y ya está. Hay que ser diplomático y tú no lo eres.

—Te doy diez minutos.

—Joder, qué presión.

Velen miró su boca torcida en un rictus serio. Esa cicatriz que tenía en el labio superior lo volvía loco, por no hablar de la que le cruzaba parte del rostro.

El alú se dio la vuelta con una actitud conciliadora y desapareció acompañado de aquella mujer, posando su mano en la estrecha cintura.

Al masón no le hizo ni puta gracia perderlo de vista, pero ¿qué podía hacer? Se imaginó a Velen y a la tal Eres intimando. Eso hizo que le subiera la bilis hasta la boca del estómago, celoso a rabiar.

Eres condujo a Velen a un reservado y le indicó que tomara asiento en un elegante sofá, muy distinto a la sordidez del antro. El alú lo hizo con garbo, cruzando una pierna sobre la otra, relajado.

—¿Por qué una mujer como tú regenta una mazmorra como esta?

—Querido Velen, porque el estraperlo y las drogas dan mucho dinero y los ambientes roñosos son los mejores para atraer a la gente adecuada. Mi casa, te aseguro, no es así... Por si te apetece visitarla —susurró melosa.

Ella se sentó a su lado y posó la mano sobre el muslo del hombre.

—Si has oído hablar de mí, sabrás que soy gay. —A pesar de eso, ella no apartó la mano.

—Esa minucia no quita que pueda sobarte un poco, ¿cierto? —Le apretó el muslo con sus largas uñas.

—¿Qué quieres a cambio de la información que os hemos pedido?

—Si me aseguras que esos pelmazos de la logia Misericorde no vuelven a pasearse por aquí, te doy todo lo que tú me pidas, corazón. Afectan al buen funcionamiento del negocio. Quiero tener la fiesta en paz.

—Te doy mi palabra. Mi amiguito tiene línea directa con el jefe de la logia. Por otro lado, ¿qué se supone que pasáis de contrabando?

Eres se puso en pie y caminó con elegancia sobre unos tacones de infarto. La melena rubia y cuidada cayó por su espalda con encanto. Cogió un cigarro y lo encendió, dándole una calada y expulsando el humo.

—A parte de la mejor maría del mercado británico, un montón de pastillas de la YPC. Me han llegado unas nuevas que pronto serán la sensación.

—¿Unas nuevas?

—Han estado haciendo experimentos con nosotros. No creo que de forma legal, si no ya te aseguro que no habrían llegado a mí. Pero sí es cierto que es una buena mierda. Creo que cuando salgan al mercado van a costar un dineral y solo unos pocos privilegiados podrán comprarlas.

Velen se quedó pensativo.

—¿Y qué efecto producen?

—Querido, no te lo creerías. —Se volvió a sentar a su lado y abrió una cajita que había sobre la mesa baja que tenían enfrente. Del interior extrajo un blíster plateado con una pastilla de muestra y se lo tendió.

—Tolerancia a la luz solar y menos ansia de sangre. El problema: tienen efecto rebote porque aún no están desarrolladas en condiciones, así que la sed puede volverte loco si no controlas la dosis. Pero... A los ricos les da igual. Salir de día... ¿Tiene precio? Yo digo que sí, uno muy caro.

El alû dio vueltas al blíster, pensando.

—¿Por qué me lo has contado? ¿Qué ganas con ello?

—Nada, cielo. Pero me caes bien. No parece fácil ser tú en un mundo donde los humanos te temen y los alû te desprecian. El bicho raro, la anomalía... —musitó ella apoyando la cabeza en su hombro.

Velen sonrió de forma triste, asintiendo.

—¿Me cuentas más cosas?

La mujer se irguió de nuevo y lo miró antes de hablar:

—El único alû que tiene ese tamaño de pie se llama Armin. Alemán, unos doscientos veinte años, grande como un armario, rapado y de ojos azules. Es un asesino a sueldo. —Dio otra calada al cigarro—. Un mercenario de los buenos: efectivo, sin empatía, y con un gran sentido de la lealtad hacia quien le paga bien. Vino a comprarme anabolizantes hace un par de semanas, si no recuerdo mal.

—Qué conveniente haberte encontrado. Podríamos haber ido a preguntar a otro sitio...

—Aquí todo se sabe, querido, aunque los clanes seamos competencia. El tal Armin, antes de aparecer por aquí, preguntó en otros sitios. Así que en tu caso hubieras dado conmigo de todas formas. Eso que tu amiguito y tú os habéis ahorrado.

—¿Sabes algo de unos asesinatos muy especiales?

—No.

Velen la creyó.

—¿Y del atentado?

—Yo creo que fue una estratagema de los humanos para jodernos a todos pero bien —respondió molesta—. Eso hace que mi negocio se resienta. En fin...

El hombre se puso en pie, dispuesto a darle la mano como un caballero, cuando se escuchó jaleo fuera del reservado. Salieron de inmediato y se encontraron a Daniel dándole una patada en la cara a uno de los guardaespaldas y apuntando a otro con el revólver.

—¡Daniel! ¡¿Qué coño haces?!

—¡Este tipo se me ha acercado demasiado y me ha tocado! —gritó con furia.

—¡Vale! ¡Se acabó! Nos vamos, venga.

Pero el alû a quien le había roto la nariz no quiso otra cosa que vengarse de aquel cazador, así que se arrojó sobre él con los colmillos bien a la vista.

Daniel retrocedió dando un salto, sacó la estaca de plata y le señaló con ella mientras que con

la otra mano apuntó al resto de alû que intentaron detenerlo.

Velen puso los ojos en blanco.

—Tengamos la fiesta en paz, Daniel —rogó.

—¡El muy cerdo me ha tocado el culo! ¡Y por ahí no paso!

Velen se dio la vuelta hacia el tipo en cuestión y le arreó un puñetazo, con tal fuerza, que le terminó de reventar la cara, haciendo que trastabillara y se cayera de espaldas perdiendo el sentido.

—¡No se toca lo que es mío! —voceó Velen, enfadado.

Acto seguido tomó a Daniel del brazo y ambos subieron las escaleras a toda prisa, salieron del edificio y corrieron por la avenida perseguidos por una jauría de alû muy cabreados. No pudieron coger el coche porque los hubieran alcanzado antes de subirse y arrancar.

Velen fue más rápido que Daniel, dadas sus habilidades físicas, pero el chico se esforzó al máximo en seguirle el ritmo.

Acabaron metidos en una callejuela mugrienta y maloliente, donde las ratas chillaron asustadas. Se escondieron detrás de un contenedor de basura e intentaron recobrar el aliento.

Un alû del clan no tardó en dar con ellos, pero antes de que pudiera dar la voz de alarma, Daniel lo asió del pescuezo y le plantó el cañón de su arma en la garganta.

—Si me pegas un tiro todos sabrán dónde estáis y os despedazarán —avisó el tipo.

—Pues que vengan a recoger los pedacitos de tu puto cerebro, vampiro de mierda —siseó Daniel—. Tengo balas para todos, o estacas, me da igual. También puedo rajarte el cuello en silencio y ver cómo te desangras, cabrón.

—Haz caso al chico, amigo —susurró Velen—. No le tiembla el pulso cuando tiene que matar vampiros como tú. ¿Cuántos como este te has cargado ya? —Se tiró un farol.

—Cinco —afirmó Daniel aunque fuese mentira.

—Hijos de p... —El cazador clavó más el cañón bajo su mandíbula, quemándole por el efecto de la plata en la piel.

—Dile a la diosa Eres que cumpliré con mi palabra —musitó Velen mirándolo muy de cerca, con sus ojos rasgados, grandes y ambarinos—. Pero te vas a ir por donde has venido y no le vas a decir ni pío de esto a nadie más que a ella. ¿Te ha quedado claro? O te mandamos unos cuantos cazavampiros para que te den matarile.

El tipo asintió en silencio, sudando. Le tuvo más miedo a Velen que a Daniel.

Este último lo soltó y el alû se fue corriendo sin alertar a nadie.

Los otros dos volvieron a acucillarse tras el contenedor y esperaron con suma prudencia hasta que se dejaron de escuchar gritos, pasos y cualquier tipo de sonido.

—Ha colado, no me lo puedo creer —cuchicheó el alû, incrédulo.

Los dos se echaron a reír intentando contener las carcajadas a toda costa. El joven terminó ahogándolas sobre el abrigo de su compañero hasta que pudo tranquilizarse.

—Has noqueado a un tipo enorme, con un puñetazo... —murmuró Daniel, asombrado.

—No sé qué ha pasado, solo que le he partido la cara. Pero es que te había tocado el culo —chistó ofendido.

—Y no se toca lo que es tuyo... —Velen lo miró con una sonrisa tontorróna.

Daniel tomó al alû por el rostro y lo besó con fuerza, ansia y anhelo. Le dio todo igual, desapareció el desagradable entorno, solo pudo pensar en abrazar a aquel hombre y hundirse en su boca, esa que le devolvió todos los besos con hambre, ganas y codicia.



Indira había hablado con su marido: todo estaba bien, nadie lo había ido a molestar al apartamento, solo la típica visita rápida de una suegra muy metiche, pero poco más.

Eso confirió cierta tranquilidad a la mujer, ya que su mayor preocupación era que le pasara algo a Kyle, o que se viera involucrado en algún problema por ser alû.

Tras lavar los platos y guardar las sobras, la oficial cogió una silla y se sentó delante de las pizarras repletas de notas plasmadas por Velen mientras se tomaba un té caliente.

Se estrujó la cabeza intentando comprender las razones del asesino para matar al cardenal. Tener una hija siendo sacerdote no era motivo para ajusticiar así a nadie. Aunque, tal y como había explicado Velen, las víctimas siempre representaban algo.

Lo de las niñas le revolvió el estómago de nuevo. Sabía que si pillaban a ese cabrón no podría pegarle un tiro, pero ojalá lo condenaran por el resto de sus días, fuera humano o alû.

De pronto escuchó un ruido en la puerta de la calle y eso le hizo pegar un brinco. Asió con rapidez su Glock y se acercó, descalza y en pijama, al corredor que daba al descansillo. Encendió la luz, pero allí no había nadie, así que anduvo hasta la puerta. Tal vez sus compañeros se habían dejado las llaves.

—¿Quién es?! —interrogó.

—¡Soy yo! —La voz de su marido la dejó confundida. Bajó el arma y corrió a abrirle la puerta.

Este estaba al otro lado y entró con rapidez, cerrando con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo malo? —preguntó con desconcierto y preocupación mientras lo palpaba por si tenía alguna herida.

—Estoy bien, tranquilízate. —La abrazó contra sí y ella se quedó más serena, apoyada en su cálido pecho.

Indira cayó en la cuenta de algo y se apartó un poco, mirándolo desde abajo.

—¿Cómo has sabido dónde estaba el piso franco?

—Lo siento, cariño... —susurró él—. Cambio de planes.

Indira se apartó del todo y se pegó contra la pared.

—¿Qué planes? ¿De qué me hablas? ¿Quién te ha dado esta dirección? ¿Te están amenazando?
—insistió en saber.

Kyle sonrió, afable, acariciando su rostro moreno y tomándola por la barbilla con suavidad.

—He cometido un error al querer ayudar a Velen y todo se ha precipitado —dijo con una expresión de disgusto en el semblante—. Se va a dar cuenta de que he sido yo, ¿comprendes eso?

—Kyle, no te endiento... —Se puso a temblar.

—En breve lo entenderás. Ahora, nos vamos.

Antes de que ella pudiera darse cuenta, Kyle le quitó la Glock.

—¡No! ¡No nos vamos hasta que me expliques qué pasa! —clamó asustada.

Él puso una expresión tan seria, una tan desconocida para Indira, que le produjo a la mujer una extraña sensación de desasosiego. Allí delante no tenía a su esposo habitual, sino a otro hombre distinto que no conocía.

—Vaya... —suspiró él—. Está claro que esto no va a ser fácil.



De enemigos a amantes

Cuando consideraron que era prudente volver a por el coche, Daniel y Velen se lo encontraron destrozado: ruedas pinchadas, lunas rotas y capó hundido. Indira se iba a cabrear muchísimo, de eso no les cupo la menor duda, y ya no digamos la comisionada Dickens.

—Por aquí los taxis no pasan, ni los taxistas vienen aunque los llames. A ver qué hacemos — comentó Daniel un tanto nervioso por la situación.

—Caminar. —Tomó al cazador de la mano con fuerza, no se le fuera a escapar después de aquel tórrido beso.

Ambos anduvieron a buen paso intentando que no se les escuchase o viese, entre las sombras.

Daniel se sintió extraño yendo de la mano de otra persona, más aún de un alú, pero le pudo la emoción del momento. Lo había besado con todas las ganas, porque era lo que anhelaba. Él le correspondió igual.

Su padre lo iba a matar en cuanto lo supiera. Pero le gustaba demasiado aquel encantador de serpientes que asía su mano con fuerza.

Caminaron cerca de una milla por Barking Rd, hasta llegar a un McDonald's que estaba abierto —algunos restaurantes de comida para llevar contaban con permiso para dar servicio— y se acercaron al aparcamiento mal iluminado.

Velen llamó a un taxi y luego a Indira, que no se lo cogió.

—Son las once, estará durmiendo —comentó Daniel.

Velen no dijo nada, pero frunció el ceño. El joven tocó su brazo para consolarlo al ver esa expresión dubitativa.

—Eso espero... —musitó Velen. Luego acarició la mejilla del joven y sus cicatrices—. Me gustan mucho... —reconoció—. Todo en ti me gusta, hasta el mal genio que te gastas.

Daniel enrojeció bajo la mortecina luz de una farola. Miró a todos lados sin encontrar a nadie por allí. Después, con un poco de vergüenza, tomó a Velen de las solapas de su chaqueta para que se inclinara.

Volvieron a besarse, intentando contener las tremendas ganas que se tenían el uno al otro y ser un poco más discretos en cuanto a los actos de cariño en «público» se refería.

—¿Te gusto? —Velen estrechó al cazador contra sí.

—¿Eres tonto? —respondió Daniel con el rostro hundido contra su jersey—. ¿Te estaría besando si no fuera así? Y más con los prejuicios que tengo sobre vosotros...

El corazón del alú se puso a latir con fuerza. En realidad, nunca se había sentido de ese modo con ningún otro hombre, tan en la luna, en la inopia, flotando cual angelito.

Para Daniel todo era nuevo: las sensaciones, los intensos sentimientos, la fuerte atracción, las ganas de estar pegado a Velen... Imposible seguir ignorando lo evidente.

El taxi apareció en el *parking*, así que corrieron hacia él y se subieron.

—El vampiro no —soltó el taxista.

—El alû viene conmigo, y la ley es muy clara: no se puede rechazar a un pasajero por ser un alû —respondió Daniel en tono cabreado.

—¡Pues os bajáis los dos! ¡No están las cosas como para fiarse de ellos!

Velen se quedó estupefacto cuando el joven sacó uno de sus revólveres y se lo enseñó al hombre.

—A Greenwich, al 36 de Rosewood Gardens. Ahora —añadió Daniel.

—Llamaré a la p-policía...

—Trabajamos para Scotland Yard, así que puede darles nuestros nombres y cerciorarse, no hay problema —adujo Velen.

—No hace falta —gruñó el taxista y se puso en marcha.

El viaje sería corto, así que mejor no meterse con aquella extraña pareja: el vampiro y el cazavampiros. Menudo despropósito.

—Gracias por defenderme —susurró Velen en el oído caliente de Daniel.

—Tú lo hiciste conmigo. —El chico giró el rostro hacia él con una leve sonrisa, deslizó la mano libre para buscar la del alû y entrelazó los dedos con los de este.

—Que te tocan me hizo perder los papeles.

Daniel apretó su mano con fuerza y Velen le devolvió el gesto.

Durante el breve viaje de quince minutos se mantuvieron en silencio. El alû siguió mirando el teléfono de Indira. Llevaba sin conectarse al chat desde hacía más de dos horas. Volvió a llamarla sin obtener respuesta y sintió que algo no iba bien.

Tras llegar al piso franco, y pagar al taxista, entraron en el edificio.

Las luces de la entrada estaban encendidas, se podía escuchar la televisión en la salita, pero Indira no se encontraba allí. De hecho, había un té a medio tomar, frío.

—¡Indira! —voceó Daniel a la par que subía las escaleras.

No se encontraba en el baño, ni en ninguno de los cuartos. Su ropa de trabajo seguía allí, sobre una silla. Nada parecía distinto, tan solo su ausencia.

El chico bajó y se percató de que la Glock estaba sobre una consola de esquina. Indira nunca hubiera dejado un arma en aquel lugar. La tomó y fue a la salita, encontrando a Velen mirando el té, en la misma postura y con la misma expresión grave.

—Velen... —El alû le miró.

—No debimos dejarla sola... —Al lado de la taza estaba el móvil de la mujer.

—Pero no hay indicios de que hayan entrado por la fuerza. Ha tenido que salir por su propio pie. Aunque se ha dejado la Glock y la ropa de trabajo.

—Ayúdame a recopilar las pruebas, el portátil y a recoger nuestras cosas —pidió con premura—. El asesino sabe dónde estamos. ¡Ah! Y borra los nombres de las pizarras.

Daniel se quedó blanco como el papel, pero hizo lo que Velen le pidió. En cuanto lo tuvieron todo, salieron del piso franco y se encaminaron hacia el Morgan.

—Espera —pidió el alû abriendo el capó, mirando debajo del coche, dentro del maletero y en el interior del propio automóvil—. No parece que haya nada explosivo.

—¡Joder, Velen! Me estoy poniendo de los nervios.

—Tranquilo, dudo que vengán a por nosotros ahora mismo. Vamos, adentro.

Daniel, sudando la gota gorda, puso en marcha el Morgan. Nada sucedió, ni tampoco cuando pisó el acelerador.

—¿Dónde quieres que vayamos? ¿A Scotland Yard?

—A mi casa. Tengo un sistema de seguridad infranqueable. Ahí no entra ni el «piesgrandes».

Mientras el cazador tomaba la A1203 en dirección a Belgravia, Velen llamó con insistencia a la comisionada Dickens, pero sin éxito. Luego le dio vueltas al teléfono de su amiga.

—Indira tiene el móvil protegido con reconocimiento facial, huella, patrón y contraseña. Así no puedo acceder ni yo.

De pronto vibró en sus manos y entró una llamada desde un número muy largo. Velen descolgó al tercer tono, intentando mantener la compostura.

—¿Dígame? —preguntó con voz sosegada.

—Velen... —gimió Indira al otro lado—. E-estoy bien, no me va a pasar nada... —jadeó llorosa.

—¡Dime dónde estás!

—No puedo, lo siento...

—Indira, ¿te han hecho daño?

—Estoy bien, de verdad. Nadie me ha hecho daño, ni me lo hará... —Su voz sonó débil, apagada, entristecida.

—¿Dónde estás? —insistió.

—Os quiero a los dos. Tened cuidado, por favor.

—¡Indira! —exclamó Velen con desesperación. Después de eso se cortó la llamada y el móvil volvió a bloquearse—. ¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —Velen pateó el suelo del coche, rabioso. Se llevó las manos a la cabeza, angustiado.

Su propio móvil sonó y le hizo pegar un brinco: era Temperance. Acto seguido descolgó y puso el manos libres.

—Comisionada...

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Indira ha desaparecido del piso franco. Ella está bien, ha llamado. Pero es evidente que está siendo víctima de un secuestro. Creemos que el causante ha sido el responsable de los asesinatos, o alguien que lo ayuda. Así que Daniel y yo nos hemos largado del piso con toda la información importante.

—¿Dónde vais?

—A mi apartamento, es el lugar más seguro ahora mismo.

—De acuerdo. Pondré en marcha el protocolo. No habléis con nadie más que conmigo o con White. ¿De acuerdo? ¡Y no os mováis de allí! —exigió.

—Eso no se lo puedo prometer, Temperance.

—¡Velen! —rugió—. ¡Hazme caso por una puta vez!

—No voy a permitir que le pase nada a Indira. Vamos a contrarreloj.

—¡Vel...!

Pero este colgó.

—No tienes remedio —siseó Daniel yendo hacia Belgravia todo lo rápido que le dejaron los semáforos.

Después de estacionar el vehículo se bajaron y transportaron todo en silencio. El rostro del alú era un poema, mezcla de angustia, desesperación y rabia. También había impotencia en sus facciones.

Subieron al apartamento y, antes de entrar, Velen miró las cámaras de seguridad desde una aplicación que tenía en el teléfono.

—Todo está bien. Además, hay tres alarmas conectadas y habrían saltado avisándome en el

caso de que hubiese accedido alguien—. Las desconectó y luego pulsó el código que abría la puerta—. La clave alfanumérica cambia cada vez y solo yo entiendo qué secuencia usa. Así que no salgas si yo no estoy.

—No te voy a dejar solo —refunfuñó—. Si pones un pie fuera, voy detrás.

—Y yo no quiero que seas el siguiente —rebatió.

—Te repito que no te voy a dejar solo.

Se adentraron, encendieron las luces y depositaron las pruebas en un despacho muy elegante que usaba Velen para sus cosas.

La colección de libros dejó a Daniel patidifuso, en especial los referentes a los alû. De pronto se vio abrazado por Velen con mucha fuerza y necesidad de afecto. Le devolvió el gesto rodeando su cintura con los brazos y apoyando la cabeza sobre su hombro. El rostro de Velen se posó sobre su pelo con cuidado.

—Llama a tu padre, que sepa dónde estás. ¿De acuerdo?

—¿Es imperativo? —suspiró.

—Sí. Además, necesito que cumplamos la palabra que le di a Eres.

—¿Qué le prometiste? —gruñó pensando mal—. ¡Porque menudas miradas te echaba!

Velen le dio un beso para acallarlo.

—Que nadie de tu logia los molestaría nunca más —apuntilló.

—Está bien —claudicó—. Además, con la que he armado allí es mejor que mis compañeros no vayan o puede suceder una desgracia.

—Ven... —Daniel siguió a Velen hasta una salita acogedora, equipada con un sofá de aspecto cómodo y una televisión enorme sobre una chimenea.

El alû, tras despojarse del abrigo, encendió un fuego y cerró la portezuela de seguridad.

—Ponte cómodo. ¿Tienes sed? De beber hay vermut de sangre sintética —dijo con asco—, o agua...

—Creo que prefiero el agua. —Sonrió con cansancio.

—Dúchate, a la derecha hay un baño con todo lo que necesites. Apesta a basura, aunque para mí siempre hueles bien.

Velen desapareció de su vista, así que Daniel optó por seguir su consejo y deshacerse de todo el olor a sudor y a inmundicia que desprendía.

Dejó en el suelo la ropa, los aparejos, las armas, las estacas... Todo. No tuvo miedo de Velen, ya no. Al contrario, se sintió seguro con él.



White suspiró, agotado. Ni él ni la comisionada habían podido dormir demasiado, mucho menos pasar tiempo con sus respectivas familias.

Se apeó del coche patrulla e indicó a sus agentes que se quedaran allí a la espera de que llegaran más compañeros. Luego se acercó al portal del edificio donde Velen residía y pulsó un botón cualquiera del interfono.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina.

—Soy policía, necesito que me abra. Voy al último piso.

—¿Va a ver a Velen?

—Así es, pero no se inquiete, colabora con nosotros. —Enseñó su placa y, tras unos segundos, la mujer le abrió.

Subió hasta el último piso y tocó el timbre, observando la pantalla táctil y la cámara que había al lado de la puerta.

De pronto le abrió Velen con cara de desconcierto y una botella de agua en la mano. A White le llegó un olor a basurero que lo echó para atrás.

—¿Dónde coño has estado? ¡Hueles que apestan!

—Pase... —gruñó el alû.

—Menudo apartamento... —White le echó un vistazo rápido y luego fue al grano—: Me manda la jefa, para que no os mováis de aquí. ¿Dónde está Lennox?

—En la ducha. ¿Cómo que para que no nos movamos?

—Pues que no salgáis a hacer el loco buscando a la oficial Kaur, que ya nos conocemos. El protocolo está en marcha, así que no podemos permitir que os pase nada. Está claro que la bola de nieve ha crecido.

—¡Pero hay que encontrar a Indira! ¡Tenemos que volver a la calle!

—Olvídate de eso. Es una orden.

—¡Yo no sigo órdenes de nadie! —gritó Velen, ofuscado.

White nunca lo había visto en ese estado de enajenación y eso le sorprendió, acostumbrado a un Velen al que le daba todo igual y hacía chanzas de cualquier cosa. A pesar de eso, el hombre se mantuvo serio y firme.

—Me importa una mierda —contestó White.

—¿Qué pasa? —Daniel apareció ante ellos con una toalla en la mano y vestido con un pantalón y una camiseta de manga corta—. ¿Quién es usted?

—El jefe superintendente Gordon White. Estoy aquí para asegurarme de que no salís a buscar a la oficial Kaur, bajo ningún concepto.

—Entiendo... —Daniel estaba acostumbrado a seguir mandatos, pero la mirada ofuscada de Velen le hizo saber que él no.

—Vosotros seguid investigando desde aquí. Mañana os mandaremos a otros dos oficiales cualificados.

—Tenemos que poder acceder a la familia Auttum y al esposo de Glenda Craig... —solicitó Daniel al ver que Velen estaba como bloqueado y no decía nada, solo respiraba con fuerza. Se acercó a él y le tocó el pecho con la mano. De forma automática pareció relajarse un poco y volver a la realidad.

—Eso ya está en marcha, no os preocupéis.

—Nos hemos quedado sin coche —añadió el joven—. Tuvimos un percance... —carraspeó.

White prefirió no preguntar o le iba a dar un infarto.

—Lo repondremos. Bien, esta noche descansad, no podéis hacer nada más. Pero necesito saber desde dónde llamó la oficial Kaur y también que me entreguéis su teléfono y su arma.

Velen sacó del pantalón el teléfono y se lo dio de mala gana, callado como una tumba.

—No tenemos su Glock, lo siento —avisó el chico, mintiendo.

—Por favor... —susurró Velen de pronto—, compartan con nosotros cualquier novedad sobre Indira. Y... su marido, puede estar en peligro también.

—Eso ya se está haciendo, hemos mandado una patrulla a su casa —explicó antes de dirigirse hacia la puerta—. Velen, no la lías. Lennox, vigílalo. Buenas noches.

Tras eso el hombretón se fue por donde había venido y los dejó a solas.

Daniel se giró hacia Velen y lo sujetó por el rostro. El alû estaba intentando no sollozar.

—Me siento impotente... —declaró el moreno—. Le prometí a Kyle que la protegería y no lo he cumplido.

—Vamos, tranquilo... Ella es fuerte.

—La van a matar —dijo agobiado hasta el extremo—. Si han asesinado a cinco personas, qué más da una más. Al tal Armin, el sicario, le da todo igual. Mata y punto.

—Velen, están usando a Indira para jodernos, para que nos salgamos del camino, para despistarnos. Tú eres el listo, el cerebro de esta operación. No permitas que se nuble tu mente por lo que está pasando. Respira...

Velen abrazó contra sí a Daniel, inhalando el olor a champú de sus cabellos mojados.

—Debería ducharme también, ¿verdad? *Le parfum nauséabond*²⁰ que llevo no es precisamente sexi.

—Apesta, sí... —Daniel sonrió mientras tomaba la botella de agua que Velen llevaba en la mano—. Te espero en la salita, aquí hace frío.

Durante el rato que el alú estuvo en el baño, Daniel hizo de tripas corazón y llamó a Oliver. Tenía el corazón en un puño. Su padre no tardó en responder a pesar de ser tan tarde.

—Hermano, ¿qué sucede?

Daniel suspiró.

—Necesito que la logia no moleste más a los Irkalla.

—¿Y eso por qué? Son los mayores traficantes de drogas que hay en la comunidad vampírica. De todo Reino Unido, de hecho —apostilló.

—La razón es que necesitábamos información y teníamos que darles algo a cambio. Así que es imperativo que los dejemos en paz. Además, la hemos liado un poco... —confesó asumiendo esa responsabilidad.

—¿Cómo?! —gritó Oliver.

—Tuvimos una trifulca con ellos.

—¡Seguro que Velen fue el causante! —exclamó.

—¡No! ¡Fui yo! Velen me defendió. De no ser por él no habría podido solo contra tantos... vampiros —nombrarlos con aquel apelativo desdeñoso ya no tuvo sentido para él.

Hubo un silencio incómodo al otro lado.

—Está bien, hablaré con los demás para que no molesten a esos cabrones. Y haz el favor de dejar a tu padre en buen lugar, no como un imbécil.

—Lo lamento...

—Ten cuidado con ese chupasangres, no es lo que parece.

—Ya lo sé... —dijo muy en serio, apretando los dientes, solo que no en el sentido que Oliver creía—. Buenas noches.

Luego colgó sin querer sentir más el malhumor que su padre tenía incrustado en su ser.

Velen había estado escuchando al otro lado de la puerta, proporcionándole intimidad. Después entró y se sentó al lado del joven. Le acarició la cicatriz del labio con el dedo gordo, recibiendo un pequeño mordisco en la yema.

—Tu padre te presiona demasiado.

—Nunca ha superado la muerte de mi madre y su odio hacia vosotros crece con el tiempo, sobre todo ahora que tenéis más derechos y él ya no puede hacer su trabajo por motivos de salud.

—¿Y tú? ¿Ya no nos odias tanto? ¿Y a mí? —bromeó mientras lo apretaba contra sí—. ¿No soy insufrible?

—Claro que lo eres, además de insoportable y pedante. Pero me gustas demasiado... —Daniel atrapó su boca y se subió encima de él, haciendo que Velen acabara debajo, tumbado sobre el sofá.

El alû sintió la erección de Daniel contra la suya, frotándose con urgencia. Ambos iban solo con pantalón y camiseta, así que fue sencillo desnudarse el uno al otro.

El cuerpo del chico estaba bien formado, su espalda era ancha, su trasero prieto y respingón, sus piernas bien torneadas. Velen creyó estar en la gloria. Su mente le decía que había cosas más urgentes en las que pensar, pero le pudieron las ganas, el deseo sexual y los sentimientos.

—¿De verdad que nunca has estado con un tío? Porque, joder, me cuesta creerlo...

—Es mi primera vez... —aseguró Daniel—. Seguro que lo hago mal, pero...

—No haces nada mal, me encanta todo. —Velen lo agarró con fuerza para cambiar las tornas y ser él quien estuviera encima tomando el control de la situación.

Para Daniel aquello superó todas sus expectativas a la hora de estar con otro hombre: su piel clara, su cuerpo esbelto, su tremendo miembro viril, esa forma de tocarlo, la manera en la que correspondía a sus besos torpes e inexpertos o le lamía el cuello, cerca de la carótida. Le ponía el vello de punta y lo hacía jadear con fuerza.

El alû notaba bajo sus labios la sangre bombear con fuerza, pero sabía que no lo podía morder allí porque le causaría la muerte. Solo entre los alû era posible. A pesar de eso, tener a aquel hombre bajo él era más de lo que podía soñar. La conexión con Daniel resultaba distinta a todo lo que había sentido hasta entonces.

Se emocionaron tanto que acabaron cayendo al suelo, sobre la moqueta. El sofá era muy pequeño para albergarlos a ambos.

Daniel se echó a reír, aferrado al cuerpo de Velen, que suspiró de placer. De pronto, el joven se vio llevado en brazos por el alû, que lo depositó sobre su cama grande y cómoda, en una amplia estancia a oscuras. Solo la luz de las farolas que entraba por la ventana iluminaba el lugar y sus cuerpos desnudos.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó Daniel en un tono trémulo.

—Lo que tú quieras, cariño... Estoy aquí para que tu primera vez sea única y no desees... —El hombre detuvo sus palabras, agitado—. Para que no desees que nadie más que yo te haga el amor...

—¿Te estás declarando?

Velen se puso nervioso y se apartó un poco. Sin embargo, Daniel se aferró a su cuello y lo besó con anhelo.

—No te rías de mí... —pidió el alû, ruborizado.

—¿Dónde está el Velen creído y seguro de sí mismo? Ese que me lanzaba directas y me besaba sin reparos... Ese al que tuve que pegarle un bofetón por sobrepasarse. Y para que te enteres, anoche me masturbé de lo caliente que me puse con lo que pasó —confesó.

—Niño, me estás poniendo muy burro. Y te vas a arrepentir.

Lo empujó contra la cama y se colocó entre sus piernas abiertas, masturbándolo con pericia.

—¿Te gusto? —preguntó Daniel entre gemidos de deleite.

—Desde el primer momento en el que te vi. ¿Contento? No podía quitarte la vista de encima... Ni las manos.

—Deseo hacer el amor contigo... Solo contigo... —Daniel se irguió para tomarlo del rostro, algo que le encantaba hacer—. Y no quiero que te vayas con otros.

—¿Qué otros? Solo existes tú. Llevaba noventa años esperando a que aparecieses...

Daniel enrojeció de turbación. Aquello había sido demasiado romántico para poder soportarlo.

—Hablas demasiado y follas poco, así que cállate y cómeme... —exigió rodeando su cintura con las piernas y mordiendo uno de sus pectorales. También le asió de las nalgas y besó su nuez.

Velen le hizo caso con la firme intención de devorar cada recoveco de su cuerpo, así que le lamió las ingles, el interior de los muslos, mordisqueó sus velludos testículos, recorrió a besos aquella verga dura y se la metió en la boca hasta el fondo, con cuidado de no hacerle daño con los colmillos. Lo masturbó a conciencia, saboreando el líquido preseminal con deleite, jadeando él también, gozando como nunca. Se sacó su pene de la boca y se concentró en la cavidad bajo sus testículos, lamiendo la entrada al recto.

Daniel se estremeció solo de pensar en que Velen se lo follara. Se moría de las ganas y a la vez estaba muerto de miedo. El alû estaba muy bien dotado.

—Daniel... —susurró sobre la oreja de este—, ¿realmente quieres que lo haga?

—Sí, quiero que lo hagas —contestó enardecido, tomando la mano de Velen y llevándola a la entrada de su recto.

—*Tsh...* —chistó el alû—. Lámeme los dedos, déjalos bien húmedos, y luego me muero por verte comiéndome la polla.

Le metió dos falanges en la boca y Daniel hizo lo que se le pidió. Después los sacó y llevó a donde debían estar; dentro del recto del chico, poco a poco y empujando con cuidado. Notó cómo se contraía la zona, así que intentó que se fuera dilatando mediante breves empujones.

Daniel estaba sintiendo algo muy intenso. Ya se había masturbado así muchas veces, pero no era comparable a que se lo hiciese Velen. Este lo besó y le acarició el interior de la boca con su lengua experta. A ese paso iba a correrse antes de que él lo penetrara, porque no podía parar de jaderar y estremecerse de gusto.

Velen agarró a Daniel del cabello para dirigirlo hacia su entrepierna. Las manos del chico asieron aquella verga tan gruesa y caliente. No dudó ni un instante en gozar de ella, besarla, lamerla, chuparla y metérsela en la boca, gimiendo de gusto.

—Me ha tocado la lotería contigo... —susurró Velen, mordiéndose el labio inferior.

Daniel lo abrazó por el cuello y le besó con fuerza, agarrando sus cabellos oscuros y húmedos, aspirando su aroma varonil, mirándolo con intensidad a los ojos ambarinos.

—Me vuelves loco —jadeó Daniel—. Me has embaucado.

—Tú sí que me has embaucado a mí con esos iris azules...

Velen lo tumbó de nuevo sobre la cama para admirar aquella belleza masculina.

—Hazlo, por Dios, hazlo ya... —suplicó Daniel.

—Tú lo has querido, cazador cazado.

Velen se masturbó con fuerza para tener la verga bien dura y húmeda. Y Daniel abierto de piernas ante él, excitado de aquella forma, le puso mucho más cachondo. Acercó el glándulo a aquel trasero que le traía loco, que era solo suyo, y lo introdujo con cuidado. De inmediato sintió que Daniel se cerraba.

—Tranquilo, relájate. Si te hago daño pararé.

Velen empujó con cuidado hasta que Daniel se fue abriendo en todos los sentidos.

—Joder... —gimió el joven al sentir la mitad de aquella verga dentro. Le dolió una barbaridad y a la vez le hizo perder el control—. Empótrame —rogó con lágrimas en los ojos.

El alû lo hizo, la metió entera hasta el fondo y se quedó quieto, esperando a que Daniel se recuperara de aquello.

—¿Estás bien?

El chico le miró con sus ojitos azules, lo atrajo hacia él y se recolocó rodeándolo con las piernas, bien apretadas contra su cintura. Besó a Velen y comenzó a moverse bajo este, buscando la postura más placentera.

—Sigue... —susurró entre besos y lametones.

Velen empujó con presteza y cuidado al principio. En cuanto escuchó a Daniel gemir de goce aumentó la cadencia. El chico estaba tan enardecido que era imposible saber si le dolía, sentía placer o ambas cosas combinadas. Estar allí dentro fue abrasador, un sueño hecho realidad. Velen deseó morderlo, darle el beso de sangre en cualquier lugar en el que no le hiciera daño, pero se contuvo. Se limitó a dejarse llevar de manera sexual y complacerse con la penetración.

Daniel, por su lado, y tras olvidarse del escozor inicial, se sintió liberado. No tuvo pudor a la hora de gritar de placer. Velen le estaba tocando en una zona muy sensible, bajo la próstata, con tal fuerza que no pudo aguantarse más y eyaculó entre temblores.

Al notar el esperma de Daniel entre ambos cuerpos, Velen también se dejó llevar. Se corrió largo rato, pues los alû tenían más semen.

—V-Velen... Pero...

—Espera... —jadeó este—, que me corro otra vez... Oh, Dios... —Por fin terminó del todo y se dejó caer sobre el chico, escondiendo la cabeza en el hueco de su hombro—. Es que... Estaba muy cachondo.

—¿Eres un hombre multiorgásmico? —bromeó Daniel.

—Los alû podemos eyacular dos o tres veces seguidas. —Se echó a reír—. De hecho sigo duro y lo sabes.

—Lo noto, sí... Dios, ha sido increíble.

Velen sujetó el rostro enrojecido de Daniel entre sus palmas y lo miró.

—Siento que te haya dolido.

—El dolor también me producía placer. Bésame, anda...

Velen no hizo otra cosa en los diez minutos siguientes, recreándose en su rostro, su cuello, sus pectorales y, de nuevo, en aquella boca ávida de más besos. Le picaron las encías por las ganas de morderlo que tenía, pero fue muy consciente de que no podía ser. Así que se dejó llevar de nuevo y volvió a eyacular una vez más, complacido.

Si al cazador le hubieran dicho, una semana antes, que iba a terminar entre los brazos de un vampiro, se habría reído incrédulo. Pero allí estaba. No hubiera querido sexo con nadie más, solo con Velen. Ningún otro habría podido darle lo que él a nivel sexual y emocional. No quería reconocerlo por vergüenza, pero se estaba enamorando hasta las trancas de aquel hombre.



El alû fue un momento a la cocina para coger agua y dársela a Daniel, que lo esperó tumbado en la cama, bajo los cobertores.

Se habían vuelto a duchar, dadas las circunstancias, aunque juntos, entre besos y caricias. Velen era muy cariñoso y atento con Daniel, tanto que le lavó el cabello y le enjabonó el cuerpo.

Este último no se podía creer lo que había sucedido, pero estaba como en una nube, aunque le doliera el culo a rabiar.

Cuando Velen le tendió el agua se la bebió de un trago, muerto de sed. El alû se sentó a su lado y le apartó un rizo del rostro, pasando el dedo por la cicatriz de su rostro.

—Velen, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Qué es un beso de sangre? Indira me habló brevemente de ello, pero no pude entender a qué se refería.

Velen bajó un poco la cabeza y tomó la mano vendada de Daniel. Se la había vuelto a curar para que cicatrizara en condiciones.

—El beso de sangre es el que se da entre parejas alû para sellar la relación... —Sonrió con tristeza—. Nos mordemos y compartimos la sangre... Es algo que se ha de tener muy claro. Hay especies que se emparejan para toda la vida, como los pingüinos, los cisnes, los caballitos de mar, las orcas, las nutrias... —enumeró.

—¿Y tú lo has hecho alguna vez? —preguntó notando una punzada de celos, pensando en que hubo alguien especial en su vida.

—Nunca.

Daniel sintió alivio.

—¿Y entre humanos y alû? ¿Se puede?

—Sí, también. El significado es el mismo, al fin y al cabo. Es como casarse, aunque el concepto es mucho más profundo. Ten en cuenta que vivimos más tiempo y permanecemos juntos hasta que uno de los dos muere... —Sintió una punzada de tristeza al decir aquello y cerró los ojos.

—Velen... ¿Qué te pasa?

Este se metió en la cama, así que Daniel buscó el calor de su cuerpo y lo estrechó contra sí, apoyando la cabeza en su pecho.

—Deberíamos descansar. Mañana nos espera un día muy largo. Tengo que pensar en cómo librarme de la policía para poder buscar a Indira.

—Sin mí no vas a ir a ninguna parte —lo avisó de nuevo.

—No quiero que te pase nada. Eres un torpe que se mete en líos por ser demasiado guapo.

—Y tú eres insufrible.

—Pero te gusto...

Daniel buscó aquellos labios rojos para sellarlos con un beso intenso.

—Desgraciadamente sí.

—Vaya, qué bien...

Daniel volvió a posar la cabeza sobre su pecho y entrelazó las piernas con las del alû. Entre sus brazos se sintió tranquilo. Pensó en el beso de sangre. Caviló en ello un largo rato, casi imaginó que Velen se lo daba, que estarían siempre juntos... Al final se mezcló con el sueño y se quedó dormido.

Mientras tanto, Velen acarició los rizos de aquel cabello tan suave y aspiró su olor. Él también pensó en el beso de sangre, en lo mucho que quería compartirlo con Daniel. Pero no era posible, aquella relación tenía fecha de caducidad, era consciente. Veía complicado estar junto al chico, aunque quiso aferrarse a la idea de que podía funcionar, lo anhelaba con todas las fuerzas del universo. Por primera vez en su vida supo lo que era el amor romántico y le dio mucho miedo perderlo.

Cuando sintió que Daniel se había quedado dormido, se apartó y salió de la cama. Anduvo en ropa interior hasta su despacho, sacó la Glock de una caja y se quedó pensativo un rato. De pronto tuvo una epifanía, una clarividencia que lo dejó anonadado y le hizo sentir estúpido. Había estado tan inquieto y tan frustrado que...

—Los árboles no me dejaban ver el bosque... —susurró.

Tuvo el impulso de despertar a Daniel y contárselo. Sin embargo, lo dejó dormir en paz. Mientras no pudieran salir del piso, tampoco podrían actuar en consecuencia.



La pastilla

Al despertarse sobre las ocho de la mañana, Daniel se encontró a solas en la cama. Las persianas estaban bajadas del todo para que no entrara la luz, así que encendió la lamparilla de mesa y se frotó la cara. Vio entonces la foto de un Velen mucho más joven junto a una mujer mayor. Recordó que el hombre le había hablado de ella. En su momento creyó que le estaba contando una película, pero no era así. Se sintió un poco mal por ello y tuvo la necesidad de conocerlo mejor. Quería saber todo sobre él.

Al ponerse en pie sintió un dolor agudo en el culo, aunque sonrió lleno de satisfacción. Nunca un dolor así había sido tan placentero.

—¿Velen? —lo reclamó.

Este apareció en la puerta, vestido con un pantalón oscuro de tela, zapatos elegantes y un jersey de punto azul que le marcaba su torneada figura. El pelo lo llevaba suelto sobre los hombros.

Daniel se quedó embobado como un estúpido.

—Te traigo la ropa —dijo el alû—. ¡Aunque por mí puedes ir desnudo por casa! —exclamó desde la habitación contigua.

—¡Ya te gustaría! —le gritó Daniel, sonriendo.

No tardó en volver con el pantalón vaquero y la camiseta de manga corta del joven, además de sus botas y una casaca azul. De regalo le dio un buen morreo de buenos días que Daniel correspondió con idéntico ímpetu.

—Claro que me gustaría... —Lo besó de nuevo, pero con más calidez—. Le he hecho una visita a mi vecina de abajo, escoltado por la policía, y me ha dado comida. Así que vístete y te voy haciendo el desayuno.

—Con lo mal que te he tratado y tú me cuidas así de bien...

Daniel empezó a cuestionarse todo su mundo, todas sus creencias, todo lo que su padre le había dicho sobre los alû.

—No tardes, tenemos que tratar varios temas —susurró Velen.

Daniel se visitó a toda prisa, fue al aseo y luego hasta la cocina americana, donde el hombre le estaba haciendo un revuelto de huevos con beicon. También había zumo de naranja, leche, té y unas galletas con pepitas de chocolate.

—¿Seguro que no has atracado a tu vecina?

—¡Ha insistido! Es muy buena mujer. Somos vecinos desde hace quince años y se ha alegrado mucho de que tuviera compañía. Siempre me dice: «Velen, ¿cuándo vas a echarte novio?». Es una abuelita adorable, aunque también muy picaresca porque me ha preguntado si eres guapo...

El joven se puso rojo bermellón hasta la punta del cabello. ¿Se habría dado cuenta de lo qué había dicho? ¿Novio? ¿Novio de un vampiro? El mundo bajo sus pies comenzó a tambalearse con más fuerza.

Un plato humeante ante sí lo sacó de sus pensamientos, así que comió con avidez.

Velen lo miró con la mano apoyada en una mejilla, obnubilado. No se podía creer que tuviera allí a Daniel desayunando algo preparado por él. Eso lo emocionó.

—Está muy bueno, gracias. —Daniel se bebió el zumo de golpe, muerto de sed.

—Me alegro...

—¿Qué me tienes que contar? ¿Hay novedades?

—Sí. Fuera tenemos dos agentes que se supone que nos tienen que ayudar, pero no les he dado permiso para que se metieran en casa. No me fío de nadie.

—¿Y cómo piensas que saldremos de aquí? Estamos poco más que encarcelados. Nos tienen atados de pies y manos.

—Aquí solo te ato yo, cariño —bromeó.

Daniel se puso en pie, ofuscado.

—Indira está secuestrada. ¡Ayer estabas histérico y hoy parece que te lo tomes todo a guasa!

—Hubiera querido pasarme la noche entera agarrado a ti, abrazándote con tranquilidad. En cambio, he estado estrujándome el cerebro intentando conectar todo este despropósito: muertes por venganza, o por conveniencia, gente involucrada, drogas, el secuestro de Indira, el sicario... Si crees que es fácil, estás equivocado. Ni siquiera para mí lo es. ¡Ojalá! Y eso me frustra.

Daniel se acercó a él y lo abrazó como pidiéndole perdón por haberlo cuestionado así.

—Eres un hombre muy inteligente, que no te quepa la menor duda. Y eso me encanta de ti. Perdóname.

—Me he pasado años solo, Daniel. Hacía mucho que no permitía a nadie traspasar la puerta de mi casa, en ningún sentido de la palabra. Indira se ganó mi corazón en cuestión de un día. Y tú... —No supo cómo expresarse con elocuencia—. Si te pasara algo... Si os pasara a ambos —amplió.

De pronto sonó el teléfono de Velen y este lo descolgó poniendo el manos libres.

—Velen. —Se escuchó la voz de Temperance—. ¿No vas a dejar entrar a los nuevos agentes?

—Quedan descartados. No le llegan a la suela del zapato a Indira.

Se escuchó un suspiro desesperado al otro lado y eso hizo a Daniel sonreír.

—Llamo por varias razones. La primera: en una hora podrás tener una videoconferencia con la primera ministra y con Kirk Craig. Ten tacto, te lo ruego.

—¿Por quién me toma? —Velen se hizo el ofendido—. ¿Y qué más?

—Su majestad ha decretado, tras hablarlo con el lord canciller, que todo vuelva a la normalidad. Me temo que la primera ministra va a dimitir, así que, por el momento, Harry Doyle tomará el mando del país. Además, se va a anunciar la muerte de Glenda Craig, por motivos de salud, y también la del duque, para poder darle sepultura en condiciones.

—Temperance, necesito que investigue a los de la científica. Indira no opuso resistencia, abrió la puerta a alguien que conocía...

—No he llegado a comisionada por ser imbécil —respondió en tono ofendido—. Eso ya está en marcha.

—¿E Indira? ¿Se sabe algo más? ¿O de su esposo? —indagó Daniel.

—Buenos días, señor Lennox —lo saludó—. Nada. Además, su marido está en paradero desconocido. No hay signos de violencia en su casa, nadie lo ha visto desde hace días...

—Vaya... —susurró Velen frunciendo el ceño pero con una sonrisa en los labios. Aquellas afirmaciones le dieron alas a una de sus teorías y por dentro se entusiasmó al saber que podía no estar equivocado en ciertas deducciones. El bosque cada vez se veía mejor.

—Para colmo no encontramos información de Kyle antes de 2015..., solo que llegó desde Alemania. Ni siquiera los padres de Indira han podido proporcionarnos más detalles. Y en el restaurante donde trabaja tampoco.

—¿Y su ADN? ¿Para qué se nos obliga a proporcionar una muestra si luego no arroja datos sobre el individuo? —interrogó Velen, malhumorado.

—Ya lo he dicho: no hay nada más.

—¡Pues que se pida a Alemania!

—Las cosas no funcionan así.

—¡Las cosas no funcionan porque no se nos permite salir! —exclamó con frustración.

—Eso es innegociable.

—Temperance, yo la quiero mucho, pero...

Ella le colgó haciendo caso omiso e imitando su comportamiento de la noche anterior.

El alû bufó y dio vueltas por su salón, de un lado para otro, con los brazos en jarras y muy concentrado. De pronto se le iluminó el semblante y corrió a por su abrigo sucio. De este extrajo un blíster plateado con las pastilla y, triunfante, se lo mostró a Daniel.

—¿Eso qué es?

—Se lo birlé a Eres. Me lo enseñó y, aprovechando la trifulca, me lo quedé. Se habrá dado cuenta, pero espero que no me reclame el tesoro.

—No la quiero ver rondándote —farfulló.

—¿Estás celoso?

—Claro que sí —reconoció.

—Cariño, soy muy gay. Y, aunque Eres fuera un hombre guapo cual elfo, prefiero a mi chico bajito, cazador y macizo.

Le agarró del culo y le plantó un beso en la boca que quitó el sentido a Daniel. Este se agarró a Velen y suspiró.

Aquel hombre había hecho que su realidad diera un giro. A veces sentía vértigo, pero sus brazos lo sujetaban con fuerza.

—No soy bajito —refunfuñó.

—Para mí sí. Pero... Me encantas.

Velen lo soltó y le indicó que se sentara a su lado en el Chester donde ambos ya habían compartido una conversación casi unilateral.

—Dime para qué es esa pastilla.

—Para que un vampiro pueda salir de día y disminuya su sed de sangre. —Omitió los efectos secundarios.

—¿Qué cojones dices? ¿En serio?

—Son de la YPC. Muchos se van a matar por tenerlas, habrá especulación en cuanto se pongan a la venta a precios desorbitados. Ahora mismo los Irkalla son los que las tienen. Esto es oro puro y lo tengo en mis manos. ¿Sabes lo que eso significa? —Daniel negó con la cabeza—. Que podré salir de día como lo haces tú.

—¡Ni se te ocurra! —El hombre intentó arrebatárselas. Sin embargo, Velen fue muchísimo más rápido y se alejó—. ¡Velen! Por favor, no hagas experimentos con tu cuerpo.

—Ya soy un ensayo de la naturaleza. Así se me ha visto siempre, un bicho raro que está entre

un mundo y el otro.

—No eres un bicho raro. ¡Pero sí un idiota!

Daniel se irguió con dignidad y fue a terminarse el desayuno, aunque sin muchas ganas por la bronca que habían tenido. Si le pasara algo...



Tal y como había dicho la comisionada, Velen pudo tener una entrevista con el marido de Glenda y con Aveline Auttum. Daniel se quedó fuera de cámara, al margen.

Al otro lado de la pantalla del portátil vio a una mujer destrozada, ceñida por su esposo. Este también tenía una expresión grisácea en el rostro. Kirk Craig tampoco estaba mejor que ellos.

Los tres permanecieron juntos, sentados en un sofá de corte clásico.

—Hola, soy Velen. Ahora mismo estoy al mando de las pesquisas. Sé que es duro para todos ustedes hablar de la situación en la que están, pero necesito algo de información para poder avanzar.

—Es comprensible —dijo el señor Auttum. Estaba claro que Aveline no iba a poder decir nada tal y como se encontraba.

Kirk Craig, por su lado, asintió frunciendo el ceño, apretando los labios en un rictus de odio contenido.

—Solo quiero que se condene a quien haya matado a mi mujer... Y a las hijas de los Auttum —añadió.

Velen sabía que ese pobre alû, de haber podido, habría matado él mismo al asesino. Ya tenía una edad, puede que unos trescientos años a sus espaldas, así que llevaba mucho más tiempo fuera de las normas que dentro de ellas.

—Intentaré ser breve —carraspeó Velen—. Comenzaré con ustedes para que puedan retirarse a descansar —dijo tras dirigir la mirada hacia la pareja—. Tengo entendido que las niñas desaparecieron días antes.

—Así es. Margaret las tenía que recoger en el colegio privado, junto con los agentes de seguridad. Entró a por ellas y ya no salieron. Las cámaras mostraron que las condujo hasta la parte trasera del edificio y se perdió la pista. Lo siguiente fue... —No pudo articular palabra, se le quebró la voz.

—¿Margaret Wilson era de fiar?

—Llevaba con nosotros desde que nació Charlotte, la mayor.

—¿Tenía algún tipo de problema personal?

—Su hermana había contraído deudas. Nos pidió ayuda, pero se la negamos por considerarlo improcedente. Ahora pienso que, si le hubiéramos dado el dinero, tal vez...

—No se culpe por eso, señor Auttum. La señora Wilson fue utilizada y obligada a suicidarse. Si no hubiera sido ella, cualquier otro habría servido al asesino, como en el caso del conserje. Esta gente hace los deberes y sabe cómo extorsionar.

Velen miró entonces a Kirk, a esos ojos muy claros, almendrados y cansados de tanto llorar. Alguien horrible le había quitado a su pareja de toda la vida.

—¿Sabe por qué su esposa se citó con el duque?

—Para hablar sobre nuestros derechos. Él le mandó una misiva oficial, la citó en su apartamento de Kensington. No me hizo mucha gracia porque ese hombre lo usaba de picadero, pero...

—Le aseguro que él no le hizo nada. Ambos fueron víctimas de un tercero. Pero ¿por qué iban a hablar de nuestros derechos? El duque nos detestaba.

—Ella también se sorprendió. Sin embargo, dada su condición política y de quién venía, no pudo rechazar la invitación, por extraña que le pareciese.

Velen se lo jugó todo a una carta, porque no le habían contado nada que ya no supusiera. Sacó el blíster y se lo mostró bien a los tres, enfocándolo.

—Son unas nuevas pastillas creadas por la YPC, para que los alû las consuman. ¿Las conocían?

En ese momento, Aveline reaccionó abriendo mucho los ojos.

—¿De dónde las ha sacado?

—Son de contrabando, primera ministra.

—Dios mío... La YPC solicitó la distribución hace meses, pero consideramos que no aportaban suficientes datos fehacientes de su seguridad. No cumplían los requisitos mínimos. Así que se desestimó su aprobación.

Las neuronas del alû comenzaron a hacer chiribitas en su cerebro. ¡Por fin un hilo del que tirar!

—¿Y qué pasó?

—Nada más. ¿Puede tener algo que ver con la muerte de mis pequeñas? —indagó ansiosa.

—No lo creo, no se preocupe —mintió con descaro y una sonrisa amable.

—Glenda me habló de esas pastillas —intervino el señor Craig—. Me dijo que la YPC quería distribuir las a nivel mundial, pero que eran muy peligrosas para nuestra salud. Varios países ya han aprobado la comercialización. Su precio de mercado alcanzará cotas muy altas.

Aveline suspiró de tristeza.

—Glenda era una buena persona... —Alargó la mano para asir la de Craig. Este le devolvió el gesto—. No puedo más, les ruego que me disculpen...

Los Auttum se fueron y solo quedaron ambos alû cara a cara.

—Velen, nos conocemos poco, pero... Por favor, atrapa a ese grandísimo hijo de puta —siseó con los dientes apretados y los colmillos a la vista—. Mi mujer llevaba toda su vida luchando por nosotros. En la oscuridad más absoluta del pasado y en la penumbra del presente.

—Haré todo lo que esté en mi mano, no te quepa la menor duda.

—Se vienen tiempos difíciles, lo presiento. Si me disculpas a mí también, tengo que preparar la ceremonia de su entierro. La muerte es un paso a un lugar sin retorno —rezó el hombre—. Algún día iré con ella y ya no estará sedienta...

Después de aquello, Velen bajó la tapa del portátil, afectado de veras por aquellas últimas palabras y el sufrimiento del alû.

La mano de Daniel se posó sobre uno de sus hombros y Velen depositó allí la cabeza, apoyada para sentir el calor que el joven irradiaba.

—Ya sabes que nuestra cultura se basa en la mesopotámica. El más allá es un reino de sombras lleno de barro y polvo, así que los muertos sufren mucha sed y en la ceremonia de despedida del cuerpo se hace uso del agua. En nuestro caso, de la sangre...

—¿Eres creyente?

—No. Soy ateo. ¿Sorprendido? —Velen miró a Daniel.

—De ti no me sorprende nada. Creo que cuanto más conocimientos tiene una persona, menos creíble se vuelve lo que es indemostrable.

—Pero tú sí crees en el Gran Arquitecto del Universo. Y los masones sois muy sabios...

—Muchas personas nos han repudiado durante siglos...

—¿Y eso no te hace entender mejor a los alû?

—Ahora que te conozco, sí... Me lo replanteo todo y me da miedo...

Incluso dejar de ser cazador y masón. No obstante, se lo calló porque tenía que meditarlo muy bien. Oliver era un escollo muy grande y, en aquellos momentos, había cosas más importantes en las que pensar.

—¿Has jugado alguna vez con fichas de dominó? A ponerlas de pie, haciendo un caminito. Luego empujas la primera y el resto caen en cascada. —Velen cambió de tema de pronto.

—Sí, lo hacía de niño.

—Esta es la primera ficha del dominó —dijo al enseñarle el blíster— le das un empujoncito y cae un duque masón que tiene mucha influencia al ser de la realeza, cae una política a la que no le parecen bien los medicamentos de la YPC, cae una primera ministra que deniega su distribución...

—¿Y el cardenal? ¿Y esa gente de la lista?

—Poco a poco... Parece que no, pero estamos desliando la madeja.

Velen se humedeció los labios con la lengua y cogió una botella de sangre sintética. Vertió el líquido en una copa de vino y se lo fue bebiendo. Era de la mejor calidad, pero seguía recordando el sabor de la sangre de Daniel y aquel mejunje le pareció una pésima imitación.

—Supongo que soy un poco obtuso, porque me cuesta unir las piezas.

—Para eso estoy yo. Anoche estuve dándole vueltas mientras descansabas, ya con la mente clara. Tengo varias hipótesis. Solo un pequeño grupo sabía lo del piso franco. Alguno puede estar siendo extorsionado, aunque de Temperance y White me fio al cien por cien. Pero la otra conjetura es la que más me gusta y, a la vez, más me inquieta.

—Deja de parlotear y ve al grano —le exigió Daniel, atacado de los nervios.

—Indira es una gran profesional, no dijo a nadie, ni a Kyle, dónde estaba el piso franco. Así que el secuestro ha sido cosa del cerebro de todo esto, ya sea de forma directa o utilizando a terceros. Esa persona me conoce y la conozco. ¿Pero a cuánta gente conozco que Indira dejaría entrar en el piso franco sin ningún tipo de sospecha?

Daniel se quedó pensativo, royendo una galleta que había cogido de un plato.

—Sé más claro, no tengo tu inteligencia natural.

—A su marido.

—Acabas de afirmar que no le dijo dónde está el piso franco.

—Y no lo hizo.

El alû miró con intensidad al joven, que dejó la galleta sobre la mesita de centro.

—Velen, esa teoría es muy retorcida.

—La realidad supera a la ficción —rebatíó.

—¿Pero cómo va a ser Kyle el que ha montado todo este embrollo? No tiene ni pies ni cabeza.

—Pues o está siendo extorsionado también, como la niñera y el conserje, o no es quien dice ser. Voy a averiguarlo cueste lo que cueste. Pero para eso tengo que encontrar al sicario de los cojones —gruñó.

—No sé cómo vamos a salir de aquí.

—Yo sí. Acuérdate, tengo una vecina de lo más agradable...

—¿Qué has pensado...? Velen, me das miedo a veces.

Este le guiñó un ojo. Luego se puso un poco triste al recordar la conversación con el marido de Glenda y eso le hizo mirar a Daniel.

—Ojalá fuera un ser humano como tú, y no un alû... —Le acarició la mejilla. Había comenzado a salirle la barba de nuevo—. Ojalá esas pastillas me lo permitieran.

—Ni se te ocurra tomártela. ¿Me lo prometes? Ya has oído lo que han dicho de ellas.

—No puedo prometértelo, lo lamento.

Daniel se apartó, enfadado.

Velen nunca creyó que le importaría tanto a alguien como para que se cabreara si hacía algo peligroso. Solo su madre se había preocupado por él cuando de niño se metía en algún lío por culpa de una curiosidad desmedida.

—Daniel, Daniel... Mírame. —Lo siguió para tomarlo de un brazo y girarlo hacia él.

—¿Qué! —contestó.

Los ojos de Velen se clavaron en sus pupilas, con tal intensidad que lo dejaron hecho gelatina. Hasta le temblaron las piernas.

—Le he dado muchas vueltas a lo que sucedió anoche entre nosotros y creo que deberíamos dejarlo ahí...

—¿Vas a darme la patada?! —Se enojó—. ¿Es que eres bipolar?

—Lo he sopesado —admitió—. La razón es tan simple como que tú tienes veintitrés años y yo noventa. —Tragó saliva con sabor a sangre.

—Claro, cuando sea viejo ya no querrás nada conmigo. ¡Eres un hipócrita! —Empujó con fuerza a Velen hasta soltarse de él.

—¡No es por eso! ¡Es porque viviré sin ti cuando te mueras! ¡Viviré muchos años y tú no estarás! Mira al marido de Glenda Craig. Así de destrozado me quedaría... N-no sé qué me ha pasado contigo, apenas nos conocemos, pero siento que... —Siempre había sido elocuente con las palabras, pero en aquellos momentos no fue capaz de articular ni una sola más. Se estaba enamorando de Daniel, lo supo en ese instante.

Daniel cerró los ojos y se apoyó sobre una pared, aturdido por la situación.

—Pues te jodes... —susurró.

—¿Qué...?

—¡Te jodes y me lloras el resto de tus días! —le gritó de pronto—. ¡Deja de ser egoísta por una vez! ¿Prefieres estar solo o te atreves conmigo y pasamos los próximos cincuenta o sesenta años juntos? ¡Eso si no nos matan antes, claro! —Hizo un aspaviento con ambos brazos.

Velen se quedó asombrado. ¿Tanto le importaba a aquel chico? ¿En serio quería envejecer junto a él?

El alú lo tomó del rostro y lo besó. Luego lo abrazó contra sí con entusiasmo.

—¿Es una declaración? —le preguntó al joven.

—¡Eres insufrible! Insufrible...

—¿Tanto te gusto?

—Sí... —Se puso a sollozar de pura emoción sobre el cálido jersey de Velen—. Y no lo entiendo, porque se supone que eres mi enemigo. Soy incapaz de luchar contra esto.

—Vaya, la cosa ha escalado muy deprisa. Eso es que en la cama soy la hostia de bueno...

—¡No te pases! —Lo avisó muerto de la vergüenza.

—Daniel... Yo por ti siento lo mismo.

—Solo soy un crío a tu lado, no lo entiendo...

Se apartó un poco y miró el rostro enrojecido y lloroso del joven. Le limpió las lágrimas y le tendió papel de cocina para que se sonara los mocos. Luego lo besó.

—Te he estado esperando, ya te lo dije...

Daniel cerró los ojos para recibir un beso de Velen.

—¿Y ahora qué hacemos? —Quiso saber el chico, un poco aturdido.

—¿El amor?

Le arrancó una sonrisa a Daniel y también un sí. Lo alzó en brazos y se lo llevó a la cama de nuevo.

—Velen... —Daniel le acarició el rostro, admirándolo—. Vamos a arreglar todo esto, juntos. Siempre juntos...

El alû asintió con la cabeza y sonrió.



Escape

Fue al caer la noche cuando Velen puso en marcha el plan. El más simple del mundo, apelando a la innata estupidez de la policía.

—No sé, ¿estás seguro de que va a salir bien? —indagó Daniel, poniendo en duda semejante método.

—¿Quién sospecharía de una amable abuelita de cabellos blancos y sonrisa dulce? Esa mujer sabe latín. Fue idea suya, lo cual me hizo quedar como un tonto. —Soltó una risotada.

El joven levantó una ceja mientras cogía sus cosas más importantes: los revólveres, la estaca y algunos enseres más que tuvo que introducir en diversas zonas de su ropa. Tenían que salir del apartamento sin parecer sospechosos. Así que dejó la casaca sin cerrar para que no se notara nada.

Velen se enfundó en un jersey grueso de cuello alto y un pantalón vaquero. Uno que se le pegaba a sus moldeadas piernas y al trasero de una forma lasciva. Daniel suspiró mordiéndose el labio inferior. Quién le habría dicho a él que estaría loco por un maldito vampiro.

—¿Me estás mirando el culo?

—Sí. ¿Eres el único que tiene ojos aquí? —gruñó.

Velen lo sostuvo por las mejillas y besó su boca. Luego lo abrazó contra sí como si fuera un tesoro muypreciado.

—Si no fuera porque es imperativo que nos vayamos ya, me quedaría así durante horas, oliéndote el pelo.

Daniel se sonrojó y cerró los ojos. No pudo evitar sonreír. Le rodeó la estrecha cintura y le apretó con toda la fuerza del mundo.

—¿Eso es uno de tus revólveres u otra cosa? —bromeó el alú, recibiendo a cambio un cachete.

—Vámonos. Indira ha de ser la prioridad. —Se apartó poniéndose muy serio y Velen asintió en silencio.

Este fue hacia la puerta y observó por la cámara en qué estado se encontraban los agentes apostados en el pasillo. Le hizo un gesto a su compañero y ambos asintieron con una sonrisa al echar un nuevo vistazo.

—¿Qué les ha dado?

—Vete a saber...

Al abrir se encontraron con los dos agentes sentados en el suelo, uno medio apoyado en la pared y el otro roncando con la cabeza caída sobre el pecho. A su lado había unas bandejas con sendas tazas de té vacías y varios pastelitos caseros mordisqueados.

Velen cerró la puerta con mucho cuidado y luego caminó a cámara lenta sobre el enmoquetado pasillo. Daniel lo siguió en absoluto silencio de camino a las escaleras. Descendieron por estas

hasta la siguiente planta y fueron directos hacia la vivienda de la vecina en cuestión. El alû dio cuatro toquecitos con los nudillos. La dulce y angelical señora no tardó en abrirles.

Se colaron en su casa con rapidez y ella les hizo un gesto de silencio. Luego subió el volumen de su televisor, donde el nuevo primer ministro estaba dando un discurso, anulando el estado de alarma y explicando la situación sobre el atentado.

—Gracias, Rosalin.

—Un placer, queridos míos. —La buena señora se recolocó las gafas para observar con detenimiento al chico guapo que traía loco a su vecino. Luego miró a Velen y asintió con la cabeza, dando el visto bueno—. Entonces... ¿se han quedado bien dormidos?

—Vaya que sí. ¿Qué les has dado?

—Solamente he endulzado el té y los pasteles con... ¿pastillas para dormir?

—¿Solamente?

—Puede que se me fuera la mano... Me gusta echarle mucho azúcar.

—Siento haberte metido en este lío.

—¿Crees que me detendrán? ¿A una pobre abuelita senil que ya no sabe lo que le echa al té...? Un despiste lo tiene cualquiera.

Velen se rio con ganas, apoyado en Daniel.

—Han levantado el veto de salir a la calle—. La señora, de aspecto rechoncho, correteó hacia su abrigo verde, se enfundó en él, se colocó su pañuelo a lo reina Isabel II en Balmoral y cogió su pequeño bolsito de Chanel—. ¿Nos vamos?

—Espera, Rosalin... —Velen le hizo un gesto mientras asía a Daniel por el brazo para atraerlo hacia la televisión—. Mira...

Daniel se fijó en la imagen que proyectaba el aparato de gran tamaño. Gracias a la alta definición pudo percatarse de que Ava Ferragni estaba al lado de Noah Janssen, aferrada a su brazo y vistiendo de forma elegante como marcaba la etiqueta. Unos cuantos políticos estaban detrás del nuevo ministro mientras este daba su discurso.

«—... daremos más detalles sobre los responsables del atentado en cuanto se me informe de ello, pero puedo asegurar de forma fidedigna que han sido detenidos y están interrogándolos. Pagarán por lo que han hecho y el peso de la justicia caerá sobre ellos de forma tajante. Gracias al extraordinario trabajo del MI5 combinado con antiterrorismo, además de todas las fuerzas de seguridad y nuestro ejército, se ha podido mantener la paz y la calma entre los alû y los humanos. Por eso quiero dar las gracias a Noah Janssen por su estrecha colaboración tras el triste fallecimiento por enfermedad de su antecesora, Glenda Craig. Desde aquí mandamos nuestras condolencias a sus familiares y amigos.»

—Velen, mis azucarillos no endulzan el sueño mucho tiempo —le advirtió Rosalin.

—Vamos, ya nos enteraremos bien. —Daniel tiró de su jersey para que dejase de prestar atención al discurso.

Los dos siguieron a la mujer hasta la parte trasera de la casa. Esta daba a un primoroso jardincillo y, al otro lado, a una puerta de metal por donde se bajaba al parking de forma directa.

Daniel vio muy pocos coches, todos de marca.

—Vamos, vamos. —Los espetó Rosalin al llegar a su bonito Aston Martin plateado del año 1964 y que había sido de su difunto esposo.

Daniel, amante de los coches clásicos, abrió la boca con pasmo ya que estaba impoluto.

Cuando la señora abrió el maletero y les hizo un gesto, el chico se quedó más atónito si cabía.

—¿Que nos metamos ahí?

—Pues claro, dónde si no.

Velen hizo lo propio y ayudó a Daniel a acoplarse junto a él.

—No hagáis manitas —recomendó Rosalín.

—No sé cómo, si estamos embutidos. Pero prometo portarme bien —afirmó Velen.

La mujer lo miró con las cejas levantadas.

—Me alegra mucho que hayas encontrado un novio. Cuídalo.

Daniel se quedó callado, sonrojado hasta la raíz del pelo, apoyado en el cuerpo de Velen.

—Lo haré —respondió el alú.

Luego ella cerró el maletero de un golpe y los dejó a oscuras por completo. Se subió a su Aston y arrancó.

Detrás, y dando tumbos, los dos hombres se aferraron haciendo cucharita.

—Así que novio... —susurró Daniel.

—¿Te molesta?

—*Shhh...*

Se quedaron en silencio al escuchar a la policía hablar con Rosalín. Estuvieron en tensión un rato, aguantando hasta el aliento. Sin embargo, el coche continuó adelante al poco rato y consiguieron burlar así a Scotland Yard y a la comisionada.



El trayecto estuvo lleno de acelerones bruscos, frenazos secos, botes inesperados y una sensación agobiante.

Velen aferró bien a Daniel intentando que no se diera ningún golpe contra la chapa, aunque él se clavó de todo en la espalda.

—Está siendo súper romántico, ¿no crees? —susurró el alú.

—Una cita ideal, sin duda.

Se echaron a reír por lo bajo. Aunque con todo el jaleo del exterior, el ruido del tráfico, la gente echándose a la calle con ansia al haber estado encerrada días en sus hogares y el propio ruido del Aston Martin, casi ni se les escuchó.

—Te haría una paja ahora mismo de lo duro que te has puesto —soltó Velen en el oído del chico.

—¡Pero qué dices, bestia! Es el coche de tu vecina. ¡Y la culpa es tuya porque te has puesto duro tú!

—¿Y qué quieres? Tengo tu culo pegado a mí.

El coche dio tal bote que Velen se golpeó con fuerza en el cogote.

—¡Joder! —chistó, dolorido.

—Eso te pasa por cerdo.

A pesar de ello, Daniel buscó la cabeza de Velen y apretó la mano donde se había golpeado. Giró el rostro y lo besó. Sentir los labios de Velen, su lengua, sus colmillos afilados... Fue insoportable. De no ser por las circunstancias, le habría rogado que aliviara lo que crecía bajo el pantalón de forma dolorosa. Habían hecho el amor aquel mismo día, pero necesitaba más. Por primera vez en su vida sintió la libertad de elegir su propio camino sin interferencias de terceros. Aunque supiera que eso iba a provocar un cisma con su padre. Pero no lo podía evitar, se estaba enamorando de Velen.

—D-detente, Daniel... O te bajo el pantalón y te empotro.

—Hazlo... —gimió el chico frotando su erección con las nalgas, a traición.

—Esta vez te voy a parar yo los pies. Así que tranquilízate, porque estamos en un maletero.

Daniel suspiró. Él tenía razón: no era el momento ni el lugar.

—¿Dónde vamos? —Intentó cambiar de tema para relajarse.

—A casa de un antiguo amante.

—¿Qué?

Velen no pudo ver su ceño fruncido, pero lo intuyó por el tono gruñón de su voz. Le chifló que se pusiera celoso. Fue una sensación burbujeante.

—No tardaremos en llegar, no está lejos de Londres...

Daniel se mantuvo en silencio el resto del trayecto, pensando en qué tipo de hombre sería ese antiguo amante y en cómo se sentiría estando frente a él. Cómodo no, desde luego.

Poco después el automóvil frenó del todo y escucharon a Rosalin apearse. La mujer abrió el maletero y un aire gélido golpeó en el rostro a los dos hombres. Daniel salió y Velen hizo lo propio.

—Señora mía, conduces fatal —advirtió el alú con una sonrisa en los labios, divertido.

—¡Te lo advertí!

—Aun así, nos has hecho un gran favor. Vuelve a casa y hazte la loca, ¿de acuerdo?

—Eso será sencillo. —Emitió una risilla contagiosa—. Tened cuidado.

Velen besó a la mujer en su rostro rosado y Daniel tomó su mano para agradecerle la inestimable ayuda.

—Por cierto... —Velen la detuvo un instante—. Te encanta la prensa rosa... ¿Por qué estaba Ava Ferragni con Noah Janssen? Y en un acto público del gobierno...

—Oh, porque hace tres días anunciaron su relación y su compromiso. La verdad, no me gustan ninguno de los dos y me da mucha pena que Glenda Craig haya muerto enferma... Pobrecita.

El alú se quedó pensativo y luego asintió.

—No conduzcas a lo loco, Rosalin.

Después observaron cómo se marchaba por el camino de tierra hasta que las luces traseras del Aston Martin se perdieron en la lejanía.

—Ese dato es muy significativo. Ya tenemos una nueva conexión.

—Así es... —susurró Velen, dándole vueltas a su cerebro como si fuera una lavadora centrifugando.

Daniel se fijó en la mansión que tenía ante sí, al otro lado de una robusta verja y bajo el foco de unas cuantas cámaras de seguridad. La extensa edificación era de estilo Tudor y le resultó muy familiar.

—Es el Palacio Eastman —explicó Velen.

—¡Aquí reside un vampiro! —Daniel le echó una fulminante mirada a su compañero.

—Hacéis los deberes en la logia, muy bien.

—¡Me has traído a un nido de vampiros! ¿Eres consciente de lo peligroso que es para mí? —exclamó con furia a la par que sacaba uno de los revólveres y lo cargaba con balas de plata.

—No haría nada que te pudiera perjudicar. Gaétan Courtois jamás te tocaría sin tu consentimiento por mucho que le gusten los humanos.

—¡Lo que le encantará es la sangre de esos pobres humanos! ¡Joder!

Las manos de Velen lo sujetaron por los brazos en tensión.

—Confía en mí...

—A veces me lo pones muy difícil. Primero vamos solos al puñetero antro aquel, luego a este

sitio de... vete a saber qué tipo.

Velen suspiró y rodó los ojos. Daniel hacía bien en ser cauto, pero se pasaba de malpensado. Sus prejuicios seguían allí y sería muy complicado arrancárselos.

El alú llamó al interfono que había al lado de la verja. Una voz femenina al otro lado le pidió que esperase.

Daniel se heló de frío durante esos quince minutos. Plena noche, en invierno, sin abrigo, solo con la casaca y una camiseta de manga corta debajo. Cuando Velen lo arrulló, no pudo evitar ceder un poco y bajar la guardia, aunque no guardó su arma.

Al rato apareció un Ferrari al otro lado de la verja y los iluminó. De este se bajó un hombre alto, atractivo y de cabellos muy claros. Estaba literalmente enfundado en un pijama de satén y un batín, además de caminar con las babuchas puestas. Les dio paso con un mando a distancia que hizo deslizarse la verja.

—*Éanna*, Velen! ¿Qué haces aquí? ¿Y este jovencito? —el tono de su voz cambió de inmediato al ver a Daniel, como si fuera a degustar algo delicioso—. ¿Es un regalito?

El jovencito en cuestión notó la mano de Velen aferrarse con fuerza a su brazo, como si quisiera protegerlo.

—*Éanna*, Gaétan. Necesitamos que nos des asilo durante un tiempo indeterminado—. Luego miró su reloj de pulsera—. A estas alturas la policía nos estará buscando.

—¡No se diga más! Con tal de joder a esos cabrones, me apunto. Pero ¿qué coño has hecho esta vez?

Gaétan advirtió que Daniel estaba aterido de frío, y también se dio cuenta de su condición de cazavampiros.

—El chico se está helando, ¿vamos o qué?

Daniel percibió el malhumor de Velen en su tono de voz.

—Adelante, subid. Pero que guarde esa pistola.

Daniel, por tener la fiesta en paz, y recobrar el calor en su cuerpo, la guardó de nuevo en su cartuchera lateral. Se dejó guiar por el alú hasta la parte trasera del Ferrari. Velen no lo soltó en ningún momento, protector.

Apenas había luz, así que el joven poco pudo observar de los jardines que rodeaban el fastuoso palacio del S. XV. Por lo que tenía entendido, fue construido bajo el reinado de Edward IV, abuelo de Henry VIII. En los años treinta del S. XX, la familia Courtois adquirió la propiedad. En aquellos tiempos no se sabía que eran vampiros, hasta que pudieron salir a la luz con el nuevo tratado.

Los Courtois eran muy poderosos, tanto que se saltaban algunas leyes y los gobiernos mundiales tenían que hacer la vista gorda. Por eso Daniel no pudo estar más asustado. ¿Qué podía encontrarse allí? Su padre le había descrito cosas terribles. Un avispero de vampiros predadores, un lugar horrible...

Apenas tardaron unos minutos en llegar a la puerta principal, desde la que salía una luz cálida. Bajaron los tres del Ferrari y se adentraron en la boca del lobo feroz. A pesar de que Velen aferró a Daniel de forma veladora, este último no se fío del todo. Que el alú estuviese tan tenso no le dio buena espina.

Nada más poner un pie dentro, el calor de la calefacción alivió al joven. Vio a otra mujer, una humana corriente, acercarse a Gaétan. Él le dijo algo en un idioma francófono y ella asintió con diligencia, desapareciendo tras una puerta.

Pasaron por el gran salón, bajo la falsa techumbre de intrincada mampostería, hasta llegar a

una sala modernizada, con techo de estilo otomano abovedado, con círculos concéntricos anillados de los que pendían pequeñas luces. El suelo estaba enmoquetado con una alfombra Art Déco, y se podía ver aquí y allá una mezcla de la madera Tudor recubriendo las paredes. En las sillas de cuero rosa y en los sofás plateados, estaban descansando con tranquilidad unos cuantos vampiros reunidos con sus respectivos siervos humanos, que se sentaban a sus pies. Algunos los hubiesen llamado familiares, pero parecía que el intercambio o la relación entre ellos era sexualmente íntima.

Daniel no pudo más que sentirse molesto, fuera de lugar y avergonzado. Le echó una mirada matadora a Velen, que le pidió disculpas en silencio.

—Bien, a Velen ya lo conocemos todos. Pero no sabemos nada de... *Umm...* Este joven cazavampiros.

—Me llamo Daniel Lennox —gruñó.

Hubo un silencio incómodo entre los presentes, que también se pusieron tensos. Sus humanos no entendieron nada, así que se quedaron a la espera como si fueran perritos.

—¡El hijo de Oliver Lennox! Estupendo, Velen. Muchas gracias por meter al enemigo en casa.

—Si he venido aquí con él es porque necesitamos ayuda, no por gusto —le respondió Velen.

—Vaya, yo que pensaba que aún me tenías cierto afecto...

—La vida de una amiga nuestra está en juego, la policía nos ha querido atar en corto y ahora lo tenemos que hacer todo desde la clandestinidad.

—¿Y yo qué gano?

—Me lo debes.

—No nos debemos nada, Velen. Te fuiste tú, fue decisión tuya.

—¿Nos vas a prestar tu inestimable ayuda o no?

Gaétan se dio la vuelta para poder ocupar su sitio en el sofá donde un par de jóvenes apuestos y solícitos lo estaban esperando. Los besó a ambos en la boca, para desagrado de Daniel, que miró hacia sus propias botas.

—De acuerdo —suspiró—. Soy demasiado bueno. Y bien, ¿qué es lo que necesitas tanto?

—Un poco de logística, efectivo, contactos... Y estar bajo tu techo hasta que podamos arreglar el entuerto.

—Necesito más información —exigió.

La joven humana apareció en la peculiar estancia y le ofreció a Daniel una manta de lana. Se la puso por encima.

—¿Está bien, señorita? —aprovechó para preguntarle.

—Oh, sí. Soy muy feliz aquí. —Ella sonrió y fue a sentarse junto al dueño de todo aquello. Él la besó en la boca también.

—Te daré la información en privado. Pero antes quiero que Daniel pueda darse una ducha, entrar en calor y descansar. Sin que nadie lo moleste —añadió en un tono cortante.

Gaétan chasqueó los dedos y todos abandonaron la estancia menos la joven, a la que susurró unas palabras al oído.

—Puede venir conmigo, señor Lennox —comentó ella acercándose a él.

Este titubeó y observó a Velen, el cual asintió con una sonrisa. Después los dos humanos se alejaron y quedaron ambos alû, cara a cara.

—Pero toma asiento, que parece que te hayan metido un palo por el culo.

Velen se aposentó junto al atractivo vampiro. Su mirada rasgada y oriental lo recorrió de arriba

abajo, comiéndoselo con los ojos y deslizando una mano por su pierna.

—Aunque hayan pasado diez años, sigues poniéndome cachondo. ¿Te apetece que...?

—No estoy disponible para ti —le cortó el moreno sin un ápice de su habitual despreocupación y apartando esa mano indeseada.

—Huelo al humano en ti, muy dentro, por todas partes...

Velen soportó con estoicidad que le rozara el cuello con la nariz.

—Haz el favor de no tocarme tanto. Perdiste ese privilegio hace una década.

—Cuánto rencor. —Se apartó para tumbarse en el sofá con aire distraído—. Bueno, ¿me vas a contar qué pasa, *mon cheri*?

Velen aspiró con fuerza y comenzó a explicarle absolutamente todo lo que había sucedido, sin dejarse ni un solo detalle. Lo único que obvió fue su relación personal con Daniel, aunque Gaétan ya se había dado cuenta de que su ex estaba prendado del cazavampiros, por cómo lo tocaba y lo miraba.

Por lo demás, escuchó las explicaciones con cada vez más interés, entendiendo la gravedad del asunto, y se vio en la obligación moral de prestarle ayuda al único hombre por el que había sentido un afecto parecido al amor. Sí, en el fondo se lo debía.



Daniel se encerró dentro de la lujosa habitación. Las paredes estaban forradas en madera y las vigas eran del mismo material, centenarias. Por lo demás, el baño era moderno, la chimenea estaba encendida y la cama lo llamaba con insistencia.

Se llevó la estaca a la ducha y no la soltó ni siquiera cuando el agua caliente relajó sus músculos. Estuvo bajo el chorro durante media hora, pensando.

Aquel tipo de aspecto asiático, con cabellos largos, cuerpo esbelto, ojos claros y voz sensual, estaba en esos precisos instantes con Velen, a solas. Y no le hizo ni puta gracia. Aquello fue un pensamiento tóxico. Velen no le pertenecía y era libre de irse o acostarse con quien le diera la gana. Sin embargo, el mero pensamiento de que aquello sucediese, le hizo sentirse miserable e insignificante.

Un golpeteo insistente en la puerta de la estancia lo sacó de aquellos pensamientos intrusivos. Cortó el agua, se puso una toalla alrededor de la cintura y se acercó con la estaca en la mano.

—¡Daniel! ¡Abre!

—Espera... —Depositó la estaca sobre la mesilla, más tranquilo.

Abrió de inmediato al constatar que Velen lo esperaba al otro lado. El alû se coló con rapidez y cerró con pestillo. No se le vio muy sereno. Daniel estaba aprendiendo a leer en él.

—Estaba en la ducha.

Velen acarició la cicatriz en el labio superior de Daniel, esa que tanto adoraba besar.

—Relájate, nadie te tocará un pelo. Son como una comuna... Bueno, una especie de familia, o secta. No sé cómo expresarlo, pero no te harán nada.

—¿Follan entre ellos? —Daniel fue al grano—. ¿Los humanos les dan su sangre?

—Pues sí a lo primero y sí a lo segundo.

—Dar sangre a los vampiros está prohibido.

—¿Y quién crees que va a venir hasta aquí para hacer una redada? Gaétan es el líder de una familia alû centenaria. De las que no se tocan excepto si...

—¿Y tú también te acuestas con cualquiera? ¿O con todos a la vez? —lo cortó yendo al grano.

Aquella pregunta dejó descolocado a Velen, sobre todo por el tono rabioso que Daniel utilizó.

—¿Ahora eres el Gran Inquisidor? ¿Qué más te da lo que haya hecho en el pasado?

—Tú puedes enfadarte y pegar a un tipo si me toca el culo, ¿pero yo no puedo estar molesto al pensar que te vayas a follar a tu ex?

—¡Pero de dónde sacas esas ideas tan absurdas! Hemos estado hablando del caso, de los asesinatos, de las pesquisas, de Indira... ¡Le estoy pidiendo ayuda al tipo que más odio! —Se sinceró.

—¿Y por qué lo odias así?

—Porque no fue capaz de ser monógamo conmigo y me hizo daño. Él sabía que yo buscaba una relación seria y aun así me hizo creer que podía funcionar cuando no era esa su intención. Así que lo mandé a la mierda. ¿Contento?

Daniel enrojeció de pura vergüenza. Su inseguridad había hablado por él. Estaba enamorado de aquel hombre, lo sintió de veras.

Besó a Velen con toda la pasión del mundo y este lo estrechó contra sí, arrancándole la molesta toalla.

Se tumbaron sobre la mullida y enorme cama con dosel. Velen fue despojándose de toda prenda molesta hasta quedar desnudo ante Daniel, en todos los sentidos.

Las erecciones de ambos se tocaron, haciendo que el joven jadeara de excelso placer. Aquella cama podría haber ardido con ellos.

Daniel se vio sorprendido cuando fue el alû quien se tumbó a su lado y lo instó a acomodarse sobre él y entre sus largas piernas. Este lo masturbó con cadencia, lubricándolo. Lo tomó de los dedos, los chupó y los condujo hacia el interior de su recto.

—Dilátame y fóllame, cariño. Quiero ser tuyo. ¿Es lo que anhelas? Pues tómame, porque no deseo ser de nadie más.

—¿Por qué yo? —preguntó Daniel sobre su boca, besándola con lentitud. Frotándose contra aquel cuerpo esbelto y suave que le hacía perder los papeles—. ¿Qué ves en mí?

—Me encanta nuestra dinámica, lo mucho que te ríes conmigo y a la vez te molestas. Ver como te sonrojas cuando soy romántico, o cuando te enfadas conmigo porque soy un imbécil que finge no tomarse las cosas en serio. A pesar de lo que soy, te gusto.

—¿A pesar de ser un alû?

—A pesar de ser yo.

—Es que por ser tú... te q... —Daniel se mordió los labios, aguantándose las ganas de expresar sus verdaderos sentimientos románticos.

Velen contuvo la respiración. Atrapó con la boca aquella cicatriz en el labio de Daniel y la saboreó, sintiendo su textura con la lengua. Le ayudó con la mano a meterse en él, sintió el placer inmenso de ser penetrado por aquel humano precioso que le había elegido.

Daniel, por su parte, hundió la lengua en la boca de Velen mientras bombeaba con fuerza y cadencia el interior de su amante.

Este no pudo parar de gemir con cada embestida que recibía, inundado por el placer. Apretó los labios sobre la carótida de Daniel, sintió la sangre caliente bajo la piel, mordisqueó la zona, bajó por la curva de aquel hombro, los colmillos le picaron, se excitó hasta límites casi imposibles... Fue tan intenso lo que Velen sintió, que estuvo a punto de morder a Daniel con los colmillos. Sin embargo, no quiso llegar tan lejos aunque estuviera tan seguro de querer darle el beso de sangre. Y a pesar de eso, sí permitió que un chorro de espeso semen empapara los abdómenes de ambos, corriéndose.

El chico aguantó el dolor al sentir los dientes apretar contra su hombro, anheló en secreto ser mordido. Tal fue la sensación de placer, que un orgasmo apabullante llegó empujando a Velen

con todas sus fuerzas, gimiendo con una fiereza animal. Aquel calor, aquel recto apresando su verga dura como el acero, la dentadura de Velen en su carne... Casi creyó perder el conocimiento, mareado de gusto.

Apoyó la frente sobre el pecho del alú, intentando recobrar la respiración. Este asió la sábana con rapidez para limpiarlo.

—Perdona, qué bruto he sido... —le susurró Velen, intranquilo por lo que había estado a punto de hacer, acariciando las marcas de los incisivos.

Daniel lo miró con una sonrisa bobalicona en los labios.

—No pasa nada, solo es un mordisco... —Esperó a Velen se pronunciara sobre los besos de sangre, pero sin resultado.

Daniel le acarició el rostro y sonrió con un poco de tristeza al ver que no decía nada más, que tan solo se apoyaba sobre su hombro y besaba las marcas. No sabía cómo abordar aquel tema.

—Quiero que me des todos los besos del mundo, solo a mí... Quiero estar contigo. Joder, qué vergüenza... —El joven se echó a reír como un tonto.

Velen sintió las lágrimas acudir a su garganta, pero fueron de felicidad.

—¿Serás capaz de soportarme?

—Eres insufrible, pero me gustas muchísimo... —Daniel sabía que no solo le gustaba, sino que estaba enamorado—. Solo te pido que, si nos cruzamos con mi padre, seamos discretos. Para él esto es alta traición. Lo admiro, le quiero, eso es así, pero tengo mi propia vida y no hace más que proyectar la suya en mí.

—Ya lo sé, Daniel. No te preocupes por eso, entiendo que tu relación con él es complicada, que pondría el grito en el cielo y no comprendería lo nuestro.

—Me excita que me muerdas —dejó caer el joven.

—He de tener cuidado, te puedo matar...

Se quedaron callados, enredados entre las sábanas y entre sí.

—Estoy agotado...

—Duerme, yo tomaré unas notas sentado a tu lado. No me iré.

—Deberías descansar, no has dormido nada... —susurró cayendo en brazos de Morfeo.

—Mañana lo haré, te lo prometo. Pero ahora mi cerebro me exige trabajar. No sé cómo explicarlo... Es como un procesador que rara vez se apaga. Solo cuando estamos juntos se ralentiza.

Daniel ya no le respondió: estaba en coma profundo, roncando con levedad.

Velen lo tapó con la colcha y se puso en pie para darse una ducha. Al volver tomó una pequeña libreta y un bolígrafo que tenía en el bolsillo del pantalón vaquero y volvió a meterse en el lecho, junto a su chico. Lo miró largamente, adoró cada rizo de su pelo, esas pecas, las cicatrices y todo él. En ese instante supo que sería capaz de matar a cualquiera que quisiera infligirle daño.

Se concentró en la libreta y volvió a escribir los nombres de la lista, juntando las piezas de aquel intrincado puzle. Cuando se quedó satisfecho, añadió una nota final:

***-¿Qué pretende el asesino? ¿Qué tiene qué ver exactamente con todo esto?
¿Por qué lo hace?***



Desvelando secretos

Aquella estancia aséptica, sin nada que le sirviera para intentar salir de ella forzando la puerta — porque esta no tenía ni pomo ni cerradura visibles— ponía a Indira de los nervios.

Sí, gozaba de comodidad, mudas, ducha y sanitario, además de recibir todas las comidas diarias por parte de un alû desconocido de aspecto atemorizador que no abría la boca por más que lo increpara.

Podía subir y bajar la intensidad de las luces, de la temperatura y contaba con una *tablet* para ver películas y series. No la tocó siquiera.

A aquellas horas, que calculó que serían las tres de la mañana, se sentó sobre la cama y observó la puerta con detenimiento, intentando adivinar qué se cocía al otro lado. Su pensamiento voló hacia sus dos compañeros y esperó de veras que estuvieran bien. Sabía que era complicado que supieran dónde se hallaba presa, aunque confiaba en Velen. Tenía que ser consciente que detrás de su desaparición estaba Kyle.

¿Con quién se había casado? No tenía ni idea, solo sabía que no era la persona de la que se enamoró en aquel restaurante, ni el alû que aparentaba ser ante todo el mundo. La fuerte inquietud de traición opacaba cualquier sentimiento romántico hacia él, y solo una razón coherente podría disiparla.

Kyle le hizo salir de la casa, casi en estado de perplejidad, la metió en la parte trasera de un furgón con las ventanillas cegadas y después no lo volvió a ver. Solo a aquel alû descomunal que le permitió llamar a Velen mientras le sujetaba el cabello con fiereza y unos ojos fríos le hacían entender que no podía hacer trampas a la hora de comunicarse. En aquel instante se asustó de veras, vio el peligro por el rabillo del ojo, supo que Kyle no era Kyle. Por eso sollozó, al darse cuenta de su situación, de su vida falsa.

Lo que se negó a admitir, más por orgullo que por otra cosa, fue que él estuviera detrás de los asesinatos.

Fue en ese momento, mientras se repetía una y otra vez que Kyle no era un monstruo, cuando este hizo acto de presencia en aquella estancia anodina de color gris.

La oficial se sentó de un brinco y lo miró con ferocidad, como un perro enjaulado deseando morder a su captor y así poder escapar.

—Cariño, tranquilízate, haz el favor. Llevas horas sin pegar ojo. No me obligues a suministrarte drogas que no quiero darte. Te necesito limpia.

—¿Qué cojones quieres decir con que me necesitas limpia! ¿Y qué coño se supone que haces? ¿Quién eres? ¡Porque tú no te llamas Kyle!

—Es cierto, mi nombre de nacimiento no es Kyle —la cortó con voz gélida.

A pesar de ese tono frío, avanzó hacia ella con cuidado y se sentó sobre la cama. La mujer reculó hasta dar con la espalda en la pared de cemento. Cuando él intentó acariciar la tez morena

de su esposa, ella lo asió de la muñeca con fuerza.

El alû hubiese podido apartarla con facilidad. No obstante, hacerle daño no entraba en sus planes. Simplemente retiró el brazo y lo dejó recostado sobre el regazo. No deseaba ver así a Indira. Él la quería a su modo. No como a su verdadero amor, pero sí con el suficiente cariño y deseo para considerarla digna de él y sus planes.

—Verás, mi vida —dulcificó el tono—, que justamente te asignaran esos casos tan peliagudos, y que Velen apareciese en escena, fue un desafortunado capricho del destino. Y como me gusta jugar, el asuntillo se me fue las manos al darle algunas pistas... El cabrón es muy inteligente.

—D-dime que no has asesinado a unas niñas... —la voz de Indira tembló—. Dime que no...

—Hace años que no mato a nadie, mucho menos a niños —respondió ofendido.

Indira quiso creerle, necesitó hacerlo para seguir cuerda y no enajenarse.

—Y entonces, ¿qué tienes que ver en todo este asunto?

Kyle no respondió al principio, solo las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Luego se pronunció:

—Llevo a cabo mi venganza y, de paso, busco una solución a la extinción de mi especie. Es mi deber como futuro monarca.



Cuando Daniel se despertó, su amante dormitaba. El masón fue a ducharse ya que todavía tenía restos de semen en su piel. Al volver se vistió y se quedó mirando al alû. Entre esos labios subyugadores se entreveían los caninos superiores, peligrosos y tentadores a un tiempo.

Después se fijó en la libreta llena de notas, conclusiones y preguntas que Velen había garabateado. Daniel no pudo más que asombrarse, una vez más, de la inteligencia superior que tenía ese hombre. El galimatías iba cobrando sentido.

Allí había una cruenta conspiración de los gobernantes, las personas influyentes en la población y una empresa farmacéutica.

El poder, la fama y el dinero. Como siempre.

Unos leves golpes en la puerta pusieron en alerta a Daniel, que se acercó con sigilo, tomando la estaca con pulso firme.

—¿Quién es?

—Soy Mariane, la chica de anoche. A mi señor le gustaría mucho que desayunaras con nosotros, los familiares.

Daniel miró a Velen, atemorizado ante semejante proposición. Luego se sintió estúpido y débil. Podía valerse por sí mismo, así que corrió el pestillo y abrió. Al otro lado solo estaba Mariane, fresca como una rosa y aparentemente feliz.

—De acuerdo. Pero no soy el familiar de Velen, que quede claro. Y me llevo mis cosas, voy a vestirme.

Ella asintió con candorosa expresión.

Cuando Daniel salió, la joven continuó hablando con él:

—Nuestro señor es muy bueno, no te haría nunca nada que no desearas. Sin embargo, comprendo tu situación, que eres un cazavampiros y que es natural en ti no fiarte de él. No se sentirá ofendido porque vayas preparado.

—Me es indiferente que se sienta ofendido.

Le rugieron las tripas y la joven no pudo evitar echarse a reír por lo bajini. Daniel enrojeció.

—No te preocupes, tienes un bufé libre para que te sirvas tú mismo. Acompáñame, por favor.

Él la siguió sin bajar la guardia. Descendieron al piso inferior y acabaron en una gran sala que

parecía una especie de restaurante hotelero. Daniel se sorprendió de la pulcritud del lugar y la variedad de alimentos. Otros humanos departían de forma animada, comiendo con tranquilidad.

—Por favor, sírvete.

—Mariane, ¿de verdad eres feliz aquí siendo la esclava sexual de ese hombre? —La pregunta fue tan directa que pilló de sorpresa a la cándida chica.

—Soy una de sus amantes y nadie me obliga. Es un honor que me haya elegido y me mantenga a su lado año tras año. Creo que estás equivocado si piensas que nos obliga. Somos libres de irnos cuando queramos.

—¿Eres consciente que darle tu sangre es un delito?

—Sí. Y no me importa. Simplemente se la donamos de forma segura, no nos muerde si es lo que te preocupa. Él no es un depredador, ni da besos de sangre a nadie. Jamás nos ha dañado físicamente y los placeres del sexo los compartimos.

Daniel, obtuso como él solo, se negó a aceptar del todo aquella forma de vivir. Pero ¿quién era él para juzgar las decisiones ajenas?

Con un gruñido cogió un plato de fina porcelana blanca y se sirvió gran cantidad de huevos fritos, salchichas alemanas, pan con tomate y jamón español, un par de tortitas con nata, café con leche y zumo de naranja auténtico. Se sentó y comenzó a comer con hambre de lobo.

Poco a poco la sala se fue despejando y Mariane se volvió a acercar a él.

—Espero que haya sido de tu agrado. Nosotros nos vamos a descansar hasta que se ponga el sol. Mi señor te espera en su salita.

—¿Pretendes que me quede solo con él?

—Claro, ¿tanto miedo le tienes?

—¡No! —Se levantó con tal fuerza que la silla cayó sobre la moqueta—. Llévame y acabemos cuanto antes con esta tontería.

Ese imbécil del Gaétan, que había hecho daño a Velen, no le daba ningún miedo ni le imponía respeto.

Con paso firme siguió a la mujer hasta unas enormes puertas de madera con motivos Art Déco. Ella llamó y Gaétan dio permiso, así que le abrió y dejó pasar al joven.

—Gracias, *ma chérie*. Vete a la cama con los demás, en un rato os acompañaré —dijo el alú.

Ella sonrió y se fue, dejándolos a solas.

Daniel, fiel a sus principios, sacó uno de sus revólveres, lo fue cargando con lentitud y lo dejó sobre su regazo al sentarse frente a Gaétan, que estaba tumbado en un sofá de terciopelo azul que hacía juego con los ojos del cazavampiros.

—¿Sigues sin confiar en mí?

—Eres el jefe de una secta y no me temblará el pulso si tengo que pegarte un tiro. ¿Qué te ha contado Velen? —Daniel fue al grano. Aquel soplagaitas no le iba a liar.

—Todo. Sé que vuestra amiga está desaparecida, que andáis escondidos para que la policía no os encuentre, todo el embrollo de las muertes... También me ha hablado de las sospechas que alberga sobre Kyle... Ya te digo yo que ese Kyle no existe.

—¿Y qué certeza tienes?

—Me lo ha descrito... Sé quién es.

—¿Y me lo vas a decir?

El alú lo miró con cara de circunstancia.

—Te lo diré, porque en parte tiene que ver contigo. Por eso quería verte aprovechando que Velen estará roncando.

—¿Conmigo? —Daniel no dio crédito.

—Pero antes quiero que me digas qué tipo de relación mantienes con él.

—Somos pareja.

—¿Eres consciente de las implicaciones? La diferencia de edad, tu profesión, tu padre... No me gustaría que le volvieran a romper el corazón. Aunque no lo creas, yo sí le quise. ¿Te ha hablado de mí?

—Algo... —gruñó.

—No le podía dar lo que él quería. Lo intenté...

—Pues tu momento ya pasó.

—¡Me gustas! Una pena que no te vaya el poliamor con lo jodidamente guapo que eres. De todas formas deberías darme las gracias. Velen está deseando enamorarse con todo su ser y que le correspondan igual. ¿Estás dispuesto a eso?

—Sí. Y ahora cuéntame de una jodida vez qué tengo yo que ver con el marido de mi amiga.

Gaétan se sentó y su atractivo semblante se transformó en el de una persona muy seria.

—Lo que te voy a contar es algo que no todos saben. Velen se lo huele, pero nunca ha estado seguro. La cuestión es que vengo de una familia centenaria que conoce bien a la realeza de los alû. Estos viven en Alemania, en la zona de la Selva Negra, aunque durante la II Guerra Mundial se tuvieron que ir dada la virulencia de la contienda y los turbios experimentos con nuestros cuerpos por parte de los nazis.

—Ve al grano. ¿Y qué más?

—El único hijo de la realeza ha estado desaparecido bastante tiempo, pocos conocen su aspecto. Salvo algunas personas como yo...

Daniel se puso tenso. Sabía muy bien que el asesino de su madre era un príncipe alû sanguinario del que se desconocía su paradero.

—¿Hablas de Barend Rothschild? —dijo su nombre con los dientes muy apretados, rabioso.

—En efecto, *mon chéri*. Y me temo que ese hombre es Kyle.

Daniel se quedó lívido. Luego le temblaron las manos y con ellas el arma. No dio crédito a semejante noticia.

—¿Qué?

—Y sinceramente: no mató a tu madre. Ella se fugó con él y os abandonó a tu hermana, a tu padre y a ti.



Indira seguía en un estado de conmoción tras lo que Kyle le había revelado. O mejor dicho: lo que Barend le había revelado.

No fue capaz de dormir cuando él la dejó de nuevo encerrada en aquella habitación, tampoco fue capaz de detener los sollozos intermitentes hasta la hora del desayuno, cuando el alû con rostro desagradable le dejó una bandeja de plástico sobre la mesilla y miró con asco a la mujer.

Indira le pegó una patada al desayuno y este se desparramó por todo el suelo.

—¡Vete a la mierda! —le escupió con odio.

Él se sonrió de lado, como si se creyera muy superior a ella. Sin decir nada se fue sin más.

La mujer miró hacia todos lados. No sabía exactamente dónde estaba la cámara, pero gritó a cada pared de la habitación.

—¡Eres un cabronazo! ¡Un hijo de puta! ¡Me importa una mierda lo mucho que hayas sufrido! ¡Lo que me has hecho no tiene perdón y no pienso ser tu cobaya! ¿Me has oído, Barend? ¡No pienso ser parte del experimento!

Le arreó otra patada a la bandeja del suelo y chilló hasta desgañitarse. Cayó de rodillas y volvió a sollozar porque todo su mundo se había derrumbado como un castillo de naipes.

Se quedó tumbada en el suelo, hecha un ovillo hasta quedarse en silencio. Había derramado todas las lágrimas que tenía y estaba seca por dentro. Cualquier rescoldo de afecto, por un hombre que no existía como tal, se fue apagando. En su lugar, el vacío comenzó a llenarse de resentimiento. Era una mujer fuerte, había visto cosas horribles en su trabajo. Ningún hombre iba a tumbarla y mucho menos un marido de papel.



Velen se puso en pie de un salto y buscó a Daniel al darse cuenta de que no se hallaba a su lado en la cama. A oscuras consultó la hora —las diez de la mañana— y comprendió que para el chico era normal despertarse pronto. Encendió la luz y pudo fijarse bien en que no estaban sus cosas.

De forma veloz se enfundó en sus prendas y salió de la estancia atravesando el largo pasillo. Había estado en aquel lugar muchas veces, así que sabía que no se colaría ni un nimio rayo de luz por ningún rincón.

Bajó corriendo hasta la habitación privada de Gaétan y entró sin llamar. Todos sus amantes estaban dormitando, tanto alû como humanos. Algunos de estos últimos se despertaron. La mujer de la noche anterior se acercó a él, totalmente desnuda, con su pálida tez de porcelana.

—¿Buscas a Daniel?

—¿Dónde está? —Fue muy seco.

—Tranquilo, está con mi señor en su despacho, hablando.

Velen se dio la vuelta como un rayo y corrió hacia el ala oeste de la mansión. Las luces de sensor se fueron encendiendo a su paso, aunque podía ver en la oscuridad más que perfectamente. Estaban instaladas para los humanos.

Dejó atrás galerías repletas de antiguas obras de arte, decoración de estilo Tudor y también modernas instalaciones. Cuando entró como un huracán en el despacho, Daniel y Gaétan lo miraron.

El chico tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero seguía sano y salvo.

—No pensarías en serio que le iba a hacer algo.

—¿Por qué llora?! —le chilló de malas maneras—. ¿Por qué disfrutas tanto haciendo daño a los demás?

Se sentó al lado de Daniel y lo tomó por los hombros, acurrucándolo contra su pecho. El joven no dijo nada.

—Solo le he hablado de Barend y de lo que pasó.

—¿Solo? ¿Y eso te parece poco? ¿Qué te pedí ayer?! ¿Qué no lo hicieras!

Velen se mordió el labio inferior con tal fuerza que acabó por sangrar. Su néctar bermellón se deslizó por la barbilla.

—Velen, para —le dijo Daniel—. Soy adulto aunque para ti sea solo un humano demasiado joven. —Los ojos del chico brillaron con fuerza.

El alû se limpió y asintió con la cabeza.

—No quería que sufrieras, eso es todo...

—¿Hubieras preferido que siguiera en la ignorancia? Tienes suerte de que este hombre me haya asegurado que solo lo sospechabas, si no me habría enfurecido contigo por no contarme la verdad sobre mi familia. Aunque ayer por la noche ya estabas seguro...

—No era el momento.

—Y por eso te perdono, ¿me oyes? —Le plantó el cañón de su revólver bajo la mandíbula—. No es contigo con quien estoy decepcionado, sino con mi padre por mentirnos a mi hermana y a mí.

Apartó el arma y se la guardó en la cartuchera de su pecho. Con Velen allí ya no tenía que estar alerta. Además, Gaétan parecía bastante pacífico. Conseguía cuanto deseaba, no tenía más que pedirlo y sus acólitos se lo ofrecían con devoción.

—No debió ser fácil para él que tu madre os abandonase por otro... Un alû nada menos. Y ha volcado en ti toda esa ira para que nos odieras sin hacer distinciones. Cree que uno le quitó a la persona que amaba, así que todos somos malos a sus ojos —expresó Velen.

Daniel suspiró. No tenía recuerdos de su madre, al menos no reales. Era muy pequeño cuando todo aquello sucedió. No podía odiarla, tampoco echarle la culpa, ni siquiera entristecerse por haber carecido de su cariño. Prefirió a otro hombre por encima de sus hijos. Solo estaba muy decepcionado con Oliver y su mentira. Aquella patraña le había hecho tomar la decisión de ser cazavampiros y masón para poder, algún día, vengar la cruel muerte de su madre odiando sin razón a Barend.

—¿Y dónde está ahora esa mujer que me parió? —preguntó Daniel mirando a Gaétan.

—Lo ignoro. Barend desapareció por aquel entonces y no se ha sabido nada más de él hasta... ¿ayer? Al menos por mi parte es todo lo que puedo aportar. Lamento que le haya hecho eso a vuestra amiga, pero qué se puede esperar de él... Siempre ha sido un caprichoso.

—Gracias —añadió Daniel—. No eres tan cabrón como me habían hecho creer... —Miró de reojo a Velen, que se cruzó de brazos y chistó.

—Oh, Velen... En el fondo fue lo mejor para ti que lo nuestro se acabara. No tenía futuro, no he dado el beso de sangre a nadie en toda mi vida ni lo pienso hacer. Y sé la importancia que tiene para ti.

El alû moreno se puso tenso. Intentó no mirar a Daniel, que se hizo el tonto, como si ignorara de qué estaba hablando Gaétan.

—Cuando se ponga el sol nos vamos —interrumpió el masón.

—¿Dónde pretendes ir? La comisionada nos estará buscando hasta debajo de las piedras. No hemos apagado los móviles por gusto, sino para que no encuentren la señal.

—Eso ya lo sé. —Giró el cuerpo hacia Gaétan—. ¿Nos puedes proporcionar un vehículo?

—¿Os vale una moto BMW? Iréis rápido y pasaréis más desapercibidos e incluso podréis desviaros con facilidad a través del campo.

—Sí, buena idea.

Velen miró a Daniel con los ojos muy abiertos.

—Bien... —dijo Gaétan al levantarse—, me voy a dormir con mis amantes. Al anochecer tendréis preparada la BMW y unos cascos, además de ropa adecuada, dinero y lo que haga falta.

—Gracias —tuvo que admitir Velen, pero con el morro torcido.

—Ojalá dejes de odiarme tanto, y más ahora que has encontrado a este bombón.

—Ya veremos... —murmuró.

Después de aquella reunión, la pareja se quedó a solas. Velen acarició el cabello de Daniel y lo observó con compasión.

—No me mires así, estoy bien. Al menos en lo que respecta a mi madre. Han pasado veinte años, no puedo querer a quien no recuerdo. Me sentía mal porque pensaba que la había asesinado ese cabrón, por tener que quererla a la fuerza, pero...

Velen sintió lástima. Él mismo sí había tenido el amor de una madre. Solo ese, pero ahí había

estado siempre incluso cuando ya no le recordaba por culpa de la demencia.

—Barend tiene retenida a Indira, de eso estoy seguro —le recordó Velen—. Así que mantén el fuego del odio dentro de ti, porque nos va a hacer falta a los dos. ¡Y pensar que lo tuve delante sin sospechar un ápice! —se enfureció.

—No podemos cambiar el pasado, así que deja de fustigarte. Esta tarde iremos a buscarla.

—¿Dónde quieres ir?

—A la logia.

—¿A Londres?

—No. A mi logia.

El alú tragó saliva. Para él era como meterse de lleno en un avispero donde todas las avispas querían clavarle el aguijón, y no en el buen sentido.

—E-espera... ¿Sabes dónde me quieres llevar?

—¿Te recuerdo dónde estamos ahora?

—*Touché* —admitió.

Daniel se puso en pie y Velen lo siguió.

—Volvamos a la habitación. Sigue descansando y ya veré cómo lo hago para que a mi padre no le explote la cabeza al verme aparecer contigo. Seguramente esté histérico al no poder contactar conmigo.

—¿Vas a proteger a un vampiro de un montón de cazavampiros sedientos de sangre? Válgame la redundancia...

—Aquí el único que puede matarte soy yo. Me reservo ese privilegio.

—Muy convincente, sí.

Salieron al pasillo y caminaron cogidos de la mano.

—Casi te vuelves loco al saber que estaba a solas con él... Eres muy celoso —Daniel se burló.

—No todos los días se encuentra a un ángel terrenal...

—¿Un ángel? ¿Yo? Te estás volviendo un auténtico romántico desagradable y un pasteloso insufrible. No te soporto.

—Eres como Armand, de las *Crónicas Vampíricas*. Un ángel sacado de un cuadro de Botticelli...

—Por Dios, no sé de qué me hablas.

—¿*San Giovanni Battista*? De Da Vinci. Los mismos ricitos...

—¡Velen! No haces más que decir tonterías.

El alú lo empotró contra una pared de la que colgaba un grueso tapiz medieval. Tomó su boca con ansia, anhelo, hambre.

Daniel se dejó subyugar, incapaz de poner más límites. Sintió la erección de Velen contra su pierna, así que la frotó con el muslo para hacerlo sufrir un poco. Cuando este le dio la vuelta e intentó apartarle la casaca, Daniel sí tuvo que poner límites.

—Aquí no —jadeó.

Velen resopló, sediento, besando la piel sobre la carótida del joven. Hacía mucho que no se alimentaba, no tenía las pastillas a mano y estaba perdiendo el control.

Al recibir un puñetazo en el estómago se quedó sin respiración.

—¡Te he dicho que aquí no!

—P-perdona... N-necesito mis pastillas.

Se cubrió la boca con urgencia y salió corriendo hacia la habitación.

Daniel se quedó allí suspirando, se recolocó bien la entrepierna y lo siguió al trote. No

encontró un alma en todo el recorrido.

Al llegar a la alcoba, el estado de Velen estaba controlado. Este lo miró con ojillos de cordero degollado.

—¿Mejor? —El masón se sentó a su lado en la cama.

—Cuando has probado la sangre de una persona, no puedes olvidar su sabor. Y tú sabes demasiado bien... Así que me cuesta no perder los papeles.

—Me puedes morder si te hace falta... —susurró intentando darle a entender que quería recibir el beso de sangre.

—No haría eso nunca —fue lo que Velen respondió de una forma muy tajante.

Daniel disimuló la decepción y puso buena cara.

—No te preocupes, he escuchado lo que te ha dicho Gaétan al respecto y me parece bien. Yo no quiero que me des ese beso de sangre, o como lo llaméis, así que puedes estar tranquilo.

Velen se quedó congelado sin saber qué decir. Al igual que Daniel, hizo de tripas corazón y sonrió, poniéndose la careta de nuevo. Eso le hizo replantearse, una vez más, aquella relación.

—P-por supuesto... —Después de eso, solo quiso meterse en la cama y dormir mil años.



En el avispero

Tal y como había prometido Gaétan, todo quedó preparado al ponerse el sol. Mariane se encargó de atenderlos: ofrecerles una cena —en la que la pareja estuvo callada como una tumba— proporcionarles ropa adecuada para la época del año y el medio de transporte, dejarles dinero y además de un *smartphone*.

—Ha sido muy amable, señorita Mariane —musitó Velen sobre el reverso de la delicada mano que le tendió la mujer.

—Un placer, señores. —Miró a Daniel y le guiñó un ojo. Este se puso rojo de vergüenza.

—Muchas gracias —admitió el joven—. Vámonos. —Miró a Velen de reojo y le hizo un gesto antes de colocarse y atarse el casco.

Fuera llovía, para variar. Velen se subió la cremallera de la chaqueta de cuero negro, se ató el pelo en una coleta y e imitó a Daniel al ponerse el casco. El chico ya estaba subido a la BMW, una moto tremenda, así que se colocó tras él y deslizó los brazos alrededor de su cintura, bien aferrado.

—La verja está abierta —los informó Mariane—. Buen viaje y mucho cuidado, por favor.

—Lo tendremos —aseguró Daniel.

Acto seguido puso en marcha la moto y aceleró de camino a la salida. La lluvia golpeó con fuerza la visera de su casco y la sintió sobre el cuero, aunque no traspasó. Los brazos de Velen y su cuerpo estaban bien asidos a él, así que, en cuanto salió de la propiedad, aceleró con fuerza y fue cogiendo velocidad en dirección a una carretera secundaria.

Se desvió por caminos mucho más agrestes, incluso campo a través y con la única luz del potente faro alumbrado los campos, las cercas y las embarradas sendas. Durante ese tiempo, de camino a Cambridge, donde se situaba la logia Misericorde, el cazavampiros se planteó de nuevo su relación con Velen. No sabía muy bien qué hacer. Este estaba taciturno y callado, pensativo en su mundo paralelo de deducciones y puzzles mentales. El alû no le había tocado tras despertarse, como si evitara todo contacto. ¿Le habría sentado mal la conversación de aquella mañana?

Lo que le sucedía a Velen no era otra cosa que la desilusión por haber creído encontrar al amor de su vida y que este despreciara el significado de un beso de sangre. No había que olvidar que Daniel era un masón cazavampiros, un chico de solo veintitrés años con toda la vida por delante, una mucho más corta. Fue estúpido pensar que podrían estar juntos. Tenía que cortar con él, aunque aún no sabía cómo sin que eso interfiriera en la búsqueda de Indira y en la resolución del caso que tenían entre manos. Ya lo había intentado en una ocasión y Daniel se lo había tomado francamente mal.

Se sujetó más al chico, como si fuera la última vez, y se lamentó en silencio bajo la protección del casco. Podía ser Velen, ese tipo que no se tomaba nada en serio, que hacía bromas, contaba

chistes malos o datos irrelevantes, pero poseía un corazón. Uno muy solitario.

Daniel, también dándole vueltas a todo, llegó a la conclusión de que tenía que hablar con Velen y aclararle sus sentimientos, pero primero la conversación pendiente de veras era con Oliver. Y no pensaba perdonarlo por sus mentiras hasta que le contara la verdad. No faltaba mucho para eso, pues divisó luces al otro lado del río Cam, en particular las de la universidad en la que había cursado sus estudios de Humanidades y Ciencias Sociales.

La logia no estaba lejos de allí, por lo que continuó por la zona del río hasta acercarse a un edificio de piedra de estilo gótico. Se detuvo al ver apostados, en la entrada, un par de coches de policía. Dio la vuelta y callejó por los alrededores ante las miradas de los transeúntes nocturnos.

Acabó en la parte trasera del gran edificio, el cual estaba rodeado de una gruesa muralla arropada por musgo. Apagó la moto y se quitó el casco.

—Vamos a tener que ingeniárnosla para entrar por aquí... —Miró hacia arriba y unas gruesas gotas de lluvia le mojaron el rostro.

—Me imaginaba que la comisionada habría mandado aquí a unos cuantos agentes. No puede vivir sin mí —bromeó Velen—. En el fondo de su negro corazón me aprecia.

—Ayúdame a mover la moto contra el muro y deja de decir sandeces.

Entre los dos la apoyaron bien para que no se venciera. Cuando Daniel fue a subirse al asiento, el alù lo detuvo.

—Espera, que conociéndote eres capaz de caerte de espaldas.

—¡No te pases!

—No he conocido a nadie tan torpe como tú en toda mi vida.

Velen fue el que trepó, sopesando la altura. Luego estiró la mano para ayudar al chico a alzarse junto a él y colocó las palmas de forma que este pudiera posar su bota embarrada y auparlo lo suficiente como para alcanzar el borde.

Así lo hicieron y Daniel consiguió aferrarse lo suficiente como para terminar a horcajadas sobre la gruesa tapia. Luego dejó medio cuerpo colgando hacia fuera y el otro en el interior del recinto. Alargó la mano, pero llegar a Velen fue imposible. La pared resbaló tanto por culpa del musgo que ni el propio alù tuvo la fuerza suficiente para aguantar sin deslizarse.

—Mierda... —susurró Velen.

—Espera —demandó el joven. Se giró y miró la altura a la que tenía que saltar. Miró al cielo oscurecido y le rezó al Arquitecto del Universo para no partirse las piernas al caer. Caminó primero por el murallón hasta dar con un grupo de arbustos. Más valía eso que darse de bruces contra el duro suelo.

—¡Qué haces! ¡Daniel!

—¡Te he dicho que esperes! —Luego saltó y evitó quejarse de dolor al clavarse todas las ramas del mundo—. Joder... —jadeó intentando que no le rechinaran los dientes. Rodó hasta el suelo húmedo, cojeó en dirección a un cobertizo y sacó el móvil.

Se sabía de memoria el número de Jacob, su compañero habitual de andanzas, así que le hizo una llamada.

—¿Quién es? —la voz profunda del otro lado sonó molesta—. No me interesa contratar nada.

—Daniel.

—¡Joder! ¡Dónde cojones estás! ¡El Gran Maestre está insoportable y ha venido la policía!

—*Shhh*, Jacob —le chistó a su compañero de logia—. Baja la voz y ven al cobertizo sin decir nada a nadie. He saltado por el muro.

—Estás fatal. Ahora voy.

El joven, alto y fuertote, no se demoró demasiado.

—Ya era hora —protestó Daniel.

—¿Te encuentras bien? —Se le tiró encima por la preocupación y lo manoseó a conciencia.

—P-para. —Lo apartó de un contundente empujón—. Solo me he tirado del muro para evitar a la poli, joder. Ayúdame, necesito una puta escalera y una cuerda.

No fue complicado dar con lo necesario, así que lo cogieron y anduvieron hacia la zona donde Daniel sabía que estaba esperándole Velen.

—¿No vas a dejar que te dé un abrazo? Estaba muy preocupado por ti. Pensaba que ese vampiro te habría hecho algo horrible... —Jacob estaba loco por Daniel.

—¡No te pases de listo!

«Como Velen se entere de que este me va detrás...», pensó.

Colocaron la escalera en paralelo al muro y el joven Lennox se subió. Hizo un buen nudo en la cuerda y la lanzó hacia el exterior.

—¿Velen?!

—¡La tengo! —le escuchó decir.

—Jacob, agarra bien la cuerda. Ese capullo pesa.

—¡No será el vampiro! —Jacob gritó escandalizado, llevándose la mano al interior de su casaca.

—¡Calla y tira! —le ordenó tajante—. Luego te lo explico. ¡Y no lo ataques! Es inofensivo.

Muy a regañadientes, Jacob siguió las instrucciones y estiró de la cuerda hasta que un tipo con casco de moto apareció en lo alto de la pared. Daniel lo ayudó a bajar y ambos resbalaron hasta el suelo.

—¿Por qué llevas aún el casco?

—¿Para no partirme la crisma? —Velen se despojó de la protección e intentó recomponerse el cabello enredado—. Soy un alû, pero mi cabeza no es un balón de fútbol que aguante los golpes.

Jacob se quedó atónito al verlo. Rezumaba sexapil por todos los poros, pero le pareció tan peligroso como cualquier otro de su raza. En un acto reflejo el cazavampiros sacó uno de sus revólveres y Daniel le pegó tal patada al arma que esta salió volando hasta caer a varios pies de distancia.

—¡Te pedí que no lo atacaras!

—No pasa nada, Daniel. Es normal, aún no me conoce —lo calmó al verlo tan atacado de los nervios—. De verdad, no soy peligroso como crees —se dirigió hacia Jacob.

—V-vale... Pero mantén las distancias.

—A ver, Jacob, necesitamos entrar sin que nos vea la policía, y que engañes a mi padre para que vaya a la sala principal. Por favor... La gravedad del asunto lo requiere.

El hombre, de una edad similar a la de Daniel, asintió sin quitarle ojo a Velen. Este también le observó: bastante alto, cabellos muy cortos y castaños, corpulento y en cierto modo atractivo a pesar de sus rasgos algo toscos.

—Solo hay cuatro policías y están apostados en la entrada. Así que podemos acceder por el patio interior. Los hermanos ya están en sus habitaciones.

Daniel cojeó dolorido y Velen, a pesar de su reticencia a tocarlo, lo tomó por el codo para prestarle su ayuda.

La logia Misericorde mantenía los aspectos principales de cualquier logia masónica. Su logotipo particular estaba siempre presente en la parte superior de cada puerta por la que pasaban, y el suelo era todo ajedrezado, aunque no mantenía el lustre de antaño ya que las

baldosas eran muy antiguas.

Se adentraron en la sala más importante, enmoquetada de azul cobalto, salvo por una pequeña porción de suelo también ajedrezado donde un estrado negro estaba rodeado de tres pequeñas y simbólicas columnas. Al fondo, sobre un tercer escalón, podía verse un sillón tapizado del mismo color azul. Debía pertenecer a Oliver como Gran Maestre. A sendos lados de la sala, otras sillas estaban preparadas para sentarse.

Velen ayudó a Daniel a descansar sobre una de ellas y le desabrochó la bota. El chico tenía el tobillo torcido, hinchado y enrojecido.

Jacob fue a buscar a su maestro, aunque no dejó de preguntarse por qué Daniel permitía a un vampiro que lo tocara de ese modo. Se quedó muy intranquilo. Que uno de esos malditos seres estuviera en la sala más importante de una logia masónica no le agradó en absoluto.

—¿Te duele? —indagó el alû cuando Daniel y él se quedaron a solas.

—No es nada. Me he torcido los tobillos mil veces.

—No hagas esas cosas...

—¿Querías que te dejara ahí?

—No, pero... —Velen tembló ante la mirada azul del chico. Quería resistirse a ella. Sin embargo, lo único que deseaba en el mundo era abrazarlo y decirle lo mucho que lo quería.

La presencia de Oliver cortó de raíz cualquier posibilidad de contacto entre ambos.

—¡No toques a mi hijo! —gritó como un energúmeno—. ¡Maldito monstruo! ¡Aléjate de él! —Velen tuvo que rodar hacia un lado cuando Oliver le lanzó un objeto punzante que se clavó en una de las sillas, justo en la que se había sentado.

—¡Joder, Lennox! —Velen se puso en pie, ofendido—. ¡Me podías haber hecho daño de verdad! No soy inmortal.

—¡Padre! —le gritó su hijo—. ¡Velen no me ha hecho nada!

—Hermano Daniel, espero que no te haya embaucado con sus argucias y mentiras.

—¡Mira, aquí el único mentiroso es usted, padre! ¡Y ya me he hartado, joder! —gritó Daniel poniéndose en pie y cojeando hasta él.

Jacob, que había cerrado la puerta por dentro, se quedó tieso como un palo, sin quitarle el ojo de encima al vampiro, con la mano metida en la casaca para sacar la estaca en cuanto hiciera falta.

Oliver sudó, aun sin saber a qué podía referirse Daniel con lo de mentiroso. Su vida estaba tan cargada de falacias que podía aludir a cualquier cosa.

—Quiero hablar a solas con mi padre —gruñó el joven Lennox—. Jacob, llévate a Velen a mi habitación y que no se le acerque nadie.

—Daniel, no es buena idea hacerlo de esta forma... —comenzó a decir el alû, preocupado.

—¡Vete con Jacob, por favor! —bramó de forma muy convincente y con los ojos centelleando.

Sin decir ni pío, Velen claudicó y siguió al cazavampiros, que lo agarró por el brazo para poder conducirlo a los pisos superiores. En cuanto se cruzaron con otros masones, estos se pusieron en guardia y Jacob intervino.

—Por orden del Gran Maestre me llevo a este vampiro arriba —mintió con descaro—. Y no digáis nada a la policía que está fuera. ¿Entendido?

—¡Pero qué dices, hermano!

—¡Haced caso y punto!

—Joder, menudo avispero, todos con el aguijón preparado... —bromeó Velen.

—Qué gracioso.

—Así de elocuente soy yo.

Lo condujo hasta una estancia amplia y acogedora, con una cama grande, un bonito escritorio de madera y una pequeña librería repleta de volúmenes variados.

—¿Tenéis biblioteca en la logia, verdad?

—Evidentemente.

—¿Puedo ir a verla?

—Por supuesto que no.

—¿Tiene libros sobre los alû?

Jacob ni siquiera le respondió a eso, se limitó a mirarlo con una actitud desconfiada. Los ojos del hombre se convirtieron en rendijas.

—Cualquier paso en falso que des será una buena excusa para clavarte el aguijón o pegarte un tiro.

—La verdad, me siento bienvenido y muy seguro. Ningún vampiro malo podrá atacarme.

Jacob cerró la puerta de un golpe y Velen supo que estaría al otro lado hasta que Daniel apareciese.

Luego suspiró, se tumbó en la cama, se despojó de las botas y de la chaqueta de cuero. Pensó en Daniel y en la complicada conversación con Oliver. Puede que no le cayese bien aquel hombre, pero en ese momento no pudo más que compadecerlo.



Oliver se sentó en su butaca de Gran Maestre. El corazón le latió con mucha intensidad y eso no fue bueno para él dada su dolencia. Si ya no ejercía como cazavampiros en activo era por el marcapasos que llevaba.

Su hijo lo miró desde su posición, con el pie en alto sobre otra silla, los brazos cruzados sobre el pecho y unos ojos inquisitivos.

—¿Conoce al alû Gaétan?

Oliver se quedó helado. Claro que lo conocía, de sobra. Asintió con la cabeza sin desviar la mirada.

—Me ha hablado de mi madre y de Barend. ¿No tiene nada que comentarme al respecto? Le doy una oportunidad. Solo una.

Oliver tragó saliva con aprieto y entonces lo supo: su hijo estaba al tanto de que ella los había abandonado para irse con aquel hijo de ramera.

—F-fue más sencillo que creyerais que la había matado... —adujo—. La vergüenza de que nos abandonara por un vampiro... Fue más de lo que pude soportar. ¿Cómo iba a explicaros algo así? Para mí estaba muerta...

—Entonces es verdad, se largó con Barend.

—Sí —reconoció sin mudar su expresión seria. Sin embargo, el corazón lo estaba avisando de que iba a colapsar. Empezó a sentirse mal.

—¿Y dónde está ahora esa mujer? No me mienta más —siseó con una furia contenida.

—Está muerta.

—¡Padre!

—¡Está muerta, Daniel! ¡Muerta! ¡Murió de cáncer hace años! ¡Murió! —bramó con lágrimas en los ojos.

Un dolor en el brazo izquierdo hizo acto de presencia y Oliver fue incapaz de no llevar la mano allí y doblarse sobre sí mismo.

—¡Padre! —Daniel se puso en pie y cojeó hacia él.

—Llama a una ambulancia... —jadeó Oliver.

—¿Es un ataque al corazón?

—Sí...

—Joder...

Sacó el móvil que le había dado Gaétan y llamó a emergencias. Luego sujetó a su padre y lo ayudó a tumbarse para poder abrirle la casaca.

—Lo siento... E-era una vergüenza para mí... U-una vergüenza...

—Basta, no diga nada e intente respirar. Perdóneme, es por mi culpa... —Daniel se sintió horrible. Sabía muy bien que Oliver podía sufrir otro infarto, pero le pudo la rabia.

—Lo hice por vosotros...

—No diga nada más, respire...

No obstante, Oliver lo miró con lágrimas en los ojos antes de perder el conocimiento.



Barend y Velen

—Aгна, tengo miedo.

La criatura se arrebujó contra las faldas sucias de la mujer. Esta lo abrazó contra ella en un acto de protección, mientras se escuchaban ruidos, tiros, una ametralladora y gritos de soldados alemanes en la parte de arriba del castillo donde estaban escondidos.

Los nazis lo devastaban todo sin clemencia, avanzando por Europa y cometiendo toda clase de torturas y genocidios: judíos, gitanos, simpatizantes de los aliados, alemanes contrarios al *führer*²¹, homosexuales, discapacitados y... alû.

—Todo irá bien, Velen. Estaremos bien.

Pero la mujer no sabía nada, ni lo que sería de ella, ni de su hijo. Si los nazis los encontraban, le harían toda clase de experimentos terribles al niño. A ese niño distinto, a ese alû diferente del resto.

Años llevaban sin ayuda, sin forma de defenderse, escondidos para no ser descubiertos por quienes los odiaban.

Ese niño que tenía contra sí, que había llevado en su vientre durante mucho más tiempo de lo normal, dada su condición y el extraordinario milagro que supuso que aquella gestación se diera, no tenía la culpa de nada.

Ella le puso nombre, el de su pueblo natal. Ella lo alimentó con su sangre, aun cuando estaba casi muerta de inanición y sed. Ella lo consoló, ella lo protegió, ella lo amó cuando otros no lo quisieron. Era su hijo, su pequeño.

Los ruidos cesaron y creyeron que el peligro ya había pasado. Agna le pidió a Velen que se quedara quieto y en silencio, bajo aquella mesa desvencijada, en un polvoriento sótano de un castillo a medio derruir, desposeído de toda riqueza y lujo por las mismas manos que todo lo destruían a su paso. Aquel maldito Hitler era el mismísimo demonio y su

cruz gamada, pervertido su verdadero significado, una especie de escarda que desbrozaba campos, cuerpos y vidas.

Agna caminó entre la suciedad del castillo de Malbork. No era más que ruindad, como las suelas de sus desgastados zapatos.

Escuchó un grito desgarrador de mujer. Debía ser de la pobre señora que cuidaba de sus hijas adolescentes y que también se ocultaba como ellos. Su esposo desaparecido en combate, sus hermanos asesinados, sus padres muertos en un bombardeo y ellas expulsadas de su hogar.

Habían acabado allí, como muchas otras personas, escondiéndose de esos depredadores alemanes. Pero no fue alemán lo que escuchó, sino ruso.

¿El Ejército Rojo?

Lo sintió por ellas, pero no pudo hacer nada, así que volvió a su escondrijo junto a Velen. Durante varias horas tapó los oídos del niño y ambos se arrebujaron bajo unas mantas zarrapastrosas. La noche había caído, los chillidos de las mujeres violadas fueron cesando, hasta morir ahogados al igual que ellas. Los rusos no dejaban títere con cabeza. ¿Salvadores? No, solo unos asesinos más, tan cruentos como los nazis.

Tal vez aquella madrugada había llegado el final para ellos. Miró a Velen, a sus ambarinos ojos, grandes y despiertos. Tenía su boquita seca por la falta de sangre y agua. Le tendió la muñeca, pero él negó con la cabeza.

—Bebe...

Volvió a negarse, así que lo estrechó contra sí. No era más que un crío de cuatro años, doce en términos humanos. Pero su particularidad le hacía crecer más rápido que un alû de su misma edad. Sin embargo, su hijo era muy listo y tenía una enorme capacidad de entendimiento.

—Vienen... —susurró con su voz infantil—. Te protegeré.

—No puedes, eres muy chico.

—Los morderé si te tocan —afirmó con contundencia—. Me beberé su sangre.

De una patada saltó la trampilla del techo y por las descompuestas escaleras bajaron unos hombres que se relamieron de gusto al verlos.

Agna y Velen no comprendieron el ruso, ni falta que les hizo. A ella la

violarían, al niño lo matarían y hasta puede que se lo comieran en un acto de canibalismo.

Cuando uno de los soldados se acercó, Velen le pegó una dentellada tal que casi le cercenó una falange.

Separaron a madre e hijo.

—¡No! ¡No! —negó Velen, pataleando y mordiendo más.

Fue entonces cuando otro hombre, un alû adulto, apareció en aquel lugar con la cabeza amputada de un ruso colgando de su mano. Se la tiró al resto de soldados, que recularon en tropel hacia la pared del fondo a pesar de las armas que tenían.

—¡Barend! —gritó Agna, incrédula.

Este la ignoró y fue a por Velen, el cual arrancó de los brazos del ruso que lo tenía preso y lo miraba con los ojos desorbitados, como si no pudiera creer lo que tenía ante sí.

El niño se quedó perplejo al ver el tamaño descomunal de aquellos colmillos manchados de sangre.

Barend lo llevó con la mujer y se volvió de nuevo hacia unos acongojados soldados.

—Así que cobardes del Ejército Rojo —dijo el alû—. Esta noche me alimentaré en condiciones... Y vengaré a las pobres mujeres a las que habéis violado y asesinado allí arriba —sentenció con una voz gutural.

—*Bamnup!* ²²—gritó uno de ellos, señalándolo con una ametralladora ligera a punto de usarla.

—¡Exactamente eso es lo que soy! —bramó el alû sin dejarlos reaccionar a tiempo.

Tras eso se cernió la muerte sobre ellos, sin piedad. Barend no solo les arrebató las armas con rapidez, sino que también bebió de sus cuerpos y les sacó las entrañas a los que aún estaban vivos y agonizando.

Durante ese tiempo, Agna escapó de allí. Salió corriendo con Velen en brazos todo lo lejos que fue capaz, metiéndose a oscuras en las heladas aguas del río Nogat, dejando atrás el castillo y a los muertos.

Sin embargo, su huida no duró mucho porque Barend los alcanzó.

—¡Agna!

Barend la sacó del agua junto con el niño. Parecía la parca, pero no una

de manto negro, sino rojo. Su pelo blanco manchado de sangre, sus manos pálidas embadurnadas de restos humanos.

—¡No te lo lleves, por favor! ¡No me lo quites!

—No voy a quitarte nada, maldita desagradecida. ¡De no ser por mí estaríais muertos desde hace mucho! ¡Os he estado vigilando!

La llevó en volandas hasta la orilla, igual que al niño.

Este estaba hipotérmico, así que Barend lo arrojó con su abrigo manchado de sangre.

—La guerra ha terminado. Se acabó —dijo él.

—¿Qué?

—Los nazis han sido vencidos por las fuerzas aliadas. Seis años, pero ya está. Podremos volver a casa...

—¡Nosotros no podemos volver! ¡No tenemos hogar, ni patria!

Barend asintió porque lo sabía muy bien.

—Os ayudaré. Pero necesito que no os vayáis muy lejos de esta zona.

Acarició el pelo oscuro de Velen.

—¿Dónde está Mina? —indagó ella, ansiosa.

El rostro de Barend se contrajo de dolor, no se pudo mantener estoico. De no ser por la sangre que cubría aquella piel de porcelana, Agna habría jurado que Barend lloraba.

—Supongo que murió en Ohrdruf, el campo donde metieron a los nuestros...

Agna sintió que algo se rompía en su interior, que su corazón se hacía añicos. Su Mina, su amiga...

—No... —sollozó.

—¿Sabes lo que dicen? Eisenhower se descompuso al presenciar con sus propios ojos los crímenes nazis. Incluso el Burgermeister²³ de la ciudad y su mujer se suicidaron tras ver lo que habían hecho allí... —Se echó a reír de forma desquiciada. Eso despertó a Velen, que no fue consciente de qué pasaba, ni dónde estaba—. Vamos. Os llevaré a otro sitio.

—¿Por qué?

—Simplemente hazme caso si queréis sobrevivir los dos. El Ejército Rojo se está moviendo y ya sabes lo peligrosos que son esos cabrones.

Agna se dejó conducir hasta un bosque cercano, donde Barend tenía un

vehículo viejo y destartado. Los tres se subieron y al menos así Velen volvió a entrar en calor.

Antes de que saliera el sol llegaron a Danzig. El Ejército Rojo había destrozado lo poco que quedaba de la ciudad y expulsado a la mayoría de los habitantes alemanes.

—Aunque es un lugar peligroso, prácticamente ya se han ido todos esos soviéticos —explicó el alû—. Tengo contactos con los aliados británicos. Vendrán a por vosotros, pero aún no sé cuándo...

Llegaron a una casa baja situada frente a la costa del Báltico. El alû le entregó una llave vieja y le señaló la puerta con la cabeza.

Agna se apeó con su hijo entre los brazos cuando el sol comenzó a salir. Velen no se inmutó, dormido como estaba, pero Barend se resguardó en el coche al no soportar tanta luminosidad, pese a que apenas había comenzado a despuntar el día.

—¿Por qué nos ayudas? Hemos estado solos muchos años... —Agna quiso saber.

—Porque es un Rothschild.

—No quiero que sepa la verdad. Prefiero que viva libre de esa carga, aunque sea distinto del resto...

—Agna, solo cuídalo. Te prometo que no me inmiscuiré en su vida mientras vivas.

Barend puso en marcha el coche y se fue, probablemente no muy lejos, para guarecerse de la luz del sol.

Agna abrió la puerta de la vieja casa y entró. Cerró tras ella y llevó al niño hasta una pequeña habitación con chimenea y una cama cochambrosa. Introdujo a su hijo bajo las mantas raídas, encendió un fuego con lo que Barend le había dejado y rebuscó por la casucha. Dentro de una cesta dio con pan, queso y vino. Se nutrió tanto como su estómago empequeñecido se lo permitió y después dio de beber a Velen un poco de agua. Este buscó de forma instintiva su muñeca y lo dejó alimentarse de ella. Agna aguantó estoica, como siempre.

Velen recuperó el color y abrió un poco los ojos.

—Aunque no seas mi mamá de verdad, te quiero mucho... —musitó.

—Y yo a ti, mi pequeño... —Le acarició el pelo—. Y yo a ti...

—Estaremos siempre juntos...

Ella sonrió y lo miró hasta que volvió a quedarse dormido.

Lo miró cada mañana y cada noche de su vida.

Lo miró incluso sin reconocerlo.

Lo miró antes de morir.



Los Rothschild

Jacob, armado de una paciencia infinita en aquel lado de la puerta, escuchó revuelo en la planta de abajo. El hermano David, asistente de Oliver, pasó como un rayo por delante de él, ya en pijama y con un desfibrilador en la mano.

—¿Qué pasa?!

—Vamos, a Oliver le ha dado un paro cardíaco. ¡La ambulancia está de camino!

—¡No me puedo mover de aquí! —El joven miró hacia la puerta y luego a David, que desapareció escaleras abajo—. ¡Joder!

—¡Déjame salir! —exigió Velen al otro lado.

—¡Ni lo sueñes, vampiro!

—Joder, eres tonto. ¡Puedo ayudar! —Velen desencajó el pomo de la puerta y el del lado exterior cayó sobre el suelo, rebotando. Al salir se encontró a Jacob apuntándolo con un revólver.

Velen se lo quitó rápido y le hizo una llave de judo que no vio venir. Jacob terminó en el suelo siendo apuntado con su propia arma, estupefacto. Pero no fue tan sencillo para el alû, que se vio rodeado de varios masones.

—A ver, haya paz. —Depositó el revólver en el suelo—. Solo quiero ayudar a Oliver. ¿De acuerdo? Jacob, no hay tiempo que perder. Si Daniel confía en mí, siendo un cazavampiros, es porque sabe que no soy peligroso... —Probó suerte y levantó sendas manos.

Jacob se puso en pie, herido en su orgullo, pero lo agarró del brazo y lo llevó abajo, seguido de un tropel de masones armados hasta los dientes. Puras avispas deseando matar a la abejita inocente.

Se abrieron paso entre todos, que se apartaron asombrados. Que hubiera un alû allí dentro no era lo habitual.

—¡Dejad pasar! —exclamó Jacob.

En la sala se encontraron a Daniel y David intentando hacer reaccionar a Oliver con el desfibrilador de emergencia.

—¡Quitaos! —gritó Velen.

Daniel detuvo a David, que también se quedó perplejo al ver a Velen. Pero lo conocía y era consciente de que no iba a hacer nada malo.

—Oliver no bebería sangre mía ni muerto, pero como no se va a enterar... —Acto seguido el alû se mordió la muñeca y le abrió la boca a Oliver, que estaba blanco como el papel y no respiraba. Dejó que su savia manara hacia el interior de la garganta. Después le apartó bien la ropa para dejar el pecho al aire, cogió el desfibrilador, que ya tenía los electrodos preparados y le dio una descarga tras aplicar el gel.

El cuerpo del hombre se levantó del suelo y volvió a caer.

—Vamos, cabrón... Que aún tienes que intentar matarme una última vez... —susurró Velen

en un tono serio.

Esperó el tiempo estipulado y volvió a darle otra descarga. Entonces fue cuando Oliver reaccionó y abrió los ojos. Velen apoyó la cabeza en su pecho peludo y escuchó el corazón latir de nuevo.

Daniel se puso a sollozar de alivio y se agarró a la ropa de su padre. Se había sentido muy culpable por lo sucedido. El arrepentimiento apartó al rencor.

Oliver posó una mano sobre el cabello de su hijo, para consolarlo. Luego miró a Velen y su expresión de suficiencia que tanto detestaba. Paladeó y supo que ese desgraciado le había dado su sangre para reactivar su organismo y que fuera más propicio a la hora de traerlo de vuelta a aquel mundo. No se lo agradecería, pero tampoco le diría nada al respecto ni se lo echaría en cara.

—Gracias, Velen... —susurró Daniel, mirándolo.

—Ya sabes, se me da todo bien. Hasta salvar vidas de tipos que me apuñalarían con estacas sin dudar ni un segundo.

En ese momento entró el equipo médico de urgencias y la policía. Esta última pidió a Velen que se pusiera en pie y él lo hizo sin rechistar.

—La comisionada Dickens viene de camino, señor Velen. Así que no nos haga quedar mal. — El agente casi se lo rogó.

—No me volveré a escapar, lo prometo. Además, soy una abejita inocente en un avispero... — susurró—. Necesito protección policial. Siento que no soy bienvenido... Como si un montón de gente me quisiera matar...

Los cuatro agentes suspiraron y le pidieron que los acompañase fuera de la sala.

Velen miró a Daniel de reojo y sonrió. Este estaba atento a su padre y a los sanitarios, así que no se dio cuenta.

Jacob acompañó a la pequeña comitiva hasta que la comisionada hizo acto de presencia, custodiada por su inseparable White. No podían ser más dispares, pero ambos intimidaban por igual.

Temperance se acercó a Velen, se aupó y le dio un sonoro bofetón que le cruzó la cara. El alú se mantuvo callado y bajó la vista.

—¡No te detengo porque te necesito! ¡Pero ya está bien de tomarme por el pito del sereno, embaucar a abuelitas y desaparecer tal y como están las cosas! —La sarta de improperios que siguió fue tal, que nadie se atrevió a chistar, mucho menos el propio abroncado—. ¡Me importa una mierda que vayas por libre! Hay vidas en juego, la de Indira ni más ni menos.

—Sí, señora.

—¿Cómo está Oliver Lennox? —preguntó a sus agentes.

—Se lo han llevado en ambulancia al hospital.

—¿Y su hijo está con él?

—Así es. —El policía temió una reprimenda, pero Temperance entendió la gravedad de la situación y no dijo nada más—. Bien, ya nos encargamos nosotros. Volved fuera.

Tras eso, White le hizo un gesto a Velen para que se pusiera en marcha, pero David los detuvo.

—Un momento. El alú se queda aquí, está en tierra masónica.

—Esto no es una embajada, señor Gunn. Es una propiedad privada.

—Y ha entrado sin una orden judicial. ¿Verdad? Tampoco tiene razones para detener a Velen, por eso no lo ha hecho.

Ella lo miró con inquina y se le encaró.

—¿Está al tanto de lo que pasa, señor Gunn? ¿Entiende la suma importancia de tener a este hombre bajo control?

—Claro que sí, y aquí se va a quedar. Le ha salvado la vida a nuestro Gran Maestro, por lo que es bienvenido. Y no me importa que ustedes se queden también, hablen lo que gusten. Pero Velen no se va de la logia.

El alû, en medio de aquel tira y afloja, tuvo que reprimir la risa. Miró a Jacob de reojo y le guiñó un ojo, lo que hizo que el joven se sonrojara.

—Me adoran —bromeó en un susurro.

Cuando el asunto estuvo zanjado, Gunn mandó a todo el mundo a sus estancias personales. Aquella logia se utilizaba no solo como fuente del saber, sino también para que los futuros masones aprendieran a luchar contra los vampiros, así que en realidad la mayoría estaban en proceso de adiestramiento.

—Quiero hablar con Velen ahora —exigió entonces la mujer.

—De acuerdo, pero ¿podría ser en la biblioteca? —insistió el alû.

—Hermano Jacob, encárgate tú. Yo tengo mucho que hacer... —suspiró David.

El joven asintió con la cabeza y pidió a todos que le siguieran, excepto a Velen. A este lo arrastró del brazo de forma abrupta hasta que llegaron a una sala abovedada con las constelaciones pintadas en el techo. La cantidad de libros que había allí maravilló al alû. Fue para él como adentrarse en una tienda de golosinas.

Se sentaron los cuatro alrededor de una mesa de madera bruñida y antigua, gastada por el paso del tiempo.

—¿Qué has averiguado? —Temperance fue al grano.

—Que hay dos facciones en este caso. Por un lado el asesino, que utiliza a un sicario para cometer los crímenes, y por el otro una elaborada trama política y farmacéutica para quitarse de en medio a los que entorpecían sus operaciones... Y supongo, porque aún no tengo pruebas, que el primero ayuda a los segundos por razones que escapan a mi entendimiento.

Ella se quedó mirando a Velen con mucha fijeza, apenas pestañeó. Luego suspiró.

—Hemos seguido una pista sobre Indira. —Los ojos de Velen centellearon al escucharla—. Efectivamente se la llevó su marido. Y efectivamente... Ese hombre no se llama Kyle. Es Barend Rothschild, miembro de la realeza alû.

—Eso también lo sé. ¡Pero no dónde la tiene! —le urgió.

—Me temo que ya no están en el país. Un vuelo privado ha salido esta noche desde Heathrow en dirección a Narita. Y desde que blindaron Japón para evitar que entraran los alû, es muy complicado conseguir que la embajada dé visados. Así son los japoneses con la burocracia...

—¿Cómo lo sabéis con tanta certeza?

La comisionada suspiró con fuerza.

—Nos avisó el embajador de Japón. Le llamó el mismísimo presidente de la YPC para que permitiera la salida de ese vuelo... También lo hizo nuestro nuevo primer ministro, y de muy malas maneras. Así que pidió ayuda a nuestro alcalde porque tenía miedo de que mataran a su familia. Por eso, Velen, ¡no me lo pongas más complicado! —estalló de puro estrés.

—Lo siento, pero solo la policía tenía la ubicación del piso franco y es lógico que no nos fiáramos. Además, no nos dejabais salir y me daba la sensación de que se entorpecía la investigación.

—Nadie del departamento es un topo. Y solo era para protegeros.

El alû la miró en silencio, conforme, y sacó de un bolsillo la libreta donde tenía apuntado todo. Rasgó una de las hojas y se la tendió. Ella la tomó y leyó, abriendo mucho los ojos.

—Vaya... —fue lo único que dijo. Luego se la enseñó a White, que le echó un vistazo sin mudar su adusta expresión.

—Lo único que quiero es recuperar a Indira —explicó Velen—. Esa parte de la historia, ese trozo de papel, no lo quiero ni me importa. Os paso la patata caliente y os deseo suerte. A cambio de toda esa valiosa información, exijo hablar con el embajador y también exijo ir a Japón a por mi amiga.

—Eso no es tan sencillo. ¡No puedes entrar en el país!

—¡Me importa una mierda! —dijo de forma soez—. Me haré pasar por humano y punto.

—¿En serio eres tan imbécil? ¿Se te ha ido la cabeza?

—Temperance, lo digo de verdad. Así que permítame reunirme con ese hombre. No me faltan medios, ni dinero. Pero sí me falta alguien a quien quiero de corazón.

—¿Y cómo pretendes hacerte pasar por humano?

—Tengo mis métodos.

Velen tocó el blíster con la pastilla que le dejó Eres y que estaba en su bolsillo. De hecho, como aún no se comercializaban, tendría que comprarle muchas más y estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta.

—Qué Dios nos asista a todos... —Dickens se llevó la mano a la arrugada frente—. Está bien, veré lo que puedo hacer.

Se puso en pie y White la imitó, metiéndose en la gabardina las anotaciones del alû.

—Temperance, White. —Velen los detuvo—. Tengan cuidado, esto viene de muy arriba... De la YPC...

La mujer asintió y después se fue junto a su fiel compañero de andanzas.

Jacob, callado todo el tiempo y consciente de cuál era su lugar en aquella conversación, estaba estupefacto.

—Ya has escuchado en qué lío andamos metidos Daniel y yo, y que por eso saltamos por encima de muros en plena noche. Solo queremos detener a un asesino despiadado y salvar a alguien a quien amamos.

—A esa mujer, la tal Indira.

—Sí.

—¿La amas?

—Soy gay, Jacob. —Velen se echó a reír—. La amo, pero de otra manera.

—Umm... —Frunció el ceño.

Como Velen vio venir una pregunta mucho más comprometida, se adelantó.

—¿Puedo revisar los libros? ¿Hay ejemplares sobre la realeza alû?

—Sígueme.

Jacob se puso en pie y lo condujo a otra salita más pequeña, con volúmenes muy antiguos, de tapas encueradas y lomos desgastados.

—Aquí guardamos las dinastías vamp... alû —corrigió—. Algunos son copias porque los originales están en la Gran Logia.

En el centro había un atril donde colocar los volúmenes abiertos. Velen depositó uno que databa de 1950 e iba desde el S. XV hasta el S. XX. La autora había sido una historiadora alû ya fallecida por vejez, así que fue como dar con un tesoro.

—¡Poder acceder a esto me entusiasma! —Velen sonrió de oreja a oreja—. Vamos a buscar a

ese cabronazo de Barend...

—Eres un tipo muy raro.

—Gracias por el cumplido.

Velen fue pasando las páginas hasta llegar a los árboles genealógicos que de veras le interesaron: los de la dinastía Rothschild.

El blasón heráldico tenía la forma de un escudo francés antiguo, de color rojo sangre —lógico ya que eso significaba Rothschild— y con una estrella dorada de ocho puntas en el centro, con tres círculos concéntricos en su interior. Ese símbolo era el de la diosa mesopotámica Ishtar. Los alû jamás abandonaban su cultura primordial, siempre la incluían en la medida de lo posible.



Velen pasó un par de páginas hasta que dio con la rama familiar que le interesaba. Leyó la ascendencia de Barend, que databa ya desde el Sacro Imperio Romano Germánico.

Lothar y su esposa Emma seguían vivos en 2024, por lo que la corona continuaba en su poder. Barend, por tanto, era el sucesor. El único que había...

—Vaya... —Al leer que había tenido una esposa y una hija asesinadas en uno de los peores campos de concentración de la historia, no pudo evitar que se le revolvieran las tripas. Solo había sido un bebé al que no le habían salido los dientes, mucho menos los colmillos—. Jacob...

Este se acercó y miró el nombre de la bebé.

—Valeria... P-pobre criatura... —tuvo que admitir—. Ohrdruf... Sí, el campo de concentración de los vuestros. —No lo dijo con inquina, fue respetuoso al respecto, aunque no conocía muy bien la historia de ese lugar. Solían evitar involucrarse con los vampiros para no sentir empatía.

—En ese infierno nos hicieron de todo: matarnos de inanición, exponernos al sol, probar cuánto dolor soportaban nuestros cuerpos de todas las formas que se te ocurran, extraernos la sangre, bebérsela, comernos... ¿Sigo? —preguntó al ver la cara de asco que puso Jacob—. Y

otro dato interesante...

—¿Es necesario?

—Lo es. Al menos para entender todo esto mejor. —El joven asintió—. Uno de los científicos que ayudó a los nazis en sus experimentos fue el abuelo de Kosei Yoshida, Kentaro. Este fue el fundador de la YPC. Al volver a Japón, y gracias a que recopiló tantos datos sobre los alû, se ganó la amnistía prometiendo toda esa información a los aliados. Con el tiempo, nosotros hemos terminado por consumir sus productos. Productos que emulan sangre, o que inhiben nuestros instintos más primarios. Y todo eso gracias a la muerte de medio millón de alû, aproximadamente.

—Joder...

—Lo tenéis aquí todo, en esta biblioteca. Al alcance de vuestra mano. ¿Por qué no lo sabéis? ¿Por qué lo queréis ignorar?

—No me lîes...

—Tienes razón, no es culpa tuya...

Velen suspiró y se llevó el volumen consigo de vuelta a la habitación de Daniel acompañado de Jacob, que decidió quedarse con él en el interior ya que la puerta estaba rota.

Velen estuvo apuntando más cosas en su libreta, durante horas y horas. De hecho, el joven cazavampiros acabó sobre la cama de Daniel dormido como un bendito.



Cuando Daniel llegó al despuntar el día y se los encontró allí, los miró extrañado. Velen estaba tan enfrascado en sus pensamientos que ni se percató de su presencia, no hasta que Daniel corrió las cortinas para que no entrara la luz. Jacob continuó roncando.

Velen levantó la cabeza y miró al chico como si fuera una aparición.

—Estabilizaron a mi padre, pero lo han dejado en la unidad de cuidados intensivos.

—Lo siento mucho.

—¿Qué ha pasado? Vi a la comisionada y a White.

—Bueno, me han dado vía libre para hacer lo que considere con respecto a Indira... Así que...

—¿Y todas estas anotaciones?

—Creo que ya sé qué quiere Barend. O al menos en parte...

Daniel lo miró esperando una respuesta.

Velen le enseñó todas las notas y el libro. El chico se sentó a su lado y leyó largo rato las teorías y datos.

—Entonces... Ha usado a todo el mundo a su antojo, ha sembrado el caos, ha mandado asesinar a gente y se ha ido a Japón con Indira. Mira, yo no lo entiendo, no tengo tu mente portentosa.

—La única forma que tiene de conseguir lo que quiere es manipulando a unos y a otros. Para que la YPC campara a sus anchas del todo, pactó con otros las formas de despejar el camino. Muertos unos, por resistencia o venganza, los interesados ocuparon su lugar. Los alû deberían poder manejar ellos mismos los recursos de la YPC, así que como miembro de la realeza y futuro monarca, creo que es lo que quiere hacer: tener el control absoluto. Y después de saber que tuvo una hija recién nacida asesinada en Ohrdruf, no me extraña que le mueva el odio y la venganza porque es en ese campo de concentración donde se gestó la YPC. Cuando él muera, la dinastía lo hará también si no consigue procrear...

—Pero con Indira no puede... —susurró Daniel—. Con mi madre tampoco podía. ¿Por qué se lleva a mujeres humanas?

—No lo sé, de verdad que es lo único que no sé.

Se quedaron un rato callados.

—Velen, yo... —Daniel intentó armarse de valor para sincerarse y decirle que lo necesitaba a su lado a pesar de todo.

—Ey, niño... —El alú alargó la mano y le tocó la barbilla—. Me voy a Japón a por Indira y no sé si conseguiré sobrevivir. Así que... Sé feliz y encuentra a alguien aquí. Ese tontaina de la cama, por ejemplo. Me di cuenta anoche de cómo te miraba...

Daniel se quedó helado. ¿Velen estaba cortando con él?

—Vale... —no fue capaz de decir nada más. Lo aceptó al entender sus razones. Tragó saliva y se guardó las lágrimas.

—¿Me perdonas? Solo intento ser coherente.

—Ten cuidado en Japón.

Daniel se puso en pie y cojeó hasta el baño.

Velen se quedó allí, cerró el libro y escuchó el agua de la ducha correr junto a las lágrimas de Daniel.



Peón fuera del tablero

Tras la noche sin dormir, y lo que llevaba de día en pie, Daniel dejó a Velen en una habitación tranquila donde pudiese descansar y volvió al hospital para estar un rato con su padre.

Jacob le pidió disculpas por quedarse dormido con un vampiro al lado. Aun así, Daniel le insistió en que lo vigilara para que no le pasase nada pues era dado a meterse en líos o a hacer lo que le diera la gana sin pedir permiso.

En cuanto a que Velen había cortado la relación sentimental con él era algo que todavía estaba digiriendo. Entendió sus razones: Indira era más importante que cualquier otra cosa, viajar a Japón resultaría algo peligroso, se iba a jugar la vida... Y no quería que a él le pasara nada ya que tenía que cuidar a su padre. Pero le quería, ¿qué podía hacer al respecto?

Nunca había sido enamoradizo, era la primera vez que le pasaba. Le dio igual que fuera un alû, él solo veía a la persona. Ojalá hubiesen tenido tiempo de conocerse mejor, porque hubiera deseado saber todo de él. Hacerle la puñetera entrevista al vampiro.

Con aire desconsolado se adentró en la habitación en la que Oliver estaba descansando pues ya lo habían subido a planta. Se lo encontró mirando las noticias en la tele de pago que colgaba en la aséptica pared que tenía delante.

—Padre...

—Hijo... ¿No has dormido? —Advirtió al ver las ojeras en el rostro del chico—. Tienes que descansar.

—Ahora mismo no están las cosas como para eso. Padre, me han dicho en enfermería que ya está mejor...

—Sí, me mantengo estable.

—Siento mucho haberle producido un infarto... —se lamentó tras sentarse a su lado en una silla.

—No fuiste tú, fueron mis prolongadas mentiras. ¿Has hablado con Amélie?

—No —contestó de forma parca.

—Es mejor que lo haga yo cuando esté preparado. Ahora mismo solo conseguiríamos preocuparla y que viajara desde Francia. Es preferible que no pise este país... La cosa se está poniendo fea.

Daniel miró las noticias. El aparato tenía quitado el sonido, pero las imágenes valían más que las palabras. En Londres se había montado una buena entre el cambio de gobierno, de representantes en las dos cámaras y el desastre del atentado. Los humanos echaban la culpa a los alû y viceversa, así que las trifulcas no cesaban durante la noche y las manifestaciones durante el día.

Barend había liado la maraña hasta niveles insospechados.

—Sé que no es el momento, pero necesito saber qué sucedió hace años.

Oliver suspiró y miró a su hijo.

—Durante el concilio del 2000, en la sede principal de las Naciones Unidas, tu madre y yo fuimos para proteger a la reina y al primer ministro.

—Fue cuando se aplicaron las normativas de convivencia entre los alû y nosotros. ¿Verdad?

—Así es. Barend Rothschild acompañó a la monarca alû, Emma de Hedwig. Así fue el primer encuentro entre tu madre y él... —Oliver se quedó callado unos segundos—. No me habría imaginado jamás que se enamoraría hasta el punto de abandonar a sus propios hijos. Porque a mí... En fin, lo entendí con los años... Pero lo que nunca le perdoné fue que os dejara atrás a Amélie y a ti.

—¿Por qué alimentó la mentira de que él la asesinó?

Al duro Oliver se le enrojecieron los ojos y miró a Daniel.

—Vergüenza y odio. Al final tú has sido el recipiente en el que he volcado toda mi hostilidad, mi rencor y mi deseo de venganza.

Debía ser bastante difícil para Oliver confesar sus sentimientos teniendo en cuenta el tipo de hombre que era.

—Que mi madre está muerta, ¿es verdad?

—Ese desgraciado tuvo la deferencia de mandarme una carta para avisarme de que había fallecido en 2005. —Oliver sonrió con lástima—. Cáncer de útero y de ovarios. O tal vez la mató, no lo sé...

Daniel tragó saliva, angustiado.

—Mire, padre, si le soy sincero no siento la pérdida de mi madre como tal, porque no tengo recuerdos reales. Es cierto que usted ha alimentado el odio en mí hacia los alû. Y me he dado cuenta de que no todos son malos... Velen no lo es en absoluto.

Oliver tragó saliva al ver la expresión de su hijo y el suspiro que le siguió. Sabía muy bien que a Daniel le gustaban los hombres. Pero también sabía que Velen era gay, y por eso siempre tuvo miedo de que la historia se repitiera; Daniel yéndose con un vampiro, como hizo su esposa.

—¿Tienes algo que decirme sobre él?

El chico pegó un respingo en su silla y se retorció las manos.

—N-no... —Lo que menos quería era producirle otro ataque al corazón.

—Lo conozco desde hace mucho. Una vez tuvimos una trifulca y David y yo, que éramos compañeros de patrulla por aquel entonces, nos peleamos con él. Es duro de pelar y jodidamente inteligente.

—¿Y qué hizo para que fuerais a por él? —preguntó con mucha curiosidad.

—Fue en 1993... Y no hizo nada, solo pasearse por el Soho de Londres. Estábamos patrullando y lo vimos con una señora mayor. Pensábamos que la estaba atacando. Encima ella andaba desorientada.

—¿Era su madre adoptiva?

—Sí... —admitió Oliver—. Fue un error por nuestra parte... Y él, como es lógico, se defendió y nos dejó patidifusos al comprobar que ni la plata ni el cobre le hacían daño. Para colmo el muy cabrón practica artes marciales. Lógico habiéndose criado con los chinos. En definitiva: salimos malparados y después nos llegó una amonestación de la Gran Logia... —Fruunció el ceño—. Velen no se puede tocar. No me preguntes por qué, solo que no se puede tocar.

—Pues ayer vi volar puñales...

—Sabía que no le daría... —se defendió—. No me gustó que te tocara de esa forma tan íntima.

—Soy mayorcito...

—Y él es un encantador de serpientes muy atractivo.

—¡Padre! —Daniel enrojeció de pies a cabeza.

—Me da miedo que me dejes por un alû, como hizo tu madre...

El joven se quedó perplejo. Jamás en toda su vida había visto a su padre tan abierto a la hora de hablar de las cosas importantes.

—No le voy a dar de lado mientras respete mis decisiones y no me mienta más. Yo no tengo porqué vivir tan amargado... —Se quedó en silencio al darse cuenta de lo que había dicho.

—Es verdad, hijo: estoy amargado. La mujer que amaba me dejó por otro, da igual por quien. Intenté ser un buen padre para vosotros, pero volqué mi amargura en vuestra educación. Tu hermana fue más lista, pero a ti te até en corto, te inculqué mal los valores.

—Padre —lo cortó—, soy autosuficiente y tengo mi propia forma de pensar. Es cierto que estar a su lado, seguir sus pasos en la logia como cazavampiros, me ha dejado muy marcado. Pero estos días he visto la vida desde otro lado del prisma. Hay personas malas y buenas en ambos bandos.

—Yo no he sabido enseñártelo.

—Le voy a decir algo, pero no quiero que le dé otro ataque al corazón.

Daniel miró a su padre y este frunció el ceño, aunque asintió.

—Adelante.

Daniel le miró y tragó saliva. Luego sonrió. A cabezón no le ganaba nadie, ni siquiera Velen.

—Me voy a Japón a por mi amiga Indira.

—¿Qué? ¿A Japón? No entiendo nada.

Y entonces Daniel le explicó todo a su padre, sin dejarse ni un solo detalle del entramado. Desde las extrañas muertes hasta las conexiones con gente del gobierno o de la opinión pública.

—Barend está loco. —Agarró a su hijo de la casaca—. Yo no pude salvar a tu madre de él, pero si puedes ayudar a tu amiga, hazlo sin dudar.

—Tranquilo, que le va a dar otro ataque si se altera de esta forma.

—¿Irás Velen también? —Intentó sosegarlo y se volvió a recostar.

—Por supuesto que sí. Aunque no sé cómo quiere hacerlo teniendo en cuenta que allí los alû tienen vetada la entrada.

—Es muy inteligente, algo tendrá pensado...

Oliver miró a su hijo, que le sonrió.

—Padre, me he de ir. Va a hacerse de noche y Velen es capaz de escabullirse sin mí, así que tengo que espabilar. —Daniel se puso en pie y le dio un beso en la frente a su progenitor, un signo de afecto que jamás antes había mostrado hacia él.

Oliver supo que estaba perdonado por sus mentiras y se quedó un poco más tranquilo.

—Tened cuidado, por favor.

El chico asintió y se fue por donde había venido.

Oliver se quedó mirando la televisión un rato y luego la apagó. Se llevó la mano al corazón y lo sintió bombear de forma tranquila.



Velen se despertó al ponerse el astro rey y se encontró a Jacob sentado en una silla a su lado, mirándolo con detenimiento.

—¿Tan guapo soy durmiendo? —El alû se irguió quedándose apoyado en el cabecero.

—Solo cumplo los deseos de Daniel.

—Ya te gustaría a ti... —musitó mientras salía del lecho y se enfundaba en el pantalón limpio que le habían dejado.

Jacob no respondió a ese comentario.

—Ahí tienes una camisa y un jersey. —Señaló la ropa.

—Te gusta Daniel, ¿cierto?

—A ti qué te importa.

—Pues sí me importa. Quiero que sea feliz y que encuentre una persona que esté a su lado. Así que deberías sincerarte y decírselo.

—Ya lo sabe, no es idiota. Si no ha pasado nada entre nosotros es porque él no siente lo mismo por mí.

—Todo puede cambiar, Jacob... En un segundo. —Velen suspiró tras colocarse las prendas y atarse las botas—. Puede que no ahora, pero sí en el futuro. Es un chico muy dulce, pese a esa cara de gruñón que tiene.

«Y me rompe el corazón no estar con él», pensó con tristeza.

El susodicho entró en la estancia sin llamar, cojeando por la torcedura. Miró primero a Velen y luego a su compañero.

—Mi padre se encuentra bastante mejor. Estará unos días en observación y volverá a daros por saco a todos.

—¡Me alegro! —afirmó Jacob.

—¿A dónde vas? —Daniel dirigió su afilada mirada hacia el alû.

—Pues primero necesito que me des el móvil para hablar con Gaétan. Luego vendrá White a por mí y me llevará a hablar con el alcalde y el embajador.

Daniel sacó del bolsillo el *smartphone* y se lo tendió, no sin reticencias.

Velen, al ver que aquellos dos no le iban a proporcionar intimidad, llamó de todos modos a su ex. Este no tardó en responder.

—¿Estáis bien? —preguntó el francés.

—Sí, hemos llegado a la logia sin mayor problema. La policía lo sabe y las cosas se han complicado mucho. No tengo tiempo de explicártelo, pero necesito otro favor.

—Pide por esa boquita tuya, *mon chéri*.

—Necesito un avión privado para ir a Japón. ¡Lo necesito para esta madrugada!

Al otro lado hubo un significativo silencio.

—¿Te crees que soy Dios o algo así? Sé que lo parezco, pero...

—Gaétan, te lo estoy diciendo en serio. ¡La vida de mi amiga Indira depende de ello! —chilló—. Barend se la ha llevado allí y no tengo la menor idea de para qué. ¡Por primera vez no sé para qué! —gritó agobiado.

—Veré lo que puedo conseguir en tan poco tiempo. Conservad el teléfono y os llamaré lo antes posible.

—G-gracias... —la angustia en la voz de Velen fue evidente.

Al terminar la llamada, el alû miró a los dos cazavampiros. Daniel no mudó la expresión, pero Jacob se quedó aturdido ante aquel ataque de rabia.

Daniel tocó el brazo del alû y lo frotó en un acto de consuelo, deseando estrechar a aquel hombre contra su cuerpo. Pero ya no podía hacerlo, y mucho menos delante de su amigo.

—Vamos, necesitas comer algo. Tenemos pescado crudo y he comprado unas botellas de la asquerosidad esa que bebéis. Tienes mala cara...

—¿Yo mala cara? —Velen sonrió. El mero hecho de que Daniel lo tocara conseguía que su

cerebro dejara de bullir—. No soy más atractivo porque rompería todos los récords.

—Lo que hay que soportar —gruñó Daniel, no sin sonreír de lado.

Velen le hubiera comido la boca a besos, sobre todo la zona de la cicatriz. Luego se recordó que, por el bien del chico, no podía ser. Probablemente no volvería a verlo después de esa noche.

Los tres bajaron al comedor, ante la mirada inquisitiva del resto de masones o aprendices.

El alû comió lo que se le ofreció, inclusive los cacahuetes, y se bebió la sangre artificial. Se quedó mirando la etiqueta, en particular el logotipo de la YPC.

—El abuelo del presidente de esta empresa perpetró verdaderas atrocidades... Y supongo que sigue pasando en los países donde menos derechos humanos hay. Y todo para que yo pueda beberme este mejunje repulsivo, o tomarme las pastillas inhibidoras... —filosofó—. Me siento un hipócrita.

—No te echas la culpa —lo consoló Daniel.

—Ahora quieren dar pasos más allá, superar los límites de la ética. ¿Pastillas para que los alû sean más humanos? ¿Productos cosméticos para que los humanos envejezcan más despacio? ¿Gente que se lima los colmillos y gente que se los implanta? No tienen ni idea de lo que es ser como yo, ni una cosa ni la otra... Un engendro de la naturaleza, una broma del destino.

—Velen, basta de dramatismos. Basta de atormentarte por algo que no depende de ti. —Daniel se subió por las paredes. Quería de veras rodearlo por el cuello, besarlo y decirle que él era especial y único en todos los sentidos.

—Lo lamento, es que estoy nervioso por lo que va a pasar. Estaba acostumbrado a hacerlo todo solo, hasta que Indira y tú llegasteis a mi anodina vida... —confesó—. Sinvergüenzas.

Jacob observó a Daniel y su forma de tocar a Velen. Lo sabía, entre ellos había algo. Le dolió, le chocó y le ofuscó. Sin embargo, quería a Daniel y lo ayudaría en lo que fuese.

En aquellos instantes, White apareció en el comedor acompañado de David, así que Velen supo que era el momento de despedirse de Daniel. Se puso en pie y fue hacia ellos.

—Velen, nos vamos.

El alû se giró hacia Daniel y sonrió.

—No sé si volveré, pero conseguiré que Indira sí lo haga.

Daniel, sin dejar de observar a Velen a los ojos, con esa mirada cerúlea suya, sonrió a su vez.

—Hermano David, ¿Jacob y yo podemos hacer de escoltas?

—No veo porqué no. Adelante, preparaos y partid cuanto antes.

Velen no chistó. Si podía estar con el chico un poco más, no iba a ser él quien se opusiera.



Y así fue como el coche de incógnito de White, con Velen de copiloto, se dirigió hacia Thames House, sede del MI5, seguido por Jacob y Daniel en otro vehículo. Iban armados hasta los dientes.

Durante el camino, White no habló con Velen y este se quedó pensando en cómo hacer para ir a ver a Eres y conseguir más pastillas.

Por su lado, Jacob estuvo tentado de preguntar a Daniel sobre su relación con Velen. No obstante, se mantuvo en silencio, atento a cualquier problema que pudiese surgir.

En la zona norte del Támesis, a la altura del iluminado puente de Lambeth, el tráfico estaba cortado por culpa de los disturbios.

El ejército los dejó pasar sin mayor problema y cruzaron sobre el extenso caudal hasta el enorme edificio repleto de ventanas iluminadas.

Se detuvieron ante el arco de entrada y bajaron los cuatro de sus respectivos coches.

Ya en el interior del enrocado edificio, obligaron a los dos cazavampiros a dejar en custodia todas sus armas.

—No me hace ni puta gracia... —siseó Jacob—. Me siento en pañales.

—Dudo mucho que nos pase nada.

—¿Tú te fías?

—Me fío una mierda. Pero confío en White y en Velen. Me siento más seguro con ellos que con todas nuestras armas a cuestas.

Apareció de pronto Hoban con su cara de amargada.

—El rarito otra vez, no me libro de ti. Cuando me dijeron que ibas a venir, cargué mi arma con las mejores balas —le dijo a Velen.

—Qué te den, Hoban. No estoy para más tonterías tuyas, la oficial Kaur está secuestrada y no tengo ganas de...

—¡Estoy al tanto, imbécil! —le espetó—. Y al cargo, así que te jodes.

—Cuando la palmes voy a hacer una fiesta, maldita bruja.

—Haya paz, por el amor de Dios —pidió White, hastiado de todo. Quería jubilarse e irse de vacaciones al Caribe. Llevaba días sin pisar su casa ni ver a su mujer—. Vamos al grano —exigió.

Hoban los guio hacia la tercera planta, siempre utilizando su tarjeta identificativa para poder acceder. Llegaron hasta un amplio despacho, presidido por la insignia del MI5 colgada de la pared principal. Sentados a la mesa estaban el alcalde de Londres y el embajador de Japón.

—Tomen asiento —pidió Hoban, que se quedó de pie junto a la puerta mirando con fijeza al alû.

—Bien, Velen, este caballero es el señor Yukishiro —lo presentó White—. Así que procede a hacerle las preguntas que necesites.

Para sorpresa de los presentes, Velen se dirigió a él con una reverencia y en lengua nipona. El propio Yukishiro se quedó perplejo.

—*No se preocupe* —inició Velen la conversación—, *así será más fácil que me cuente todo sin que nos entiendan.*²⁴

El hombre pareció dudar, pero accedió.

—*Anoche me llamó Yoshida Kosei y me exigió que emitiera un visado urgente para dos personas: Indira Kaur y Barend Rothschild. Le dije que era imposible y entró en cólera, amenazándome con mandar a la yakuza*²⁵*para que mataran a toda mi familia en Japón. Poco después fue Harry Doyle quien me llamó con la misma exigencia. Yo mismo emití los visados, un alû de aspecto amenazador los recogió y pedí ayuda al alcalde, con el que mantengo una buena amistad.*

—*¿Y el vuelo salió hacia Japón?*

—*Sin lugar a dudas.*

—*Solo dos visados.*

—*Así es.*

Velen entonces supo que el sicario seguía en el Reino Unido.

—*No creo que le hagan nada a su familia. Ya han conseguido lo que querían* —intentó tranquilizarlo. —*Sin embargo, no vuelva a confiar en nadie...*

—*¿Por qué?*

—*Hágame caso, señor Yukishiro. Pronto lo entenderá.*

—Ya está bien de hablar en japonés —pidió Varley, nervioso—. Queremos enterarnos todos.

—Alcalde —Velen se giró hacia él—, ¿le han contado ya por qué mataron al duque de Kent?

—¡Velen! —le increpó White en tono reprobatorio—. Eso es información clasificada.

—¿Qué? Ya estoy harto de andar cuchicheando. ¿Queréis que hable en cristiano? Pues ahí voy: al Pro Gran Maestre, sir George Byrne, le interesaba que muriera para pasar a ser el Gran Maestre de la Gran Logia, así que se alió con Harry Doyle y Noah Janssen. A su vez, Noah Janssen es pareja de Ava Ferragni, hija de Olivia Young y el picha brava del duque de Kent. Ahí matamos dos pájaros de un tiro. Eliminado el duque, Olivia se venga y sir George consigue lo que quiere. Con la muerte de las hijas de Aveline Auttum, esta dimite por no soportar semejante atrocidad, dejando el camino libre a Harry Doyle que pasa a ser el primer ministro y elige a Noah Janssen para sustituir a Glena Craig que, curiosamente, también ha sido asesinada. Y me queda el cardenal John Edward Bramston. ¿Para qué cargarse a ese hombre de Dios? Porque es el padre de Olivia Young y sabía todo, así que sobraba. Daños colaterales, cabos sueltos, llamadlo como queráis.

Hubo un silencio denso cuando Velen dejó de exponer los hechos.

—Joder... —soltó Hoban de pronto—. Hay que reconocer que tienes cabeza, pedazo de cabrón.

—Gracias por admitirlo, vieja loca —le respondió—. Y ahora os preguntaréis para qué montar unos escenarios tan elaborados. ¡Porque Barend Rothschild está zumbado y le encanta castigar a todo el mundo! ¡Y por ahí suelto sigue el sicario que mató a todas esas personas en su nombre! Qué fácil es engañar a un pobre conserje, o a una desgraciada niñera. Qué más da sacarle la sangre a un viejo para confundir a la policía. O a unas niñitas inocentes, aunque eso lo hizo sabiendo que yo lo vería ya que me dejó una pista. Pero así el giro de guion sería más dramático.

Jacob miró a Velen con los ojos tan abiertos que Daniel tuvo que darle un empujón para que saliera de su asombro.

—Lo mejor de todo es que Barend ha estado jugando con esa panda de asesinos en la sombra y los ha usado solo como peones desechables en su tablero de ajedrez.

—¿Qué q-quieres decir? —preguntó un aterrorizado David Varley. Estaba sudando y tenía los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

Velen lo miró con condescendencia.

—Alcalde, es evidente. —Velen suspiró y dejó que el hombre rebuscara algo en el bolsillo interior de su chaqueta—. Los peones se sacrifican, todos. Cuando ya no sirven, se van fuera del tablero... Como el conserje, o la niñera... —Miró al alcalde y le guiñó un ojo.

Velen sacó el blíster que le había dado Eres y lo mostró a la audiencia.

—¿Qué es eso? —Quiso saber White.

—Una pastillita para que los alû sean «humanos» de forma temporal. Son droga pura y dura. Como dejará de existir la restricción en Reino Unido que prohíba su comercialización, ya que las personas que estaban en contra han sido eliminadas del juego, la Yoshida se hará de oro, así como los que tengan acciones de la compañía.

El alcalde se puso en pie, sudando como un cerdo. White se acercó a él.

—Alcalde Varley, ¿qué le pasa?

—T-tengo que avisar... T-tengo que avisar...

—¿Qué opina del asesinato de dos niñas pequeñas, señor alcalde? ¿Eh? —Velen se puso en pie y lo increpó enseñándole los colmillos para ponerlo más nervioso.

—N-no, yo no... Eso no estuvo bien... —balbuceó.

—¿Ah, no? Pero sí lo está matar a un viejo y a una alû inocente, ¿verdad? Y qué más dará que un hombre de Dios, por pecador que fuera en su juventud, acabara colgado de una pared, desangrándose mientras veía los cuerpos sin vida de dos inocentes angelitos. ¿Qué le prometió el Pro Gran Maestro? ¿Su puesto cuando él pasara a ser Gran Maestro?

Varley, rápidamente, se llevó a la boca una pastilla. White intentó sacársela, pero en pocos segundos empezó a hincharse la lengua del alcalde y este se la mordió entre espasmos de dolor, cayendo al suelo como un plomo y convulsionando.

Velen se dio la vuelta. El olor a sangre se coló por sus fosas nasales y le produjo una sed desagradable.

Daniel corrió hacia él y lo abrazó contra sí para calmarlo.

—Tranquilo, por favor. ¿Quieres agua? —Acarició su pelo con cariño.

—Estoy bien... —gimió respirando fuerte contra el cuello del joven. Su olor le apaciguó—. La verdad es que su sangre apesta a hijo de puta...

—¿Cómo lo has sabido? Su nombre no salía en la lista.

—Por su lenguaje corporal. Probablemente fue reclutado a posteriori.

Velen se acercó al cuerpo inerte del alcalde, que había dejado de respirar para siempre. Aquel hombre estaba bien muerto, ahogado en su propia sangre envenenada.

—Joder —siseó Hoban—. Teníamos al enemigo dentro.

White miró al alû con el ceño fruncido.

—¿Has permitido que se mate! —lo acusó.

—Sí, es cierto. Peón fuera del tablero. Y lo mejor de todo, sin que el resto de figuras lo sepa. —Sonrió satisfecho.

—¿Nos podía haber proporcionado mucha información!

—Les he dado ya toda la necesaria para tomar cartas en el asunto. Ese pelele no hacía falta para nada —contestó sin un ápice de arrepentimiento.

Jacob se acercó a Daniel y le susurró:

—Este tío es increíble...

—Lo sé... —Daniel suspiró, orgulloso de Velen.

Este último se giró hacia el embajador de Japón, que aún estaba en estado de alarma, y le hizo un gesto con la cabeza.

—*Le he librado de alguien que le hubiese traicionado en cuanto hubiera tenido la oportunidad. Así que le pido un favor, señor Yukishiro.*

—*¿Qué necesita? Estoy en deuda con usted.*

—*Que me ayude a entrar en Japón y me proporcione recursos para moverme.*

El nipón le hizo una reverencia y Velen la replicó.



El sicario

White no le dirigió la palabra a Velen durante el trayecto de vuelta a la logia Misericorde, pues estaba muy cabreado con él. Así que este se puso a hablar solo:

—La comisionada y usted deben entender que yo no trabajo para nadie. Solo he dejado que esa escoria hiciera lo que le diera la gana y he evitado que el resto se entere de lo que hemos hablado esta noche. Deberían vigilar a todos esos individuos sin corazón, y agradecerme un poquito el servicio que estoy prestando. Como acto de buena voluntad, renuncio a mi sueldo—. El policía siguió en silencio—. Solo me interesa encontrar a Indira. Pero ustedes deberían detener al primer ministro y a toda esa panda de... —De pronto sonó el móvil de Velen y este descolgó de inmediato—: Dime.

—A las cuatro de la mañana saldrá un avión privado desde el aeropuerto de Luton. He hablado con el señor Yukishiro como me pediste y tendrás todo lo necesario para entonces —le informó Gaétan.

—Me quitas un peso de encima.

—Me debes una muy grande.

—Ojalá pueda devolvértela... Pero no sé si conseguiré sobrevivir a esto.

—No seas agorero. Eres Velen, ¿recuerdas? Coge ese ego subido que te gastas y aplícatelo un poco.

El alû sonrió.

—*Merci beaucoup*.

Después colgó y miró la hora. No le iba a dar tiempo a todo, así que le rogó a White que lo dejase en el barrio de los Irkalla. En esa ocasión, este sí le respondió.

—Ni lo sueñes.

—¡White! ¡Tengo que conseguir más pastillitas! Los Irkalla las venden, así que vamos, no me joda usted ahora.

—¿Quieres que te detenga por comprar drogas ilegales?

—¡Pronto no serán ilegales!

—Pero ahora sí.

—White, para poder hacerme pasar por humano en Japón y moverme con libertad, necesito las putas pastillas. ¿Tan complicado es de entender?

—¡No tienes ni la menor idea de qué efectos secundarios te producirán!

—¡Me da igual! ¡Solo quiero salvarle la vida a Indira! —gritó mientras se quitaba el cinturón de seguridad y bajaba la ventanilla.

White alucinó al ver cómo se colaba por esta y sacaba medio cuerpo.

—¡Vamos a setenta millas por hora²⁶! —Comenzó a reducir la velocidad y puso las luces de emergencia para moverse hacia el arcén—. ¡Dios! ¡Eres terrible! —A White le iba a dar un

infarto.



Antes de que todo eso se diera lugar, Jacob conducía siguiendo a White y a Velen. Por fin se atrevió a preguntarle a su amigo sobre la naturaleza de su relación con el alû.

—Daniel... ¿Te gusta Velen?

—¿Qué? —El chico pegó un respingo en su asiento—. ¿De dónde te has sacado eso?

—Hombre, he visto cómo lo tocas y se nota que le miras como nunca has mirado a otros tíos. Puedes ser sincero, ya sé que no tengo ninguna oportunidad contigo.

—Yo nunca he dicho que.... —Miró el perfil de Jacob y este medio sonrió—. Vale, es cierto que solo te veo como un buen amigo. ¡Uno de puta madre! Y por eso no te he dado pie jamás.

—Reconozco que me duele, pero lo entiendo. Prefiero conservarte como amigo. Ya encontraré a algún otro que me quite las penas a pollazos.

—¡Tío! —A Daniel le entró la risa tonta—. De verdad que lo siento.

—Ahora contéstame a la pregunta. Sincérate, no se lo diré a tu padre y lo sabes.

—Estoy enamorado de él... —susurró—. Y no he sido capaz de decírselo. Pero entre nosotros no hay nada... —se lamentó.

—Me dejas un poco descolocado teniendo en cuenta lo mucho que odias a los vampiros. Y eso de que no tenéis nada... Termina de sincerarte, hazme el favor.

—Más que odiarlos como tal, no los entendía. Ya sabes que mi padre es muy estricto con eso por sus circunstancias... No me fio un pelo de la gran mayoría, pero Velen me ha demostrado que tengo razón y que también estoy equivocado.

—Nos enseñan a no empatizar porque saben que si lo hacemos no los podremos controlar o matar.

—Son personas como nosotros, ni más ni menos. En cuanto a lo otro... Algo tuvimos Velen y yo. Pero se acabó.

—¿Por qué?

—Un alû y un cazador no tienen mucho futuro juntos. Además, me aprecia lo suficiente como para no querer que me pase algo horrible y quiere protegerme. Aunque se equivoca si cree que lo voy a dejar irse a Japón él solo. —Daniel sonrió para sí en la oscuridad de la cabina—. Pero no se lo digas a Velen, quiero que se joda cuando vea que no puede evitarlo.

—Esa amiga vuestra es muy importante para vosotros, ¿eh?

—Lo es. Una persona extraordinaria de la que he aprendido mucho en poco tiempo.

—¡Eh! ¡Mira! —exclamó Jacob de pronto.

Ambos vieron a Velen sacar medio cuerpo por la ventanilla y hacerles gestos.

—¡Joder, ya está haciendo de las suyas! ¡Para detrás de White!

Al obstaculizar el tráfico, los otros usuarios les pitaron. Ambos coches terminaron en el arcén con las luces de emergencia parpadeando. Daniel se bajó del coche y fue directo hasta Velen para ayudarlo a salir. El alû cayó de culo sobre el asfalto.

—¡Me cago en ti, maldito hijo de perra! ¿Cómo se te ocurre hacer eso? —estalló White.

Velen lo ignoró de forma deliberada y se fue hacia el coche de Jacob agarrando a Daniel del brazo.

—¡Llévame con los Irkalla! —exigió—. ¡Ya!

—¡Velen! —Lo detuvo Daniel—. ¿Qué haces?

—No tengo tiempo, a las cuatro sale el avión. Necesito más pastillas.

—¡Ya te dije que no quería que te las tomaras!

Velen agarró a Daniel de la pechera y lo besó con fuerza, tanta que dejó al chico desarmado ante la mirada atónita de Jacob y White.

—Y yo te digo que tengo que hacerlo por Indira. ¿Me vas a ayudar o no, cielo?

—Sube al puto coche, no hagas que me arrepienta. —Claudicó.

—¡Adiós, White! ¡Saludos a Temperance, dígame que la aprecio mucho! ¡Y que vaya a por todos esos cabrones!

El hombre se quedó mirando cómo los tres subían al otro vehículo y reanudaban su marcha. Suspiró y miró al cielo hasta que se echó a reír.

—Ya lo creo que vamos a ir a por ellos.



—Bien, vosotros quedaos aquí, porque prometí que no os volveríais a acercar —indicó Velen al bajare del coche en aquel peligroso barrio. De hecho, unas cuantas gentes de malvivir los estuvieron vigilando en todo momento.

—No eres bienvenido ahí dentro, así que ten cuidado, por favor —la angustia en la voz de Daniel fue patente.

Velen lo sujetó del mentón y luego le guiñó un ojo.

—Niño, confía en mí como has hecho hasta ahora. Pero dejad el coche en marcha porque deduzco que vamos a tener que salir escopeteados.

Dicho aquello, se recolocó el pelo, el jersey y el abrigo. Echó a andar hacia el sucio portal que daba al garito de los Irkalla y al poco rato desapareció de la vista de ambos cazadores.

—Menudo morreo te ha dado...

—Cállate.

—¿Os habéis acostado? Dicen que los vampiros pueden aguantar mucho y que tienen una buena...

—¡Cállate! —Daniel se sonrojó hasta la punta del pelo.

—Después de ver tu reacción, voy a replantearme liarme con alguien que me dé lo mío, porque me está haciendo mucha falta.

Daniel no pudo reprimir una sonrisa.

—Si te va el amor libre, se me ocurre un tipo que te iría bien.

—¿En serio? ¿Es guapo? Me lo voy a pensar ya que contigo no hay nada que hacer...

Mientras Daniel le estuvo hablando sobre Gaétan, el sicario de Barend los vigiló desde una esquina oscura. No había recibido noticias de aquel alcalde pelele, por lo que ignoraba de qué habían estado hablando en el edificio del MI5.

Tomó el teléfono e hizo una llamada a Barend. Este no tardó en cogerlo pese a que en Japón ya era de día.

—Majestad.

—¿Qué ha pasado, Armin?

—Velen ha ido al edificio del MI5 como nos adelantó el alcalde. El policía negro lo llevaba de vuelta a la logia, pero a mitad de camino Velen ha cambiado de coche y se ha ido con dos cazavampiros a ver a los Irkalla. En cuanto al alcalde, no me coge el móvil...

Se escuchó una risa divertida al otro lado.

—Han pillado a ese inepto, estoy seguro. De todas formas se suicidará.

—¿Y qué hago con el resto?

—Por ahora nada. Ellos solos se han condenado, por avariciosos. Lo que no quiero es que Velen se mueva de Reino Unido. ¿Lo has entendido?

—Sí, majestad.

—Pero ni se te ocurra matarlo o te mato yo a ti —añadió en tono rudo y autoritario.

—Por supuesto, majestad.

—Y si asesinas a Daniel Lennox, mejor que mejor. Vamos a darle a Velen donde más le duele.

—Será un placer, majestad.

—Sinceramente, no pensé que Velen fuera a ir tan deprisa deduciendo. Fue un error ayudarlo... —admitió—. Por lo demás, todo va según lo previsto. Quiero buenas noticias dentro de unas horas.

—Las tendrá.

Después de eso colgaron y el alû se relamió mirando el coche de los dos cazavampiros. Iba a darse un buen festín mientras Velen veía morir desangrado a ese amiguito suyo.



Eres esperó a Velen en la mismísima puerta de entrada a su local. Aquella vez estaba a tope. La mujer lucía preciosa, como de costumbre.

—¿Por qué debería dejarte pasar después de que me robaras?

—No lo hice adrede. Palabrita de alû —alegó él subiendo la palma de la mano izquierda.

—También pegaste a uno de los míos. He tenido que convencerlo para que no te mate... Encerrándolo antes.

—Se sobrepasó con el chico.

—Ya, tu precioso chico humano... Qué suerte tiene.

Se hizo a un lado y permitió a Velen adentrarse bajo las agresivas miradas de los guardaespaldas.

La música metal industrial de Rammstein sonaba en alemán a toda potencia.

Velen siguió a Eres hasta su sala vip y ella despachó a los tipos desnudos que tenía allí. El sonido exterior desapareció de inmediato.

—Vaya, sí que te lo montas bien.

—Me lo montaría contigo, querido, pero no me dejas.

—Lo siento, con mujeres no se me levanta —bromeó.

A pesar de eso, ella se sentó a su lado y posó la mano sobre su entrepierna para comprobarlo.

—En fin, qué pena. A ver, ¿vienes a devolverme lo que me pertenece?

—En realidad no. Vengo a pagártelo y a que me des más. —Velen sacó un buen fajo de billetes y se lo tendió—. Por esto, ¿cuántas me das? Es por una buena causa...

Eres contó el dinero, se puso en pie, fue hasta su caja fuerte y la abrió. Introdujo las libras, extrajo unos blísteres y cerró.

—Hay dos pastillas. Se toma una al día, ni una más.

—¿Solo me das dos? Cómo está la inflación...

—Es por tu bien. Además, ya tienes una. Entre la toma de una pastilla y otra han de pasar al menos tres días. ¿Lo has entendido? Te dije que tenía efectos secundarios...

Velen frunció el ceño. Aquello no le gustó nada.

—De acuerdo.

Se puso en pie, besó a Eres en la mejilla y sonrió tras coger la droga.

—Tu cuerpo colapsará si te saltas las normas. Han hecho pruebas con muchos sujetos y ese es el límite.

—Entiendo los riesgos. Gracias por el consejo.

—¡Velen! ¡No es un consejo!

Este salió de la sala vip con las pastillas a buen recaudo.

Eres se quedó en la puerta, preocupada. Sabía que iba a hacer lo que le diera la gana y temió por su vida.



—Daniel, mira a ese tipo...

El chico observó a un enorme alû, de proporciones descomunales, caminar hacia ellos. Se puso en guardia enseguida.

—¡Sal del coche! —le ordenó a Jacob.

Este apagó el motor y siguió las indicaciones mientras sacaba un revólver de su cartuchera de pecho.

Los cazavampiros caminaron en círculos alrededor del hombre. Este se quedó quieto, con una sonrisa lobuna en el rostro pálido, mirándolos moverse.

—¿Quién coño eres? —inquirió Daniel sacando sus dos revólveres y apisonando los percutores.

—¿No te lo imaginas?

—Un asesino de niñas —replicó con contundencia.

Armin se rio a carcajadas.

—Fui muy bueno, las dormí primero y no sufrieron. Eran tan lindas... Casi me dio pena matarlas.

—¡Eres repugnante! —bramó con ira.

Jacob entonces supo que estaban ante el sicario de Barend y autor de los crímenes.

—Voy a empezar por ti —dijo Armin señalando a Daniel con uno de sus enormes dedos.

Se abalanzó sobre él y el chico apretó ambos gatillos. Sin embargo, aunque las balas impactaron en el ancho pecho del alû, este siguió avanzando. Daniel se movió hacia la derecha esquivando al esbirro.

Por el lateral, Armin recibió otro balazo en una pierna. Lo que los cazavampiros ignoraban era que el asesino estaba hasta arriba de esteroides especiales fabricados por la YPC, mezclados con cocaína, opio y morfina. El cóctel lo ayudó a no sentir nada y a seguir adelante como si le hubieran picado un par de mosquitos.

Armin consiguió asir a Daniel por el brazo y lanzarlo contra el parabrisas del coche. El cristal estalló con el golpetazo e hirió al masón. El chico aguantó con estoicidad el envite, pero le comenzó a sangrar la cabeza y lo vio todo rojo.

—¡Daniel! —chilló Jacob mientras corría en dirección a su compañero.

Armin aprovechó para lanzarle un puñetazo que Jacob esquivó por los pelos.

El joven se agachó y le puso la zancadilla al asesino, consiguiendo que el mostrenco se tambaleara hasta tropezarse con otro coche. La alarma del automóvil sonó por toda la calle e hizo salir a varias personas, que se quedaron impactadas al ver el gran tamaño de aquel alû.

Jacob aprovechó para hendirle un puñal de plata en el estómago y solo consiguió que Armin se echara a reír, lo tomara por la casaca y lo lanzase a varios pies con tan solo su descomunal fuerza.

El alû se sacó el puñal y miró cómo la palma de su mano se volvía roja y le salían ampollas. Sin embargo, no sintió ningún padecimiento aunque la plata le produjera ese deterioro. Tampoco las balas que tenía alojadas en su cuerpo le hicieron sentir dolor. El sentimiento de inmortalidad le supo a gloria.

Daniel corrió hacia su compañero y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás herido?

—Tú estás peor que yo —adujo sintiendo un dolor fuerte en la zona derecha de las costillas—. Te sangra la cabeza.

—No es nada, tranquilo. Lo reduciremos entre los dos. Tú por abajo y yo por arriba.

—Vamos a por ese hijo de puta —siseó Jacob.

Daniel se sacó del interior de la casaca una cadena gruesa de plata con intención de usarla contra Armin.

Jacob disparó de nuevo a las largas y musculadas piernas del alú sin conseguir apenas nada. Luego lo apuntó a la cabeza. Sin embargo, no le dio tiempo a pulsar el gatillo, pues Armin lo agarró por el brazo, rompiéndoselo como si fuera una simple ramita seca. Su revólver cayó al suelo y el tipo lo cogió apuntando con él al cazavampiros.

Daniel aprovechó para saltar sobre aquella espalda enorme y ahorcar a Armin con la cadena. Este último soltó el arma de fuego, reculó contra la pared y aplastó el cuerpo de Daniel contra ella tres veces.

El joven se deslizó hasta el suelo, casi sin conocimiento y con una brecha en la cabeza de la que comenzó a manar demasiada sangre.

—¡Qué bien hueles! —dijo el imponente alú agarrándolo por la casaca y lamiendo ese néctar espeso que le caía por la frente.

Fue entonces cuando Velen salió del portal y se encontró con el desolador panorama. Reconoció a Armin de inmediato por la descripción que en su día le dio Eres. Sin dudar echó a correr hacia ellos y, antes de que el asesino se percatase, Velen le pegó una patada de kárate en el rostro, con tal vigor que le obligó a soltar al chico y a recular para recobrar el aliento.

Jacob corrió hacia Daniel mientras se agarraba el brazo roto.

Velen lo detuvo un momento y rebuscó bajo su casaca.

—¡Dame la estaca! Coge como puedas a Daniel y llévatelo lejos de aquí —le apremió. Luego se dio la vuelta y fue directo hacia un Armin que lo miró con satisfacción.

—¡No me puedes hacer nada! ¡Soy mucho más fuerte que cualquiera!

Velen sintió una rabia inmensa y fue a por él con todas sus ganas.

—¡Te juro que me las vas a pagar! —siseó Velen apretando los dientes y los colmillos.

La respuesta fue un puñetazo que rozó la mejilla izquierda de Velen. Este se agarró al musculoso brazo, lo asió de la ropa y se inclinó hacia delante para hacerle esa famosa llave de judo que lanzó el pesado cuerpo de Armin contra el suelo. Acto seguido, el moreno se sentó a horcajadas sobre el cuello del esbirro y le intentó clavar la estaca en un ojo.

No obstante, Armin se lo impidió deteniendo la estacada y tirando a Velen al suelo. Sabía que no podía matarlo, pero Barend no le había dicho nada de que no pudiera darle una buena paliza que lo dejara fuera de combate.

Forcejearon con el objeto agudo. Velen sintió crujir su muñeca, pero no soltó la estaca. Apoyó los pies en el estómago de acero que tenía Armin y empujó con insistencia hasta conseguir apartar al sicario lo suficiente como para zafarse. Por desgracia perdió el objeto de plata ya que este rodó lejos.

Armin no entendió cómo un enclenque como Velen podía poseer tanta fuerza sin ir drogado.

Por su parte, Jacob arrastró como pudo a Daniel y le taponó la sangrante herida que tenía en la base del cráneo. Se estaba poniendo pálido y su pulso apenas era perceptible.

—Joder... —siseó—. No me jodas, Daniel, no me jodas.

Nadie más se metió en la trifulca hasta que Eres salió en cuanto la avisaron, seguida de sus tres

guardaespaldas. Reconoció a Armin de inmediato y corrió hacia los dos cazavampiros.

—¡No te preocupes, vengo a curarlo! —avisó a Jacob cuando le apuntó con su otro revólver—. ¡Vosotros! —exigió a sus salvaguardias—. ¡Ayudad a Velen a reducir a este tipo!

Estos titubearon al ver el tamaño de Armin, pero hicieron caso a su diosa. Rodearon a los dos contrincantes, que se miraron con odio y asco.

—La sangre de ese cazavampiros es deliciosa —le dijo Armin para encabronarlo—. Cuando acabe con todos vosotros, lo primero que voy a hacer es dejarlo seco.

—¡Por encima de mi cadáver! —Velen perdió los papeles, tal y como predijo Armin, y se liaron a puñetazos.

Los tres guardaespaldas agarraron a Armin, no sin dificultad, hasta reducirlo. Velen aprovechó para recoger la estaca y luego propinarle una patada en la cara a Armin.

Este intentó pegarle dentelladas y se revolvió como un loco, pero ante tantos enemigos sabía que no podía por muy dopado que estuviera.

Velen fue consciente de que necesitaba sonsacarle información, pero le pudo la rabia por lo que le había hecho a Daniel. Ni uno solo de los Irkalla juzgó al alû cuando este le hundió el arma en el pecho.

Armin bramó de dolor al quemarle todo por dentro, pulmones y estómago. Ni las drogas pudieron evitar aquello.

A continuación, Velen le pegó unos cuantos reveses hasta hacerle saltar varios dientes y dejarse los nudillos en carne viva.

—¿Qué quiere Barend?! —bramó—. ¿Dónde tiene a Indira?!

El sicario se echó a reír vomitando sangre y escupiendo incisivos. Se revolvió, pero no pudo contra cuatro alû.

—¿Dónde está Indira?! —Velen removió más la estaca.

—No... N-no voy a traicionar a mi s-señor... —gimió Armin.

Velen llevó los pulgares hasta las cuencas de aquellos ojos y apretó con fuerza, gritando de rabia.

—¿Dónde está Indira?! —insistió—. ¡Si me lo dices te dejaremos vivir! ¡Yo no soy un asesino, no quiero matarte, pero estos chicos de aquí no tendrían problema en acabar contigo! ¡No se lo dir  a Barend, lo juro por Anu²⁷!

Hundi  más los dedos, hasta casi reventarle los globos oculares.

—En O-Osaka... —gimió Armin en un hilo de voz.

—¡Especifica! —exigió apretando más los dedos.

—¡La Yoshida!

Velen apartó las manos y respir  de forma profunda, como intentando recobrar la serenidad.

Armin no pudo abrir los ojos pues los tenía prácticamente hundidos en las concavidades de su rostro, con los párpados destrozados.

—¿Sabes qué? —sise  Velen—. Jamás he matado a nadie. —Se puso en pie mientras Armin volvía a contorsionarse intentando escapar—. Pero siempre hay una primera vez para todo.

—¡Juraste por Anu! —gritó retorciéndose mientras los Irkalla lo reducían con más fuerza.

—Soy ateo —respondió con frialdad.

—¡Maldito cabrón mentiroso! —rug  con furia.

Velen buscó el revólver de Jacob, lo cogió, miró las balas que quedaban en el tambor y volvió. Pos  la suela de su zapato sobre la base de la estaca y gritó a pleno pulmón:

—¡Esto va por Glenda Craig! —Dio un taconazo y se la clavó hasta el fondo. Armin se convulsionó—. ¡Esto por Daniel! —Frotó la suela sobre esa zona como si apagara un gran cigarrillo—. Y esto va por las dos niñas... —siseó como una serpiente.

Velen apuntó a la frente del asesino, con el cañón apretado justo en el centro de sus cejas, asió bien el arma y presionó el gatillo sin vacilar.

La cabeza de Armin reventó como un huevo crudo y sus sesos se esparcieron por todas partes.

Jacob observó con estupefacción toda la escena. Los Irkalla vitorearon a Velen, se apoderaron del cuerpo inerte y lo ataron por las muñecas a la parte trasera de uno de sus coches ante la atenta mirada de los clanes vecinos. Luego arrancaron y arrastraron sus restos calle arriba entre gritos y bocinazos, como si estuvieran en una película de *Mad Max*. Aquella gente estaba realmente zumbada en cuanto se les daba pie.

Velen recuperó la respiración, dejó caer el arma y tragó saliva. Había matado a aquel asesino. Algo dentro de él se revolvió y le hizo vomitar al ser consciente de la realidad. Tuvo sentimientos encontrados, entre la falta de empatía hacia Armin y un cierto sentimiento de culpa por haber sido él quien lo ejecutara por todas sus atrocidades.

Recordó entonces a Daniel y corrió hacia él con urgencia, preocupado.

—Tranquilo, le he dado mi sangre y le hemos taponado bien la herida —lo apaciguó la mujer.

El chico llevaba atado, alrededor de la cabeza, un trozo del vestido de Eres. Esta se tapó la muñeca para que se fueran cerrando sus propias incisiones.

—Gracias, Eres... —Velen no soportó más la presión y se echó a llorar asiendo el cuerpo del chico—. Daniel, lo siento... —gimoteó.

—Estoy bien... —Le dijo este al abrir los ojos poco a poco.

—Eres un cazavampiros terrible y patoso, cariño... —Las lágrimas de Velen rodaron por su contraído rostro.

—Y tú eres insufrible... —susurró con afecto.

Velen fue a tocarle la cara, pero tenía las manos llenas de sangre y restos de Armin, así que las apartó. A pesar de ello, Daniel lo tomó de los dedos y los llevó a su mejilla.

—Dejad el romanticismo para otro momento —protestó Eres tras ponerse en pie—. Tenemos que llevar a estos dos a un hospital y en cualquier momento se nos presenta aquí la policía.

—Yo no puedo ir, me quedan menos de dos horas para coger un vuelo en el aeropuerto de Luton.

—¡Lo que tengo que hacer por un hombre guapo al que no le gusto! —se quejó ella—. Ya los llevo yo. Mi Bugatti está en el *parking* del edificio.

—Imagino que conoces a Gaétan.

—Claro que sí, querido, y muy bien —emitió una risilla pícara.

—Llévalos con él, por favor, estarán mucho más protegidos. No sé si hay más sicarios por ahí...

—¡No! —Daniel sacó fuerzas de la nada—. Yo me voy contigo.

—¡No, no vienes conmigo!

—Y una mierda, cielo. —El masón se rio. Cada vez se encontraba mejor gracias a la sangre de Eres, aunque le doliera hasta el alma. Agarró a Velen del abrigo y le dio un apasionado beso en la boca.

El alû no pudo evitar devolvérselo y luego degustar la sangre de su rostro mientras lo abrazaba contra sí con cuidado.

—D-de acuerdo... —gimoteó Velen, claudicando.

—No puedes estar sin mí, idiota.
El alú sonrió. No, no podía ya seguir viviendo sin él.

21



La cena de los idiotas

Aquella misma noche, cinco piezas del tablero se habían reunido para cenar y departir sobre su nuevo y glorioso futuro. Lo hicieron en el palacio The House, propiedad del banquero sir George Byrne, una fastuosa mansión de principios del XIX, situada a la vera del lago Boating. La construcción, de color crudo, dos plantas y pórtico estilo jónico, estaba en un enclave perfecto dentro de Regent's Park.

Dado que se ubicaba a medias entre La Ciudad de Westminster y Camden, el primer ministro apenas tuvo dificultades para llegar protegido por sus escoltas.

Se bajó del coche oficial y entró en el palacio. Allí lo estaba esperando sir George con una amplia sonrisa en su rosáceo rostro. Se dieron la mano de forma contundente y alegre, tal vez jactándose de lo bien que había salido todo.

El banquero condujo a su ilustre invitado hasta una sala donde los esperaban el resto de comensales.

—Señoras, están muy bellas esta velada —se dirigió hacia Olivia Young y Ava Ferragni, que iban asidas del brazo. Ambas le tendieron sus delicadas manos y el hombre depositó allí un par de ósculos.

—Un placer conocerlo en persona, primer ministro —lo aduló Olivia—. Ava me habló maravillas de usted.

—Por favor, Olivia, llámame Harry. El verdadero placer es mío. Nunca pensé que conocería a una de las mejores actrices de Hollywood.

Ella se echó a reír y le dio un toquecito sobre el pecho, coqueteando.

—Mamá, por favor, no seas descarada —le chistó su hija, divertida.

Fue entonces cuando se acercó Noah Janssen, el único alú de los presentes, y estrechó la mano de Harry.

—Primer ministro. —Fue parco en palabras.

—Pero Noah, estamos entre amigos, no seas tan formal. ¿Es que tu elegante prometida no te ha pegado un poco de su desparpajo?

—Tal vez, pero me gusta mantener las formas.

Sir George los instó a sentarse en una mesa circular que ya tenía la cena dispuesta.

—El servicio lo ha dejado preparado, estamos solos. Perdonadme si no se me da muy bien hacer de lacayo —bromeó y todos se echaron a reír excepto Noah, que solo sonrió un poco.

A él se le sirvió *carpaccio* de pescado y carne, además de sangre como bebida. Pero no fue sintética ni animal, sino de la mejor calidad: la de una de las hijas de los Auttum. En particular de la más pequeña.

Cuando sorbió el delicado néctar se sintió pleno y entonces sí sonrió. Su prometida le pidió tomar un poco y él le sirvió una copa.

—Me temo que no noto la diferencia entre esta sangre y cualquier otra, amor mío.

—Es normal. Hay que ser un alû para ello. —Alzó su copa en dirección a Harry—. ¡Por nuestro nuevo primer ministro! ¡Y también por el anfitrión de esta cena!

—Nada de esto hubiera sido posible sin ti, Noah. Y ese contacto tuyo tan oportuno... —respondió sir George—. El dinero invertido entre todos dará unos frutos fabulosos en cuanto se apruebe la comercialización de los nuevos productos de la YPC.

El alû bebió de nuevo aquel maravilloso «vino». Aún tenía en casa la sangre del duque y de la otra niña. Además, era el único que de verdad sabía quién era el contacto. Un auténtico honor formar parte de un plan mayor: que los alû fueran los que comenzaran a ocupar los puestos más importantes en el orden mundial.

—Estoy deseando hacer la demostración en directo de nuestra nueva crema rejuvenecedora. ¿Verdad, mamá? Cuando comprueben lo que te hace en la piel, agotaremos las existencias. —Ava le dio un buen mordisco a su delicioso *filet mignon*.

—Pero si tu madre ya está perfecta —la aduló Harry.

—Ay, ha costado mucho esfuerzo llegar a conseguir algo así. Vamos a arruinar a la competencia. La YPC ha hecho un trabajo extraordinario que nos va a beneficiar a todos —añadió Olivia.

—Para eso invertimos en acciones de la compañía —agregó el banquero—. Por cierto... —Se puso serio de pronto—. No consigo hablar con David...

—Está con los del MI5. Pero no os preocupéis, por la cuenta que le trae, no dirá nada. Y si no, ya sabe lo que ha de hacer —respondió el primer ministro.

—Nada como amenazar a alguien con matar a su mujer y a sus hijos si abre la boca. A la hora de proteger a los suyos no existe la diferencia de clases entre una niñera, un bedel o el alcalde de Londres —se burló el anfitrión.

Menos Noah todos se echaron a reír sin parar. Le escamó un poco que su majestad llevara un día sin darle el parte de novedades. ¿Sería por la diferencia horaria en Japón? Confió en recibir noticias pronto.

—Mi amor, ¿estás bien? Te veo un poco disperso —le susurró Ava en un tono de preocupación. Adoraba a aquel alû tan guapo.

—Inquietudes políticas, solo eso. —Sonrió a la muy estúpida de su novia. Para él, Ava no era más que un títere, al igual que Olivia.

Sabía muy bien cómo la YPC había conseguido crear cosmética que rejuveneciera a los humanos y de dónde venían los ingredientes secretos: de los alû. De su sangre, de su ADN, de sus cuerpos. Pero a él solo le importaban las pastillas que les permitirían caminar bajo la luz de sol.

Fue muy fácil acercarse a ellas, seducir a Ava, caerle bien a Olivia, convencerlas de que debían quitar de en medio al duque y al cardenal —este último sabía demasiadas cosas— pues eran hombres que no se habían hecho cargo de sus responsabilidades como padres. La venganza y el rencor, junto con las promesas de juventud y riqueza, habían resuelto todo lo demás.

Sir George, Harry y él estaban exactamente donde querían.

El masón se haría más rico que nunca, ocupando el puesto de Gran Maestre, aunque hubiera

violado los preceptos de su orden.

El primer ministro se había quitado de encima a su mayor detractora, por el hecho de ser el responsable indirecto de la muerte de las dos criaturitas. Nunca mostró pena o arrepentimiento al respecto.

El mismo sacrificó a la insufrible Glenda. Siempre tan pacifista, tan reacia a beber de los humanos, intentando conseguirlo todo por las buenas.

Para Noah, el hecho de que Barend lo hubiera elegido era algo maravilloso y que le otorgaría un puesto mayor en la escala social de los alû. En cuanto fuera monarca, él estaría a su lado como buen súbdito.

Bebió otro sorbo de sangre infantil, degustó su delicioso sabor, y se felicitó por ser tan listo. Miró a todos, sonrió y pensó en que estaba asistiendo a la cena de los idiotas.



Hoban, White y Dickens se reunieron cuando el hombre volvió al edificio del MI5. La comisionada no había acudido a la primera reunión por razones relacionadas con el ataque terrorista, así que había estado muy ocupada. Allí le habían enseñado unas pruebas de algo que la dejó helada y así se lo había contado después a sus dos compañeros.

White, por su parte, relató lo sucedido con Velen.

Temperance suspiró llevándose las manos al cabello.

—Bueno, dejémoslo proceder. Si Rothschild tiene a Indira en Japón, nosotros no podemos hacer nada desde aquí, y menos con el embajador amenazado de muerte. Ese Yoshida Kosei manda más que el propio emperador Naruhito.

—¿Qué hacemos con lo del alcalde? —indagó Hoban—. La familia aún no sabe nada.

—Yo me encargaré de ir a verlos y les daré la mala noticia. —Suspiró la mujer—. Hay que trasladarlo a la morgue para que le realicen la autopsia, aunque supongo que murió igual que los otros dos.

—Tiene toda la pinta —expuso White—. Mismos síntomas, misma forma de palmarla.

—¿Y qué hacemos con ese cabronazo del primer ministro? —inquirió Hoban, cruzada de brazos y apoyada en su silla—. Porque las pruebas de antiterrorismo contra él son contundentes.

—El lunes, después de presentar su candidatura para las próximas elecciones en el Parlamento, tiene que acudir a Regent's Park. Celebrarán un evento en conmemoración de las víctimas del atentado, justo donde se hizo el del siete de julio de 2005. Allí lo detendremos.

—Qué huevazos tiene el muy desgraciado después de lo que ha hecho —gruñó Hoban—. ¡Hipócrita malnacido! —rabió.

—Es un asesino que tiene las manos muy manchadas de sangre. Y no solo por la muerte de las niñas —comentó White—. Lo mataría con mis propias manos.

—Tranquilizaos, por favor. Ahora mismo solo nosotros tres estamos al tanto de lo que va a pasar el lunes. Así que... Silencio. Por otro lado, ¿Oliver Lennox ya sabe lo del alcalde y lo de sir George?

—Sí, lo sabe. Aunque está en el hospital todavía, me ha prometido que desde la logia Misericorde tendrán mucho cuidado, por si hubiera alguien más infiltrado.

En ese momento sonó el teléfono del hombretón. La llamada provenía de la centralita del propio Scotland Yard.

—Gordon White al habla.

—Jefe superintendente, ha habido una trifulca tremenda en Plaistow, en la avenida donde tienen el garito los Irkalla —informó un agente.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado a un alû enorme, lo han paseado de aquí para allá y... Bueno, el caso es que tiene una estaca de plata clavada en el pecho y un balazo en la cabeza... Por lo que parece, son armas de la Misericorde. Ahora están detenidos y los estamos interrogando.

—¿Estaban presentes Velen y un par de masones?

—No, solo los Irkalla arrastrando el cadáver. Estos no están siendo muy colaborativos a la hora de dar información, pero parece que los masones sí tuvieron algo que ver. También han dicho que el tipo mató a unas niñas y que por eso merecía la muerte.

—Bien, ahora voy. —Luego colgó emitiendo un suspiro muy largo.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Hoban.

—Pues lo que pasa se llama justicia divina. Pero creo que el autor material de los asesinatos está muerto y puede que Velen, Daniel y Jacob hayan tenido algo que ver —se echó a reír sin poder evitarlo.

—¡Joder! ¡Pues si eso es cierto, me empiezan a caer mejor! —se jactó Hoban.

—Si han sido ellos, si lo han matado... ¿Qué hacemos? —preguntó White.

—Nada. Los Misericorde tienen potestad para matar a los alû que los ataquen o asalten a otros. Y nosotros tenemos cosas más importantes que hacer que investigar la muerte de un supuesto asesino de niñas... Habrá que dejarlo en un segundo plano. Total, ya no puede hablar.

Temperance sonrió satisfecha.

Puto Velen.



En el aeropuerto de Luton, Velen y Daniel fueron atendidos por un empleado de la embajada japonesa, que los llevó hasta el *jet* privado que Gaétan había conseguido en tiempo récord.

—Creía que solo viajaría usted... —dijo el japonés al ver a ambos hombres.

—¿Supone algún problema?

—No, porque entrarán de forma ilegal de todas formas. Avisaré al embajador para que lo tenga en cuenta. Lo importante es que no llamen la atención demasiado... —Los miró de arriba abajo y no se quedó muy convencido—. Intenten pasar desapercibidos, por favor.

—No se preocupe. —Velen sonrió enseñándole los colmillos.

—Los recogerá una mujer apellidada Uchima. —Les enseñó una fotografía para que no hubiera errores.

—*Dômo arigatô* ²⁸—agradeció Velen haciendo una reverencia.

El pobre hombre se fue más preocupado que tranquilo y los dos viajeros se subieron al avión.

En el interior se encontraron con el piloto, uno que no hizo preguntas ni se presentó.

—Tienen ropa ahí, agua, sangre sintética, comida... Y un botiquín —añadió al ver la mala cara de Daniel—. Haré una breve escala en Estambul para repostar y luego llegaremos a Narita sobre las dos de la madrugada. Estaré en la cabina y cuando tenga que comunicarme con ustedes lo haré a través del altavoz. Por lo demás, no me interesan las razones del viaje. Cobro por hacer mi trabajo y me lo han pagado bien. Ahora les ruego que se sienten y se pongan los cinturones para el despegue.

Se volvió a la cabina y la cerró.

Velen ayudó a Daniel a colocarse en su amplio asiento, al lado de una ventanilla. Luego hizo lo propio a su lado.

El chico lo tomó por la mano derecha y besó sus nudillos lacerados.

—Le diste bien a ese cabronazo.

—Es la primera vez que mato a alguien.

—Lo sé, Velen, y lo lamento.

—¿Cambiaría algo si te dijera que yo no? Aunque se me ha quedado muy mal cuerpo con todo lo que ha pasado...

Daniel lo miró a los ojos, hinchados por los golpes del sicario.

—En cuanto a mis sentimientos por ti... No, no cambiaría nada. Yo también quería matarlo, pero era demasiado fuerte para Jacob y para mí. Así que entre todos lo hicimos, no solo fuiste tú.

—Apreté el gatillo y no lo dudé. ¿Por qué no siento empatía?

—Porque impartiste justicia y eso no te hace mala persona. Además, la angustia que sientes sea probablemente la forma en la que lo exteriorizas. En el fondo sí te sientes mal por haber matado a ese individuo despreciable. Recuerda que asesinó a unas niñas y se jactó de ello...

—Tengo que ir asimilando la situación.

Mientras la aeronave se ponía en marcha en dirección a la pista de despegue, Daniel besó a Velen en los labios y este le acarició el cabello ensortijado.

—Daniel, te amo —gimió al declararle sus verdaderos sentimientos.

El chico lo abrazó con fuerza y se puso a sollozar.

—¿Qué he hecho yo para que me ames? Soy el crío más estúpido y prejuicioso del planeta. Un niño de veintitrés años que no sabe nada de la vida.

—Bueno, y yo soy como un crío de noventa, siempre diciendo tonterías. Pero la verdad es que te amo porque eres valiente, testarudo, bueno, no olvidemos que guapo y...

—Yo también te amo —le cortó—. Y quiero saberlo todo de ti, absolutamente todo. Así que cuéntamelo, por favor. Confía en mí...

Velen se quedó sin palabras, por extraño que pareciese. Lo único que pudo hacer fue asentir haciendo una mueca triste y abrazar con fuerza a Daniel mientras el *jet* privado comenzaba su despegue hacia Japón.



Gamanzuyoi

我慢強い

«Perseverancia y fortaleza a la hora de seguir adelante a pesar de las adversidades.»

Él la había dormido durante el viaje en avión, sin decirle en ningún momento dónde iba a trasladarla. No lo supo hasta que escuchó, aún en un estado de semiinconsciencia, el idioma japonés llegar a su cerebro. Al principio le sonó a algo incomprensible y reverberante. Después lo comprendió y se hizo la dormida, siempre alerta por si escuchaba algo en inglés que pudiera entender. Lamentablemente no fue así.

Barend no estaba allí con ella y lo prefirió, pues su mera presencia le producía sentimientos encontrados.

Hizo acopio del estoicismo y la resiliencia con la cual se había preparado como agente antiterrorista. Era una mujer aparentemente desvalida sobre una cama, atada de pies y manos, pero en constante alerta. Si simulaba debilidad puede que no la drogaran de nuevo. Si fingía sumisión, ellos acabarían por cometer errores que podría aprovechar en beneficio propio. Solo tenía que ser fuerte de cabeza, perseverante en mantener la paciencia y adaptarse ante cualquier adversidad.

Se concentró en el resto de sentidos que no fueran la vista. Escuchó atentamente cómo deslizaban su camilla hasta una habitación. Sintió revisar las ataduras, cómo le colocaban mejor el gotero y la forma amable de tapar su cuerpo con una sábana. En la estancia había calefacción, por lo que no parecían querer tratarla mal.

No movió los globos oculares cuando le apartaron los párpados para observar sus ojos con una molesta linterna y dejó el cuerpo inerte cuando la recolocaron en una posición más cómoda.

El olor que le llegó fue parecido al de un hospital, a productos de limpieza.

Dos hombres y una mujer continuaron hablando en japonés. Ellos se fueron y la mujer se quedó con ella un poco más, trenzando sus cabellos. Luego también se fue. Escuchó perfectamente cómo cerró por fuera con una llave.

A pesar de estar a solas no abrió los ojos. Conociendo ya a Barend lo suficiente, este habría mandado poner cámaras para vigilarla. No le quedó otra que ser paciente mientras no supiera qué pasaba allí.

Si estaba en otro país, como parecía ser, tendría que salvarse solita porque sus compañeros ya no podrían llegar a ella.



Los compañeros en cuestión aterrizaron sobre las dos y media de la madrugada en el aeropuerto internacional de Narita. Tal y como se les explicó, la señora Uchima los estaba esperando en la zona de vuelos privados. Tras una breve presentación y un par de reverencias,

los llevó a una sala vip para explicarles algunas cosas en su extraño inglés japonizado. Velen la entendió e incluso le respondió en japonés, pero Daniel se quedó patidifuso con la pronunciación.

—Aquí tienen sus pasaportes y la dirección del pequeño hotel donde estarán alojados. —Les tendió todo lo necesario, incluidas mascarillas y dinero en metálico.

—Tenemos que viajar a Osaka —indicó Velen mientras miraba su nueva identidad.

—En cualquier oficina de la Japan Rail podrán adquirir billetes de tren. Moverse rápido por el país no es ningún problema. Pero intenten no llamar la atención, se lo ruego. En especial usted...

—Miró al alû con desconfianza—. El señor Yukishiro está muy preocupado por su familia. La *yakuza* no se anda con tonterías.

—No se preocupe. Lo bueno de ser yo es que, con una mascarilla puesta, no se nota que soy un alû.

Dicho aquello tomó una y se la colocó. Daniel lo imitó. Como en el país era normal llevarlas estando enfermo, nadie se fijaría en ellos más de lo normal. Solo eran dos turistas viajando.

La señora Uchima les indicó que la siguieran, saltándose la zona de aduana y revisión de pasaportes. Tan solo llevaron consigo una maleta de mano donde metieron las armas de Daniel y bebida sintética para el alû. En Japón, lógicamente, no se comercializaba porque los alû tenían prohibido entrar. Curiosa singularidad ya que la YPC tenía sus dos sedes más importantes allí.

—Tienen mi número, pero solo llámenme cuando necesiten salir del país. Nunca antes, bajo ninguna circunstancia.

Caminaron hasta una zona de taxis. Se abrió sola la puerta de uno de ellos y Velen indicó a Daniel que se sentara.

—Así será. Gracias por todo.

Velen le hizo otra reverencia y se metió en el transporte al lado de Daniel. La portezuela se cerró sola. El alû le indicó la dirección al taxista en su propio idioma.

—¿Dónde has aprendido japonés? —curioseó Daniel.

—Viendo *anime*²⁹. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? No te rías... —respondió al notar que Daniel contraía el rostro bajo la mascarilla.

—Eres uno de esos frikis...

—Por supuesto.

El chico lo tomó de la mano y enlazó los dedos entre los suyos para luego apoyar la dolorida cabeza sobre aquel confortable hombro.

Durante el vuelo, Velen le contó infinidad de cosas sobre su infancia en la época nazi y la postguerra, en particular de todo lo que Agna hizo por él. También mencionó lo mucho que había aprendido durante su estancia en el Soho de Londres mientras apenas podía salir de casa. Los chinos los protegieron y escondieron en más de una ocasión.

No pudieron evitar sollozar ambos cuando Velen le explicó el momento en el que Agna comenzó a olvidarse de las cosas hasta que dejó de reconocer a su hijo adoptivo.

Velen se sentía entre dos aguas: era un alû repudiado por ser diferente y los humanos tampoco se fiaban de él o se empeñaban en tratarlo mal.

También le habló de sus relaciones frustradas, la de Gaétan incluida, y de lo muy frágil que se sentía al respecto. Al final todo ese sentido del humor estúpido y un ego fingido no eran más que máscaras para que nadie le dañase.

Tras sacar todo fuera, Velen se quedó agotado y ambos durmieron el resto del vuelo hasta

poco antes de llegar a Narita. En cuanto el piloto los avisó de que iba a iniciar el descenso, se asearon, curaron y alimentaron antes del aterrizaje.

—Sobre las siete de la mañana amanece en Tokyo, así que no podemos perder mucho tiempo en el hotel, tenemos que comprar los billetes de *shinkansen*³⁰ en dirección a Osaka.

Velen consultó las horas de salida a través del *smartphone*.

—¿Te tomarás la pastilla...? —susurró el joven en un tono de preocupación.

—He de hacerlo. Lo siento...

—¿Y si hacerlo te mata?

—Eso no va a suceder.

—No lo sabes.

Velen miró a Daniel en la oscuridad de la cabina, mientras el taxi continuaba su camino hacia Tokyo.

No, no lo sabía. Esa era la realidad.



Barend caminó de un lado a otro por la sala de reuniones de la Yoshida, en la planta cuarenta del edificio. Las luces nocturnas de Osaka se apreciaban a lo lejos, titilantes.

Miró el teléfono que acababa de utilizar. Al no tener noticias de Armin en tantas horas dio por hecho que algo se había torcido. Así que se puso en contacto con Noah. Pero este no supo responder a su pregunta sobre si sabía dónde estaba el sicario. Tras esperar con paciencia, Janssen le devolvió la llamada y le explicó que no constaba que hubiera sucedido nada de particular en las últimas horas, pero que en cualquier caso no quedaba ni rastro de Armin.

Barend consideró que aquel político pelele ya no le servía de nada, así que desde una dirección de email no rastreable mandó un mensaje muy revelador a una persona que agradecería el gesto.

Sembrar el caos, meter ideas raras en las cabezas de otros y luego manejarlos como muñecos era algo que lo divertía y desestresaba en momentos como aquel.

De pronto entró el señor Yoshida, un japonés de estatura media, no muy corpulento y de edad madura. Las canas asomaban en sus cabellos cortos y negros. La dureza de su mirada indicó que se trataba de un hombre seco, rígido, uno que fue criado para tener pocos escrúpulos a la hora de hacer negocios. Se le notaba a la legua el profundo desprecio que profesaba a los alú, pese a que toda su fortuna procedía de ellos.

Barend le odiaba con todas sus fuerzas, pero en esos momentos lo necesitaba vivo.

—Rothschild... —No hizo ninguna reverencia, simplemente se sentó en su butaca.

—¿Ya está todo preparado?

—Así es. Kim Ji-woo comenzará cuando usted dé el visto bueno. Pero ya es consciente de los posibles efectos secundarios... Han pasado muchos años, hemos avanzado tecnológica y científicamente, sin embargo...

—Conozco los detalles —lo cortó sin ningún tipo de reparo—. Procedan.

—¿Le da igual la salud de su mujer?

—Es muy fuerte, podrá con lo que le echen. Solo voy a darle lo que siempre ha querido.

—La anterior también era fuerte y un cáncer se la comió por dentro por todo este experimento caprichoso.

Barend contrajo el rostro.

—No es un capricho, es una necesidad. Y ahora, si me disculpa, me voy a hablar con el señor Kim.

Barend salió dando un portazo.

El japonés se quedó a solas y observó las mismas luces nocturnas desde el piso cuarenta de su rascacielos.

Lo que había empezado en aquel campo de concentración nazi donde llevaban a los alû a morir, había culminado en una exitosa empresa. Y eso le hizo sonreír de oreja a oreja.

La señora Kaur no le importaba en absoluto, pero que la Yoshida fuera reconocida como la empresa más importante del mundo, y la más rica, bien valía el esfuerzo de soportar las excentricidades de un miembro de la realeza alû. Esa soberanía estaba destinada a extinguirse.



En el pequeño hotel, Daniel y Velen estuvieron el tiempo suficiente para darse una ducha rápida, comer, beber un poco y descansar. Por fortuna tenían la estación de Ueno muy cerca, por lo que comprar billetes hacia Osaka no sería un problema.

Velen estaba sentado sobre la cama japonesa, solo vestido con un pantalón ligero. Miró la hora: las cinco de la madrugada. Luego sacó los blísteres que contenían las pastillas y le dio vueltas a uno de ellos.

Daniel se sentó al lado del alû. Lo tomó del rostro y le dio un beso en los labios, uno muy sensual.

Velen estrechó contra sí al joven, con sumo cuidado para no hacerle daño. Debajo del *yukata*³¹ tenía el cuerpo lleno de moretones. Le abrió la pieza de tela y acarició su pecho, su cuello y su rostro.

—¿Sabes? En japonés hay un concepto, una frase, que no tiene traducción específica en otros idiomas. Es *koi no yokan*. Significa que cuando dos personas se conocen, saben que se van a enamorar irremediablemente... No es que suceda en el momento, no es un flechazo. Es como si lo presintieran. Para mí, lo nuestro es *koi no yokan*...

Daniel le tomó del rostro y volvió a besarlo, pasando los brazos por encima de sus hombros desnudos.

—Aunque me costó aceptarlo por tu condición, reconozco que desde aquella primera noche en tu apartamento... me gustaste. A pesar de las tremendas tonterías que me dijiste.

—No quería que condujeras con una brecha en la cabeza. —Le tocó la zona donde se la hizo.

Daniel lo miró con afecto, sonriendo. Luego lo tumbó sobre el futón³² y lo ayudó a despojarse del pantalón. Se deshizo del *yukata* y se acomodó al lado de Velen, que lo tomó por la cintura.

Las erecciones de ambos se frotaron con urgencia, sus brazos se aferraron el uno al otro y sus piernas se entrelazaron. En la estancia tan solo se escucharon sus jadeos de deleite mientras se daban placer mutuo.

—Te amo —susurró Daniel sobre la boca de Velen, mordiéndole el labio inferior.

—Y yo a ti, mi amor... —jadeó de placer y le devolvió el mordisco haciendo sangrar la boca del joven. Lamió la sangre con urgencia, perdiendo los papeles, subyugándolo.

Daniel le permitió todo y no sintió dolor, más bien le excitó más aquel contacto. Pensar en que él le mordiera lo ponía a cien.

Velen bajó por su cuerpo dejando un reguero de besos y arañazos suaves, pequeños mordiscos y lametones. Degustó su verga dura desde la base hasta la punta húmeda. Al metérsela en la boca sintió palpar la sangre. Se afanó en ofrecerle el placer que el chico se merecía en aquella zona erógena de su cuerpo. Fue introduciendo los dedos en su ano, atravesando los anillos de la entrada y pulsando poco a poco.

Daniel contrajo los músculos del recto de puro placer, gimoteando, asido a los cabellos de Velen, apretando los muslos contra su cabeza y empujando la pelvis para que su verga se metiera más en la boca del alû.

Este se la sacó y le dio la vuelta. Observó con devoción aquel trasero prieto que temblaba.

Daniel arqueó la espalda, subió las nalgas y dejó que Velen contemplara los testículos hinchados y un pene cimbreante y duro.

—Joder... —fue lo único que el alû dijo antes de hundir el rostro allí para mordisquear y besar. Le metió el pulgar hasta el fondo y se afanó en preparar la zona.

—Fóllame ya, maldito vampiro... —gimoteó Daniel—. Métemela entera y córrete dentro mil veces.

Velen acercó el glande, húmedo y rojo por la excitación, para ir introduciéndolo a empellones. Fue tan placentero que jadeó con vigor. Comenzó a pujar con brío, asido a las caderas de Daniel, que ahogó su propio deseo sobre la almohada mientras se masturbaba con energía.

—Joder, sí... Sigue, fóllame...

Daniel tembló de gozo con cada empellón. Velen sí que sabía hacer bien aquello, darle exactamente en el punto exacto donde más le ponía.

De pronto, Velen se tumbó sobre él del todo aplastándolo contra el futón y Daniel sintió sus dientes en el hombro izquierdo, mordiendo con los incisivos.

—Dámelo, dame el beso de sangre, dámelo... —suplicó el chico—. Si me amas, dámelo... —Lo asió de su pelo oscuro para que no se apartara.

Velen se había estado conteniendo mucho y no quería hacer otra cosa que dárselo. Sabía que morderlo en el cuello lo mataría, así que cuando le escuchó darle permiso la sed se hizo insoportable y la excitación mucho más intensa.

—Perdóname... —le dijo antes de usar los caninos e hincarlos en ese hombro sexi. La sangre inundó su paladar como si de la melaza más deliciosa se tratase. De hecho, lo fue por todo su simbolismo.

Daniel aguantó el dolor inicial y pensó que podría acostumbrarse a ello sin problema. De hecho, Velen se dejó llevar tanto que lo empujó con mucha más potencia, sin contenerse.

El joven gimió de gusto al sentir toda aquella mezcla de placeres diversos y no pudo evitar eyacular sobre el colchón sin necesidad de masturbarse. Lo mejor fue que después del orgasmo peneano le llegó otro mucho más gozoso. Aquellas embestidas contra su punto G lo estremecieron.

—Dios mío... Velen... —jadeó casi sin respiración.

Este siguió chupando la sangre que manaba del hombro de Daniel, concentrado en ello. Un ramalazo de intensísima delectación atravesó todos sus genitales y acabó en una corrida tremenda dentro de su chico. Empujó varias veces más para llenarlo por completo y quedarse vacío.

Había sido el sexo más placentero de toda su vida ya que se habían unido el amor, el deseo y la sangre.

Apartó la boca de aquel hombro herido y se mordió a sí mismo en la palma de la mano. Pasó su sangre por encima de las incisiones y apretó con fuerza mientras Daniel intentaba recobrar el aliento.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho?

—Solo me siento un poco mareado, pero nunca he estado mejor... —murmuró satisfecho y con una sonrisa en los labios.

Velen se quedó tumbado sobre él, aún en su interior, esperando a que fueran cicatrizando las heridas. Luego le pondría una venda para que no se infectaran.

—Te quiero muchísimo —susurró el alû contra su mejilla enrojecida—. Estoy enamorado de ti y te elijo para siempre...

—Velen, yo también quiero darte el beso de sangre... Deseo compartir eso contigo. Sé lo importante que es para ti y siento que es lo que de verdad me gustaría hacer.

Velen lo sopesó considerando que tenía razón.

Se apartó con cuidado, atrajo hacia sí al chico y después se llevó la muñeca a su propia boca manchada. Se clavó los colmillos con fuerza y luego le ofreció su sangre a Daniel.

Este tomó el brazo de Velen y, sin dudar, comenzó a succionar el flujo que manaba de sus venas. Le supo bien, a metal salado, por raro que pareciese. Aquella sangre no era distinta de la suya propia, pese a que lo vigorizó.

La sangre de los alû mejoraba a los humanos y la de los humanos a los alû.

—¿Bien? —indagó Velen—. No creo que notes nada de particular a parte de recuperarte más rápido.

—Es tuya y es suficiente para mí.

—Pues tú sabes demasiado bien. No sabría explicarlo...

—Ahora estamos juntos de verdad, somos una pareja real. Cuando volvamos dejaré de ser cazavampiros, aunque eso afecte a mi padre...

—¿Harás eso por mí? Entonces te cuidaré toda la vida.

Daniel asintió con la cabeza y Velen lo besó. La sangre de ambos se mezcló en sus bocas.

—Es hora de ducharnos e irnos... —El gesto del chico fue de pura preocupación.

—No me pasará nada por tomar las pastillas... Soy un tipo fuerte. Creo que te lo he demostrado con creces. —Sin embargo, ni él se creyó aquello. Los nervios le comieron las entrañas.

Daniel asintió intentando sonreír, pero la desazón por su salud no desapareció.

Todo fueron incertidumbres para ambos.



Indira se mantuvo en una aparente duermevela. Algo le habían metido en el cuerpo, probablemente tranquilizantes suaves, pero no lo suficientemente fuertes como para dejarla sin conocimiento.

Sintió el cuerpo de Barend sentarse a su lado y luego su mano acariciarle la mejilla izquierda. Indira tuvo que aguantarse para no darle una dentellada.

—Eres perfecta para esto... —musitó él—. Fuerte y vigorosa.

Al final entreabrió los ojos y lo miró con inquina.

—¿Dónde me has traído en contra de mi voluntad y drogándome? —gruñó.

—A Osaka. Aquí están las oficinas más importantes de la Y...

—La Yoshida —lo cortó con rudeza—. ¿No ves que tu puto experimento no tiene ni pies ni cabeza? ¡No hemos tenido hijos de forma natural, Kyle, Barend o como coño te llames! ¡Así que no vamos a tenerlos por otros medios porque es imposible!

Barend se puso en pie sin responder y fue hacia la puerta, la abrió y dejó pasar al señor Kim. Este llevaba una bata blanca encima de una especie de ropa médica.

—Buenos días, señora Kaur. La vamos a llevar al quirófano.

—¿Para qué?! —Las ataduras que sujetaban sus extremidades se tensaron.

—Ya te lo dije —respondió Barend—. Vamos a ser papás.

—¡No podemos! —gritó a pleno pulmón—. ¡Se te ha ido la puta cabeza!

Kim Ji-woo inyectó algo en la vía de Indira.

—Se lo voy a explicar con un ejemplo, señora Kaur: al principio se creía que los *homo sapiens* y los neandertales no se cruzaron genéticamente a pesar de que se daba por hecho su apareamiento. Con el tiempo se demostró que sí tuvieron descendencia y hay restos de su linaje en nosotros. En cuanto a lo que nos atañe, durante muchos años estuvimos haciendo pruebas genéticas a diversas etnias del *homo sapiens sapiens*, y también investigando el genoma del *homo sapiens carensis* con la intención de cruzar el material genético. Pero el problema de procreación que sufren los alû ha dificultado que se dé de forma natural incluso entre ellos. No nacen niños alû desde hace más de setenta años.

Indira respiró con fuerza y luego miró a Barend, que le dedicó una sonrisa amable y condescendiente.

—Tras hacer varias pruebas genéticas, determinamos que la etnia india era la más propicia para experimentar.

—¡Así que por eso me elegiste! ¡Pedazo de cabrón! —Indira le gritó a su marido—. Me sedujiste para que llegara este día. ¡Eres repugnante! ¡Toda nuestra relación ha sido una mentira!

—Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Te elegí porque eras india, es cierto, pero quería poder procrear contigo de forma natural.

—¡No somos compatibles! ¿Qué parte no comprendes? ¡Aunque me hagáis una inseminación artificial!

—En eso está equivocada, señora Kaur. El linaje Rothschild ya tiene composición genética del *sapiens sapiens* —la cortó el científico—. Así que sí pueden procrear con humanos. De hecho, existe un espécimen vivo que lleva la mezcla perfecta.

Ella miró a Kim Ji-woo con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo? —Luego giró el rostro hacia Barend.

—Es Velen —le confesó su marido.

—¿Velen? ¿Pero cómo es eso posible? —No dio crédito—. ¿Por eso ya sabías tanto de él? ¿Has matado gente para atraerlo?

—No tiene nada que ver. Lo de Velen ha sido una casualidad muy desafortunada. Hace meses que yo ya sabía que te traería a Osaka para inseminarte. Y si no funciona, lo haremos *in vitro*.

—¡Hijo de perra! ¡Malnacido! ¡Soy una mujer, un ser humano, una persona! ¡No un puto experimento de un príncipe loco!

—Empiece —dio la orden al científico.

—No queremos drogarla más porque es contraproducente, así que tranquilícese, señora Kaur.

—¡Y una mierda! —pateó con fuerza e intentó zafarse de las bridas que la ataban a la cama—. ¡No me pienso abrir de piernas sin oponer resistencia! ¡Esto es una violación!

Barend perdió la paciencia y la agarró por el cuello con fuerza. Indira se quedó quieta de inmediato, asustada.

—Tuve una hija, ¿sabes? Se llamaba Valeria. Los nazis la mataron siendo un bebé. Seguramente se la arrebataron a Mina e hicieron barbaridades con ambas... —La voz le tembló.

Indira tragó saliva con dificultad. Conocía la historia de Mina, pero no la de Valeria. Al pensar en el bebé se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Siento lo de tu hija... —gimió—, pero no es justo lo que quieres hacer conmigo.

—Hubo otra mujer antes que tú. La amé, no como a Mina, pero la quise. Y casi lo conseguimos, casi tuvimos un hijo... Pero no cuajó... Y después se murió de cáncer. Aunque no

lo creas, a ti también te amo y deseo que seamos padres.

Barend soltó el cuello de su esposa y se apartó. Tenía el rostro desencajado por los terrible recuerdos.

Indira quiso ser fuerte y no sollozar, pero fue incapaz. Ella también hubiera querido tener un hijo, aunque no de aquella forma tan horrible. Cuando conoció a Kyle, al hombre que sí amó, renunció a la posibilidad. Pero no sabía que ese alû era un invento y que detrás se escondía un individuo tan roto que se había vuelto loco del todo.

A pesar de eso, pasara lo que pasara, sería una mujer fuerte.

Entraron varios sanitarios y movieron la cama para llevarla hasta la sala de fecundación.

Barend caminó a su lado.

Ella lo miró y le hizo una pregunta:

—¿Quién es Velen?

—La prueba viviente de que una mujer humana sí puede gestar a un alû. La prueba de que los míos no tienen por qué desaparecer y hay esperanza.

—No te he preguntado eso. —Indira cerró los ojos y apretó los dientes.

—Es mi hermano.



Bajo el sol de oriente

Velen se tomó la primera pastilla una media hora antes de que él y Daniel se lanzaran a la aventura de salir a pleno día.

A pesar de poseer la peculiaridad de que la luz natural no le afectara hasta el punto de quemarle la epidermis entre horribles sufrimientos y llagas supurantes, el alû se preparó a conciencia: ropa de invierno que no dejara pasar la luz, bufanda, mascarilla quirúrgica, gafas de sol oscuras, un gorro y guantes de cuero. Era lo que Gaétan le había dejado en el avión.

Daniel también se puso aquella ropa, pues no tenía otra a parte de la casaca manchada de sangre. Evidentemente no podía caminar de esa guisa por las calles de Tokyo.

—Por fortuna está nublado —informó el chico antes de coger a Velen por la enguantada mano e insuflarle ánimos—. ¿Vamos?

—Adelante.

—Al más mínimo dolor que sientas, nos volvemos al hotel. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —mintió. No pensaba cejar en su empeño de encontrar a Indira, costase lo que costase y sufriera lo que sufriera para conseguirlo.

Se despidieron amablemente del personal del hotel, con reverencias y agradecimientos, para echarse después a la calle.

A pesar de ser tan pronto, la vía pública ya estaba llena de hombres y mujeres de negocios que se disponían a comenzar su jornada laboral, o de gente que se desplazaba en bicicleta.

—¿Notas algún picor? —indagó Daniel mientras caminaban en dirección a la estación de Ueno, la cual podía verse a lo lejos de la avenida, junto a una gran intersección.

—No siento nada, aunque parezco una momia —bromeó—. ¿Sabes que Nefertari, la esposa de Ramses II, fue una alû?

—Siempre soltando datos irrelevantes en los momentos de mayor tensión —se rio de Velen. Aquello le encantaba de él. Sabía que era un mecanismo de defensa cuando estaba alterado.

Los japoneses los miraron como si nunca hubieran visto a extranjeros. Daniel no llevaba la mascarilla, así que debió llamarles la atención la cicatriz que le cruzaba el atractivo rostro.

Se adentraron en la amplia y bulliciosa estación de Ueno y compraron, sin mayor problema, billetes para viajar a Osaka durante esa misma mañana. Tomaron después la Yamanote Line para poder acercarse hasta la estación central de Tokyo, desde donde cogerían el tren bala en dirección a Osaka.

Al llegar al andén hicieron la cola con diligencia, pues los nipones eran extremadamente ordenados. Consiguieron meterse a presión en el vagón. Daniel se vio aplastado contra unos cuantos japoneses que intentaron no importunarlo, pero Velen lo asió por la cintura y se sujetó a la barra de la parte superior. Era el más alto de los presentes.

—No me gustan los tokiotas, son bastante feos —comentó el alû.

—¿Por qué te estás fijando en ellos? —Daniel frunció el ceño, celoso. Solo quería que tuviera ojos para él.

—Soy observador. Pero no te preocupes, tu belleza sinigual opaca la de cualquier otro hombre. —Aumentó la presión sobre aquella cintura, codicioso.

Daniel suspiró sin poder evitar sonreír como un adolescente enamorado por primera vez. En realidad, Velen era el primero en todo y quería que fuera el único y el último. Conociéndolo tendería a hacer alguna de sus barbaridades, así que estaba allí para ocuparse de que no le pasara nada.

No tardaron en llegar a la estación de Tokyo, por lo que salieron en tropel junto a la gran cantidad de gente y se apresuraron a buscar la lejana vía desde donde tomar el *shinkansen*. Daniel se dejó guiar, aunque todo estaba escrito de forma que se podía leer aun siendo extranjero.

Acudieron a la vía, que por fortuna estaba bajo tierra, y esperaron a poder subirse a su respectivo coche. Fue todo bastante rápido y eficiente. Ocuparon sus amplios y cómodos asientos y el tren partió con una puntualidad suiza.

Al salir a las vías exteriores, entró el sol de la mañana con bastante intensidad, pues se había despejado el cielo. Daniel se asió al brazo de Velen cuando este se quitó las gafas y miró por la ventana sin apenas pestañear.

—¿Te molesta?

—Nada... —Luego giró el rostro hacia él—. No me molesta la luz.

Se bajó la mascarilla un momento y sonrió al chico. Este le devolvió la sonrisa y rozó su epidermis con los dedos, comprobando que seguía lisa y sin quemaduras o llagas.

Se hubieran besado de no estar mal visto en una sociedad como la japonesa, así que se conformaron con cogerse de la mano de forma discreta durante el resto del viaje.

Durante las casi tres horas que duró el recorrido, Daniel durmió de puro cansancio y Velen disfrutó, de alguna forma, del calor del sol en su rostro y en sus manos sin que este le quemase. Ojalá el efecto fuera perpetuo, ojalá fuera un humano corriente y no un alû, para poder vivir con normalidad junto a Daniel.

Aprovechando que el joven estaba descansando, sacó un bloc de notas y buscó por Internet toda la información posible sobre el edificio de la YPC que estaba en Osaka y que funcionaba como el central y más importante de todos. Allí se encontraban los laboratorios. Al mando de todas las investigaciones, pruebas y resultados de la YPC estaba el científico Kim Ji-woo, el cual llevaba trabajando para la empresa los últimos cuarenta años de su vida.

Gracias a este podía soportar la sed de sangre, alimentarse sin hacer daño a nadie y... disfrutar de la luz del sol.



Indira se despertó poco a poco. La habían trasladado a una estancia mucho más agradable, con vistas a la ciudad. El sol entraba suave por la ventana y no la deslumbró.

Se dio cuenta de que ya no estaba atada a la cama, ni llevaba vía, así que se irguió rápidamente. Tal y como supuso, la puerta permanecía cerrada a cal y canto y las ventanas eran fijas. Aunque hubiera intentado escapar, hubiese resultado imposible no matarse en el intento al estar en un piso tan alto. De hecho, pudo ver el castillo de Osaka en la lejanía, rodeado del foso y un extenso jardín.

Se dio la vuelta y revisó bien la estancia; no tenía nada de particular: una cama, una mesilla

vacía, una botella de agua de plástico y una cámara en el techo que vigilaba cada uno de sus movimientos. Anduvo hasta quedarse bajo ella.

—Tengo hambre —dijo sin más. Luego se volvió a la cama y se sentó a esperar.

El propio Ji-woo abrió la puerta y dejó pasar a una enfermera con una bandeja de comida. La mujer la depositó sobre la mesilla, le hizo una leve reverencia y salió.

El hombre, en cambio, se quedó con Indira y la observó comer con avidez el plato de *ramen*³³ que le habían preparado con todo lo necesario para que se alimentara en condiciones.

Ella sabía que no podía hacer nada con la bandeja, ni el bol de plástico, tampoco con los endeble palillos, así que al terminar lo dejó todo sobre el pequeño mueble y se bebió el agua de la botella.

—¿Ya está hecho?

—Así es, señora Kaur. Preferimos dormir la por completo evitando que se pusiera tensa.

—¿Y cuándo se sabrá si estoy embarazada?

—Dos semanas. Se basa en medir la hormona beta-hCG. Antes podría dar falso negativo, así que es absurdo hacer la prueba...

—Absurdo es creer que, por meterme el semen directamente, me vaya a quedar preñada —lo cortó—, cuando ni siquiera se me ha hecho un tratamiento.

—Señora Kaur, Barend sí le dio un tratamiento de estimulación ovárica. Lo produjimos directamente aquí y se lo iba metiendo en el té de jazmín que tanto le gusta consumir ya que no podía pincharle los fármacos. En eso hemos sido pioneros —añadió con orgullo.

Indira sintió que la furia le subía desde el estómago hasta las sienes, haciendo que se le enrojeciera el rostro color caramelo.

—Será hijo de... —Se contuvo.

—Todo ha sido muy precipitado. Sin embargo, he de decirle que sus óvulos han madurado muy bien.

Indira comenzó a comprender las razones de que llevara tiempo con hinchazón abdominal y un humor de perros.

—Así que voy a estar aquí dos semanas, como poco, encerrada como una condenada a muerte. ¡Todo para nada! Porque no habrá embarazo que valga. Si no me he quedado encinta de forma natural... —Se echó a reír, desquiciada.

—Ahora le vamos a ir administrando progesterona exógena. Eso ayudará a que el posible embrión se implante y salga adelante. En cuanto a lo otro que ha mencionado, también hemos tratado a Barend para que su semen sea de mejor calidad y los espermatozoides más abundantes y sanos.

—¿Y si me quedo embarazada? —inquirió.

—Pasará aquí los próximos dos años, gestando.

—¿Cómo?! —exclamó poniéndose en pie, asombrada.

—Calculamos que sería un embarazo muy lento, de entre 24 a 27 meses. Las hembras alú gestan durante cuatro años, así que duraría menos al ser una mezcla genética. O al menos así fue con Velen por lo que nos contó Barend.

A la mujer le temblaron tanto las piernas que se tuvo que sentar. Tragó saliva y se agarró con fuerza a la cama. La cabeza le dio vueltas.

—Es una puta locura. ¡Y yo soy un conejillo de indias!

—Solo hago mi trabajo, no es nada personal. Me pagan para crear fármacos y cosméticos. Soy el

mejor, así que aquí llevo toda mi vida... —en su tono de voz hubo un deje de hastío que no pasó desapercibido para Indira.

—¿Y usan a alû y a humanos para experimentar? ¿A animales también?

—Así es.

—¿No siente ningún tipo de empatía, vergüenza o remordimiento?

Ji-woo estuvo callado unos segundos.

—Me pagan para no sentir nada. Además, gracias a mí los alû pueden vivir sin beber sangre humana, anular sus instintos predatorios y ahora podrán caminar bajo la luz del sol sin morir agonizando. Mi meta es crear una medicación que les permita hacerlo todos los días. Ahora mismo está en fase experimental.

—¿Experimental?

—Nuestro presidente ha decidido sacar a la venta estas pastillas a pesar de mis advertencias.

Indira se quedó estupefacta. El poder y el dinero eran lo único que primaba en el mundo. Todo lo demás carecía de valor.

—Barend ha dicho que Velen es medio humano. ¿Es verdad?

El hombre asintió.

—Y no es el primero, solo que los alû los mataban al nacer al considerarlos aberraciones, o a la madre mientras estaba embarazada. Solo pueden procrear los hombres alû con mujeres humanas. En especial en la familia Rothschild se dio en diversas ocasiones, por lo que tengo entendido. Barend lo tiene todo muy bien documentado y Velen es el único espécimen vivo y en plenas facultades físicas y psíquicas.

—¡Velen no es un espécimen! Es un ser humano. ¿O es que no se da cuenta de lo que está diciendo?

—Me pagan por hacer mi trabajo, ya se lo he dicho. Soy científico y me interesan los resultados.

Indira se dio la vuelta y se hizo un ovillo sobre la cama.

Ji-woo dio por concluida la conversación. Tomó la bandeja con los restos de la comida, observó la cámara que hacía las veces de «Hermano Mayor»³⁴, y se fue cerrando tras de sí.

Ya fuera, en el pasillo, apretó la bandeja con fuerza y miró hacia la habitación de Indira. Cerró los ojos y frunció los labios.

Estaba harto. Harto de ser un esclavo de la Yoshida, del déspota de su presidente y encima de Barend y sus locuras absurdas. Si esa pobre mujer secuestrada se quedaba encinta, iba a ser un milagro. Ojalá pudiera hacer algo por ella, porque si al final no conseguían que tuviera un hijo acabaría como la anterior: muerta por cáncer de ovarios tras tantos intentos y tratamientos inservibles.

Y todo porque Velen Rothschild nació sano y salvo. Barend se había agarrado a ese hecho como a un clavo ardiendo.



Al mismo tiempo pero en Londres, Oliver Lennox, acompañado por Jacob, anduvo hacia el palacio The House, propiedad del Gran Maestre de la logia de Inglaterra. Le habían dado el alta a regañadientes, con la promesa de que no se alterara de nuevo. Oliver consideró, tras hablar con la comisionada, que podía ir a ver a Sir George, aunque fuera de madrugada, mientras no lo hiciera solo. Por ello lo acompañó Jacob.

El joven llevaba el brazo en cabestrillo. Gaétan y Eres lo habían tratado muy bien. De hecho,

se había quedado fuertemente impresionado con el francés de aspecto asiático del que Daniel ya le había hablado. En todo momento lo trató con empatía, cuidado y diligencia. Ardía en deseos de volver a verlo, pero ignoró si eso volvería a suceder en alguna ocasión. Rezó para que sí, porque menudo hombre.

En cualquier caso, debía centrarse en ayudar a su Gran Maestre. Estaban allí en «son de paz», aunque con el carácter de Oliver podría pasar cualquier cosa. Ojalá no le diera otro paro cardíaco.

De pronto los alcanzó el bueno de White, en calidad de representante de la ley en el que se podía confiar plenamente. Iba en su coche y los instó a subirse para entrar todos juntos como un equipo unido.

Llegaron a la garita de entrada y el de seguridad se quedó sorprendido. Sin embargo, hizo una llamada en cuanto White le enseñó su placa y los tres hombres no tardaron en adentrarse en la extensa propiedad.

Al llegar a la entrada principal, Gordon Byrne los estaba esperando en la puerta vestido con pijama, bata y babuchas, además de llevar puesta la careta de la sorpresa. Por dentro estaba muy alarmado, pero intentó aparentar extrañeza.

—Señores, ¿ha sucedido algo?

—¿Nos permite pasar, sir George? —preguntó White—. Tenemos que comentarle unas cosas de vital importancia.

—Faltaría más. Entren, hace mucho frío. Vayamos a una salita que tiene calefacción.

Los llevó él mismo hasta ella, pidiendo a su servidumbre que volviera a sus estancias y no se preocupasen de nada.

Ya en la pequeña sala, los instó a tomar asiento en un sofá de terciopelo. Él se sentó en una butaca.

—¿Quieren algo de beber? Aquí solo tengo el mueble bar, no les puedo ofrecer otra cosa.

—No, gracias —rechazó el agente.

Para Sir George no pasó desapercibida la manera en la que Oliver lo miró. Se intuía desprecio en sus pupilas.

—B-bueno... ¿Ha pasado algo?

—Eso deberíamos preguntártelo nosotros a ti —respondió Oliver—. ¿Ha pasado algo?

—No te entiendo.

—Sir George. ¿Ha tenido noticias del alcalde? —indagó White.

—No, la verdad es que no. Pero no entiendo la pregunta...

—Como miembros de la Gran Logia de Inglaterra, entiendo que están en constante contacto —adujo White.

—Su mujer me dijo que estaba enfermo —respondió—. Es todo lo que sé de él.

—¿No decías que no habías tenido noticias...? Pero sabes que está enfermo —habló Oliver en tono agresivo.

—P-porque no entendía la pregunta. ¿Le ha pasado algo? —Tragó saliva. Aquella gente sabía cosas.

—Sir George, el alcalde está muerto. Se quitó la vida delante de mí tomándose una pastilla —lo ilustró White—. ¿Usted también tiene una?

George comenzó a sudar y se puso pálido, quedándose congelado en su asiento. No hizo ni un solo movimiento. Su pastilla estaba en el cajón de una mesilla, muy lejos de él, así que no la podía usar. Tampoco quería hacerlo. Él no era tan idiota.

—No entiendo nada, no sé de qué me habla —contestó.

Oliver se puso en pie, justo delante del hombre.

—Los principios fundamentales de la masonería son la tolerancia mutua, las buenas costumbres, el estudio de la moral, la solidaridad, el espíritu de la fraternidad, vivir honradamente, practicar la justicia, obedecer las leyes, amar a los semejantes, dar buen ejemplo... —Oliver las fue enumerando—. ¿No te avergüenza habértelas saltado todas?

—¿Cómo?

—¿No te avergüenza habértelas saltado todas?! —reiteró con fuerza—. ¿Te crees que nos chupamos el dedo? ¿Qué ignoramos que no tienes nada que ver en la muerte del Gran Maestre? ¿Qué Velen es estúpido y no iba a averiguarlo?

—¿Me estás acusando de algo?! ¿Cómo te atreves? ¿Quién te crees qué eres?

White se puso en pie y sacó las esposas.

—Queda detenido por estar involucrado en los asesinatos del duque de Kent y Glena Craig. Dese la vuelta —indicó mientras cerraba las esposas alrededor de sus muñecas.

—¡No he matado a nadie! ¡Llamaré al primer ministro! ¡Esto es...!

Oliver le pegó un bofetón que lo dejó sin palabras.

—Te callas. Claro que sí lo has hecho y estás jodido. Eres una vergüenza para la masonería.

Al hombre le fallaron las piernas y White tuvo que sujetarlo.

—Sir George, olvídense de abogados —le susurró en el oído—. El rey está al tanto de todo, así que no tiene salida posible.

El sir se puso a sollozar de agonía al verse atrapado. Todo su mundo de riqueza y poder se vio destruido. En ese momento deseó tener la pastilla. Si la justicia no lo destruía, lo haría el hombre que estaba por encima de ellos. Le mandaría al brutal asesino.

—¡Hablaré! ¡Daré datos y nombres! —exclamó—. Necesito protección. —Tembló.

—Ya tenemos todos los datos y nombres, no nos hacen falta.

White le obligó a salir y casi lo arrastró hasta el coche ante la mirada estupefacta del personal.

—¡Me matarán! —chilló Sir George con desesperación.

—¿En serio? Qué pena... —añadió Oliver sin el menor atisbo de empatía por el miserable destino que le esperaba a aquel traidor.

Jacob y él observaron cómo White se lo llevaba detenido.

—Qué tipo tan despreciable —comentó el joven.

—¿Sabes algo de mi hijo? —cambió de tema de forma radical.

—No, nada... Hay nueve horas de diferencia, allí será de día. Me imagino que ya estarán en Osaka.

—Jacob...

—¿Sí?

—¿Velen y mi hijo mantienen una relación sentimental?

Jacob tragó saliva.

—No creo que yo deba ser el que conteste a esa pregunta.

Oliver lo miró sin juzgarlo. Palmeó su hombro y le hizo un gesto para iniciar la vuelta a su logia.



En Osaka hacía buen tiempo y el cielo lucía despejado. Velen se quitó los guantes y el gorro al comprobar que no pasaba nada, pero continuó llevando la mascarilla para que nadie viera sus colmillos.

Llegar en taxi hasta la Yoshida fue muy sencillo. Se apearon y observaron el altísimo edificio, que hacía un efecto espejo gracias a los ventanales, ubicado junto a la bahía. En la cúspide había un observatorio para que los turistas y visitantes pudieran otear la ciudad desde todos los ángulos, lo cual era algo muy interesante pues les permitiría entrar

Sin embargo, aquel día estaba cerrado al público. Tendrían que tener paciencia y esperar al día siguiente.

—Ya es mala suerte que justo hoy sea el día de cierre al público —gruñó Daniel—. Nos habría servido para trazar un buen plan.

—¿Crees que en alguna parte de este edificio están Barend e Indira? —murmuró Velen mientras observaba la entrada al lugar.

—Aquí el genio eres tú, seguro que tienes tus razones para creer que sí. No creo que Armin mintiera.

—Cuando no os quería tanto, cuando estaba solo en la vida, todo era más sencillo... —filosofó—. Ahora me he vuelto estúpido y hago las cosas por instinto, sin pararme a pensar con detenimiento.

—Qué dramático. —Daniel sonrió—. Eso es ser humano, no caminar bajo la luz del sol.

El alû le miró y luego tocó su mejilla. Entonces se dio cuenta de que la dermis de la mano se le estaba enrojeciendo. Se colocó los guantes y carraspeó. No le dijo nada a Daniel, pero supo que la pastilla ya no le estaba haciendo el mismo efecto. Era poco duradero. Por fortuna, el sol se pondría sobre las cinco, así que solo tendría que fingir durante poco tiempo.

—Quédate aquí, voy a ver si consigo entrar aunque sea hasta el vestíbulo —observó tras ver que entraban y salían diversas personas con sus pases colgados del cuello.

Velen cruzó la calle ante la mirada nerviosa de Daniel. Este vio al alû conversar con una azafata que estaba en la entrada. Tras varios ademanes de agradecimiento y sonrisitas por parte de la joven, Velen se adentró.

El joven estuvo alrededor de quince minutos a la espera, nervioso. Perder de vista al alû no le hizo nada de gracia. No obstante, apareció de nuevo y agradeció con reverencias la amabilidad de la señorita. Esta, de forma discreta, le echó una buena mirada a Velen.

—¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado si estaba permitida la entrada hoy, y me ha dicho que solo para observar el gran mural de la Yoshida que hay presidiendo el vestíbulo, pero que hasta mañana a las nueve no se puede subir al mirador de la planta cincuenta.

—¿Qué mural es ese?

—Es una reproducción perfecta de *La gran ola de Kanagawa*, de Hokusai. Te sonará porque es azul y se ve el Fuji de fondo...

—Es muy reconocible, sé cuál es. Ve al grano —demandó exasperado.

—Me he hecho un poco el extranjero tonto, ya sabes, así que no han sido muy duros conmigo cuando me han tenido que cortar el paso hacia los ascensores para trabajadores. Esos van a las diversas plantas, las oficinas y los laboratorios. El otro sube directamente hasta el mirador sin paradas de por medio. En el propio mirador hay una exposición permanente sobre la historia de la empresa, por lo que nos podremos ir moviendo sin despertar sospechas.

—Pero tendrán escaleras y salidas de emergencia. ¿Las has visto?

—Sí, ocultas a la vista tras unas puertas. Es de suponer que, quien tenga espíritu, puede subir y bajar por ellas. Y han de estar conectadas con el mirador también. Por lo que averigüé mientras dormías en el tren, hace unos años hubo un terremoto y se abrieron las puertas de emergencia de

forma automática para que la gente pudiera bajar. Forma de acceder hay... —En su mente empezó a forjarse un plan.

—¿Y cámaras de seguridad?

—Por todas partes.

—Normal tratándose de la sede central...

—No podemos hacer nada más por hoy. Será mejor que busquemos un hotel y cenemos en condiciones. Esta noche iré trazando un plan, pero te aseguro que conseguiremos acceder a la zona restringida como sea. Solo espero que Indira siga aquí, hemos perdido mucho tiempo... —Velen echó la cabeza hacia atrás y observó aquel edificio tan alto. La luz lo molestó, por lo que se colocó las gafas de sol para que Daniel no lo notase.

—Me temo que es algo que tendremos que averiguar en la práctica —apuntó Daniel.

Caminaron hacia el metro más cercano. Velen tuvo la imperiosa necesidad de adentrarse en el subsuelo.

Anduvieron por las galerías inferiores de Osaka en dirección a la zona de Dotonbori. Seguro que por allí encontrarían un hotel disponible y podrían cenar en cuanto se pusiera el sol, tal y como había investigado Velen.

—No entiendo —comenzó a decir el joven masón— por qué los japoneses no admiten a los alû.

—Son un pueblo muy cerrado. De hecho, a los alû de ascendencia oriental los mataron durante el periodo Edo a pesar de ser una época de cierta paz... En fin, paradojas, ¿no te parece? No nos quieren, pero se nutren de nuestras necesidades. ¿Quiénes son aquí los depredadores?

Daniel asintió. Cada vez entendía mejor a los alû, pero no había que olvidar lo peligrosos que resultaban. Barend era un ejemplo temible. Para colmo contaba con todo tipo de inmunidad por ser de la realeza. Acabar con él era la única forma de detenerlo.



El efecto dominó

»Londres - 10:15 - Domingo (UTC+0)³⁵

En el edificio del MI5, Hoban y Dickens observaron a Sir George, que seguía en bata y chinelas, a través del espejo espía. Lo tenían en una sala de interrogatorios pequeña, con la calefacción a tope y sin una miserable botella de agua.

El banquero estaba sudando y el pelo grisáceo se le pegaba a la frente. Seguía llevando las esposas a la espalda y lo habían atado a una pata de la mesa por medio de un grillete que oprimía su tobillo derecho.

—Míralo, tiembla como lo que es, un cobarde asqueroso —escupió Hoban—. Y ahora pide clemencia. Me dan ganas de golpearlo.

—Colaborar no va a servirle de nada a efectos judiciales, pero podemos jugar un poco con él y que cante como un loro.

—Hacer de poli malo se me da genial —sugirió Hoban.

Temperance sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que conectaba ambas salas. Las dos pasaron al otro lado.

Sir George las miró. El sudor le resbaló por las flácidas mejillas mientras la comisionada tomaba asiento.

—¿Tiene sed, sir? —Le plantó ante las narices una enorme botella de agua fría.

—Sí... —El hombre sintió la imperiosa necesidad de bebérsela entera.

Temperance abrió la botella y lo ayudó a succionar el preciado líquido. Mientras tanto, Hoban se cruzó de brazos y lo miró con su mejor cara de amargada. Golpeó la mesa con la mano abierta, tan fuerte que el hombre pegó un respingo y se atragantó.

Ella le dio unas palmaditas en la espalda y, de paso, en la nuca.

—¡T-tengo derechos! ¡Quiero que venga mi abogado! —exigió entre toses.

—Lo hemos llamado, no se preocupe —aseguró Dickens.

—Permaneceré en silencio hasta que venga y me indique qué he de hacer.

Los minutos pasaron sin que apareciera el letrado, poniendo más nervioso al masón. Hoban, esa mujer tan horrible, lo miró como si quisiera pegarle un tiro. Y la comisionada leía unos papeles sin hacerle el menor caso. El calor lo estaba matando, tenía la urgente necesidad de orinar y seguía muriéndose de sed. Se planteó lamer el agua derramada sobre la mesa.

—Quiero ir al baño.

—Cuando venga su abogado —respondió Hoban.

—Deme más agua, p-por favor... —demandó a Temperance.

Ella levantó la vista de los documentos pero no movió un músculo.

—Aquí dice que usted adquirió recientemente una gran cantidad de acciones de la YPC. También se encargó de que lo hicieran la señora Young y la señorita Ferragni, a las que se les

concedió un préstamo bancario para su negocio de cremas milagrosas, en colaboración con la Yoshida. ¿Algo que alegar al respecto o esperamos a su abogado?

—Fue todo legal.

—No lo pongo en duda. Pero ¿quién los puso en contacto? Dijo que colaboraría, que daría nombres.

—Sin mi abogado no pienso hablar. —Se envalentonó.

Temperance bebió de la botella y se la terminó. A Hoban casi le dio un ataque de risa al ver la cara del hombre.

—Necesito ir al baño.

—Cuando venga su abogado —reiteró Hoban.

—¡No lo han llamado! ¡Están vulnerando mis derechos como ciudadano británico! ¡Nada de esto valdrá en un juicio! —Se exasperó con la vejiga a punto de explotar.

—¿Llamaste a su abogado, Hoban?

—No me acuerdo, comisionada.

—¡Joder! —El hombre sintió su propia orina mojarle el pijama y bajarle por las piernas. Un charco amarillento empapó sus babuchas.

—Bueno, arreglado el asunto de ir al baño.

—Las denunciaré, las destruiré... —sollozó sintiéndose miserable.

Hoban dio otro potente manotazo a la mesa.

—¡Se acabaron las tonterías! ¿Quién le puso en contacto con el resto de hijos de puta asesinos de niñas?

Sir George la miró horrorizado.

—No sabía que llegarían tan lejos...

Temperance se puso en pie y le enseñó las fotos de las dos criaturas sobre la cama. El hombre cerró los ojos con fuerza.

—¡Pero es cómplice! —Hoban le gritó con furia—. ¡¿Quién es el responsable de esas muertes?!

—Es el p-primer ministro. Quería quitarse de en medio a Aveline Auttum.

—¡Una forma muy democrática, sí señor! ¡Cargándose a sus hijas!

—Yo solo tenía que... Que conceder ese préstamo y conseguir acciones de la YPC para todos. A cambio, me prometieron ser el Gran Maestro... En realidad tampoco sabía que iban a matar al duque, ni a esas criaturas...

—¿Quiénes son todos? —indagó Temperance.

—White dijo que ya lo sabían...

—¡Que lo diga, coño! —Hoban lo agarró de la bata para zarandearlo.

—O-Olivia Young, Ava Ferragni, el primer ministro y... Noah Janssen. F-fueron ellas las que me contactaron primero. Me dijeron que podían quitar de en medio al duque de Kent si les conseguía todo eso.

—¿Sabe que son madre e hija?

—Sí...

—¿El padre de la señorita Ferragni era el duque? —Temperance fue directa al grano.

—Sí... —gimoteó—. Por lo que sé, Olivia quería vengarse de él porque la violó y no se hizo responsable de nada, ni de la niña... Así que nos iba bien a ambos que lo quitaran de en medio. ¡Pero de verdad que yo no pensé que lo fueran a matar!

—Eso ya da igual, sir George. Ahora lo que quiero saber es quién es el verdadero responsable,

el que está por encima de toda esta trama.

—N-no lo sé... Alguien muy poderoso. Alguien que mandará al asesino para que me mate... —gimoteó aterrorizado—. Por eso todos tenemos pastillas con veneno...

—No se preocupe por eso, ningún terrible asesino lo matará —aseguró la comisionada.

«Velen se lo ha cargado», pensó.

—¿Recibiré un trato de favor si revelo todo lo que sé? ¿Me protegerán?

Hoban lo empujó contra el suelo y el hombre se revolcó en su propia excreción.

—Hijo de puta, estás jodido —sentenció la mujer—. Ni todos tus millones te salvarán de ir a la cárcel. El rey está muy disgustado con todo este asunto, con la muerte de su hermano, con las de unas niñas inocentes... ¿Sigo?

—Déjalo ya, es patético. Solo ha confirmado lo que nos dijo Velen.

—Ese cabrón es listo de verdad, ¿eh? Lo ha clavado.

Temperance asintió. Ojalá estuviera bien y diera en Japón con Indira Kaur. Porque ese «alguien muy poderoso», era Barend Rothschild, ni más ni menos, y gozaba de una inmunidad internacional.

»Osaka - 19:45 - Domingo (UTC+9)

Aquella noche, Velen y Daniel buscaron un hotel cerca de la avenida Dotonbori, conocida por sus múltiples y coloridos rótulos de neón. A pesar del frío nocturno, pudieron ver a muchos grupos de gente joven que salía de fiesta, o a individuos más borrachos que una cuba tras un día de intenso trabajo. Se decía que los japoneses no toleraban muy bien el alcohol.

También compraron comida y agua en un supermercado de 24 horas, que se llevaron a la habitación. Velen consumió pescado crudo y echó mano de la sangre sintética que Gaétan ordenó dejar en el avión privado.

No le sentó muy bien. No obstante, se aguantó las náuseas para no alertar a Daniel, que estaba comiéndose un *bento*³⁶ de carne con arroz y encurtidos.

—Gracias por acompañarme. Ahora me doy cuenta de que sin ti no podría hacer esto, no sería capaz de salvar a Indira yo solo, como pretendía —afirmó Velen.

—Eres el hombre más fascinante que he conocido. Confío plenamente en ti. Vamos a dar con ella y llevarla de vuelta a casa con nosotros —le hizo saber en un susurro.

—Creía que era insufrible...

—Eso también.

—Mañana tenemos que acceder a las escaleras para colarnos. Supongo que para entrar a las diversas plantas hará falta una tarjeta de acceso, o puede que sea con huella... —murmuró Velen, tumbado sobre el futón. Estaba mareado y tenía el estómago revuelto.

—¿Y qué sugieres?

—Aún no lo sé, tengo que pensar... Pero me siento agotado... —susurró el alú.

Daniel se quitó la ropa, lo ayudó a desvestirse y se metió con él en la cama japonesa. Advirtió entonces las rojeces en las manos de Velen y se preocupó.

—¿Estás bien?

—Solo estoy cansado. Quiero pensar, trazar un plan... pero... me duermo... —sus palabras apenas fueron audibles.

Daniel le dio un beso en los labios y lo tapó. Luego puso a cargar el móvil y miró los mensajes de Gaétan con las novedades en Reino Unido. Le respondió con las suyas y programó una

alarma.

Estuvo pensando mucho en Indira. Era otra hermana mayor, había aprendido mucho de ella en poco tiempo. Existían personas especiales que te calaban hondo de inmediato. Y Velen... Velen también lo era.

»Londres - 20:00 - Domingo (UTC+0)

Ava y Olivia se sintieron muy excitadas. Estaban ya en el estudio de televisión para realizar el directo que haría que la gente se lanzara a comprar sus productos de belleza, engordara sus cuentas bancarias e hiciera que subieran, aún más, las acciones de la YPC por ser los laboratorios responsables de su elaboración.

—Mamá, va a ser espectacular —afirmó la *influencer* mientras se recolocaba el peinado en el camerino.

Ninguna de las dos llevaba maquillaje ya que la prueba de fuego la harían ellas mismas en sus rostros.

—A ti no se te va a notar, ya eres preciosa y joven —se burló un poco su madre—. Pero a mí sí. Ha sido complicado aguantar sin pincharme nada —suspiró.

—Y ya no te hará falta —afirmó pasando los brazos por su cuello y besándola en la mejilla—. Mami, ha sido tan complicado siempre... Pero en cuanto demos la noticia de nuestro parentesco, las redes sociales no van a dejar de hablar de ello en meses y eso aumentará aún más las ventas. ¡Daremos la vuelta al mundo!

Olivia sonrió con levedad, recordando todos los años lejos de su hija. Pero se había impartido justicia con ese hijo de puta violador que no aceptó un no por respuesta cuando se negó a acostarse con él. Ser hermano del rey le confería inmunidad. Fue divertido que el asesino cumpliera su deseo: cercenar su hombría y metérsela en la boca.

Aunque lo de las niñas no le gustó, porque entendía el dolor de una madre, ese asesinato no la concernía más que por su propio padre. Y este sabía demasiado. Tuvo que sacrificarlo para proteger los intereses de Ava. Al fin y al cabo, no abandonó el sacerdocio por la mujer que dejó embarazada. Poder llegar a ser Papa de Roma era más importante para él que aceptar que tenía una hija y una nieta. Así que su muerte era bien merecida porque la mayoría de hombres no eran más que unos hijos de puta rastreros.

En esos momentos alguien tocó a la puerta y entró sin esperar. Noah Janssen fue a visitarlas con su educación impecable. Besó a Ava, que se lanzó a sus brazos, y saludó a su suegra.

—Dios mío, ¿seguro que necesita esa crema, señora mía? —aduló a la actriz.

—¡Sabes que sí! No seas zalamero —suspiró—. Tenía que haber nacido alû. Sois tan hermosos y eternos...

El político sonrió enseñando esos caninos tan pronunciados. Sin embargo, por dentro, solo pensó en lo estúpida que era al afirmar aquello.

¿Haber nacido alû? ¿Para sufrir persecuciones? ¿Para estar en las sombras de la noche? ¿Para carecer de los mismos derechos que los repugnantes y simplones humanos? No, esa mujer no tenía ni la más remota idea de lo que significaba haber nacido alû. Implantarse colmillos y ponerse cremas rejuvenecedoras no era, ni remotamente, pertenecer a su raza. Eso era un insulto hacia ellos que no pensaba tolerar. Junto a Barend cambiarían las tornas. Solo necesitaban tiempo y en eso jugaban con ventaja. Quitarse de en medio a la imbécil de Glenda había sido una idea magnífica, manipular al primer ministro para arrebatárle el puesto a Aveline una jugada

maestra y camelarse a la idiota de Ava, lo más fácil del mundo.

—¿Estáis preparadas para salir a la palestra? Ya es casi la hora de iniciar el directo. —Noah miró su móvil.

—Sí, mi amor —respondió Ava de forma zalamera.

—Pues vamos, os estaré observando entre bambalinas.

Justo en ese momento llegó la ayudante del director y las avisó de que quedaban cinco minutos para que salieran a hacer su demostración tras una entrevista previa.

Noah se colocó detrás las cámaras y esperó que comenzara el espectáculo. Estaban en *prime time*, así que lo vería muchísima gente.

El momento más álgido de la entrevista fue cuando Olivia tomó a Ava de la mano y la presentó no solo como su socia, sino también como su hija natural. El público se volvió loco y las redes sociales explotaron.

—En aquella época, Hollywood me obligó a mantener el embarazo en secreto y a no revelar que tenía una hija, fruto de una relación con un hombre muy poderoso. Ese hombre murió y ya no tengo nada que deberle a la industria del cine... Así que tras la pandemia decidimos estar juntas —explicó Olivia sin soltar la mano de su hija—. Solo lamento todos los años que perdí por culpa de los demás...

—Mamá, sabes que te he perdonado y que eres un ejemplo a seguir.

Ambas se fundieron en un abrazo y la gente aplaudió con entusiasmo.

Después hablaron del futuro enlace con el atractivo alû Noah Janssen, de los planes de futuro para su negocio cosmético y de cotilleos varios.

Llegó entonces la hora de hacer la demostración. Ambas se colocaron en sus respectivas camillas y se cogieron de la mano.

El propio personal de maquillaje fue el encargado de aplicar las cremas, con unas espátulas, sobre los rostros de ambas mujeres.

—Vamos a acercar las cámaras para que se vea el efecto que, paulatinamente, hará sobre la piel de Ava y Olivia —hizo saber la presentadora.

Noah sonrió a la espera de los resultados. Como estaba lejos miró la pantalla que había al fondo del plató para que el público pudiera apreciar los significativos cambios que debían darse.

Y así sucedió, pero no como todo el mundo creyó que pasaría. La piel no se estiró, ni desaparecieron las arrugas de expresión o edad, ni las bolsas bajo los ojos, ni nada parecido.

Ava gritó de dolor al sentir que la dermis le quemaba como si le hubieran lanzado ácido a la cara. De hecho, hizo el mismo efecto.

Olivia sintió lo mismo, no fue capaz ni de gritar cuando se irguió y se llevó las manos al rostro escuchando a su hija bramar de dolor y revolcarse al caer de la camilla.

La gente estaba horrorizada y todo el mundo entró en pánico. Todos excepto Noah Janssen, que siguió mirando, con una sonrisa en la boca, el dantesco espectáculo.

Girones de piel y carne se desprendieron de la cara de la actriz. Se pudo ver hasta el hueso, pues incluso los músculos faciales se abrasaron. De su garganta no salió ni un solo grito. Al final solo quedaron unos globos oculares horrorizados en sus cuencas y poco más. Cayó de lado contra el suelo, muerta de un paro cardíaco.

Ava, en cambio, continuó chillando como una loca, tapándose con una sábana su ensangrentado rostro consumido por los químicos.

Noah corrió hacia ella y la abrazó. El caos imperó por todo el plató, pero la cadena siguió emitiendo las dantescas imágenes que en pocos minutos corrieron por Internet como la pólvora.

—A-ayudddaaa... —gimoteó Ava, agarrada a su pareja.

Este apretó la cara contra la sábana, sobre su oreja ensangrentada.

—Nunca juegues a ser un alû... —susurró— porque jugar con fuego, quema... Siempre me has dado asco y solo te he utilizado para mis propios intereses.

Ella emitió sonidos ininteligibles ya que se le había caído la lengua, igual que a su madre.

—¡Apártese, por favor! —Llegaron los sanitarios y se la llevaron en una camilla, aún con la sábana en el rostro, pegada a la carne y al hueso, convulsionando.

Noah fingió estar muy afectado y se fue corriendo de allí. Al llegar a su coche se puso a reír tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

Revivió todo aquel circo una y otra vez, como un psicópata, observando los vídeos que circulaban por la red.

Para perpetrar aquel crimen solo había tenido que mandar cambiar las cremas originales por otras alteradas. Matar a quien lo hizo fue sencillo, y de paso se dio un buen festín.

Su majestad estaría orgulloso de él.

»Osaka - 05:52 - Lunes (UTC+9)

Daniel se despertó al escuchar los vómitos y las toses de Velen. Corrió hacia el baño y se lo encontró agarrado al retrete, arrojando sangre por la boca.

—¡Velen! Velen, Velen... —Le apartó los cabellos de la cara y lo sujetó por la frente hasta que este echó todo lo que tenía en el estómago, exhausto.

—No puedo más... Me encuentro fatal...

—¡Las putas pastillas! ¡Te pedí que no las tomaras!

Velen fue incapaz de decir nada. Daniel tenía razón.

El joven le preparó un baño y ayudó a Velen a meterse, pues el mareo y los temblores le impidieron moverse con soltura. Luego le lavó el pelo lleno de restos, y lo mimó.

—Dime la verdad: ¿hoy te has quemado la piel? Te he visto las manos y tienes rojeces en la zona de las cejas. —Pasó el dedo por allí y se llevó dermis muerta.

—Solo me he puesto un poco moreno, como Lestat cuando se va al desierto del Gobi en...

—¡No me jodas! Deja de bromear. No me hace ni puta gracia —sentenció.

—Ahí está mi chico.

—¡Velen! —El tono de su voz fue de reproche.

—Sí, me picaba la piel y me molestaba la luz. Las pastillas tienen un efecto que dura muy pocas horas... He aguantado porque soy yo, otro alû habría sufrido quemaduras graves.

—Ni se te ocurra volver a tomarte esas pastillas.

—No tengo más remedio y lo sabes. —Velen sacó la mano del agua caliente y acunó el rostro de Daniel.

—No quiero perderte... —Se puso a sollozar de rabia y pena.

—Solo la tomaré una vez más porque de mañana no pasa sin que nos llevemos a Indira de aquí.

—Tú sabes que eso es algo que ignoramos. —Apretó los dientes.

—Ya estoy mejor, vamos a dormir. ¿De acuerdo?

Daniel sabía muy bien cuándo Velen no quería hablar más de un tema, así que lo ayudó a salir de la bañera y secarse.

Se acostaron de nuevo, abrazados.

—Mira, iremos más tarde para que la pastilla dure el tiempo suficiente hasta que se ponga el sol —susurró Velen sobre el cabello de su pareja.

—De acuerdo —claudicó Daniel—. Y nunca más.

—Nunca más.

Velen estaba mal, lo notaba por todo el cuerpo. ¿Cómo pretendían comercializar algo así? Era una locura.

De pronto dieron un respingo cuando el móvil comenzó a sonar.

—¿Gaétan? —Lo cogió Velen y puso el manos libres.

—Os llamo para deciros que Ava Ferragni y Olivia Young están muertas. Os mando el vídeo, ha sido en directo.

—¿Qué les ha pasado?

—No se sabe. Mejor mirad el vídeo, pero dudo que haya sido un accidente...

—Gaétan, escúchame. Dile a Eres que no venda las pastillas que me dio, que son puro veneno.

—De acuerdo. ¿Estás bien?

—No... —Tragó saliva—. No estoy bien.

—Haced el favor de tener cuidado —les ordenó en tono cortante—. Y suerte.

Después de eso colgaron y se quedaron tumbados sobre el futón mirando el vídeo, horrorizados.

—Joder, se les han caído las caras, literalmente —dijo el masón.

—Mira, Noah Janssen... —susurró el alû—. Le ha dicho algo a Ava y luego se ha largado como si tal cosa. Ha tenido que ser él...

—¿Por qué lo habrá hecho?

—Para quitarlas de en medio y ya está. Las ha utilizado desde el principio. Recuerda que todos están interrelacionados entre ellos y se beneficiaban de los asesinatos. Cuantos menos cabos sueltos, mejor.

—El ser humano está podrido...

Velen lo acunó contra él y Daniel acabó dormido.

El alû comenzó a darle vueltas a los engranajes de su cabeza y su mente forjó un plan. Uno muy arriesgado.

»Londres - 03:40 Lunes (UTC+0)

Noah Janssen se adentró en su apartamento, ubicado en Westminster. Después de la que se había liado en los platós televisivos, tuvo que ir al hospital donde habían llevado de urgencia a Ava. Por fortuna no llegó viva, así que solo fingió dolor por la muerte de la mujer amada. Era político, se le daba bien mentir.

Las redes sociales estaban revolucionadas y aunque muchas páginas habían borrado el contenido del directo, este ya habría dado la vuelta al mundo por lo menos cinco veces.

Para celebrar haberse quitado de encima a aquellas dos palurdas, abrió la botella que contenía la sangre del duque de Kent. No era lo mismo que degustar el delicioso néctar de una sangre infantil, pero era mejor que esa mierda sintética de la YPC.

Se sentó en su Chester de cuero negro, se sirvió el espeso líquido frío —una pena no poder calentarlo— y se alimentó como un alû debía: con sangre de verdad.

Fue como rejuvenecer cien años de golpe, así que suspiró con una sonrisa plena en el rostro.

Unos toques en la puerta de entrada lo hicieron fruncir el ceño. ¿Quién podría ser a esas horas? En aquel bloque de apartamentos de lujo tan solo podían entrar otros políticos y sus familias.

Se mordió el labio temiendo que fuera la policía, aunque tampoco hubiera sido raro dado lo sucedido.

Con un ademán de cansancio fue a abrir la puerta del apartamento.

No le dio tiempo a reaccionar cuando Kirk Craig le sujetó por la garganta con su enorme mano y lo estampó contra una pared lateral.

El otro alû cerró la puerta con un pie y llevó la otra mano hasta el rostro desencajado de Noah Janssen.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué mataste a Glenda? ¡¿Por qué?!

Noah Janssen apenas pudo articular palabra, solo dar manotazos a su agresor. Cuando consiguió darle una patada en el abdomen se alejó a trompicones, cayendo de espaldas.

La enorme masa que era Craig lo aplastó de nuevo. Tenía unos colmillos enormes y los dientes apretados.

—¡Estás loco, yo no he matado a tu mujer! ¡Fue un asesino! —gritó a pleno pulmón—. ¡Habla con la policía!

Consiguió zafarse de él y mantener las distancias.

—¿Te crees que soy imbécil, puto cabronazo? Has despertado al utukku de mi interior y no vas a salir de esta. ¡¡Ella era el amor de mi vida!! Pero tú no sabes lo qué eso significa porque eres un grandísimo hijo de puta.

—¿P-por qué crees eso? ¿Por qué? ¿Te estás escuchando hablar?

—Tú la mandaste matar... —jadeó Kirk—. Me llegó un email... —Sacó su móvil del bolsillo y le enseñó el breve mensaje que había recibido horas atrás desde un remitente desconocido.

Noah leyó con la vista vidriosa:

Noah Janssen es el responsable del humillante asesinato de Glenda. Quería ocupar su puesto a toda costa, así que la sacrificó. ¿No crees que se merece la muerte? Yo pienso que sí.

B.

Y entonces Noah Janssen lo supo: en un mundo de idiotas, él era el más idiota de todos. Barend lo había sacrificado como a un peón más.

—¿Y vas a hacer caso a eso? No seas absurdo... Kirk, yo tenía un gran respeto por Glenda. No nos llevábamos bien en la cámara, pero solo por diferencias políticas —dijo con nerviosismo—. Un alû no mata a otro alû, e-es absurdo.

Kirk Craig sopesó sus palabras. Era cierto, no tenía pruebas y aquel email podía ser malicioso y falso.

Se sentó en el Chester, mareado.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada, no pasa nada... Será mejor que te vayas a casa. Llama a la policía si lo deseas, que investiguen lo que crean conveniente. Yo colaboraré de buena fe. Además, entiendo tu dolor.... M-mi prometida ha muerto...

Kirk recordó lo que había escuchado por la calle: Ava Ferragni y Olivia Young habían fallecido durante un directo.

—L-lo lamento... —El hombretón se echó a sollozar. Se había dejado llevar por perder a su compañera de vida de una forma tan horrible.

Entonces sintió el aroma de la sangre fresca llegar hasta sus fosas nasales y vio la botella sobre una mesilla. En ella pudo leer lo que ponía la etiqueta:

«Sangre del duque de Kent».

Noah supo, en ese instante, que estaba perdido. Corrió hacia la puerta para huir, pero Kirk Craig lo agarró del brazo y lo estampó de nuevo contra una pared. Se zafó como pudo de un tipo tan enorme y enarboló una figura de bronce que encontró, aporreando con ella al alû de forma muy violeta.

Kirk Craig reculó herido en la cabeza y cayó de lado, aletargado. Se llevó la mano al pelo y notó el cráneo hundido. Su propia sangre se derramó por el rostro, cegándolo. Fue consciente de que iba a morir.

Cerró los ojos, dejó caer la mano sobre el regazo y esperó...

El político se acercó con cuidado, blandiendo la figura ensangrentada, para comprobar si el hombre estaba inconsciente o muerto. Le había aplastado parte del cráneo y eso le hizo reírse sin poder evitarlo. Luego escupió sobre su cuerpo exánime.

—Viejo estúpido.

Cuando Kirk Craig lo agarró del tobillo de forma sorpresiva y le hizo trastabillar de espaldas hasta que cayó al suelo, Noah supo que aquello no había terminado, así que lo aporreó de nuevo con la figura, pataleando para quitarse de encima al enorme alû. Se desesperó al comprobar que no podía con él, que su sangre viscosa le caía encima. Intentó apartarle la cara empujando su barbilla, pero resbaló y no tuvo suficiente energía.

Kirk Craig le mordió en la yugular con tal fuerza que le arrancó parte del cuello. La sangre manó de la carótida a raudales, tiñendo de un rojo bermellón la moqueta.

Noah no pudo articular palabra, solo supo que la vida se le escapaba de las manos.

«Así que esto es lo que se siente cuando te desangras...», pensó mientras su mirada se apagaba para siempre.

Kirk Craig se quedó sobre el cuerpo muerto de Noah Janssen y sonrió. Por fin se reuniría con Glenda en el É-anna, el templo de los cielos...



Tsunami

Hoban, White y Dickens observaron la horrenda escena. La policía científica no tuvo mucho que hacer porque el escenario dejaba muy claro que Kirk Craig había matado a Noah Janssen.

—Retiren los cuerpos y cuidado con la luz del sol, no quiero que lleguen quemados —ordenó la comisionada.

—Han encontrado sangre humana en unas botellas. Las van a analizar en el laboratorio, pero creo que queda claro de quién es cada muestra... —White miró las fotos de los envases donde se veía una etiqueta con los nombres de las hijas de Aveline y del duque de Kent.

—Dantesco —escupió Hoban.

—Velen tenía razón —apuntó Temperance—: todo está interconectado. Kirk Craig nos ha evitado detener a Janssen, así que un problema menos.

—Bueno, y lo de las otras dos... Qué fuerte. No me canso de ver cómo se les cae la cara de vergüenza —bromeó Hoban entre risas.

—Tu humor es de muy mal gusto —añadió White, aunque no pudo evitar sonreír.

—Es humor negro, joder.

Temperance los fulminó con la mirada y se contuvieron las carcajadas.

—Venga, nos queda el más gordo de todos.

—Con ese lo voy a disfrutar de lo lindo —añadió la agente del MI5.

—Vamos, ya es la hora de acudir a Regent's Park para la conmemoración de las víctimas del atentado. Tengo que ponerme el uniforme de gala —suspiró Temperance—, y sacarle brillo a mis esposas.



Harry Doyle había presentado aquella mañana su candidatura como primer ministro para las futuras elecciones, ya que en ese momento su cargo era temporal. Estaba más que seguro de que los británicos le votarían en masa. Quitar de en medio a Aveline Auttum no era suficiente para conseguir resultados óptimos, así que necesitó algo más contundente. Y qué había más contundente que un ataque terrorista.

Las cabezas de turco facilitadas por Noah Janssen como culpables del atentado, y la excelente gestión durante el estado de alarma, lo encumbraron al éxito.

Pero aun así, una punzada de preocupación lo estaba carcomiendo desde que vio en directo las espeluznantes muertes de Ava Ferragni y Olivia Young. Además, la mujer del alcalde le había informado de que este estaba enfermo y no acudiría a la conmemoración y tampoco conseguía ponerse en contacto con Sir George ni con Noah Janssen.

Llegó en su coche oficial hasta el parque y saludó a sus fans, aunque bien rodeado del equipo de seguridad. Por supuesto también había detractores al otro lado de las vallas.

Se subió al estrado que habían montado para dar el discurso y sonrió a varios ministros de su

gabinete, al director general del MI5 y a la comisionada de Scotland Yard. Luego se dirigió a las múltiples cámaras y periodistas que estaban esperando a que diera su discurso.

—Antes de nada —comenzó— quiero que haya un minuto de silencio. No solo por las víctimas de 2005, sino también por los inocentes que perdieron la vida tan solo hace unos días...

Temperance se mantuvo ese silencio, como todo el mundo, y observó el cogote de aquel cabronazo. Miró al ministro del interior, que le hizo un gesto con la cabeza, y al director general del MI5, que también asintió.

Al terminar ese minuto, y antes de que Harry Doyle pudiera reanudar su estudiado discurso, Temperance Dickens se acercó a él, lo tomó de la muñeca y cerró una esposa a su alrededor. Él la miró con los ojos desorbitados y casi ni se dio cuenta de que la otra esposa también lo había apresado.

—Harry Doyle, queda detenido por actos de terrorismo...

—¿Pero qué dice?! —Este intentó zafarse. Sin embargo, varios agentes de la ley lo retuvieron.

—... por actos de terrorismo y por el asesinato de Glenda Craig, el Duque de Kent, el cardenal Bramston y las hijas de Aveline Auttum. Agentes, llévenselo.

Los presentes quedaron conmocionados y no pararon de hacer preguntas y fotografías.

—¡Esto es un error! ¡Todos lo pagaréis caro! ¡Soy el primer ministro! —bramó con furia mientras se lo llevaban a rastras.

Temperance siguió al Harry Doyle y se subió con él en la parte trasera del furgón. Lo retuvieron entre dos agentes mientras el vehículo se ponía en marcha.

—¡Está acabada! —le amenazó el hombre.

—No, señor Doyle, el que está acabado es usted. Y para que le quede claro se lo explicaré con brevedad: el alcalde se suicidó, Noah Janssen ha sido asesinado, Ava Ferragni y Olivia Young están muertas y sir George Byrne ha cantado todo como un canario. Eso sin contar que antiterrorismo ha encontrado todas las conexiones relacionadas con usted y el atentado. El rey está al corriente de todo este asunto, así que no tiene salida ni aunque lo represente el abogado del diablo.

Harry Doyle se quedó pálido y un sudor frío le recorrió la espalda.

—Noah Janssen fue quien me propuso el plan... —admitió tembloroso.

Temperance ignoró su declaración.

—Participó en un plan terrorista y es el causante de la muerte de muchísimos inocentes. El peso de la ley y la justicia caerá sobre usted. Déjeme decirle que es el ser más repugnante que he conocido en mi vida —escupió las palabras con asco—. ¿Democracia? No, señor. Dictadura encubierta.

Doyle bajó la cabeza. No tuvo más que decir.

Temperance tampoco.

Los peones negros estaban todos fuera del tablero.



Al mismo tiempo, en Osaka, Daniel paseó a solas por la circunferencia que era el mirador de la YPC. Tenía que seguir el plan de Velen, por lo que estuvo mirando con tranquilidad las espectaculares vistas desde que se había puesto el sol. Era tan grande que hasta se pudo leer todas y cada una de las pantallas, que había en grandes mesas, con la información sobre la empresa. Una fotografía bastante impresionante del fundador, Kentaro Yoshida, colgaba de la columna central. Se le podía ver sonriente con una bata blanca y utensilios científicos en ambas

manos.

Ese hombre había matado a muchos alû por orden de los nazis. Sin embargo, en su biografía se había borrado todo rastro de aquello. En cambio, Daniel leyó cosas como «Premio Nobel de Química en 1967».

Una presencia a su espalda le hizo dar un respingo y darse contra uno de los monitores.

—¡*Auh!* —se quejó.

—¿Cómo lo haces para ser tan patoso? —indagó Velen mientras le tendía un té *matcha* que había comprado en una de las máquinas expendedoras de la planta inmediatamente inferior. La única a la que se podía acceder por unas escaleras mecánicas. En ella también había ubicada una cafetería y una tienda de regalos.

—Has tardado un poco más de la cuenta. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. Tal vez lo de anoche fue una intoxicación alimentaria. No noto que la pastilla de hoy me haya producido efectos adversos.

—¿Y bien?

Velen le mostró su cartera. Dentro había tres tarjetas de empleados de la YPC a los que había seguido hasta el metro.

—Me ha costado un par de viajes, pero íbamos tan apretados que ha sido muy sencillo tomarlas prestadas. —Le tendió dos tarjetas a Daniel y este se las guardó en el interior del abrigo —. Una de las tuyas se la he cogido a un directivo cuando me he chocado sin querer con él. Yo me quedo con una por si acaso.

—¿Dónde has aprendido a desvalijar a la gente?

—Jugando con los niños chinos en el Soho. Bueno, ¿y tú qué has averiguado?

—En esta planta no hay puertas de emergencia que lleven a escaleras. Abajo sí, al lado de la cafetería. Me imagino, además, que desde el interior de la cocina se tiene que poder acceder ya que no veo otra forma de que les lleven los suministros.

—O sea, por otro ascensor para mercancías.

—Es una suposición lógica. No van a subir las cosas a pulso cincuenta pisos.

—Vas aprendiendo, pequeño Padawan.

—Dios Santo... —se lamentó Daniel. ¿Por qué tenía una pareja tan friki? Hacía bromas hasta en los momentos de más tensión.

Bajaron por las escaleras y se sentaron en una de las mesas de la cafetería. Daniel se fue bebiendo su té mientras Velen observaba el recinto. Era mucho más pequeño que el piso del mirador, por lo tanto debía tener una trastienda grande.

No le quitó ojo a las camareras. Entraban y salían de la cocina con total libertad, pero también llevaban en el cuello sus acreditaciones.

—He hablado con Gaétan —comentó Velen de pronto—. Kirk Craig ha matado a Noah Janssen y ha muerto durante el forcejeo. También han detenido a sir George y a Harry Doyle.

—¿El marido de Glenda Craig? Ese hombre estaba destrozado cuando hablaste con él... No parecía mala persona.

—Y no lo era. Pero amaba a su mujer muchísimo, la primera y la única que tuvo. Varios siglos juntos... Eso es durísimo, Daniel.

—¿Crees que averiguó que Noah Janssen la mandó matar?

—Sí... Aunque ya no importa, me temo.

—O sea, que de la lista ya solo nos quedan Kosei Yoshida y Kim Ji-woo...

De pronto se sintió mal y una punzada desagradable le atravesó el estómago acompañado de

una náusea.

—Daniel... —susurró acercándose a él—. Voy al aseo. Cuando vuelva empezamos. Quédate el móvil.

Este asintió.

El alû caminó con naturalidad, se metió en uno de los cubículos del baño para hombres y volvió a vomitar sangre. Lo peor fue que era la suya propia. No había ingerido más que agua en todo el día. Algo dentro de él iba mal, muy mal. Tragó saliva con regusto metálico y se lavó la cara en la pila.

Un hombre nipón le preguntó si estaba bien en un inglés un tanto deficiente.

Velen lo sopesó entonces y le sonrió lo suficiente como para que sus prominentes colmillos fueran visibles.

—N-no debería estar aquí... —jadeó el hombre—. Es un v-vampiro...

—*Lo soy y tengo mucha sed...* —susurró en japonés pasándose la lengua entre los labios—. *Así que salga ahí y alerte a todo el mundo, porque voy a por todos* —dijo en un tono intimidatorio.

El pobre inepto echó a correr como alma que lleva el diablo. El griterío general fue abrumador. Cuando Velen puso el pie fuera de los baños, Daniel ya no estaba en su sitio.

No podía producir un terremoto que abriera las puertas, pero sí un tsunami de gente muerta de miedo.

Se subió a la barra de la cafetería, haciendo que los empleados se colaran en la cocina. El resto de los presentes se pegó por subir por las escaleras mecánicas, gritando desesperados. Otra gente aporreó las puertas de emergencia hasta que estas se abrieron.

—*¡Os mataré! ¡Os desangraré! ¡Os destrozaré y sacaré las tripas!* —bramó con todas sus fuerzas.

Para los japoneses, los alû eran seres realmente terribles que iban a matarlos.

Velen se quedó solo en cuanto la gente fue evacuada. Se bajó de un salto y se coló en la cocina. Cogió algunos cuchillos y los guardó en su abrigo, por si acaso. Se bebió una botella de agua y luego fue hasta la puerta de atrás, la que daba al almacén. Pasó la tarjeta que le quedaba y la puerta se abrió. Sin embargo, no fue más allá, sino que se dio la vuelta, volvió a la zona de mesas y se sentó a esperar.



Kosei estaba en su despacho observando la caída en bolsa de su empresa, con el ceño fruncido y expresión de amargado. Todo por culpa de dos putas locas que se habían empeñado en probar en sí mismas los productos cosméticos fabricados por la YPC. Por supuesto estaban alterados, porque de ningún modo a nadie se le caía literalmente la cara por usarlos. Debía ser cosa de la competencia, para causarle un terrible desprestigio.

Cuando saltó la alarma general dio un respingo. De inmediato llamó a seguridad.

—Soy el presidente. ¿Qué sucede?

—Se ha colado un vampiro en las instalaciones, señor presidente. Está en la cafetería del mirador.

—¿Qué? —De inmediato pensó en Barend, pero sabía que este no haría algo así—. ¿Cómo que un vampiro? ¡Conectadme inmediatamente con las cámaras!

—Sí, señor.

Kosei accedió a estas de forma remota y se quedó pasmado. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

Allí sentado estaba Velen, la mezcla perfecta entre alû y humano, tomándose un aperitivo de

frutos secos japoneses. Lo conocía muy bien, tenía fotos suyas, todo su historial. Que hubiera entrado en el país y en su edificio fue emocionante como poco. Ese hombre hacía honor a su impresionante intelecto.

Se levantó como un rayo y salió del despacho en dirección a la cafetería del mirador. No podía perder la oportunidad de hablar con él, algo que ni su abuelo fue capaz de conseguir. Era el único vampiro que realmente le interesaba.



Daniel siguió por las cocinas a las camareras y a otros turistas. Todos se colaron por la zona del almacén. Se congratuló al constatar que efectivamente él tenía razón: aquello desembocaba en las escaleras de emergencia y en un ascensor de carga que la gente usó para escapar del temible vampiro. Él, en cambio, usó las tarjetas para acceder a la zona de las escaleras y comenzó a bajar y revisar planta por planta a toda la velocidad que fue capaz mientras las alarmas seguían sonando como si fueran a caer bombas atómicas. Tuvo la esperanza de que los empleados de seguridad estuvieran centrados en Velen y no se fijaran en el resto de cámaras.

Por lo que Velen había averiguado buscando mucho en la red, los pisos inferiores estaban destinados a las oficinas, los intermedios a investigación y los superiores, siempre por debajo del mirador, era una zona altamente restringida.

Lo bueno fue que no se encontró con nadie, pues la gente debía estar yéndose por los ascensores para empleados.

Con mucho cuidado se adentró en una de las plantas que tenía aspecto de hospital. No había nadie en las habitaciones.

La alarma dejó de sonar por fin y le dio tregua a sus pobres oídos destrozados.

—¿Daniel? —una voz femenina lo nombró a su espalda.

Se dio la vuelta con rapidez y se encontró con Indira. Iba vestida con un pijama de hospital, estaba demacrada y despeinada. Un hombre oriental con aspecto de científico la sujetaba por el brazo.

—¡Indira! —Caminó hacia ellos, pero el hombre se asustó y tironeó de ella, que iba medio drogada—. ¡Eh! ¡Suéltala o te parto la crisma! —Lo amenazó.

—No quiero causarle daño a la señora Kaur... —aseguró él en un perfecto inglés.

—Daniel, ayúdame... Ayúdame, por favor...

—Suéltala...

—Está bien. Pero... ¿quién eres? ¿El masón?

—Sí.

La mujer caminó hacia el joven y cayó rendida entre sus brazos.

Daniel la estrechó contra sí, sujetándola con entereza.

—Soy científico. Me llamo Ji-woo Kim.

—¡Joder! —exclamó Daniel al reconocer su nombre de la lista.

—Han saltado las alarmas, no sé la razón y solo quería sacarla de aquí... ¿Tienes algo que ver?

—¿Y Velen? —Indira se agarró al chico.

—En el mirador del edificio. No te preocupes, hemos venido a buscarte y no nos iremos sin ti.

—¿Está aquí el alû? Ya entiendo todo... —Ji-woo musitó para sí—. Puedo sacarlos a los tres, pero tienes que confiar en mí. Lo único que pido es asilo político.

—Yo no puedo prometer que te lo concedan, no depende de mí.

—Daniel... —susurró Indira intentando recobrarse—. Yo me encargaré de eso. Necesitamos

escaparnos todos de este sitio. Haz lo que te pide...

El joven lo sopesó unos segundos y asintió.

—De acuerdo, pero he de hacer unas llamadas primero.

Sacó el móvil y se puso en contacto con Gaétan. Este no tardó en responder.

—¿Velen?

—Soy Daniel. Necesitamos tener disponible el *jet* privado en el aeropuerto de Kansai. No sé exactamente cuándo llegaremos, pero lo haremos. Seremos cuatro.

—De acuerdo. Cuenta con ello.

El masón hizo otra llamada después.

—Señora Uchima, soy Daniel Lennox. Saldremos esta noche desde Kansai, así que necesito que esté todo preparado. Seremos tres hombres y una mujer.

—Bien, me encargo de inmediato. Un compañero mío, el señor Miyazaki, los ayudará.

—Gracias.

Luego colgó y se guardó el móvil. Había hecho exactamente lo que Velen le había ordenado que hiciera en el momento que encontrara a Indira. Y lo segundo imperativo era sacarla de la Yoshida lo antes posible.

—Vámonos de aquí —decretó sin dudar más. Después tenía que volver a por Velen y el tiempo corría en su contra.



El alû se quedó perplejo cuando Kosei Yoshida se presentó ante él sudando como un cerdo. Debía de haber corrido como nunca en su vida.

—*Vaya, me sorprende, presidente Yoshida* —le habló en su idioma—. *Reconozco que esperaba a otra persona, pero departir con usted mientras lo espero será un placer.*

—*Es capaz de hablar perfectamente en japonés* —dijo con admiración—. *¿Es cierto que su cociente intelectual es tan alto?*

—*También se me da bien colarme en edificios corporativos de países en los que tengo prohibido entrar. Dígame, ¿está aquí Indira Kaur?*

—*Lo está.*

—*¿Por qué?*

—*Me lo pidió Barend Rothschild. Él cree que nuestro científico estrella, el señor Kim Ji-woo, puede dejar embarazada a la señora Kaur por medio de la inseminación artificial.*

—*Embarazada de quién.*

—*Del propio Barend.*

Velen se quedó estupefacto.

—*Eso es absurdo como poco.*

—*No es la primera vez que lo intenta. Ya lo hizo con otra mujer. Florence Lennox se llamaba.*

La madre de Daniel. Todo cobró sentido entonces.

—Puto loco... —siseó.

De pronto, Velen se puso a toser con fuerza y vomitó más sangre coagulada. El mareo fue tan intenso que terminó en el suelo, agonizando de dolor. La migraña que había comenzado a sentir se incrementó.

Kosei se arrodilló a su lado y lo tocó con cuidado.

—*Las pastillas para que los alû puedan salir de día...* —gimió el alû—. *¿Tienen estos efectos secundarios?*

—*¿Las ha tomado? ¿De dónde las ha sacado?*

—*Las conseguí en Londres.* —Volvió a toser y a estremecerse.

—*Esas pastillas se robaron hace meses y pertenecían a una partida defectuosa. Pueden producir la muerte a cualquiera que las ingiera.*

Velen se echó a reír por no llorar. Cuando por fin había encontrado el amor, el destino le daba un buen puñetazo.

—*¿Hay algún antídoto?*

—*No.*

—Me cago en Dios —blasfemó en su idioma.

Se escuchó un sonido en los alrededores. De la cocina de la cafetería salió Barend, que se quedó observando la escena.

Velen lo miró e intentó erguirse sin resultado. El dolor estomacal fue tan intenso que sintió que iba a echar las entrañas por la boca.

—Cuando te he visto por las cámaras no me lo podía creer. Eres un puto genio. Te aplaudo.

—Suelta a Indira, déjala ir... —gimió casi sin voz.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está así? —Barend se adelantó hasta Kosei y lo agarró de la corbata, zarandeándolo.

—Ha tomado pastillas de inmunidad solar y eran de una partida estropeada que robaron.

Barend se agachó para ayudar a Velen, que intentó zafarse. De hecho, le vomitó encima.

—Suéltame... —jadeó.

—Escúchame, esas pastillas son veneno. Si no te doy mi sangre ahora mismo, puedes morir en cuestión de minutos.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —masculló moribundo.

—Porque le prometí a mi primera esposa que cuidaría de mi hermano —musitó intentando ser amable.

Velen no fue capaz de decir nada, solo de reírse entre dolores. Haciendo un esfuerzo titánico, agarró a Barend de la camisa sucia.

—N-no soy tu herm...

—Eres un Rothschild y tenemos el mismo padre. Tu madre era Agna, yo mismo la ayudé a escapar para que mi madre no os matara. Eres medio humano y medio alû. ¿Te cuadra ya todo? ¿Eh? ¿Velen? —Lo tomó en brazos al sentir que le disminuían las fuerzas—. ¡Velen!

Sin embargo, este ya había perdido el conocimiento.



Jaque Mate

Kim Ji-woo los condujo por una zona restringida de alto nivel.

Daniel llevó a Indira a caballito para agilizar la marcha. No obstante, seguía sin fiarse de aquel tipo.

—¿Por qué quieres el asilo político?

El coreano se detuvo un instante y lo miró.

—Soy un esclavo de la YPC. Mi mujer me dejó y se volvió a Corea, se llevó a nuestros hijos, nunca conoceré a mis nietos... Y he tenido que hacer experimentos de lo más desagradables con animales, humanos y alû. No quiero ser como Kentaro Yoshida, que disfrutaba torturando a los demás. Tardé en darme cuenta, pero ahora estoy viejo...

—Sin el trabajo que has hecho, los alû no podrían vivir entre nosotros y serían un peligro mucho mayor.

—Ya, pero a qué precio... —sentenció el hombre—. Vamos, por aquí podremos bajar... —En ese instante, el móvil del coreano sonó. Lo estaba llamando el presidente.

—Cógelo, no podemos despertar sospechas —ordenó Daniel.

—*Dígame, presidente.* —Ji-woo descolgó y escuchó con atención las órdenes de Kosei—. *De acuerdo* —le respondió en japonés y luego apagó el teléfono. Se quedó pensativo un rato y se dirigió a Daniel—. ¿Has venido con Velen?

—Sí —respondió poniéndose en alerta—. ¿Qué pasa?

Ji-woo dudó. Tenía la libertad a tan solo unos pasos.

—El presidente requiere mi presencia de inmediato. Velen se está...

—¿Qué se está?! —clamó Daniel, nervioso.

—Se está muriendo y quiere que lo evite.

Indira se bajó de la espalda de Daniel y lo agarró del jersey.

—Tenemos que ir, tenemos que ir... ¡Daniel! Tenemos que ir a por él. O todos o ninguno... —gimoteó.

El chico se quedó turbado. Le había prometido a Velen que sacaría a Indira de allí si la encontraba, pasara lo que pasase.

—Vamos, llévanos —Reaccionó por fin—. ¡Llévanos a hasta allí!

—¿Tengo alternativa? —El hombre bajó la cabeza. Había tenido la libertad a muy pocos pasos—. He de coger algo de mi laboratorio para evitar que ese alû muera.

Después de eso, Daniel lo escoltó cogiéndolo por el brazo con fuerza. Indira, más espabilada, los siguió.



Barend vertió su sangre en la boca de Velen tras hacerse un corte en la muñeca, pero este no

mejoró. Rugió con furia al comprobar que aquello no estaba funcionando.

—¿Cuándo va a llegar Kim Ji-woo? ¡No hay tiempo! —bramó al presidente.

El japonés reculó. Jamás había visto a Barend tan enfadado, con los ojos inyectados en sangre y la piel pálida perlada de sudor.

De pronto, por una de las puertas de emergencia, apareció el coreano, llevando una caja en el regazo.

Se puso de rodillas junto a los dos hermanos y le inyectó a Velen naloxona por vía intravenosa. Aquello podría ser lo único que parase la sobredosis. Después pidió a Barend que lo ayudara a quitarle el abrigo y subirle el jersey para dejar su brazo al aire. Con sumo cuidado le colocó una vía con la que hacerle una transfusión y sujetó una bolsa de sangre que había cogido de las reservas.

—Está muy mal —sentenció tras hacerle un chequeo rápido.

—¡Pues tiene que vivir! —estalló Barend, furibundo.

—Yo no hago milagros por mucho que me amenacen. Tiene coagulopatía e hipotermia. Sigue vivo de puro milagro.

—¿Y mi sangre por qué no sirve? —preguntó a la desesperada—. ¡Somos hermanos!

—Necesita sangre humana, no de alû. Y le hace falta mucha más de la que le estoy suministrando.

Daniel lo escuchó todo al otro lado de la puerta, en cuclillas y aferrado a Indira. Sollozó en silencio, impotente.

—Lo siento, lo lamento tanto... —musitó ella—. Ojalá hubiera visto venir a Barend... Nunca me di cuenta...

—Nadie lo vio venir, no te culpes. Además, nosotros nos empeñamos en buscarte como fuera. Fue nuestra decisión.

—Vamos a salir. ¿Me oyes? —Ella se puso en pie—. No pienso permitir que Velen muera. —Y abrió la puerta.

Daniel la siguió para protegerla. Nada, ni nadie, podía parar a esa mujer cuando estaba decidida.

Barend se irguió al ver a su esposa ir hacia él, firme. Ella le pegó un empujón para apartarlo de allí y él no fue capaz de reaccionar. Tampoco cuando apareció el masón.

—¿Mi sangre es válida? —indagó la mujer.

—¡No! ¡Tú no puedes! —exclamó Barend—. ¡Tienes que descansar!

—¡Cállate, imbécil malnacido! ¡No has hecho más que mentir y destruir! ¡No quiero verte nunca más! ¡Te odio a muerte!

—Yo lo haré, yo se la daré —interrumpió el joven masón.

Se puso en pie y buscó un cuchillo tras la barra. Volvió y no dudó ni un instante en hacerse una profunda incisión en la muñeca, como si fuera un acto de suicidio. Apretó el antebrazo contra la boca abierta de Velen para que la sangre se derramara hacia el interior de su garganta.

El alû reaccionó con lentitud, tomó a Daniel por el codo y bebió con ansia el néctar de vida que él le ofreció. El chico sintió el aturdimiento de quien se estaba desangrando.

Indira lo apartó a la fuerza y taponó la herida con la parte de arriba de su pijama, lo ató bien y le levantó el brazo.

Velen respiró de forma trabajosa, bocarriba y con la vista puesta en Daniel e Indira.

—Indira... —gimió sonriendo—. Llevas pelos de bruja...

—*Shhh*, cállate, pesado —le susurró ella mientras le acariciaba el rostro—. Que se te irá toda

la fuerza por la boca. —Lo ayudó a sentarse.

Daniel besó a Velen repetidas veces, aliviado.

—Eso sí que ha sido darme un beso de sangre como Dios manda —musitó el alû—. Te quiero tanto...

—Y yo, maldito kamikaze insufrible.

Indira los estrechó a ambos contra sí, feliz de verlos enamorados. Lo sabía, sabía que se gustaban de verdad.

Barend observó la escena de aquella tríada abrazándose con fuerza y le resultó vomitivo. Él no tenía aquello: una familia que lo quisiera, una persona que lo amase de verdad... Solo obtenía odio de todo el que le rodeaba. Indiferencia de su padre, desprecio de su madre, una esposa y una hija asesinadas, un hermano que renegaba de él...

Pero las cosas no iba a terminar así. Solo tenía que recuperar a Indira, conseguir que tuvieran un hijo y llevar a Alemania a su hermano. Así que Daniel le sobró en la ecuación.



Aprovechando la tesitura, el presidente de la YPC se había escabullido para encerrarse en su despacho, pues allí tenía una habitación del pánico a la que Barend no podría acceder.

Pero Ji-woo, que lo había observado escapar, vio la oportunidad de vengarse tras tantas décadas de sometimiento.

—Señor presidente... —musitó al entrar tras él.

—*¡Qué quieres! ¡Fuera de aquí, vete de vuelta arriba! No podemos dejar que Velen muera y Barend haga lo que le dé la gana sin más. Este es un alû muy peligroso.*

—*En ocasiones el peligro llega desde donde menos te lo esperas.*

—*¡¿Qué dices?! Te he dicho que te largues.* —Se acercó al coreano y lo zarandeó con fuerza.

—*Sin mí la YPC no es nada.*

—*¡No digas tonterías! ¡Yo soy la YPC! ¡Mi abuelo era la YPC!* —bramó como un déspota.

—*Un maldito nazi repugnante que disfrutaba de los horripilantes experimentos que hacía entonces y que siguió haciendo después. Pero le dieron un premio Nobel. La hipocresía del ser humano.*

—*¡Vete arriba!* —ordenó tajante—. *O llamo a seguridad.*

—*Mi abuela fue una mujer de consuelo ³⁷ cuando este país abusó del mío. Nunca se recuperó de ello y se suicidó.*

—*¡Y a mí qué me importa la puta de tu abuela!*

De pronto, el presidente sintió una punzada a la altura de la ingle y bajó la mirada. Ji-woo le había clavado un cuchillo sustraído del abrigo de Velen.

—*Una hemorragia severa en la femoral provoca la muerte en tan solo tres minutos, señor presidente.*

El japonés se cayó de lado poco a poco. Se sacó el cuchillo, pero fue peor y la sangre brotó a chorros.

Pasado ese tiempo, Kosei Yoshida falleció rodeado de un charco rojo intenso.

El coreano llamó a seguridad desde el teléfono fijo del presidente:

—*Soy Kim Ji-woo. He encontrado a nuestro presidente asesinado en su despacho —fingió nerviosismo—. Ha sido Barend Rothschild, lo ha apuñalado. Creo que quiere matarme a mí también, necesito el helicóptero para salir de aquí... A-además, se ha originado un incendio en mi laboratorio... ¡Hay que evacuar a quien quede en el edificio!*

Le respondieron que el piloto subiría de inmediato.

Ji-woo salió de allí y fue directo hacia su laboratorio en la planta 43. Prendió fuego a todo y vio arder décadas de investigación y acatamiento. Sonrió y se dio la vuelta para volver a subir, esa vez al helipuerto que se hallaba justo encima del mirador. Se había ganado la libertad.



Daniel e Indira ayudaron a que Velen se pusiera en pie, sujetándolo de la cintura. Él les pasó los brazos por los hombros.

Velen miró a Barend con una expresión llena de odio.

—Todo lo que montaste en Reino Unido se ha ido a la mierda. Toda esa gente está muerta o detenida. Tu sicario también.

Barend sonrió.

—Me alegro, porque ya no me servían para nada.

—¿Por qué hiciste todo eso?

—Si el gran Velen no lo sabe, yo tampoco —respondió jocosamente—. Ya tuvimos esta conversación por teléfono.

—Quieres controlar la YPC y todo lo que tenga que ver con los alû. Llevar a tu linaje donde crees que se merece estar, por encima de los humanos.

—Verás, solo tuve que controlar a Noah Janssen y él se ocupó de seducir al resto. Cada uno pidió una cosa a cambio, quitarse de en medio a alguien, o alcanzar un puesto más alto sin importarle cómo se hiciera. Janssen se moría por complacerme, así que le consentí algunos caprichitos... En cualquier caso, crear el caos con un atentado, o permitir a Armin ser creativo, me divirtió. Todos compraron acciones del YPC, pero en realidad fue en mi nombre sin que ellos lo supieran. Así que ahora tengo un porcentaje de la empresa bastante alto.

A Barend tanto caos le había resultado latoso, pero necesario para conseguir una gran cantidad de dinero y recursos que lo ayudaran a llevar a cabo sus planes: manejar las fábricas de sangre y pastillas para doblegar a los alû que se opusieran cuando iniciara su reinado. A su padre ya no le quedaba mucho de vida, por lo que hacer todo aquello había sido vital.

—¿E Indira? ¿Por qué la engañaste años y te la llevaste? —inquirió Velen.

—Velen —interrumpió ella— ahora no es importante. Tenemos que irnos. Ya te lo explicaré.

—No vais a ninguna parte sin mí. Excepto tú. —Señaló con el dedo a Daniel—. Tú me sobras, igual que me sobró tu madre. Me vino bien que se muriera de cáncer —mintió muy a su pesar—. ¿Sabes? Me decía: «mis hijos, me gustaría verlos». Y yo nunca se lo permití.

El masón aspiró con fuerza, encabronado.

—Ignóralo, lo hace para que lo ataques. —Velen lo agarró con toda la fuerza de la que se vio capaz—. Tienes las de perder...

Sin embargo, Daniel ignoró los ruegos de sus dos amigos y fue a pegar a Barend. No solo por lo que había dicho, sino por todo el dolor y muerte que había causado.

—¡Puto vampiro cabronazo! —gritó cuando le pegó un puñetazo con la mano izquierda.

Barend reculó y se tocó el labio partido.

—Vaya, veo que pegas fuerte, niño. Tu padre te ha enseñado bien. Seguro que tu madre hubiera estado muy orgullosa de que siguieras sus pasos. Ya sabes: enamorarte de un vampiro.

—¡Cállate, hijo de puta! —Daniel asió a Barend por la camisa, pero este se zafó y lo redujo retorciéndole el brazo tras la espalda.

Daniel sintió su enorme mano en el cuello, presionando.

—¡Daniel! —gimió Velen, desesperado por no tener fuerzas para ir a defender a su pareja.

Cuando Indira fue a ayudar a Daniel, la escandalosa alarma se puso a sonar y los detectores de incendios echaron agua con fuerza. Daniel aprovechó la sorpresa para propinarle un taconazo a la rodilla de Barend. Este tuvo que soltarlo.

Apareció Kim Ji-woo por la puerta de la cafetería, exhortándolos a seguirlo.

—¡Por aquí!

Daniel e Indira ayudaron a Velen a seguir y Barend les cortó el paso.

—¡Déjanos pasar! —ordenó Indira cogiendo un cuchillo de buen tamaño y blandiéndolo ante su falso marido.

—Suelta eso, te vas a hacer daño.

—¡Buena idea! —Dirigió el filo hacia su propio vientre—. ¿Qué te parece así? ¿Me hago el harakiri? ¿Destrozo todas tus esperanzas? ¡Ya encontrarás a otra incauta a la que preñar en contra de su voluntad!

Velen y Daniel se pusieron detrás de la mujer, estupefactos. Por alguna razón incomprensible, Barend estaba aterrado ante la idea de que Indira se autolesionase.

El humo oscuro del incendio iniciado varias plantas más abajo llegó hasta ellos.

—¡Tenemos que subir al helipuerto! El edificio está ardiendo —los apremió el científico.

Sin quitar la vista de encima a Barend, que los siguió a escasos pasos de distancia, los cuatro retrocedieron hacia una puerta lateral. Ji-woo la abrió con un pase y ascendieron bastantes escaleras. Velen volvió a vomitar y marearse.

—Joder, no volveré a tomar esas putas pastillas nunca más... —bromeó, para variar.

—Tu no pierdes nunca el humor... —contestó Daniel.

Barend los siguió con pies de plomo, pues creía a Indira muy capaz de hacer lo que había dicho.

—¡Velen! Eres mi hermano, ven conmigo a Alemania. —Cambió de estrategia—. ¡A mi lado ambos modificaremos la cosas para los nuestros!

—¡A otro perro con ese hueso! ¡No somos hermanos! No te creo, eso no puede ser. —Se negó a aceptar aquella pantomima.

—Tenemos el mismo padre, pero eres hijo de Agna. Kim Ji-woo lo sabe perfectamente, él te lo puede asegurar. ¡Eres un miembro de la realeza como yo! ¡Un Rothschild!

—Dice la verdad —afirmó el científico—. Eres el único espécimen que tiene la mezcla casi perfecta entre alû y humano. No existe nadie más como tú.

Velen tragó saliva con sabor metálico y Daniel lo sujetó al notar que se mareaba, por la impresión o por los efectos de las pastillas.

—Agna sí fue tu madre. ¿No te pone contento saberlo? Mi esposa Mina y yo la ayudamos a que se escapara contigo. —Al comprobar que Velen seguía alejándose, gritó ofuscado—: ¡Siempre he estado velando por ti! ¡¿Así me lo pagas?!

Continuaron subiendo escaleras hasta salir al frío de la noche. El viento helado que provocó el rotor de tres palas del helicóptero los empujó con fuerza.

Ji-woo corrió para subirse en la aeronave, sintiéndose libre por fin.

Daniel ayudó a Velen a auparse y luego fue a por Indira, que se acercó a Barend con la cabeza bien alta, sin miedo.

—¡Indira! ¡Ven! —gritó el joven.

La mujer hizo caso omiso y blandió el cuchillo en dirección a Barend, apuntándole con él.

—¡Escúchame bien! ¡No sé si acabaré embarazada, pero te juro que si ese ser nace, jamás conocerá a su padre, ni sabrá de él! ¡Estás muerto para mí! —chilló para que la oyese con

claridad.

Barend apretó los puños y los dientes. Observó a Daniel tomar del brazo a Indira y llevársela hasta el helicóptero.

En cuanto los cuatro estuvieron bien sujetos, la aeronave comenzó a despegar y se fue alejando del edificio.

Indira abrazó a Velen y a Daniel mientras veía el impresionante rascacielos de la Yoshida arder, y a la figura de Barend hacerse cada vez más pequeña hasta desaparecer del todo. Luego sollozó como nunca en su vida. No supo si de alivio por escapar, o de aflicción por perder a quien más había amado.



Flor de loto

Quince días. Eso fue lo que Kim Ji-woo le dijo que tenía que esperar para estar segura. Y quince días fueron los que aguantó hasta hacerse la prueba de embarazo.

Muy nerviosa se bajó las bragas, se sentó en el retrete y orinó en un pequeño recipiente. Colocó la tira del test en su interior y esperó a que se mojara. No tardó en saberlo. Por si acaso repitió la operación y esta dio el mismo resultado.

Se aseó, tiró las muestras y salió del baño.

Daniel y Velen la habían estado esperando en el sofá del apartamento donde debían permanecer un tiempo aislados, para que Barend no pudiera dar con ellos en el caso de que hubiera sobrevivido al tremendo incendio que había reducido a cenizas el rascacielos de la YPC.

Ambos la miraron expectantes.

Ella se sentó entre los dos y tomó sus manos, apretando con fuerza. Luego se puso a sollozar a lágrima viva.

—¿Esto qué quiere decir? —indagó Daniel, desconcertado.

—Deja que se desahogue. Ya sabes que está confusa.

Velen esperó con paciencia a que ella se calmara, pues el berrinche fue para largo.

Desde su vuelta de Japón habían estado los tres compartiendo el apartamento, intentando sanar las heridas físicas y psicológicas que todo aquello les había causado.

Al alû le costó mucho aceptar el hecho de ser un hijo bastardo de la familia real, aunque ser medio humano le alivió. Eso lo unía de otra forma a Agna y todo cobraba un sentido distinto: ella sí había sido su madre biológica.

Daniel, por su parte, le confesó a su padre que necesitaba alejarse de la masonería un tiempo y sopesar seguir ejerciendo de cazavampiros, teniendo en cuenta que estaba enamorado de Velen. Oliver claudicó a regañadientes porque no quería perder a su hijo igual que perdió a su mujer.

E Indira tuvo que coger una baja para poder recuperarse de todo el estrés físico y mental al que había sido sometida desde que Barend la secuestró.

Cuando por fin fue capaz de calmarse, habló:

—Mi flor del loto se ha abierto; estoy embarazada.

Daniel no supo si darle la enhorabuena o preguntarle si iba a abortar. Era algo de lo que ya habían hablado y ella no sabía qué hacer.

—Nadie va a juzgarte por la decisión que tomes —añadió Velen tomándola entre sus brazos—. Es tu cuerpo y tu vida los que están en juego.

—Había decidido abortar si estaba embarazada. Pero cuando he visto los dos palitos en la prueba... Cuando los he visto, yo... —Sollozó de nuevo—. He sabido que sí quería arriesgarme.

—¿Entonces vas a seguir adelante? —Quiso saber Daniel.

—Sí, a no ser que mi vida corra peligro, o la de este pequeño ser... —Llevó las manos a su bajo vientre, como si acunara a un bebé.

—Si mi madre fue capaz de gestarme y parirme, con lo menuda y delicada que era, tú también podrás dar a luz. Venga, un par de años de embarazo pasan volando.

—Joder, Velen, así dicho da mucho miedo. —Indira se echó a reír y a llorar al mismo tiempo.

—¿Quieres que sea niño o niña? Aunque lo malcriaré igual —avisó el alù.

Indira miró a su amigo y lo cogió por ambas manos.

—Lo único que pido es que esté sano. Por eso, Velen, si todo sale bien, mi hijo o hija vivirá mucho más que yo. Prométeme que cuando me muera, te harás cargo.

—Tienes mi palabra.

Unas lágrimas rodaron por las mejillas del hombre. Por fin volvía a tener familia y ya no estaba solo.

Daniel se sentó a su lado y lo abrazó contra sí. Buscó sus labios y los besó con dulzura.

—Siempre supe que acabaríais en la misma cama. Si es que se notaba la tensión sexual no resuelta desde el minuto uno. Por cierto, cortaos un poco que folláis como bestias y no puedo dormir.

—¡Indira! —Daniel se sonrojó.

—No te hagas ahora el modoso, que gritas como una perra en celo —se burló—. A saber qué tiene Velen entre las piernas para que te vuelvas así de loco.

—Dios Santo, sois un par de insufribles.

—Aun así nos quieres... —musitó ella al recostarse contra el pecho de Velen. Este le acarició el cabello moreno y largo.

—Debes estar aterrada —afirmó el alù.

—Me muero de miedo.

—Mi madre me sacó adelante en tiempos mucho peores y prácticamente sin ayuda. Tú nos tienes a todos nosotros.

—Si Barend se salvó, no creo que se conforme con permanecer al margen.

—Lo sé. Pero me reitero: nos tienes a todos nosotros.

—Sé que volverá.

—Pues que vuelva. Aquí lo esperaremos con un arsenal de estacas —añadió Daniel.

Se mantuvieron callados, disfrutando del silencio. Ella se quedó dormida entre los brazos de Velen y este la llevó hasta la cama.

Luego él volvió al salón junto a Daniel. El joven rodeó a Velen por el cuello y atrapó sus labios con codicia y avidez.

—¿Cómo te encuentras hoy? No me mientas... —indagó el joven.

—Cada vez me siento mejor y es gracias a tu sangre. Solo lamento que tengas que hacerme transfusiones cada varios días...

—Son mis besos de sangre para ti.

—Preciosa alegoría.

Velen acarició aquel rostro que veneraba y pasó el dedo índice por las cicatrices, contemplándolo con adoración.

—Te voy a querer toda mi vida, Velen.

—Y yo toda la mía. Nos dimos el beso de sangre y se selló nuestro destino.

Daniel sonrió de oreja a oreja y asintió emocionado, buscando aquella boca con sabor a sangre en la que perderse el resto de sus días.





Epílogo

Aquella noche de 1934, tras ciento ocho semanas de un largo y duro embarazo, Agna dio a luz al segundo hijo del rey Lothar. Un bebé distinto: medio alû, medio humano.

Agna no era la única de las sirvientas que había estado preñada del rey. Los embarazos se sucedían unos tras otros, así como las muertes de las pobres mujeres.

La reina Emma no toleraba que en su línea sucesoria existiera ni un solo bastardo, mucho menos una repugnante mezcla. No, eso sería corromper la sangre alû.

Agna, tras la muerte de su esposo por hambruna, había sido elegida como familiar por lady Mina, la hermosa y fascinante esposa del príncipe Barend. Ella la salvó de un terrible destino al conocer su gestación, escondiéndola en su residencia personal, asegurando a su suegra que la joven ya no estaba viva.

A Barend nunca le agradó la presencia de Agna en su hogar. Sin embargo, él amaba tanto a Mina que hubiera hecho cualquier cosa por ella, inclusive aceptar tener un hermano ilegítimo.

Mina aseó al bebé en agua templada, lo secó con toallas de lana y lo vistió con ropas de seda. Luego se lo tendió a Agna y el pequeño succionó la leche de los pechos de su madre.

—¿Cuál será su nombre?

—Velen.

Barend ignoró a su pequeño hermano dejando a Agna y a Mina solas. Y fruto de aquella compañía constante, de dormir juntas con Velen entre ellas y de los cuidados mutuos, surgió una amistad inquebrantable que atesoraron con codicia.

Cuando la reina Emma supo de la existencia de Velen por bocas malintencionadas, mandó matar al niño y a la madre.

Mina le rogó a su esposo que los ayudase, que estuviera pendiente de ellos, que le mintiera a su madre asegurándole que él mismo les había dado muerte.

El príncipe aceptó.

Y así fue como el futuro de Barend y Velen quedó sellado para siempre.



Si te ha gustado esta historia y quieres más aventuras de Velen, Daniel e Indira, y el resto de personajes, no olvides puntuarla en Amazon, recomendarla en tus redes sociales y a quienes pueda gustarle. El universo alû es amplio y extenso, queda mucho por desarrollar, pero sin vuestra ayuda no me será posible. ¡Gracias!

Libros Boys Love disponibles en papel, eBook y Kindle Unlimited



Marc y Samuel son compañeros de habitación en una residencia de la universidad. Samuel ha de lidiar con su baja autoestima. Es tímido, reservado y melancólico. Marc, por otro lado, es alegre y bromista, y se desvive por hacer sonreír a su amigo. Pero los dos guardan un secreto; son homosexuales y están enamorados el uno del otro sin que ninguno lo sepa.



Albert, un vampiro francés, conocerá en una noche de lluvia a Davide, un sacerdote italiano enfermo. Desde ese momento sus vidas cambiarán, amándose y odiándose a un tiempo. Una historia de amor apasionante a lo largo de los años, entre un vampiro que se odia a sí mismo y un sacerdote convertido que no tiene más remedio que aceptar su nueva condición vampírica. Una historia que te hará reír y llorar y que no te dejará indiferente.



Libro que recopila dos historias con los mismos personajes en distintas épocas y situaciones.

Sinopsis de *Amor desesperado*: Albert, un francés que vive en un pueblo italiano, da clases en un centro católico. Allí conocerá a Davide, un joven sacerdote con problemas de fe. ¿Albert conseguirá aceptarse tal y cómo es y lo que siente? ¿Y Davide dejará el sacerdocio por estar con él?

Sinopsis de *Impossible amor*: Amor prohibido e imposible entre dos hombres en el S.XVIII. Davide es un fraile Franciscano que lucha contra la fuerte atracción que siente por Albert, un joven lugareño de Ville Marie. Teniéndolo todo en contra, intentarán por todos los medios poder vivir su intenso amor, pero no será fácil...



El destino cruza los caminos de Xen, un rudo bárbaro de las estepas, y de Angeliel, un tímido semielfo que ha vivido siempre engañado. Ambos tendrán que viajar juntos en contra de su voluntad. Sin embargo,

tras las aventuras compartidas, sus sentimientos irán cambiando hacia algo prohibido.

Durante su periplo descubrirán que son más de lo que aparentan, siendo testigos del terrible peligro que acecha a su mundo.

Razas es una aventura de fantasía épica en la que sus protagonistas conocerán la amistad, la superación y el amor verdadero.

No obstante, también pasarán por guerras y terribles peligros, obligándolos a tomar decisiones que afectarán a sus vidas teniendo que luchar contra los temidos Hijos de los Dioses, razas superiores que se creían extintas muchos periplos atrás.

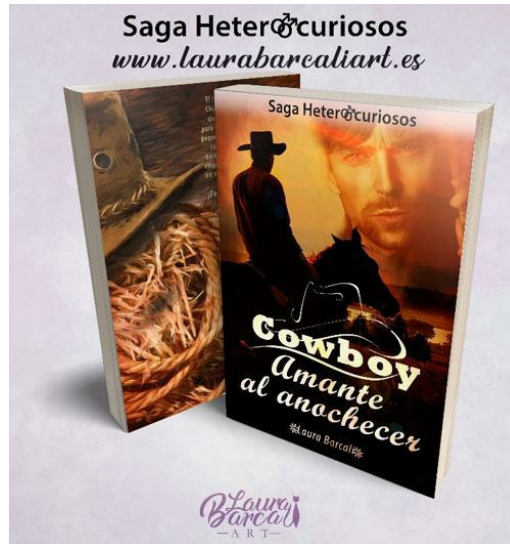


Ángel es el típico joven que tiene todo lo que quiere, aunque que se siente solo. Su madre jamás le ha mostrado afecto, su padre es un exigente abogado y su hermana está enferma. Solo sabe esconder su dolor de una forma: estando enfadado con el mundo.

Zenón, un hombre solitario, tímido y que perdió la memoria de niño de forma misteriosa y violenta, es contratado por el padre de Ángel para ser su profesor, pese al rechazo inicial del joven.

Gracias a la convivencia y a los lazos que irán construyendo, los dos se enamoran el uno del otro, y a la vez se empeñarán en esconder sus sentimientos por miedo al rechazo. Laura Barcali nos presenta con *No te escondas* un puzzle, hecho de los sentimientos y las vivencias de ambos protagonistas.

El lector irá descubriendo quiénes realmente son y qué causa que no dejen de esconder lo que realmente sienten, hasta que el puzzle se complete.



El rico y atractivo empresario de Chicago, Robert Walmart, tendrá que viajar a un rancho en Texas para celebrar la boda de su hermana pequeña. Allí conocerá al guapo pero rudo vaquero Jackson Walkers, hermano mayor del novio. Y lo que empezará con muchos prejuicios, se irá volviendo pura atracción sexual. ¡Pero es que Rob no es gay! ¿Podrá resistirse a un vaquero que no es lo que parece, sino que además está para mojar pan? ¿Se empotrarán? ¿Se darán como cajón que no cierra? Y todo esto aderezado con muchos más personajes que contarán sus propias historias.



IMPORTANTE: Este libro es un spin-off de Cowboy, amante al anochecer. Para no hacerse spoilers, lo mejor es leer el otro libro antes.

Tras los cambios en el Rancho Walkers de Texas, Dylan Jonhson, que acaba de divorciarse de su ex mujer, ocupa el nuevo puesto de veterinario. Al principio no es sencillo llevarse bien con Marcos, el sarcástico auxiliar con el que comparte su día a día en el trabajo.

Aunque dicen que el roce hace el cariño y...

¿Qué sucede cuándo la sonrisa sexy y encantadora de un bombón de chocolate seduce sin querer al bisexual más difícil de conquistar? Que este intenta no enamorarse.

Además, Dylan encuentra en Marcos a su persona comfortable. La que le hace sentirse feliz y tranquilo con tan solo su presencia, creando un vínculo inesperado que se va transformando en amor...

¡Amor por otro hombre!



El doctor Anderson, reputado psicólogo y ex profesor de Harvard, decide volver a la pequeña localidad que le vio crecer tras 25 años de ausencia, dejando atrás la que, hasta entonces, había creído que era una vida perfecta en Cambridge.

Será entonces cuando un nuevo y enigmático paciente llegará a su consulta: el joven Toby Tylor, un ranchero texano que huye de un pasado del que se avergüenza.

Así será como estos dos hombres, completamente distintos, pero con problemas igual de profundos, irán conociéndose durante la terapia y sintiendo el uno por el otro algo especial, algo capaz de superar la diferencia de edad e incluso los traumas que ambos arrastran.

Descubre en esta novela corta cómo el amor no tiene edad, siempre está naciendo.



David lleva años soñando con viajar a Japón a pesar de sus miedos. Por fin se acerca el día de visitarlo junto a su pareja. Sin embargo, ella decide dejarlo unos días antes.

Sin saber qué hacer termina hablando con Javier, su mejor amigo de toda la vida que, preocupado por su inestabilidad mental, le propone acompañarlo sin dudar ni un instante.

Con cada paso por aquel país tan diferente como bello, aflorarán secretos del pasado y sentimientos entre ellos que ninguno de los dos se había atrevido a reconocer en voz alta hasta ese momento.

Una historia friki y sencilla, pero a rebosar de ternura, humor, momentos picantes, una pizca de drama y, por supuesto, mucho amor.



Meses después del fallecimiento de su esposa, Henry Banks abandona su vida para viajar a Bloomfield y hacer el sueño de su mujer realidad: reformar la ruinoso casa en la que habían planeado pasar el resto de su vida.

Para conseguirlo, cuenta con los servicios de Nick Miller, un encantador y atractivo contratista que no esconde su homosexualidad y que hará despertar en Henry algo difícil de aceptar.

Por su parte, Nick ya ha sufrido suficiente en el amor. Tras una larga relación que hizo añicos su autoestima, no cree que vaya a encontrar a su alma gemela; hasta que el dulce Henry pone su mundo patas arriba. Consciente de lo inapropiado y doloroso que sería enamorarse de un hombre hetero, hará todo lo posible para que esa atracción no vaya a más... Aunque no siempre salga bien.

A pesar de los esfuerzos de ambos por controlar sus sentimientos, el corazón nunca atiende a razones, y menos cuando las personas que los rodean confabulan para que muestren sus auténticos anhelos.

Notas

[←1]

En tiempos de la antigua Mesopotamia, los mitos cuentan que Alû fue un demonio al que le gustaba la oscuridad y el silencio. En el lore de esta novela, es el nombre oficial con el que se designa a los vampiros.

[←2]

Eran espíritus o demonios de las religiones acadia, asiria y babilonia.

[←3]

Amalgama de muchos estilos y movimientos diversos de principios del siglo XX.

[←4]

En el hinduismo, es la deidad creadora que dio origen al universo.

[←5]

Comida típica japonesa cuyo ingrediente principal es el arroz hervido, que se sirve en porciones pequeñas y con acompañamientos diversos.

[←6]

Pescado crudo cortado de forma fina.

[←7]

Corrige la anemia.

[←8]

Giro de la trama.

[←9]

Famoso modelo de sofá.

[←10]

En el *lore* de esta novela, significa que es una rama evolutiva del *homo sapiens*, pero no es *sapiens sapiens*, sino abreviado *carensis*, que significa en latín «falta de». La nomenclatura exacta es: *Homo sapiens lucis carens* «falta de luz».

[←11]

Raza germánica que vivió, antiguamente, cerca de la desembocadura del río Elba.

[←12]

Estilos arquitectónicos que emulan el griego y el romano.

[←13]

Estilo arquitectónico que se desarrolló en el siglo XVIII.

[←14]

Personaje principal de *Las Crónicas Vampíricas*, de Anne Rice.

[←15]

Servicio de Seguridad del Reino Unido.

[←16]

Es un videojuego de ritmo de realidad virtual.

[←17]

La supuesta habilidad de recordar imágenes con niveles de detalle muy precisos.

[←18]

Unos 23 años humanos.

[←19]

Pasatiempo que consiste en completar con números del 1 al 9 en una cuadrícula.

[←20]

El perfume apestoso.

[←21]

Es una palabra alemana que significa «guía», «dirigente», «caudillo». Jurídicamente fue el cargo político en reemplazo al de presidente del Reich de Alemania en 1933, tras la llegada de Adolf Hitler al poder el 2 de agosto de 1934.

[←22]
Vampiro.

[←23]

Alcalde.

[←24]

En cursiva están hablando en japonés.

[←25]

Mafia japonesa.

[←26]

Unos 120 Km por hora.

[←27]

Dios de los dioses en la mitología sumeria y acadia.

[←28]

Muchas gracias.

[←29]

En este caso se refiere a la animación japonesa.

[←30]

Tren bala de alta velocidad.

[←31]

Bata japonesa.

[←32]

Colchón japonés.

[←33]

Es una sopa cuyos ingredientes principales son los fideos chinos, acompañados de caldo de carne, verduras y carne, marisco o pescado.

[←34]

Referencia a la novela *1984*, de George Orwell.

[←35]

Huso horario. Londres es +0 y Japón +9 (9 horas más).

[←36]

Ración de comida preparada para llevar.

[←37]

Los soldados japoneses usaron a las mujeres coreanas como prostitutas, violándolas.